

Cuentos

---

Stendhal

© 2010 • Xăc ăŠăi ă^ ă!\*

## LOS CENCI

*Les Cenci*

de *Chroniques italiennes* (1839)

El don Juan de Molière es, sin duda, un hombre mujeriego, pero es sobre todo un hombre de buena sociedad: antes de entregarse a su irresistible inclinación a las mujeres bonitas, le importa principalmente ajustarse a cierto modelo ideal, quiere ser el hombre que sería soberanamente admirado en la corte de un rey joven, galante e inteligente.

El don Juan de Mozart está ya más cerca de la naturaleza y es menos francos, piensa menos en la opinión ajena; no se preocupa, ante todo, por parestre como dice el barón de Foeneste, de D'Aubigné. Del don Juan de Italia, tal como debió de ser en ese bello país en el siglo XVI, en los principios de la civilización del Renacimiento, ornemos sólo dos retratos.

De estos dos retratos, hay uno que no puedo dar a conocer: el siglo es demasiado

mojigato; hay que recordar aquella gran frase que yo oí repetir varias veces a lord Byron: *This age of cant* («estos tiempos de hipocresía»). Esta hipocresía tan aburrida y que no engaña a nadie ofrece la inmensa ventaja de dar a los hombres algo que decir: se escandalizan de que alguien se atreva a hablar de tal cosa, de que alguien se permita reírse de tal otra, etc. La desventaja está en achicar enormemente el campo de la historia.

Si el lector tiene el buen gusto de permitírmelo, voy a ofrecerle, con toda humildad, una información histórica sobre el otro don Juan, del que se puede hablar en 1837. Se llamaba Francisco Cenci.

Para que don Juan sea posible, es necesario que en la sociedad haya hipocresía. En la antigüedad, don Juan habría sido un efecto sin causa; entonces la religión era una fiesta, exhortaba a los hombres al placer: ¿cómo iba a fustigar a los seres que ponían todo su afán en cierto placer? Sólo el gobierno hablaba de

«abstenerse»; prohibía las cosas que podían dañar a la patria, es decir, al interés general bien entendido, y no lo que puede dañar al individuo que actúa.

Es decir, en Atenas cualquier hombre que tuviera afición a las mujeres y mucho dinero podía ser un don Juan sin que nadie tuviera nada que decir, porque nadie profesaba que esta vida es un valle de lágrimas y que hay mérito en mortificarse.

Yo no creo que el don Juan ateniense pudiera llegar al crimen tan fácilmente como el don Juan de las monarquías modernas; gran parte del placer de éste consiste en desafiar a la opinión, y, en su juventud, empezó por imaginarse que sólo desafiaba a la hipocresía.

«Violar las leyes», en la monarquía tipo Luis XV, disparar un tiro a un retejador y hacerle caer del tejado, ¿no es una prueba de que se vive en la sociedad del príncipe, de que se es persona de muy buen tono y que se burla por completo del juez? ¿No es burlarse del juez

el primer paso, el primer ensayo de todo pequeño don Juan que se inicia?

Entre nosotros, las mujeres ya no están de moda; por eso los hombres don Juan son raros; pero, cuando los había, empezaban siempre por buscar placeres muy naturales, teniendo a gala desafiar lo que consideraban ideas no razonables de la religión de sus contemporáneos. Sólo pasado el tiempo, cuando don Juan empieza a pervertirse, encuentra una voluptuosidad exquisita en desafiar las opiniones que a él mismo le parecen justas y razonables.

Este paso debía de ser muy difícil entre los antiguos, y hasta el tiempo de los emperadores romanos, y después de Tiberio y de Capri, apenas se encuentran libertinos que tiendan a la corrupción por sí misma, es decir, por el gusto de desafiar las opiniones razonables de sus contemporáneos.

Por eso atribuyo a la religión cristiana la posibilidad del papel satánico de don Juan. No

cabe duda de que es esta religión la que enseña al mundo que un pobre esclavo, que un gladiador tenía un alma absolutamente igual en facultad a la del propio Cesar; hay, pues, que agradecerle la aparición de los sentimientos delicados; de todos modos, no dudo de que, tarde o temprano, esos sentimientos habrían surgido en el seno de los pueblos. La Eneida es ya mucho más «tierna» que la Ilíada.

La teoría de Jesús era la de los filósofos árabes contemporáneos suyos. Lo único nuevo que introdujeron en el mundo los principios predicados por san Pablo es un cuerpo de sacerdotes absolutamente separado del resto de los ciudadanos y hasta con intereses opuestos<sup>1</sup>.

Este cuerpo se impuso, como única misión, cultivar y afianzar el «sentimiento religioso»; inventó prestigios y costumbres para impresionar a los espíritus de todas las clases

---

<sup>1</sup> Véase MONTESQUIEU, *Politique des Romains dans la religiosa*. (N. de Stendhal.)

sociales, desde el pastor inculto hasta el viejo cortesano hastiado; supo asociar su recuerdo con las impresiones seductoras de la primera infancia; no dejó pasar la menor peste o la menor plaga sin aprovecharla para aumentar el miedo y el «sentimiento religioso», o al menos para construir una befa iglesia, como la Salute de Venecia.

La existencia de este cuerpo produjo aquella cosa admirable el papa san León resistiendo sin «fuerza física» al feroz Atila y a sus bandadas de bárbaros que venían de aterrorizar China, a Persia y a las Galias.

Por eso la religión, como el poder absoluto atemperado con canciones que se llama la monarquía francesa, ha producido cosas singulares que quizá el mundo no habría visto jamás de no haber tenido esas dos instituciones.

Entre estas cosas buenas o malas, pero siempre singulares y curiosas, y que habrían asombrado mucho a Aristóteles, a Polibio, a Augusto y a las demás buenas cabezas de la

antigüedad, pongo yo sin vacilar el carácter completamente moderno de don Juan. A mi parecer, es un producto de las instituciones ascéticas de los papas posteriores a Lutero, pues León X y su corte (1506) seguían aproximadamente los principios de la religión de Atenas.

El Don Juan de Molière se representó al principio del reinado de Luis XIV, el 15 de febrero de 1665; este príncipe no era todavía devoto, y sin embargo la censura eclesiástica obligó a suprimir la escena del pobre en el bosque. Esta censura, para cobrar fuerzas, quería convencer a aquel joven rey, tan prodigiosamente ignorante, de que la palabra «jansenista» era sinónima de «republicano»<sup>2</sup>.

El original es de un español, Tirso de Molina<sup>3</sup>; y hacia 1664 representaba en París una

---

<sup>2</sup>SAINT' SIMON, Mémoires de l'Abbé Blanebe. (N. de Stendhal)

<sup>3</sup> Este nombre fue adoptado por un fraile, hombre inteligente, fray Gabriel Téllez. Era de la orden de la Mer-



imitación, con gran éxito, una compañía italiana. Probablemente se trata de la comedia más representada en el mundo entero. Y es que hay en ella el diablo y el amor, el miedo al infierno y una pasión exaltada por una mujer; es decir, lo más terrible y lo más dulce para todos los hombres, a poco que se eleven sobre el estado salvaje.

No es extraño que la pintura de don Juan fuera introducida en la literatura por un poeta español. El amor ocupa un gran lugar en la vida de ese pueblo; allí es una pasión seria que se impone, con mucho, a todas las demás, incluso, ¿quién lo creyera?, a la vanidad. Lo mismo ocurre en Alemania y en Italia. En realidad, sólo Francia está completamente libre de esta pasión que tantas locuras hace someter

---

ced y escribió varias obras en las que hay escenas de talento entre otras, El vergonzoso en Palacio. Téllez produjo trescientas comedias, de las que se conservan todavía sesenta u ochenta. Murió hacia 1710. (N. de Stendhal.)

a esos extranjeros: por ejemplo, cargarse con una muchacha pobre, con el pretexto de que es bonita y se está enamorado de ella. En Francia, las muchachas que carecen de belleza no carecen de admiradores; nosotros somos muy listos. En otros países tienen que meterse monjas, y por eso en España son indispensables los conventos. En ese país, las muchachas no tienen dote, y esta ley ha mantenido el triunfo del amor. En Francia, ¿no se ha refugiado el amor en el quinto piso, es decir, entre las muchachas que no se casan por medio del notario de la familia?

Del don Juan de lord Byron no hay que hablar: no es más que un Faublas, un guapo mozo insignificante y sobre el cual se precipitan toda clase de venturas inverosímiles.

Fue, pues, en Italia y sólo en el siglo XVI donde debió aparecer por primera vez ese carácter singular. Fue en Italia y en el siglo XVII donde una princesa decía, tomando con delicia

un helado la noche de un día muy caluroso: «¡Qué lástima que esto no sea pecado!».

Este sentimiento es, a mi juicio, la base del carácter de don Juan; y, como se ve, le es necesaria la religión cristiana.

A lo cual exclama un autor napolitano<sup>4</sup>: «¿Acaso no es nada desafiar al cielo y creer que el cielo puede en el mismo momento reducirnos a cenizas? De aquí la suma voluptuosidad, dicen, de tener una amante monja, y monja piadosísima, que sabe muy bien que peca y pide perdón a Dios con pasión, como con pasión peca.»

Supongamos un cristiano muy perverso, nacido en Roma, en el momento en que el severo Pío V acababa de restaurar o de inventar multitud de prácticas minuciosas absolutamente ajenas a esa moral sencilla que sólo llama virtud a «lo que es útil a los hombres.» Acababa de ser reforzada, y

---

<sup>4</sup> Dominico Paglietta. (N. de Stendhal.)

aterrorizaba a codos, una inquisición inexorable<sup>5</sup>, tan inexorable, que duró poco en Italia y tuvo que refugiarse en España. Durante años, se aplicaron penas muy grandes al incumplimiento o al menosprecio público de esas pequeñas prácticas minuciosas elevadas a la categoría de los deberes más sagrados de la religión; ese supuesto cristiano perverso se encogería de hombros al ver temblar a todos los ciudadanos ante las terribles leyes de la inquisición.

---

<sup>5</sup> San Pío V Ghislieri, piamontés, cuyo rostro, flaco y severo, se ve en la tumba de Sixto V, en Santa María la Mayor, era «gran inquisidor» cuando fue llamado al trono de San Pedro, en 1566. Gobernó la Iglesia seis años y veinticuatro días. Véanse sus cartas, publicadas por monsieur de Potett, el único hombre entre nosotros que conoció este momento de la historia. La obra de monsieur de Poner, rica mina de hechos, es el fruto de catorce años de estudios concienzudos en las bibliotecas de Florencia, de Venecia y de Roma. (N. de Stendhal.)

«¡Muy bien —se diría—, soy el hombre más rico de Roma, esta capital del mundo; voy a ser también el más valiente; me burlaré públicamente de todo lo que esa gente respeta y que tan poco se parece a lo que se debe respetar.»

Pues un don Juan, para serlo, tiene que ser hombre valiente y poseer esa inteligencia viva y certera que hace ver claros los motivos de las acciones de los hombres.

Francisco Cenci se diría: «¿Con qué acciones resonantes podré yo, un romano nacido en Roma en 1527, precisamente durante lo, seis meses en que los soldados luteranos del condestable de Borbón cometieron aquí las más horrendas profanaciones de las cosas sagradas; con qué acciones podré poner de manifiesto mi valor y darme, lo más profundamente posible, el gusto de desafiar a la opinión? ¡Cómo asombrar a mis mentecatos contemporáneos!

¿Cómo darme el vivísimo placer de sentirme diferente de todo ese vulgo?<sup>6</sup> ».

A un romano, a un romano de la Edad Media, no podía caberle en la cabeza quedarse en palabras. No hay país donde se desprecien tanto como en Italia las palabras audaces.

El hombre que pudo decirse a sí mismo estas cosas se llamaba Francisco Cenci; fue muerto ante su hija y su mujer el 15 de septiembre de 1598. De este don Juan no nos queda nada simpático, pues su carácter no fue dulcificado y «atenuado» por la idea de ser ante todo un hombre de buena sociedad, como el don Juan de Molière. Sólo pensaba en los demás para destacar su superioridad sobre ellos, utilizarlos en sus propósitos u odiarlos. Don Juan no siente nunca placer en las simpatías, en las dulces ensoñaciones o en las ilusiones de un corazón tierno. Necesita ante todo placeres que

---

<sup>6</sup> Esto me parece propio de un hombre que, por su inmensa fortuna, pasó del libertinaje a la perversión, un Sade Cenci tenía setenta años.

sean triunfos, que puedan verlos los demás, que no se puedan negar; necesita la lista enumerada por el insolente Leporello ante la triste Elvira.

El don Juan romano se guardó muy bien de la insigne torpeza de dar la clave de su carácter y hacer confidencias a un lacayo, como lo hace el don Juan de Molière; vivió sin confidente y no pronunció más palabras que las que eran útiles para llevar adelante sus designios. Nadie vio en él esos momentos de ternura verdadera y de jovialidad seductora que nos hacen perdonar al don Juan de Mozart; en suma, el retrato que voy a traducir es horrible.

Por mi gusto, no contaría este carácter, me habría limitado a estudiarlo, pues está más cerca de lo horrible que de lo curioso; pero he de confesar que me lo han pedido unos amigos a los que no podía negar nada. En 1823 tuve la suerte de ver Italia con unos hombres muy raros a los que nunca olvidaré, y, como a ellos,

me sedujo el admirable retrato de Beatriz Cenci que está en el palacio Barberini de Roma.

Actualmente, la galería de ese palacio ha quedado reducida a siete u ocho cuadros, pero cuatro de ellos son obras maestras. En primer lugar, el retrato de la célebre «Fornarina», la amante de Rafael, pintado por el propio Rafael. Este retrato, de cuya autenticidad no puede haber la menor duda, pues existen copias contemporáneas, es completamente distinto de la figura que, en la galería de Florencia, se presenta como retrato de la amante de Rafael y que con este nombre fue grabado por Morghen. El retrato de Florencia no es siquiera de Rafael. ¿Se dignará el lector, en obsequio a este gran nombre, perdonar esta pequeña digresión?

El segundo retrato valioso de la galería Barberini es de Cuido; es el retrato de Beatriz Cenci, del que tantos malos grabados se ven. Este gran pintor puso en el cuello de Beatriz un trozo de tela insignificante, y en la cabeza un turbante; tuvo miedo de llevar la verdad hasta



lo horrible, sí hubiera reproducido exactamente la vestidura que Beatriz se maneó hacer para ir al suplicio y la cabellera en desorden de una pobre niña de dieciséis años que acaba de entregarse a la desesperación. El rostro es dulce y bello, la mirada muy tierna y los ojos muy grandes, con la expresión asombrada de una persona a la que acaban de sorprender llorando amargamente. El pelo es rubio y muy bonito. Este rostro no tiene nada de la altivez romana y de esa conciencia de las propias fuerzas que solemos observar en la firme mirada de una «hija del Tíber», de una *figlia del Tevere*, como dicen ellas mismas, con orgullo. Desgraciadamente, las medias tincas han tomado un rojo ladrillo en ese intervalo de doscientos treinta y ocho años que nos separa de la catástrofe cuyo relato se va a leer.

El tercer retrato de la galería Barberini es el de Lucrecia Petroni, madrastra ele Beatriz, que fue ejecutada con ella. E, el tipo de la matrona

romana en su belleza y su orgullo<sup>7</sup> naturales. Las facciones son grandes y la tez de una blancura resplandeciente, las cejas negras y muy marcadas, la mirada imperiosa y al mismo tiempo llena de voluptuosidad. Es un bello contraste con el rostro tan dulce, tan inocente, casi alemán, de su hijastra.

El cuarto retrato, brillante por el verismo y esplendor de los colores, es una de las obras maestras de Tiziano; es el de una esclava griega que fue amante del famoso *dux* Barbarigo.

Casi todos los extranjeros que llegan a Roma empiezan por ir a la galería Barberini, atraídos, sobre todo las mujeres, por los retratos de Beatriz Cenci y de su madrastra. Yo compartí la curiosidad general; después, como todo el mundo, procuré enterarme de los documentos de ese proceso célebre. Creo que al que lo consiga le extrañará mucho, al leer estos

---

<sup>7</sup> Este orgullo no proviene en absoluto, como en los retratos de Van Dyck, del rango social. (N. de Stendhal.)

documentos, donde todo está en latín, excepto las respuestas de los acusados, no encontrar apenas la explicación de los hechos. Es que, en 1599, los hechos no los ignoraba nadie en Roma. Yo compré el permiso de copiar un relato contemporáneo; he creído que podía dar la traducción sin faltar a ninguna conveniencia. Por lo menos, esta traducción se podía leer en voz alta delante de damas en 1823. Claro que el traductor deja de ser fiel cuando no puede serlo: el horror se impondría fácilmente al interés de curiosidad.

Aquí se expone en todo su horror el triste papel del don Juan puro (el que no intenta ajustarse a ningún modelo ideal y sólo para ultrajarla piensa en la opinión del mundo). La magnitud de sus crímenes obliga a dos mujeres desdichadas a hacer que le maten en su presencia; estas dos mujeres eran su esposa y su hija, y el lector no se atreverá a decidir si fueron culpables. Sus contemporáneos pensaron que no debían morir.

Yo estoy convencido de que la tragedia de Galeotto Manfredi muerto por su mujer, tema tratado por el gran poeta Monti así como tantas otras tragedias domésticas del siglo XV menos conocidas y apenas indicadas en las historias particulares de las ciudades de Italia, acabó en una escena semejante a la del palacio de Petrella. He aquí la traducción del relato contemporáneo (está en italiano de Roma y fue carrito el 14 de septiembre de 1599)<sup>8</sup>:

HISTORIA AUTENTICA DE LA  
MUERTE DE SANTIAGO Y BEATRIZ  
CENCI, Y DE LUCRECIA PECRONI  
CENCI, SU MADRASTRA,  
EJECUTADOS POR DELITO DE  
PARRICIDIO EL SÁBADO PARADO,

---

<sup>8</sup> Lo que me gusta en este relato es que es lo más contemporáneo posible. La pobre muchacha fue ejecutada el 11 de septiembre de 1599, y el relato se acabó de escribir el 15 de septiembre. Ayer estudié y admiré su rostro en el palacio Barbetini. Marzo 1834. (N. de Stendhal en uno de los manuscritos italianos)

11 DE SEPTIEMBRE DE 1599, BAJO  
EL REINADO DE NUESTRO SANTO  
PADRE EL PAPA CLEMENTE VIII  
ALDOBRANDINI

La execrable vida que llevó siempre Francisco Cenci, nacido en Roma y uno de nuestros conciudadanos más opulentos, acabó por, labrar su perdición. Arrastró a una muerte prematura a sus hijos, jóvenes fuertes y valerosos, y a su hija Beatriz, que, aunque apenas tenía dieciséis años cuando fue al suplicio (hace hoy cuatro días), era ya considerada como una de las mujeres más bellas de los estados del papa y de toda Italia. Se dice que el signos Guido Reni, uno de los discípulos de la admirable escuela de Bolonia, guiso hacer el retrato de la pobre Beatriz el viernes pasado, es decir, la víspera misma de su ejecución. Si ese gran pintor ha dado cima a esta obra como lo ha hecho en otras pinturas realizadas en esta capital, la posteridad podrá tener una idea de lo que fue la belleza de esta

muchacha admirable. Con el propósito de que esa posteridad pueda conservar también algún recuerdo de sus desventuras sin igual y de la pasmosa fuerza con que esa alma verdaderamente romana supo combatirlas, me determiné a escribir lo que he sabido sobre el hecho que la llevó a la muerte y lo que vi el día de su gloriosa tragedia.

Las personas que me han dado los siguientes informes podían, por su situación, estar enteradas de las circunstancias más secretas, circunstancias ignoradas en Roma incluso hoy mismo, aunque desde hace seis semanas no se habla de otra cosa que del proceso de los Cenci. Como estoy seguro de poder depositar mi comentario en archivos respetables, de los que seguro, no saldrá antes de mi muerte, escribiré con cierta libertad. Mi único pesar es tener que hablar, peto así lo exige la verdad, contra la inocencia de esa pobre Beatriz Cenci, adorada y respetada por todos los que la conocieron, tan adorada y

respetada como odiado y execrado era su horrible padre.

Este hombre, que, no se puede negar, había recibido del cielo una sagacidad y una gallardía pasmosas, fue hijo de monseñor Cenci, el cual en el reinado de Pío V (Ghislieri) llegó al cargo de tesorero (ministro de Hacienda). Aquel santo papa, muy absorbido, como se sabe, por su justo odio a la herejía y por el restablecimiento de su admirable inquisición, desdeñó la administración temporal de su Estado, y así aquel monseñor Cenci, que fue tesorero durante vario; años antes de 1572, se las arregló para dejar al hombre horrible que fue su hijo y padre de Beatriz una renta neta de ciento sesenta mil piastras (aproximadamente, dos millones quinientos mil francos de 1837)<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Quinientos cincuenta mil francos de renta hacia 1580. Por qué número hay que multiplicar esta cantidad para tener el equivalente en 1813? Creo trae hay que multiplicar por cuatro. F. Cenci tendría hoy dos millones doscientos mil francos de renta. Se ve que salió del pa-

Francisco Cenci, además de esta gran fortuna, tenía una fama de valor y de prudencia a la que no pudo llegar, en su joven edad, ningún otro romano; y esta fama le daba tanto más prestigio en la corte del papa y entre todo el pueblo, cuanto que los hechos criminales que se le atribuían eran de esos que el mundo perdona fácilmente. Muchos romanos recordaban todavía, con amarga añoranza, la libertad de pensar y de obrar de que se gozaba en tiempos de León X, al que perdimos en 1513, y de Pablo III, muerto en 1549. En el reinado de este último papa se empezó a hablar del joven Francisco Cenci por causa de ciertos amores singulares llevados a buen término por medios más singulares todavía.

---

so en un proceso de Sodomía) mediante un millón cien mil francos (o cuatro millones cuatrocientos mil francos). Los potentados de nuestros días no tienen tales multas. 15 mayo 33. (N. de Stendhal esa el manuscrito italiano.)



En el de Pablo III, un tiempo en que todavía se podía hablar con cierta confianza, muchos decían que Francisco Cenci era ávido sobre todo de hechos extraordinarios que pudieran *dame peripezie di nuova idea*, sensaciones nuevas e inquietantes; los que tal dicen se basan en que en sus libros de cuentas se encuentran detalles como éste:

«Para las aventuras y *peripezie de Toscanella*, tres mil quinientas piastra (unos sesenta mil francos de 1837), e non fu caro (y no fue caro).»

Quizá en las demás ciudades de Italia no se sabe que nuestra suerte y nuestra manera de ser en Roma cambian según el carácter del papa reinante. Así, durante los trece años del buen papa Gregorio XIII (Buoncompagni), en Roma estaba todo permitido; el que quería hacía apuñalar a su enemigo y, a poco que se condujera modestamente, no le perseguían.

A este exceso de indulgencia sucedió un exceso de severidad durante los cinco años en que reinó el gran Sixto V, del que se ha dicho,

como se dijo del emperador Augusto, que hubiera sido necesario que no viniera jamás o que permaneciera siempre. En ese tiempo fueron ejecutados algunos infelices por asesinatos o envenenamientos ya olvidados desde hacía diez años, pero de los que habían tenido la desgracia de confesarse con el cardenal Montalto, después Sixto V.

Fue sobre todo en tiempos de Gregorio XIII cuando se empezó a hablar mucho de Francisco Cenci. Se había casado con una mujer muy rica y como correspondía a tan acreditado señor, murió después de darle siete hijos. Poco después casó en segundas nupcias con Lucrecia Petroni, una mujer bellísima y célebre sobre todo por su tez deslumbradoramente blanca, pero un poco demasiado entrada en carnes, defecto corriente de nuestras romanas. Con Lucrecia no tuvo hijos.

El menor vicio de Francisco Cenci fue la propensión a un amor infame; el mayor, no

creer en Dios. Jamás se le vio entrar en una iglesia.

Tres veces encarcelado por sus amores infames, salió del paso dando doscientas mil piastras a las personas que gozaban de predicamento con los doce papas bajo cuyo reinado vivió sucesivamente (doscientas mil piastras equivalen aproximadamente a cinco millones de 1.837).

Yo no he visto a Francisco Cenci hasta que tenía ya el pelo gris, bajo el reinado del papa Buoncompagni, cuando al audaz le estaba todo permitido. Era un hombre de unos cinco pies y cuatro pulgadas, muy buen tipo, aunque demasiado delgado; tenía fama de ser muy fuerte, una fama que quizá difundía él mismo; ojos grandes y expresivos; pero el párpado superior un poco demasiado caído, la nariz muy saliente y demasiado grande, los labios delgados y una sonrisa muy atractiva y que se tornaba terrible cuando clavaba la mirada en sus enemigos; a poco que se emocionara o

irritara, le entraba un temblor tan grande, que le alteraba mucho. En mi juventud, reinando el papa Buoncompagni, veía a Cenci ir a caballo de Roma a Nápoles, seguramente por alguno de sus amoríos; pasaba por los bosques de San Germano y de allí a Fajola, sin preocuparse en absoluto por los bandidos, y dicen que hacía el camino en menos de veinte horas. Viajaba siempre solo y sin advertir a nadie; cuando su primer caballo estaba cansado, compraba otro o lo robaba. A pocas dificultades que le pusieran, él no tenía ninguna en dar una puñalada. Pero la verdad es que en tiempos de mi juventud, es decir, cuando él tenía cuarenta y ocho o cincuenta años, nadie era lo bastante valiente a como para ponerle dificultades. Su mayor placer era desafiar a sus enemigos.

Era muy conocido en todos los caminos de los estados de su santidad; pagaba generosamente, pero cuando le ofendían también era capaz de mandar a uno de sus

vicarios, a los tres meses de la ofensa, a matar al ofensor.

La única acción virtuosa que realizó en toda su larga vida fue construir en el patio de su gran palacio, junto al Tíber, una iglesia dedicada a santo Tomás, movido a esta bella acción por el curioso deseo de tener ante sus ojos las tumbas de todos sus hijos<sup>10</sup>, a los que tenía un odio tremendo y contra natura desde que estaban en la infancia y no podían, por lo tanto, haberle ofendido en nada.

«Aquí quiero meterlos a todos», solía decir, con una risa amarga, a los obreros que empleaba en construir su iglesia.

A los tres mayores, Santiago, Cristóbal y Roque, los mandó a estudiar a España, en la Universidad de

Salamanca. Una vez en este lejano país el padre tuvo el maligno placer de no mandarles ningún dinero, de suerte que los pobres mozos,

---

<sup>10</sup> Roma se entierra en las iglesias. (N. de Stendhal.)

después de escribir a su padre muchas cartas, todas sin respuesta, se vieron en la triste necesidad de volver a su patria pidiendo prestadas pequeñas cantidades de dinero o mendigando a lo largo del camino.

En Roma encontraron a un padre más severo y más rígido, más avaro que nunca; a pesar de sus inmensas riquezas, no quiso vestirlos ni darles el dinero necesario para comprar los más baratos alimentos. Los desdichados hubieron de acudir al papa, que obligó a Francisco Cenci a pasarles una pequeña pensión. Con este mísero recurso, se separaron de él.

Al poco tiempo, encausado por sus amores vergonzosos, Francisco fue a la cárcel por tercera y última vez; los tres hermanos, aprovechando la ocasión, solicitaron una audiencia de nuestro santo padre el papa actualmente reinante y le suplicaron, de común acuerdo, que condenara a muerte a Francisco Cenci, su padre, porque, decían, deshonoraba su

casa<sup>11</sup>. Clemente VIII estaba ya muy inclinado a hacerlo así, pero no quiso seguir su primera idea por no dar gusto a aquellos hijos desnaturalizados, y los echó ignominiosamente de su presencia.

Como antes dijimos, el padre salió de la cárcel dando una elevada cantidad de dinero a quien podía protegerle. Se comprende que el extraño paso que habían dado sus tres hijos mayores aumentara más aún el odio que tenía a sus descendientes. A todos, grandes y chicos, los maldecía a cada momento, y a sus dos pobres hijas, que vivían con él en su palacio, las tundía a palos.

La mayor, aunque vigilada de cerca, se las arregló de tal modo, que llegó con una súplica hasta el papa. Conjuró a su santidad a que la casara o la hiciera entrar en un convento. Clemente VIII se apiadó de su desventura y la

---

<sup>11</sup> Bonita petición de tres hijos a un papa. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

casó con Carlos Gabriclli, de la familia más noble de Gubbio; su santidad obligó al padre a dar una elevada dote.

Este imprevisto golpe causó a Francisco Cenci grandísima ira, y para impedir que a Beatriz, cuando fuera mayor, se le ocurriera seguir el ejemplo de su hermana, la secuestró en uno de los aposentos de su inmenso palacio. Nadie tuvo permiso para ver allí a Beatriz, de apenas catorce años a la sazón y ya en todo el esplendor de una grandísima belleza. Tenía sobre todo una jovialidad, un candor y un ingenio cómico que nunca vi en nadie más que en ella. Francisco Cenci le llevaba él mismo la comida. Es de suponer, que fue entonces cuando el monstruo se enamoró de ella, o fingió enamorarse para atormentar a su desventurada hija. Le hablaba a menudo de la pérfida jugarreta que le había hecho su hermana mayor y, encolerizándose al son de sus propias palabras, acababa por tundir a golpes a Beatriz.



Mientras tanto, a su hijo Roque Cenci le mató un chacinero<sup>12</sup>, y al año siguiente Pablo Corso de Massa mató a Cristóbal Cenci. En esta ocasión, el padre demostró su negra impiedad, pues en los funerales de sus dos hijos no quiso gastar ni un bayoco en velas. Cuando se enteró de la desgracia de su hijo Cristóbal, exclamó que no estaría contento hasta que estuvieran enterrados todos sus hijos, y que, cuando muriera el último, le gustaría, en señal de contento, prender fuego a su palacio. Roma se quedó pasmada de estas palabras, pero todo lo parecía posible en semejante hombre, que se jactaba de desafiar a todo el mundo y hasta al mismo papa.

(Aquí resulta de todo punto imposible seguir al narrador romano en el relato, muy oscuro, de las extrañas cosas con que Francisco Cenci quiso asombrar a sus contemporáneos.

---

<sup>12</sup> Norcino: habitante de Norcia y, por extensión, chacinero. (N. de Stendhal en el manuscrito romano.)

Todo hace suponer que su mujer y su desventurada hija fueron víctimas de sus abominables ideas.)

No le bastaron todas estas cosas; con amenazas y empleando la fuerza, quiso violar a su propia hija Beatriz, la cual era ya alta y bella. No se avergonzó de ir a meterse, completamente desnudo, en su cama. Y completamente desnudo se paseaba con ella por los salones de su palacio; después la llevaba a la cama de su mujer para que la pobre Lucrecia viera, a la luz de las lámparas, lo que hacía con Beatriz.

Daba a entender a esta pobre muchacha una horrible herejía que apenas me atrevo a contar: que cuando un padre cohabita con su propia hija, los hijos que nacen son necesariamente santos, y que todos los santos más grandes venerados por la Iglesia nacieron

de esta manera, es decir, que su abuelo materno fue su padre<sup>13</sup>.

Cuando Beatriz resistía a sus execrables deseos, la golpeaba brutalmente, tanto que a esta pobre muchacha, no pudiendo soportar una vida tan desgraciada, se le ocurrió la idea de seguir el ejemplo de su hermana. Dirigió a nuestro santo padre el papa una súplica muy detallada; pero es de creer que Francisco Cenci había tomado sus precauciones, pues no parece que aquella súplica llegara nunca a manos de su santidad; al menos, fue imposible encontrarla en el archivo de los Memoriali cuando, estando Beatriz encarcelada, su defensor tuvo gran necesidad de este documento; habría podido probar, en cierto modo, los inauditos excesos cometidos en el palacio de Petrella. ¿No habría resultado

---

<sup>13</sup> El narrador no se indigna del todo más que por esta herejía. (N. de Stendhal era el manuscrito italiano.)

evidente para todos que Beatriz Cenci se había encontrado en el caso de legítima defensa?

Aquel memorial hablaba también en nombre de Lucrecia, madrastra de Beatriz.

El caso es que Francisco Cenci se enteró de esta tentativa, y ya se puede suponer con qué furia arreció en los malos tratos infligidos a las dos, desdichadas mujeres.

La vida llegó a serles de todo punto insoportable, y fue entonces cuando, viendo con toda seguridad que no podían esperar nada de la justicia del soberano, cuyos cortesanos estaban comprados por lo, grandes regalos de Francisco, pensaron tomar la extremada resolución que las perdió, pero, sin embargo, tuvo la ventaja de poner fin a sus sufrimientos en este mundo.

Hay que decir que el célebre monsignor Guerra frecuentaba el palacio Cenci; era alto y muy guapo y había recibido del desuno el don especial de que, cualquier cosa que emprendiera, la llevaba a cabo con una gracia

muy singular. Se ha supuesto que amaba a Beatriz y tenía el propósito de dejar la *mantelleta* y casarse con ella<sup>14</sup>; pero, aunque se cuidó mucho de ocultar sus sentimientos, Francisco Cenci le odiaba, reprochándole haber tenido mucho trato con todos sus hijos. Cuando monsignor Guerra, se enteraba de que el monsignor Cenci estaba fuera de su palacio, subía a los aposentos de las damas y pasaba varias horas departiendo con ellas y escuchando sus quejas por los increíbles tratos que ambas sufrían. Parece ser que Beatriz fue la primera que se atrevió a hablar de viva voz a monsignor Guerra del propósito por ellas concebido. Con el tiempo, él se prestó al proyecto y, ante las vivas y repetidas instancias de Beatriz, accedió por fin a comunicarlo a Santiago Cenci, sin cuyo consentimiento no se

---

<sup>14</sup> La mayor parte de los monsignor no están obligados por las órdenes sagradas y pueden casarse. (N, ele Stendhal.)

podía hacer nada, porque era el primogénito y jefe de la casa después de Francisco<sup>15</sup>.

Les fue muy fácil incluirle en la conspiración; su padre le trataba muy mal y no le daba nada, cosa tanto más lamentable, cuanto que Santiago estaba casado y tenía seis hijos. Para reunirse y tratar de los medios de dar muerte a Francisco Cenci, eligieron la casa de y monsignor Guerra. Se deliberó sobre el asunto con todas las formas debidas, y sobre todos los detalles se solicitó el voto de la mujer y de la hija. Decidido por el fin el asunto, eligieron a dos vasallos de Francisco Cenci que habían concebido contra él un odio mortal. Uno de ellos se llamaba Marcio; era un hombre valiente, muy adicto a los desdichados hijos de Francisco, y, por hacer algo que les fuera agradable, accedió a tomar parte en el parricidio. El segundo, Olimpio, había sido

---

<sup>15</sup> El hermano mayor, jefe de la casa, idea feudal y española. (N. De Stendhal en el manuscrito italiano.)

nombrado alcaide de la fortaleza de Petrella, en el reino de Nápoles, por el príncipe Colonna; pero Francisco Cenci, con su poderosa influencia sobre el príncipe, había logrado que le destituyera<sup>16</sup>.

Quedaron convenidos todos los detalles con estos dos hombres; como Francisco Cenci había anunciado que, para evitar el mal aire de Roma, iría a pasar el verano siguiente en aquella fortaleza de Petrella, se les ocurrió la idea de reunir una docena de bandidos napolitanos.

Olimpio se encargó de buscarlos. Acordaron que se escondieran en los buques cercanos a Petrella, que ya les avisarían el momento en que Francisco se pusiera en camino, que le secuestrarían en el mimo y pedirían a la familia un fuerte rescate por ponerle en libertad. Entonces los hijos tendrían

---

<sup>16</sup> He aquí un alcaide que no se recata de vengarse por sus propias manos. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

que volver a: Roma para reunir la cantidad exigida por los bandidos. Fingirían que no podían encontrar inmediatamente aquella cantidad, y los bandidos, al ver que no llegaba el dinero, cumplirían su amenaza dando muerte a Francisco Cenci. De esta manera, nadie sospechara quiénes eran los verdaderos autores de tal muerte.

Pero; llegado el verano, cuando Francisco Cenci salió de Roma para Petrella, el espía que tenía que avisar de la salida advirtió demasiado tarde a los bandidos apostados en los bosques y no les dio tiempo a bajar al camino. Cenci llegó sin obstáculo a Petrella los bandidos, cansados de esperar una presa dudosa, fueron a robar a otra parte por su propia cuenta.

Por su parte, Cenci, viejo sagaz y desconfiado, no se arriesgaba nunca a salir de la fortaleza. Y como su mal humor iba en aumento con los achaques de la edad, que le resultaban insoportable, se ensañaba más aun en los atroces tratos que infligía a las dos



pobres mujeres. Decía que se alegraban de su flaqueza.

Beatriz, enloquecida por las cosas horribles que tenía que soportar, mandó llamar a Marcio y a Olimpio al pie de los muros de la fortaleza. Por la noche, cuando su padre estaba durmiendo, les habló desde una ventana y les tiró unas cartas que iban dirigidas a monsignor Guerra.

Por medio de estas cartas quedaba convenido que monsignor Guerra prometería a Marcio y a Olimpio mil piastras si querían encargarse ellos mismos de dar muerte a Francisco Cenci. La tercera parte de esta cantidad se la pagaría y monsignor Guerra en Roma antes del hecho, y las otras dos terceras partes se las darían Lucrecia y Beatriz cuando, muerto Cenci, fueran dueños de su caja fuerte.

Se acordó además que la ejecución se llevaría a cabo el día de la Natividad de la Virgen, y para ello los dos hombres fueron introducidos con habilidad en la fortaleza. Pero

a Lucrecia la detuvo el respeto debido a una fiesta de la Madonna, y pidió a Beatriz un aplazamiento de un día, para no cometer un doble pecado<sup>17</sup>.

Y en la noche del 9 de septiembre de 1598 la madre y la hija se las arreglaron para dar opio a Francisco Cenci, un hombre tan difícil de engañar, que cayó en un profundo sueño.

A medianoche la propia Beatriz introdujo en la fortaleza a Marcio y a Olimpio; inmediatamente, Lucrecia y Beatriz los llevaron al cuarto del viejo, que estaba profundamente dormido. Allí los dejaron para que hiciesen lo convenido, mientras las dos mujeres se retiraron a esperar en una estancia contigua. De pronto vieron volver aquellos dos hombres, pálidos y muy alterados.

—¿Qué pasa? —exclamaron las mujeres.

---

<sup>17</sup>Tratan a Dios como a un déspota cuya vanidad no se puede herir. Por lo demás, solo indirectamente le ofende la inmoralidad de los actos. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

—¡Que es una cobardía y una vergüenza contestaron a un pobre viejo dormido! La compasión nos ha impedido hacerlo.

Esta disculpa causó gran indignación a Beatriz, que empezó a insultarlos diciendo:

—¡De modo que vosotros, que sois hombres, bien preparados para semejante acción, no tenéis valor para matar a un hombre dormido!<sup>18</sup> Pues menos lo tendríais para mirarle a la cara si estuviera deshierro. ¡Y para eso os atrevéis a coger dinero! ¡Bueno, puesto que así lo quiere vuestra cobardía, yo misma mataré a mi padre! ¡Y vosotros no viviréis mucho tiempo!

Estimulados por estas pocas palabras fulminantes y temiendo una disminución en el precio convenido, los asesinos entraron resueltamente en el dormitorio y las mujeres los siguieron. Uno de ellos llevaba un gran clavo y

---

<sup>18</sup> Todos estos detalles están probados en el proceso. (N. de Stendhal.)

lo colocó verticalmente sobre el ojo del viejo dormido; el otro, que llevaba un martillo, lo clavó en la cabeza. De la misma manera le clavaron otro clavo en el cuello, de suerte que a aquella pobre alma, cargada con tantos pecados recientes, se la llevaron los demonios; el cuerpo se debatió, pero en vano.

Hecho esto, la joven entregó a Olimpio una gran bolsa llena de dinero y a Mario un abrigo de paño, adornado con un galón de oro, que había pertenecido a su padre, y los despidió.

Ya solas las mujeres, empezaron por sacar aquel gran clavo hundido en la cabeza del cadáver y el que tenía en el cuello; luego envolvieron el cuerpo en una sábana, lo arrastraron a través de una larga serie de habitaciones hasta una galería que daba a un pequeño jardín abandonado y desde allí lo tiraron sobre un gran saúco que había en aquel lugar solitario. Como al final de aquella pequeña galería había un retrete, esperaban que, cuando al día siguiente encontrarán el

cadáver del viejo caído en las ramas del saúco, supondrían que había resbalado y se había caído yendo al retrete.

Ocurrió exactamente lo que habían previsto. Por la mañana, cuando encontraron el cadáver, se produjo un gran clamor en la fortaleza; las dos mujeres se cuidaron de lanzar grandes gritos y llorar la muerte tan infortunada de un padre y un esposo. Pero la joven Beatriz tenía el valor del pudor ofendido, mas no la prudencia necesaria en la vida; muy de mañana había dado a una mujer que lavaba la ropa en la fortaleza una sábana manchada de sangre, diciéndole que no le chocara que fuera tanta, porque ella había .perdido mucha toda la noche, de manera que, por el momento, todo fue bien<sup>19</sup>.

Dieron honorable sepultura a Francisco Cenci y las mujeres tornaron a Roma a gozar de

---

<sup>19</sup> Había que quemar la sábana o, al menos, esconderla en el vano de un techo, y no hubiera pasado nada. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

aquella tranquilidad que durante tanto tiempo habían deseado en vano.

Se creían felices para siempre porque no sabían lo que pasaba en Nápoles.

La justicia de Dios, que no podía permitir que un parricidio tan atroz quedara sin castigo, dispuso que, tan pronto como se supo en esta capital lo que había pasado en la fortaleza de Pettella, el juez principal concibiera dudas y mandara a un comisario real a examinar el cadáver y ordenar la detención de los sospechosos.

El comisario real mandó detener a todos los que vivían en la fortaleza, y corlo, fueron conducidos a Nápoles encadenados. En las declaraciones nada pareció sospechoso, excepto lo que la lavandera dijo: que Beatriz le había dado una sábana o unas sábanas llenas de sangre. Le preguntaron si Beatriz había tratado de explicar aquellas grandes manchas de sangre; contestó que Beatriz había hablado de una indisposición natural. Le preguntaron si

unas manchas tan grandes podían provenir de tal indisposición; la lavandera contestó que no, que las manchas de la sábana eran de un rojo demasiado vivo.

Inmediatamente se dio traslado del sumario a la justicia de Roma, pero pagaron varios meses antes de que en dicha ciudad pensarán en detener a los hijos de Francisco Cenci. Lucrecia, Beatriz y Santiago hubieran podido mil veces escapar, bien yéndose a Florencia con el pretexto de una peregrinación, bien embarcándose en Civitavecchia; pero Dios les negó esta inspiración salvadora<sup>20</sup>.

Monsignor Guerra, enterado de lo que ocurría en Roma, puso inmediatamente en campaña a los hombres con el encargo de matar a Marcio y a Olimpio; pero sólo pudieron

---

<sup>20</sup> Beatriz tenía tiempo de huir a Florencia o a Francia con el pretexto de viajar. Un barco de Civitavecchia servía para el caso. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano, que hablaba de la lentitud del procedimiento, pero no de la buida.)

matar, en Terni, a Olimpio. La Justicia napolitana había detenido a Marcio, el cual, conducido a Nápoles, lo confesó inmediatamente todo<sup>21</sup>.

Esta terrible declaración fue enviada inmediatamente a la justicia de Roma, la cual decidió por fin hacer detener y conducir a la prisión de Corte Savella a Santiago y a Bernardo Cenci, únicos hilos de Francisco que vivían, así como a Lucrecia, su viuda. Beatriz quedó custodiada en el palacio de su padre por una numerosa tropa de esbirros. Marcio fue conducido a Nápoles y encarcelado a su vez en la prisión Savella; allí le carearon con las dos mujeres, que lo negaron todo con firmeza, sobre todo Beatriz, quien no quiso reconocer el abrigo galoneado que había dado a Marcio. Este, entusiasmado por la admirable belleza y

---

<sup>21</sup> ¡Qué rapidez de razonamiento y le ejecución! Es el siglo de Borgia (cuyo retrato vi ayer en la galería Borghese y en casa del conde B., en Milán). (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)



la pasmosa elocuencia de la muchacha contestando al juez, negó codo lo que había confesado en Nápoles. Sometido a tortura, mantúvose en su actitud y prefirió morir en el tormento, justo homenaje a la belleza de Beatriz<sup>22</sup>.

Como, muerto este hombre, el cuerpo del delito no quedaba probado, los jueces no encontraron que hubiera razón suficiente para aplicar la tortura a los dos hijos de Cenci o a las dos mujeres<sup>23</sup>. Condujeron a los cuatro al castillo Sant'Angelo, donde pasaron varios meses muy tranquilos.

Parecía todo terminado, y nadie dudaba ya en Roma de que aquella muchacha tan hermosa, tan valiente y que tanto interés había despertado sería muy pronto puesta en libertad, cuando, por desgracia, la justicia

---

<sup>22</sup> Efecto de un alma fuerte. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

<sup>23</sup> Luego, se necesitaba cierta probabilidad para aplicar la tortura. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

detuvo al bandido que había macado a Olimpio en Terni; este hombre, conducido a Roma, lo confesó todo.

Monsignor Guerra, tan extrañamente comprometido por la declaración del bandido, fue citado a comparecer inmediatamente. La prisión era segura, y probablemente la muerte. Pero este hombre admirable, a quien el destino había dado la facultad de hacer bien todas las cosas logró salvarse de una manera que tiene algo de milagro. Tenía fama de ser el hombre más guapo de la corte del papa y era demasiado conocido en Roma para que pudiera esperar salvarse; además, las puertas estaban bien guardadas, y probablemente, desde el momento mismo de la citación, su casa estaba vigilada. Hay que decir que era muy alto, tenía la cara de una blancura perfecta, una hermosa barba rubia y una cabellera soberbia del mismo color.

Con increíble rapidez, sobornó a un carbonero, se puso sus vestiduras, se afeitó la

cabeza y la barba, se tiñó la cara, compró dos asnos y se echó a las calles de Roma vendiendo carbón y cojeando. Adoptó admirablemente cierto aire ordinario y atontado e iba pregonando su carbón con la boca llena de pan y cebolla, mientras centenares de esbirros le buscaban no sólo en Roma, sino también por todos los caminos. Por fin, ya bien conocida su cara por la mayoría de los esbirros, se atrevió a salir de Roma, siempre arreando a sus dos asnos cargados de carbón. Tropezó con varias tropas de ellos, a los que no se les ocurrió detenerle. Desde entonces, no se han tenido más noticias de él que una carta; su madre le ha mandado dinero a Marsella, y se supone que se ha alistado como soldado de Francia.

La declaración del asesino de Terna y la huida de monsignor Guerra, que produjo en Roma gran sensación, reavivaron de tal modo las sospechas y hasta los indicios contra los Cenci, que fueron sacados del castillo Saint'Angelo y trasladados a la prisión Savella.

Los dos hermanos, sometidos a tortura, no imitaron, ni mucho menos, la grandeza de alma del bandido Marcio; tuvieron la pusilanimidad de confesarlo todo. La signora Lucrecia Petroni estaba tan acostumbrada a la molicie y a las comodidades del gran lujo, y además era tan corpulenta, que no pudo soportar la tortura de la cuerda: dijo rudo lo que sabía.

Pero no ocurrió lo mismo con Beatriz Cenci; plena de vivacidad y valor. De nada valieron las palabras ni las amenazas del juez Moscati. Soportó las torturas de la cuerda sin un momento de flaqueza y con una valentía perfecta. En ningún momento logró el juez inducirla a una respuesta que la comprometiera en nada; más aún, por su vivaz inteligencia, confundió por completo a ese célebre Ulises Moscati, el juez encargado de interrogarla. De tal manera le asombraron las maneras de actuar de aquella muchacha, que se creyó en el deber de mandar un informe de todo a su santidad el papa Clemente VIII, por ventura reinante.

Su santidad quiso ver los autos del proceso y estudiarlo. Le asaltó el temor de que la belleza de Beatriz hubiera impresionado al juez Ulises Moscatti, tan célebre por su profunda ciencia y la superior sagacidad de su inteligencia, hasta el punto de tratarla con miramiento en los interrogatorios. En consecuencia, su santidad le quitó la dirección de este proceso y la encomendó a otro juez más severo. Este bárbaro tuvo el valor de atormentar sin piedad a un cuerpo tan bello *ad torturam capillorum* (es decir, le aplicaron la tortura de colgarla por el cabello)<sup>24</sup>.

Mientras estaba amarrada a la cuerda, el nuevo juez hizo comparecer ante Beatriz a su madrastra y sus hermanos. Tan pronto como

---

<sup>24</sup> Véase el tratado *De Suppliciis* del célebre Farinacci, jurisconsulto contemporáneo. Hay en él detalles horribles cuya lectura no la soportaría nuestra sensibilidad del siglo XIX y que soportó muy bien una joven romana de dieciséis años y abandonada por su amante. (N. De Stendhal.)

Santiago y la signora Lucrecia la vieron, le gritaron:

—Cometido el pecado, hay que hacer también la penitencia y no dejarse destrozar el cuerpo por una vana obstinación.

—¿De modo que queréis cubrir de vergüenza nuestra casa —contestó la muchacha— y morir con ignominia? Estáis en un gran error; mas, ya que así lo queréis, que así sea.

Y, dirigiéndose a los esbirros, les dijo:

—Desatadme y que me lean el interrogatorio de mi madre; aprobaré lo que deba ser aprobado y negaré lo que deba ser negado.

Así se hizo; Beatriz confesó todo lo que era cierto<sup>25</sup>. Inmediatamente quitaron las cadenas a todos, y como hacía cinco meses que Beatriz no

---

<sup>25</sup> En Farinacci se encuentran varios pasajes de las declaraciones de Beatriz; me parecen de una sencillez emocionante. (N. de Stendhal.)

veía a sus hermanos, guiso comer con ellos y pasaron los cuatro un día muy alegre.

Pero al día siguiente volvieron a separarlos; a los dos hermanos los condujeron a la cárcel de Tordinona y las mujeres se quedaron en la de Savella. Nuestro santo padre el papa, después de ver los autos con las confesiones de todos, ordenó que, sin aplazamiento alguno, se diera muerte a los acusados atándolos a la cola de un caballo sin domar.

Toda Roma se estremeció al enterarse de esta rigurosa sentencia. Gran número de cardenales y príncipes fueron a prosternarse ante el papa, suplicándole que permitiera a aquellos desdichados presentar su defensa.

—¿Dieron ellos tiempo a su anciano padre para presentar la suya? —contestó indignado el papa.

Finalmente, por gracia especial, se dignó conceder un aplazamiento de veinticinco días.

Inmediatamente, los primeros abogados de Roma se pusieron a «escribir» en esta causa,

que había llenado a la ciudad de desconcierto y compasión. Al cumplirse los veinticinco días, se presentaron todos juntos ante su santidad. Habló el primero Nicolo de Angalis, pero apenas había leído dos líneas de su defensa cuando Clemente VIII le interrumpió

—¡De modo que en Roma —exclamó— se encuentran hombres que matan a su padre y después abogados para defender a esos hombres!

Todos permanecían mudos, cuando Farinacci se atrevió a levantar la voz.

—Santísimo padre —dijo—, no hemos venido aquí a defender el crimen, sino a probar, si podemos, que uno o varios de esos desdichados son inocentes del crimen<sup>26</sup>.

El papa le hizo seña de que hablara y Farinacci habló tres horas largas, después de lo cual el papa cogió los escritos de todos y los

---

<sup>26</sup> Muy bien. El papa suponía probado el crimen, lo que estaba por probar. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)



despidió. Cuando se iban, Altieri se quedó rezagado; temeroso de haberse comprometido, fue a arrodillarse ante el papa, diciendo:

—Como soy abogado de los pobres, no tenía más remedio que intervenir en esta causa.

A lo que el papa contestó:

—No nos extrañamos de ti, sino de los otros.

El papa no quiso acostarse: se pasó toda la noche leyendo las defensas de los abogados, ayudado en este trabajo por el cardenal de San Marcelo. Su santidad pareció tan conmovido, que algunos concibieron cierta esperanza por la vida de aquellos desdichados. Los abogados, para salvar a los hijos, cargaban todo el crimen a Beatriz. Como estaba probado en el proceso que su padre había empleado varias veces la fuerza con un fin criminal, los abogados esperaban que a ella le sería perdonado el delito por haber obrado en legítima defensa; y, si así ocurría, perdonada la vida al principal autor del crimen, ¿cómo iban a ser condenados

a muerte los hermanos, que habían sido inducidos por ella?

Después de aquella noche dedicada a sus deberes de juez, Clemente VIII ordenó que los acusados fuesen de nuevo conducidos a la cárcel e incomunicados. Esto dio grandes esperanzas a Roma, que en toda esta causa no veía más que a Beatriz. Era evidente que había amado a monsignor Guerra, pero no había transgredido jamás las reglas de la más severa virtud; luego, en verdadera justicia, no se le podían imputar los crímenes de un monstruo, ¡y la castigarían porque había hecho uso del derecho de defenderse! ¿Cuál habría sido el castigo si hubiera sido consentidora? ¿Iba la justicia humana a aumentar el infortunio de una criatura tan seductora, tan digna de compasión y ya tan desgraciada? Después de una vida tan triste, que había acumulado sobre ella toda clase de desgracias antes de cumplir dieciséis años, ¿no tenía por fin derecho a unos días menos horribles? Era como si a todos los

romanos se les hubiera encomendado su defensa. ¿No la habrían perdonado si, la primera vez que Francisco Cenci intentó el crimen, le hubieran apuñalado?

El papa Clemente VIII era benévolo y misericordioso. Empezábamos a abrir la esperanza de que, un poco pesaroso del arrebató que le había hecho interrumpir la defensa de los abogados, perdonaría a quien había respondido a la fuerza, no ciertamente en el momento del primer crimen, sino cuando se intentaba cometerlo de nuevo. Toda Roma vivía en la ansiedad, cuando el papa recibió la noticia de la muerte violenta de la marquesa Constanza Santa Croce. Su hijo Pablo Santa Croce acababa de matar a puñaladas a esta dama, de sesenta años, porque no quería comprometerse a nombrarle heredero de todos sus bienes. El informe añadía que Santa Croce había huido y que no tenían esperanza de detenerle. El papa recordó el fratricidio de los Massini, cometido poco

tiempo antes. Desolado por la frecuencia de estos asesinatos cometidos por parientes próximos, su santidad pensó que no le era permitido perdonar. Al recibir este fatal informe sobre Santa Croce, el papa estaba en el palacio de Montecavallo, donde se encontraba el 6 de septiembre para estar a la mañana siguiente más cerca de la iglesia de Santa María de los Ángeles con el fin de consagrar en ella obispo a un cardenal alemán.

El viernes, a las cuatro de la tarde, mandó llamar a Ferrante Taverna<sup>27</sup>, gobernador de Roma, y le dijo estas mismas palabras:

—Nos te encomendamos el asunto de los Cenci para que hagas justicia sin aplazamiento alguno.

El gobernador volvió a su palacio muy impresionado por la orden que acababa de recibir; pronunció inmediatamente la sentencia

---

<sup>27</sup> Después cardenal por una causa tan singular. (N. del manuscrito.)

ele muerte y reunió una congregación para deliberar sobre el modo de la ejecución.

La mañana del sábado, 11 de septiembre de 1599, los primeros señores de Roma, miembros de la hermandad de *comfortatori*, se personaron en las dos prisiones, en Corte Savella, donde estaban Beatriz y su madrastra, y en Tordinona, donde se encontraban Santiago y Bernardo Cenci. Durante toda la noche del viernes al sábado, los señores romanos, que se habían enterado de lo que ocurría, no hicieron otra cosa que ir del palacio de Montecavallo a los de los principales cardenales, con el propósito de conseguir, y por lo menos, que las mujeres fueran ejecutadas en el interior de la prisión y no en un infamante cadalso, y que se perdonara al joven Bernardo Cenci, el cual, de apenas quince años, no había podido entrar en ninguna confidencia. El noble cardenal Sfozza se distinguió especialmente por su celo en el transcurso de aquella noche fatal, pero, aunque príncipe tan poderoso, no pudo conseguir

nada. El crimen de Santa Croce era un crimen vil, cometido por dinero, y el crimen de Beatriz se cometió por salvar el honor.

Mientras los cardenales más poderosos daban tantos pasos inútiles, Farinacci, nuestro gran jurisconsulto, tuvo la valentía de llegar hasta el papa; una vez ante su santidad, este hombre asombroso fue lo bastante hábil para llegar a la conciencia de Clemente VIII y, a fuerza de importunarle, logró que se perdonara la vida de Bernardo Cenci.

Cuando el papa pronunció esta gran palabra, serían las cuatro de la mañana (del sábado 11 de septiembre). En la plaza del puente Saint'Angelo habían trabajado toda la noche en los preparativos de la cruel tragedia. Pero hasta las cinco de la mañana no se pudieron terminar todas las copias necesarias de la sentencia de muerte, de manera que hasta las seis no fue posible ir a notificar la fatal noticia a aquellos pobres desdichados, que cataban durmiendo tranquilamente.

En los primeros momentos, Beatriz no tenía ni fuerzas para vestirse. Lanzaba gritos penetrantes y continuos y se entregaba sin contención alguna a la más terrible desesperación<sup>28</sup>.

—¡Oh Dios mío! —exclamaba—, ¿es posible que haya yo de morir así, de improvviso?

En cambio, Lucrecia Petroni no dijo nada que no fuera muy sensato; primero rezó de rodillas y después exhortó tranquilamente a su hija a que fuera con ella a la capilla, donde debían prepararse las dos para el gran tránsito de la vida a la muerte.

Estas grandes palabras devolvieron a Beatriz toda su tranquilidad. En cuanto su madrastra hizo volver en sí misma a aquella gran alma, se mostró tan prudente y razonable como extravagante

---

<sup>28</sup> En 1833, una muchacha de tal fuerza de alma sería toda dignidad y pensaría en imitar a María Estuardo. Para ver la naturalidad, hay que ir a Italia y al año 1599. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

Pidió un notario para hacer testamento, cosa que le fue concedida. Dispuso que llevaran su cadáver a San Pietro in Montorio; dejó trescientos mil francos a las Stimite (religiosas de los estigmas de San Francisco), cantidad que debe ser destinada a dotar a cincuenta doncellas pobres. Este ejemplo conmovió a la signora Lucrecia, que, a su vez, hizo testamento y dispuso que se llevara su cadáver a San Jorge; dejó a esta iglesia quinientos mil francos de limosnas e hizo otros legados piadosos.

A las ocho se confesaron, oyeron misa y recibieron la sagrada comunión. Pero, antes de ir a misa, Beatriz consideró que no era conveniente subir al cadalso, ante todo el pueblo, con las ricas vestiduras que llevaban. Encargó dos vestidos, uno para ella y otro para su madre. Se los hicieron como los de las monjas, sin adornos en el pecho y en los hombros, y solamente tableados y con mangas anchas. El vestido de la madrastra era de tela



de algodón negro; el de la joven, de tafetán azul con un grueso cordón que ceñía la cintura.

Cuando llevaron los vestidos, la signora Beatriz, que estaba arrodillada, se levantó y dijo a la signora Lucrecia:

—Señora madre, se acerca la hora de nuestra pasión; debemos prepararnos, ponernos estos otros vestidos y prestarnos por última vez el servicio recíproco de vestirnos.

En la plaza del puente Sant'Angelo habían levantado un gran patíbulo con un cepo y una *mannaja* (una especie de guillotina)<sup>29</sup>. A las ocho de la mañana, la compañía de la Misericordia llevó su gran crucifijo a la puerta de la prisión. El primero que salió fue Santiago Cenci; se arrodilló devotamente en el umbral de la puerta, rezó y besó las sagradas llagas del crucifijo. Le seguía Bernardo Cenci, su hermano pequeño, que tenía también las manos atadas y

---

<sup>29</sup> La *mannaja* debía de parecerse al instrumento de muerte francés (N. de Stendhal en el manuscrito).

una tablilla delante de los ojos. El gentío era enorme, se produjo un tumulto por un vaso que cayó de una ventana casi sobre la cabeza de un penitente que iba junto al pendón con una antorcha encendida.

Cuando todos estaban mirando a los dos hermanos, avanzó de improviso el fiscal de Roma y dijo:

—Signor Bernardo, Nuestro Señor os perdona la vida; someteos a acompañar a vuestros familiares y rogada Dios por ellos.

Inmediatamente, sus dos *confortatori* le quitaron la tablilla que llevaba delante de los ojos. El verdugo estaba colocando en la carreta a Santiago Cenci y ya le había quitado el vestido para poder atenazarle. Cuando el verdugo se acercó a Bernardo, comprobó la firma del indulto, le desató, le quitó las esposas y, como estaba descubierto para ser atenazado, el verdugo le subió a la carreta y le puso el rico manto de paño galoneado de oro. (Se ha dicho que era el mismo que Beatriz dio a Marcio

después de lo hecho en la fortaleza de Petrella.) La inmensa multitud aglomerada en la calle, en las ventanas y en los tejados se ahité de pronto<sup>30</sup>; se oía un rumor sordo y profundo: la gente empezaba a decir que aquel sirio había sido indultado.

Comenzaron los cantos de los salmos y la procesión se dirigió despacio, por la plaza Navonne, hacia la prisión Savella. Llegados a la puerta de la misma, se detuvo el pendón, salieron las dos mujeres, adoraron la santa cruz y luego echaron a andar una detrás de otra. Iban vestidas como queda dicho rosadas ambas con un gran veto de tafetán que les llegaba casi a la cintura.

La signora Lucrecia, en su calidad de viuda llevaba un velo negro y unas chinelas de terciopelo negro sin tacones, como mandaba la costumbre.

---

<sup>30</sup> Se ve bien cómo un pueblo esclavo de la sensación presente se compadece del culpable que va a sufrir. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

El velo de la muchacha era de tafetán azul, como su vestido; llevaba además un velo de brocado de plaza cobre los hombros, una falda de paño morado y escaarpines de terciopelo blanco, elegantemente unidos y sujetos con un carmesí. Tenía una gracia singular caminando con este atuendo y medida que la gente la veía avanzar despacio en las últimas filas de la procesión, brotaban las lágrimas en todos los ojos.

Las dos mujeres, tenían las manos libres, pero lo, brazos arados al cuerpo, de tal manera que podían llevar un crucifijo, lo tenían muy cerca de los ojos Las mangas de sus vestidos eran muy amplias, así que se le veían los brazos, cubierto, con una camisa atada en las mujeres, como es costumbre en este país.

La signora Lucrecia, menos firme de alma, lloraba casi sin interrupción; en cambio; la joven Beatriz demostraba gran valor, y dirigiendo los ojos a cada una de las iglesias ante las que pasábala procesión, se arrodillaba

un momento y decía con voz firme: *Adoramus te Christe!*

Mientras tanto, el pobre Santiago Cenci, atenazado en su carreta, mostraba mucha firmeza.

A duras penas pudo la procesión atravesar la parte de abajo de la plaza del puente Saint'Angelo, tan grande era el número de carrozas y la multitud del pueblo. Inmediatamente condujeron alas mujeres a la capilla preparada al efecto, y luego llevaron a la misma a Santiago Cenci.

El joven Bernardo, cubierto con su manto galoneado, fue conducido directamente al patíbulo; entonces todos creyeron que iban a darle muerte y que no había sido indultado. El pobre niño tuvo un miedo tan grande, que cayó desmayado al segundo paso que dio en el patíbulo. Le hicieron volver en sí con agua fresca y le sentaron frente a la *mannaja*.

El verdugo fue a buscar a la signora Lucrecia Petroni; tenía las manos atada a la

espalda y ya no llevaba el velo sobre los hombros. Apareció en la plaza acompañada por el pendón, envuelta la cabeza en el velo de tafetán negro; hizo la reconciliación con Dios y besó las sagradas llagas. Le dijeron que dejara las chinelas en el pavimento; como era muy gruesa, le costó un poco subir los escalones. Ya en el cadalso y cuando le quitaron el velo del tafetán negro, sufrió gran confusión de que la vieran con los hombros y el pecho descubiertos; se miró, luego miró la *mannaja* y, como con un gesto de resignación, se encogió lentamente de hombros<sup>31</sup>; se le llenaron de lágrimas los ojos; dijo: «¡Oh Dios mío!... Y vosotros, hermanos míos, rogad por mi alma.»

No sabiendo lo que tenía que hacer, preguntó a Alejandro, primer verdugo, cómo debía comportarse. El verdugo le dijo que se

---

<sup>31</sup> Gesto de resignación, y no de protesta, en Italia. El stringimento de resignación es más lento y más marcado que el nuestro. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

pusiera a horcajadas sobre la tabla del cepo. Pero a ella le pareció que esto ofendía al pudor y tardó mucho en hacerlo. (Los detalles que siguen son tolerables para el público italiano, que quiere enterarse de todo con perfecta exactitud; bástele al lector saber que aquella pobre mujer, por el pudor, se hirió en el pecho; el verdugo mostró la cabeza al pueblo y luego la envolvió en el velo de tafetán negro.)

Mientras preparaban la *mannaja* para la joven, se derrumbaron unas gradas llenas de curiosos y muchos perecieron<sup>32</sup>. De modo que comparecieron ante Dios antes que Beatriz.

Cuando Beatriz vio venir hacia la capilla el pendón para llevársela, dijo con vivacidad:

—¿Ha muerto mi señora madre?

Le contestaron que sí; se arrodilló ante el crucifijo y rezó con fervor por su alma. Luego

---

<sup>32</sup> ¡Quién había de decir a aquella gente que iba a morir antes que Beatriz!

habló en voz alta y durante un buen rato al crucifijo.

—Señor, resucitaste por mí, y yo te seguiré con buena voluntad, esperando en tu misericordia por mi enorme pecado...

Luego recitó varios salmos y oraciones, siempre en alabanza de Dios. Cuando por fin apareció ante ella el verdugo con una cuerda, dijo:

—Ata este cuerpo que debe ser castigado y desata esta alma que debe llegar a la inmortalidad y a una gloria eterna.

Se levantó, rezó, dejó las chinelas al pie de los escalones y, ya en el cadalso, pasó con ligereza la pierna sobre la tabla, apoyó el cuello bajo la *mannaja* y lo hizo todo perfectamente ella misma para evitar que la tocara el verdugo. Con la rapidez de sus movimientos, evitó que, en el momento en que le quitaron el velo de tafetán, el público le viera los hombros y el pecho. El verdugo tardó en la ejecución, porque sobrevino un entorpecimiento. Mientras tanto,



Beatriz invocaba en voz alta el nombre de Jesucristo y de la Virgen Santísima<sup>33</sup>. En el momento fatal, el cuerpo hizo un vivo movimiento. El pobre Bernardo Cenci, que seguía sentado en el cadalso, volvió a caer desmayado y los *confortatori* tardaron más de una hora en reanimarle. Entonces subió al cadalso Santiago Cenci; pero también, aquí hay que saltar detalles demasiado terribles. Santiago Cenci fue muerto a golpes (*mazzolato*).

---

<sup>33</sup> Cuenta un autor contemporáneo que Clemente VIII estaba muy preocupado por la salvación del alma de Beatriz; como sabía que había sido injustamente condenada, el papa temía un arrebató de rebeldía. En el momento en que Beatriz puso la cabeza en la mannaja, el fuerte Sant'Angelo, desde el cual se veía muy bien la mannaja, disparó un cañonazo. El papa, que estaba rezando en Montecavallo, esperando esta señal, se apresuró a dar a la muchacha la absolución papal «mayor» in articulo mortis. De aquí el retraso en aquel cruel momento de que habla el cronista. (N. de Stendhal.)

Inmediatamente volvieron a Bernardo a la prisión. Tenía una fiebre muy alta. Le sangraron.

En cuanto a las pobres mujeres, metieron a cada una en su ataúd y las dejaron a unos pasos del cadalso, junco a la estatua de San Pablo, que es la primera a la derecha en el puente Sant'Angelo. Allí se quedaron hasta las cuatro y cuarto de la tarde. Entorno a cada ataúd ardían cuatro cirios de cera blanca.

Después las condujeron, con lo que quedaba de Santiago Cenci, al palacio del cónsul de Florencia. A las nueve y cuarto de la noche<sup>34</sup> llevaron a San Pietro in Montorio el cadáver de Beatriz, cubierto con sus vestiduras

---

<sup>34</sup> Es la hora en que se celebran en Roma los encierros de los príncipes. El convoy del burgués tiene lugar a la puesta del sol; a la pequeña nobleza la trasladan a la iglesia a la una de la noche; a los cardenales y a los príncipes, a las dos y media de la noche, hora que, el 11 de septiembre, correspondía a las diez menos cuarto. (N. de Stendhal.)

y profusamente coronado de flores. Estaba deslumbradoramente bella; difiérase que estaba dormida. La enterraron ante el altar mayor y la Transfiguración de Rafael de Urbino. Fue escoltada, con cincuenta grandes cirios encendidos, por todos los religiosos franciscanos de Roma.

A las diez de la noche trasladaron el cadáver de Lucrecia Petroni a la iglesia ele San Jorge. Durante esta tragedia, la multitud fue innumerable; hasta donde alcanzaba la vista, las calles se veían llenas de carrozas y de gente; los tablados, las ventanas y los tejados, llenos de curiosos. El sol era aquel día tan abrasador, que muchos perdieron el conocimiento y muchísimos contrajeron calenturas; y cuando acabó todo, a las dos menos cuarto, y se dispersó la multitud, murieron muchas personas asfixiadas y otras aplastadas por los caballos. El número de muerto a fue muy considerable.

La signora Lucrecia Petroni era más bien baja que alta, y, aunque tenía cincuenta años, se conservaba muy bien. De facciones muy bella., tenía la nariz pequeña, los ojos negros, la tez muy blanca y con bellos colores; el cabello, escaso y castaño<sup>35</sup>.

Beatriz Cenci, que será llorada eternamente, tenía dieciséis años justos; era pequeña, bonitamente entrada en carnes y con unos hoyitos en medio de las mejillas, de manera que, muerta y coronada de flores, difiérase que estaba dormida, y hasta que reía, como solía hacerlo en vida. Tenía la boca pequeña, el pelo rubio y bucles naturales. Cuando iba a la muerte, estos bucles rubios le caían sobre los ojos, lo que le daba cierta gracia y movía a compasión.

Santiago Cenci era pequeño, grueso, blanco de cara y con barba negra; cuando murió tenía

---

<sup>35</sup> Véanse los retratos en el palacio Barberini. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

aproximadamente veintiséis años. Bernardo Cenci era idéntico a su hermana, y como llevaba el cabello largo como ella, cuando apareció en el cadalso mucha gente le confundió con ella.

El sol era tan abrasador, que varios espectadores de esta tragedia murieron aquella noche, entre ellos Ubaldino Ubaldini, un joven guapísimo y que había gozado hasta entonces de una salud perfecta. Era hermano del *signor* Renzi, tan conocido en Roma. De modo que las sombras de los Cenci le fueron bien acompañadas.

Ayer, que fue martes, 14 de septiembre de 1599, los penitentes de San Marcello, con ocasión de la fiesta de la Santa Cruz, hicieron uso de su privilegio para poner en libertad al *signor* Bernardo Cenci, que se obligó a pagar en un año cuatrocientos mil francos a la Santísima trinidad del puente Sixto.

*(Añadido con otra letra:)*

De él descienden Francisco y Bernardo Cenci, que viven hoy<sup>36</sup>.

El célebre Farinacci, que, gracias a su obstinación, salvó la vida del joven Cenci, publicó sus alegatos. Sólo da un extracto del alegato número 66, que pronunció ante Clemente VIII en defensa de los Cenci. Esta defensa, en lengua latina, ocuparía seis grandes páginas, y no puedo incluirla aquí, lo que lamento, pues pinta las maneras de pensar de 1599; me parece muy razonable. Muchos años después de 1599, Farinacci, al ver impresos sus alegatos, añadió una nota al que había pronunciado en defensa de los Cenci: *Omnes fuerunt ultimo supplicio effecti, excepto Bernardo qui ad trirremes cum bonorum confiscationes condematus fuit, ac etiam ad interessendum aliorum morti prout interfuit*. El final de esta nota en latín

---

<sup>36</sup> Estas últimas líneas, añadidas mucho después por algún copista. (N. de Stendhal en el manuscrito italiano.)

es emocionante, pero supongo que el lector está cansado de tan larga historia.

# VANINA VANINI

*Vanina* *Vanini,*  
*ou particularités sur la dernière vente de*  
*carbonari découverte dans les États du Pape*  
*de Chroniques italiennes (1839)*

O PARTICULARIDADES SOBRE LA  
ÚLTIMA «VENDETA» DE  
CARBONARIOS  
DESCUBIERTA EN LOS ESTADOS  
DEL PAPA

Era una noche de primavera de 182... Toda Roma estaba en movimiento: el duque de S., el famoso banquero, daba un baile en su nuevo palacio de la plaza de Venecia. Para embellecimiento del mismo, se había reunido en él todo lo más espléndido que el lujo de París y de Londres puede producir. La concurrencia era inmensa. Las rubias y circunspectas beldades de la noble Inglaterra habían recabado el honor de asistir a aquel



baile; llegaban en gran número. Las mujeres más hermosas de Roma les disputaban el trofeo de la belleza. Acompañada por su padre, llegó una joven a la que el fuego de sus ojos bellísimos y su pelo de ébano proclamaban romana. En toda su apostura, en todos sus gestos, trascendía un singular orgullo.

Los extranjeros que iban llegando se quedaban asombrados ante la magnificencia de aquel baile. «Ni las fiestas de ningún rey de Europa se pueden comparar con esto», decían.

Los reyes no tienen un palacio de arquitectura romana y se ven obligados a invitar a las grandes damas de su corte, mientras que el duque de B. no invita más que a las mujeres bonitas.

Aquel día tuvo suerte en su convite; los hombres estaban deslumbrados. Entre tantas mujeres destacadas, hubo que decidir cuál era la más bella: la elección no fue rápida, pero al fin quedó proclamada reina del baile la princesa Vanina, aquella joven de pelo negro y

ojos de fuego. Inmediatamente los extranjeros y los jóvenes romanos abandonaron todos los demás salones y se aglomeraron en el que estaba ella.

El príncipe, don Asdrúbal Vanini, quiso que su hija bailara en primer lugar con dos o tres reyes soberanos de Alemania. Después, Vanina aceptó las invitaciones de algunos ingleses muy buenos mozos y muy nobles, pero su porte tan estirado la fastidió. Al parecer, la divertía más mortificar al joven Livio Savelli, que parecía muy enamorado. Era el joven más brillante de Roma y, además, también él era príncipe; pero si le dieran a leer una novela, a las veinte páginas la tiraría diciendo que le daba dolor de cabeza. Esto era para Vanina una desventaja.

A medianoche se difundió por el baile una noticia que suscitó bastante interés. Un joven carbonario que estaba detenido en el fuerte de Sant'Angelo acababa de fugarse, disfrazado, aquella noche y, con un alarde de audacia

romancesca, al llegar al último cuerpo de guardia de la prisión, había atacado a los soldados con un puñal; pero resultó herido, los esbirros le seguían por las calles siguiendo el rastro de su sangre y se esperaba que le cogerían.

Mientras contaban esta anécdota, don Livio Savelli, deslumbrado por las gracias y los triunfos de Vanina, con la que acababa de bailar, le decía, al acompañarla a su sitio y casi loco de amor:

—Pero, por Dios, ¿quién puede conquistar su agrado?

—Ese joven carbonario que acaba de fugarse —le contestó Vanina—. Por lo menos, ese ha hecho algo más que tomarse el trabajo de nacer.

El príncipe don Asdrúbal se acercó a su hija. Es un hombre rico que lleva veinte años sin hacer cuentas con su administrador, el cual le presta sus propias rentas a un interés muy alto. Cualquiera que le encuentre en la calle le

tomará por un viejo actor, sin observar que lleva en las manos cinco o seis sortijas enormes con unos diamantes gordísimos. Sus dos hijos se hicieron jesuitas y luego murieron locos. El padre los ha olvidado, pero le contraría mucho que su hija única, Vanina, no quiera casarse. Tiene ya diecinueve años y rechaza partidos brillantísimos. ¿Por qué razón? Por la misma que tuvo Sila para abdicar: su desprecio por los romanos.

Al día siguiente del baile, Vanina observó que su padre, el más negligente de los hombres y que jamás se había tomado el trabajo de coger una llave, cerraba con mucho cuidado la puerta de una pequeña escalera que subía a unas habitaciones situadas en el tercer piso del palacio. Estas habitaciones tenían unas ventanas que daban a una terraza con naranjos. Vanina salió a hacer unas visitas en Roma; al volver a casa se encontró con que la puerta principal estaba interceptada por los preparativos de una iluminación, y el coche

entró por los patios de atrás. Vanina miró hacia arriba y le extrañó que estuviera abierta una de las ventanas del piso que con tanto cuidado había cerrado su padre. Se desprendió de su señora de compañía, subió a los desvanes del palacio y a fuerza de buscar dio con una ventanita enrejada que daba a la terraza de los naranjos. La ventana abierta que le había llamado la atención estaba a dos pasos. No cabía duda: en aquella habitación había alguien, pero ¿quién? Al día siguiente, Vanina consiguió la llave de una pequeña puerta que daba a la terraza de los naranjos.

Se acercó callandito a la ventana, que seguía abierta. Una persiana impedía que la vieran desde dentro. Al fondo de la habitación había una cama y en la cama una persona. Su primera reacción fue retirarse, pero vio en una silla un vestido de mujer. Mirando mejor a la persona que estaba en la cama, observó que era rubia y parecía muy joven. Ya no le cabía duda de que era una mujer. El vestido que estaba en

la silla tenía manchas de sangre, lo mismo que los zapatos de mujer que se veían sobre la mesa. La desconocida hizo un movimiento y Vanina se dio cuenta de que estaba herida. Le cubría el pecho una gran franja de tela manchada de sangre, y aquella franja estaba sólo atada con dos cintas; no era un cirujano quien así se la puso.

Vanina observó que todos los días, a eso de las cuatro, su padre se encerraba en sus habitaciones y enseguida subía a ver a la desconocida; luego bajaba y se iba a casa de la condesa Vitteleschi. Nada más salir él, Vanina subía a la pequeña terraza desde donde podía ver a la desconocida. Su sensibilidad estaba muy interesada por aquella joven tan desgraciada; intentaba adivinar su aventura. El vestido ensangrentado que estaba sobre la silla había sido apuñalado varias veces. Vanina podía contar los desgarrones. Un día vio mejor a la desconocida: tenía los ojos, azules, fijos en el cielo. La joven princesa tuvo que esforzarse

mucho por no hablarle. Al día siguiente, Vanina se atrevió a esconderse en la pequeña terraza antes de que llegara su padre. Vio a don Asdrúbal entrar en la habitación de la desconocida. Llevaba una cestita con provisiones. El príncipe parecía preocupado y no dijo gran cosa. Además, hablaba tan bajo que, aunque la puerta-ventana estaba abierta, Vanina no pudo oír sus palabras. El príncipe se marchó enseguida.

«Muy terrible tiene que ser lo que le pasa a esta pobre mujer —se dijo Vanina— para que mi padre, con su carácter tan despreocupado, no se fíe de nadie y se tome la molestia de subir todos los días veinte escalones.»

Un día, Vanina acercó un poco la cabeza a la ventana de la desconocida, se encontraron sus miradas y se descubrió todo. Vanina cayó de rodillas y exclamó:

—La quiero; cuente conmigo.

La desconocida le hizo seña de que entrara.

—Le pido mil perdones —se disculpó Vanina—. ¡Qué ofensiva debe de parecerle mi curiosidad! Le juro que guardaré el secreto y que, si me lo exige, no volveré más.

—¿Quién no se sentiría feliz por verla? —dijo la desconocida—. ¿Vive usted en este palacio?

—¡Claro que sí! Pero veo que no me conoce: soy Vanina, hija de don Asdrúbal.

La desconocida la miró con gesto de sorpresa, se sonrojó vivamente y añadió:

—Dígnese permitirme esperar que vendrá a verme todos los días; ahora bien, desearía que el príncipe no se enterase de sus visitas.

A Vanina le palpitaba fuertemente el corazón. Las maneras de la desconocida le parecían sumamente distinguidas. Sin duda aquella pobre muchacha había ofendido a algún hombre poderoso. ¿No habría matado a su amante en un arrebató de celos? Vanina no podía atribuir su desgracia a una causa vulgar. La desconocida le dijo que había recibido en la



espalda una herida que le había llegado al pecho y le dolía mucho. A veces se le llenaba la boca de sangre.

—¡Y no tiene un cirujano!

—Ya sabe usted que en Roma —dijo la desconocida— los cirujanos tienen que dar parte a la policía de todas las heridas a que atienden. El príncipe se dignó vendarme las mías con este lienzo.

La desconocida evitaba con una naturalidad perfecta compadecerse de su accidente; Vanina la quería ya con locura. Pero a la joven princesa le chocó mucho una cosa: que en una conversación evidentemente tan seria, a la desconocida le costara mucho trabajo contener unas ganas repentinas de reír.

—Me gustaría mucho —le dijo Vanina— saber su nombre.

—Me llamo Clementina.

—Bueno, querida Clementina, mañana a las cinco vendré a verla.

Al día siguiente, Vanina encontró muy mal a su nueva amiga.

—Le voy a traer un cirujano —le dijo, besándola.

—Prefiero morir —rechazó la desconocida—. ¿Cómo voy a comprometer a mis bienhechores?

—El cirujano de monseñor Savelli-Catanzara, gobernador de Roma, es hijo de un criado nuestro —replicó vivamente Vanina—. Nos es muy adicto y, por su posición, no teme a nadie. Mi padre no hace justicia a su fidelidad. Voy a llamarle.

—No quiero ningún cirujano —exclamó la desconocida con una energía que sorprendió a Vanina—. Venga a verme, y si Dios ha de llamarme a él, moriré dichosa en brazos de usted.

Al día siguiente, la desconocida estaba peor.

—Si me quiere —le dijo Vanina al marcharse—, la verá un cirujano.

—Si viene, se acabó mi felicidad.

—Voy a mandar a buscarle —insistió Vanina.

La desconocida, sin decir nada, la detuvo, le cogió la mano y se la besó una y otra vez. Por fin la soltó y, como quien va a la muerte, le dijo:

—Tengo que hacerle una confesión. Anteayer mentí diciéndole que me llamaba Clementina: soy un desventurado carbonario...

Vanina, estupefacta, retiró su silla y se levantó.

—Bien me doy cuenta —prosiguió el carbonario— de que esta confesión me va a hacer perder el único bien que me une a la vida; pero engañarla es indigno de mí. Me llamo Pedro Missirilli y tengo diecinueve años. Mi padre es un pobre cirujano de Sant'Angelo in Vado y yo soy carbonario. Sorprendieron a nuestra vendita y a mí me llevaron, encadenado, de la Romaña a Roma. Allí pasé trece meses en un calabozo alumbrado noche y día con una lamparilla. A un alma caritativa se

le ocurrió la idea de facilitarme la fuga. Me vistieron de mujer. Cuando salía de la prisión, al pasar por delante de los guardianes de la última puerta, uno de ellos se puso a echar pestes de los carbonarios. Le di un bofetón. Le aseguro que no fue una fanfarronada tonta, sino simplemente un descuido. Después de esta imprudencia fui perseguido de noche por las calles de Roma y herido a bayonetazos. Perdiendo ya mucha sangre y casi sin fuerzas, subo a una casa que tenía la puerta abierta, oigo a los soldados subir detrás de mí, salto a un jardín y caigo a unos pasos de una mujer que estaba paseando...

—La condesa Vitteleschi, la amiga de mi padre —interrumpió Vanina.

—¡Cómo! ¿Se lo ha dicho ella? —exclamó Missirilli—. El caso es que esa señora, cuyo nombre no se debe pronunciar jamás, me salvó la vida. Cuando los soldados entraban en su casa para cogerme, su padre de usted me hacía subir a su coche. Me siento muy mal: desde

hace días, este bayonetazo en la espalda no me deja respirar. Voy a morir, y desesperado porque ya no la veré más.

Vanina había escuchado con impaciencia. Salió rápidamente. Missirilli no encontró ninguna piedad en aquellos ojos tan bellos: sólo la expresión de un carácter altivo al que acababan de ofender.

Aquella noche apareció, solo, un cirujano. Missirilli estaba, en efecto, desesperado: tenía miedo de no ver nunca más a Vanina. Hizo preguntas al cirujano, el cual se limitó a curarle sin contestar. Los días siguientes, el mismo silencio. Pedro no apartaba los ojos de la ventana de la terraza por la que antes entraba Vanina. Se sentía muy desgraciado. Una vez, a medianoche, creyó divisar a alguien en la sombra de la terraza. ¿Sería Vanina?

Vanina iba todas las noches a pegar la mejilla a los cristales de la ventana del joven carbonario.

«Si le hablo —se decía—, estoy perdida. ¡No, no debo verle nunca más!»

Tomada esta resolución, Vanina recordaba a su pesar el afecto que le había tomado a aquel joven cuando, tan tontamente, lo creía mujer. ¡De modo que después de una intimidad tan dulce tenía que olvidarle! En los momentos más razonables, se asustaba del cambio producido en sus ideas. Desde que Missirilli había dicho su nombre, todas las cosas en las que Vanina estaba acostumbrada a pensar parecía que se habían cubierto de un velo y resultaban muy lejanas.

No había transcurrido una semana cuando Vanina, pálida y trémula, entró con el cirujano en la habitación del joven carbonario. Venía a decirle que había que convencer al príncipe de que se hiciese sustituir por un criado. No se quedó ni diez segundos; pero a los pocos días volvió otra vez con el cirujano, por humanidad. Una noche, aunque Missirilli estaba mucho mejor y Vanina no tenía ya el pretexto de temer

por su vida, se atrevió a presentarse sola. Al verla, Missirilli se sintió muy feliz, pero decidió ocultar su amor; ante todo, no quería apartarse de la dignidad que convenía a un hombre. A Vanina, que había entrado en la habitación muy sonrojada y temiendo oír palabras de amor, la desconcertó la amistad noble y leal, pero muy poco tierna, con que la recibió Missirilli. Se marchó sin que él intentara retenerla.

Volvió a los pocos días. La misma conducta, las mismas promesas de adhesión respetuosa y de agradecimiento eterno. Vanina, muy lejos de tener que poner freno a las efusiones del joven carbonario, se preguntó si era ella sola la enamorada. Aquella muchacha hasta entonces tan orgullosa se dio cuenta amargamente de toda la magnitud de su locura. Simuló jovialidad y hasta frialdad, espació las visitas, pero no tuvo la fuerza de voluntad de dejar de ver al joven enfermo.

Missirilli, abrasado de amor, pero pensando en su origen oscuro y en su deber, se había prometido no descender a hablar de amor sino en el caso de que Vanina dejara pasar ocho días sin ir a verle. El orgullo de la joven princesa combatió paso a paso. «Pues bien —acabó por decirse—, si le veo es por mí, porque me gusta hacerlo, y jamás le confesaré el amor que me inspira.» Hacía largas visitas a Missirilli, que le hablaba como hubiera podido hacerlo en presencia de veinte personas. Una noche, después de pasar el día odiándole y prometiéndose solemnemente estar con él aún más fría y más severa que de costumbre, le dijo que le amaba. Al poco tiempo ya no le quedó nada que negarle.

Gran locura la suya, pero hay que reconocer que Vanina fue perfectamente feliz. Missirilli ya no pensó en lo que él creía deber a su dignidad de hombre; amó como se ama por primera vez a los diecinueve años y en Italia. Sintió todos los escrúpulos del amor pasión.



Hasta el punto de confesar a aquella joven princesa tan orgullosa la política que había puesto en práctica para conquistar su amor. Estaba asombrado de tanta felicidad. Pasaron volando cuatro meses. Un día el cirujano dio de alta a su paciente. «¿Qué voy a hacer ahora? — pensó Missirilli—, ¿permanecer escondido en casa de una de las mujeres más bellas de Roma? ¡Los infames tiranos, que me tuvieron trece meses encarcelado sin dejarme ver la luz del día, creerán que me han desanimado! ¡Italia, muy desdichada eres, si tus hijos te abandonan por tan poco!»

Vanina no pensaba ni por un momento que para Pedro hubiera en el mundo mayor felicidad que la de permanecer toda la vida unido a ella; Missirilli parecía muy dichoso, pero en su alma resonaba amargamente una frase del general Bonaparte que influía en toda su conducta ante las mujeres. En 1796, cuando el general Bonaparte se fue de Brescia, las autoridades municipales que le acompañaban

hasta la puerta de la ciudad le dijeron que los brescianos amaban la libertad más que todos los demás italianos. «Sí —contestó Bonaparte—, ama<sup>37</sup> hablar de la libertad a sus amantes.»

Missirilli dijo a Vanina, con un aire bastante cortado:

—En cuanto anochezca, tengo que salir.

—Ten mucho cuidado de volver al palacio antes del amanecer; te esperaré.

—Al amanecer estaré a varias millas de Roma.

—Muy bien —dijo Vanina fríamente—, y ¿adónde irás?

—A la Romana, a vengarme.

—Como yo soy rica —dijo Vanina en un tono muy tranquilo—, espero que aceptarás de mí armas y dinero.

Missirilli la miró unos instantes sin pestañear; después, arrojándose en sus brazos:

---

<sup>37</sup> Para que esta frase no pierda su agudeza de réplica, hay que traducirla al español con este galicismo de «amar» por «gustar». (Nota de la traducción)

—Alma de mi vida, me haces olvidarlo todo —le dijo—, hasta mi deber. Pero precisamente por la nobleza de tu corazón debes comprenderme mejor que nadie.

Vanina lloró mucho, y quedaron en que Missirilli tardaría dos días más en marcharse de Roma.

—Pedro —le dijo ella al día siguiente—, me has dicho muchas veces que si alguna vez se compromete Austria, lejos de nosotros, en alguna gran guerra, un hombre conocido, un príncipe romano, por ejemplo, que dispusiera de mucho dinero, podría ayudar muchísimo a la causa de la libertad.

—Desde luego —dijo Pedro, extrañado.

—Pues bien, tú tienes valor; no te falta más que una elevada posición: te ofrezco mi mano y doscientas mil libras de renta. Yo me encargo de obtener el consentimiento de mi padre.

Pedro se arrojó a sus pies; Vanina estaba radiante de gozo.

—Te amo con pasión —le dijo el carbonario—, pero soy un pobre servidor de la patria, y cuanto más desgraciada es Italia, más obligado estoy a serle fiel. Para obtener el consentimiento de don Asdrúbal, habría que desempeñar durante varios años un triste papel. No te acepto, Vanina.

Missirilli se apresuró a comprometerse con estas palabras. Iba a faltarle el valor.

—Por mi desgracia —exclamó—, te amo más que a la vida, y dejar Roma es para mí el peor de los suplicios. ¡Ah, si Italia se viera liberada de los bárbaros! ¡Con qué alegría me embarcaría contigo para ir a vivir en América!

Vanina estaba muy fría. Que Missirilli rechazara su mano fue sorprendente para su orgullo; pero enseguida se echó en brazos de Missirilli.

—Nunca me has parecido tan digno de amarte —exclamó—; sí, mi cirujanito de campaña: soy tuya para siempre. Eres un gran hombre, como nuestros antiguos romanos.

Todas las ideas sobre el futuro, todos los tristes consejos de la cordura, desaparecieron; fue un momento de amor perfecto.

Cuando pudieron volver a la razón, Vanina dijo:

—Yo estaré en la Romaña casi tan pronto como tú. Voy a hacer que me receten los baños de «La Poretta». Pararé en el palacio que tenemos en San Nicolo, cerca de Forli...

—¡Pasaré allí mi vida contigo! —exclamó Missirilli.

—Desde ahora mi destino es atreverme a todo —repuso Vanina, suspirando—. Me perderé por ti, pero no importa... ¿Podrás amar tú a una muchacha deshonorada?

—¿No eres mi mujer —repuso Missirilli—, y una mujer adorada para siempre? Sabré amarte y protegerte.

Vanina no tenía más remedio que presentarse en sociedad. Apenas se separó de Missirilli, éste empezó a pensar que su conducta era bárbara.

«¿Qué es la patria? —se dijo—. No es una persona a la que debemos gratitud por un bien que nos ha hecho y que sea desgraciada y pueda maldecirnos si faltamos a ese deber de gratitud. La patria y la libertad son como mi gabán, una cosa que me es útil, que tengo que comprar, verdad es, cuando no la he heredado de mi padre; después de todo, yo amo a la patria y a la libertad porque estas dos cosas me son útiles. Si no sé qué hacer con ellas, si son para mí como un gabán en el mes de agosto, ¿por qué comprarlas, y a un precio enorme? ¡Vanina es tan bella! ¡Tiene un talento tan singular! Procurarán conquistarla; me olvidará. ¿Qué mujer no ha tenido nunca más que un amante? ¡Esos príncipes romanos a los que yo desprecio como ciudadanos tienen tantas ventajas sobre mí! ¡Deben de ser muy atractivos! ¡Ah, si me voy, me olvida y la pierdo para siempre!»

A medianoche subió Vanina a verle. Pedro le contó la incertidumbre en que había estado

sumido y la discusión a que había sometido, porque la amaba, a la gran palabra patria. Vanina era muy feliz.

«Si Pedro no tuviera más remedio que elegir entre la patria y yo —pensaba—, tendría yo la preferencia.»

Dieron las tres en el reloj de la iglesia vecina; llegaba el momento de los últimos adioses. Pedro se desprendió con gran esfuerzo de los brazos de su amiga. Estaba ya bajando la pequeña escalera cuando Vanina, conteniendo las lágrimas, le dijo con una sonrisa:

—Si te hubiera cuidado una pobre campesina, ¿no harías nada por agradecimiento? ¿No procurarías pagarla? El porvenir es inseguro, vas a viajar en medio de tus enemigos: dame tres días de agradecimiento, como si yo fuera una pobre mujer y en pago de mis cuidados.

Missirlli se quedó. Por fin se fue de Roma. Gracias a un pasaporte comprado de una embajada extranjera, llegó a casa de su familia.

Fue una gran alegría; le creían muerto. Sus amigos quisieron celebrar la bienvenida matando a uno o dos carabineros (así se llaman los guardias en los estados del Papa).

—No debemos matar sin necesidad a un italiano que sabe manejar las armas —dijo Missirilli—; nuestra patria no es una isla, como la venturosa Inglaterra: nosotros carecemos de soldados para resistir la intervención de los reyes de Europa.

Al poco tiempo, Missirilli, seguido de cerca por los carabineros, mató a dos con las pistolas que le había dado Vanina. Pusieron su cabeza a precio.

Vanina no aparecía en la Romaña y Missirilli se creyó olvidado. Su vanidad se sintió ofendida; empezó a pensar mucho en la diferencia de rango que le separaba de su amante. En un momento de debilidad amorosa y de añoranza de la felicidad pasada, le pasó por la mente la idea de volver a Roma a ver qué hacía Vanina. Esta insensata ocurrencia iba ya a



imponerse a lo que él creía su deber, cuando una noche la campana de una iglesia de la montaña tocó el Ángelus de una manera especial, como si el campanero se hubiera distraído. Era una señal de reunión para la vendita de carbonarios a la que se había afiliado Missirilli al llegar a la Romaña. Aquella misma noche se encontraron todos en cierta ermita de los bosques. Los dos ermitaños, adormilados por el opio, no se dieron cuenta en absoluto del uso que se hacía de su pequeño edificio. Missirilli, que llegó muy triste, se enteró de que habían detenido al jefe de la vendita y a él, un joven de apenas veinte años, le iban a elegir jefe de una vendita en la que había hombres de más de cincuenta y que estaban en las conspiraciones desde la expedición de Murat en 1815. Al recibir este honor inesperado, a Pedro le palpitó con fuerza el corazón. Cuando se quedó solo, decidió no pensar más en la joven romana que le había

olvidado y consagrar todos sus pensamientos al deber de «liberar a Italia de los bárbaros»<sup>38</sup>

Dos días después Missirilli vio, en el informe de las llegadas y las salidas, que, como jefe de vendita, le enviaban que la princesa Vanina acababa de llegar a su palacio de San Nicolo. La lectura de este nombre le produjo más perturbación que alegría. En vano creyó asegurar su fidelidad a la patria imponiéndose la resolución de no volar aquella misma noche al palacio de San Nicolo. Pero la imagen de Vanina, que él desdeñaba, le impidió cumplir sus deberes de una manera razonable. La vio al día siguiente; Vanina le amaba como en Roma. Su padre, que quería casarla, había retrasado su marcha. Traía dos mil cequíes. Esta ayuda imprevista sirvió maravillosamente para acreditar a Missirilli en su nueva dignidad.

---

<sup>38</sup> Liberar Italia de barbari, frase de Petrarca en 1350, repetida después por Julio II, por Maquiavelo y por el conde Alfieri. (N. del A.)

Hicieron fabricar puñales en Corfú; compraron al secretario del legado, encargado de perseguir a los carbonarios. Con esto consiguieron la lista de los curas que servían de espías al gobierno.

En esa época acabó de organizarse una de las conspiraciones menos insensatas que se habían intentado en la infortunada Italia. No voy a entrar aquí en detalles fuera de lugar. Me limitaré a decir que, si la empresa hubiera sido coronada por el éxito, a Missirilli le habría correspondido buena parte de la gloria. Por él se habrían levantado miles de insurrectos a una señal dada y habrían esperado en armas la llegada de los jefes superiores. Se acercaba el momento decisivo cuando, como siempre ocurre, la conspiración quedó paralizada por el arresto de los jefes.

Vanina, apenas llegada a Romaña, creyó ver que el amor a la patria haría olvidar a su amante todo otro amor. El orgullo de la joven romana se soliviantó. Intentó inútilmente entrar

en razón; se apoderó de ella una honda pena: se sorprendió maldiciendo la libertad.

Un día en que había ido a Forli para ver a Missirilli no pudo dominar su dolor, al que hasta entonces había sabido imponerse su orgullo.

—En realidad —le dijo—, me amas como un marido; eso no me satisface.

Y lloró, pero de vergüenza por haberse rebajado hasta los reproches. Missirilli respondió a sus lágrimas como un hombre preocupado. De pronto Vanina pensó dejarle y volverse a Roma. Sintió una alegría feroz en castigarse por la debilidad que acababa de obligarla a hablar. Al cabo de unos momentos de silencio, estaba tomada su resolución: se creería indigna de Missirilli si no le dejaba. Gozaba ya de la dolorosa sorpresa de Pedro cuando la buscara en vano cerca de él. Enseguida, la idea de no haber podido lograr el amor del hombre por el que tantas locuras había hecho la enterneció profundamente.

Entonces rompió el silencio e hizo lo imposible por arrancarle una palabra de amor. Missirilli le dijo con aire distraído cosas muy tiernas, pero, con un acento mucho más profundo, exclamó con dolor, hablando de sus empresas políticas:

—¡Ah!, si esto fracasa, si el gobierno lo descubre también, abandono la partida.

Vanina se quedó petrificada. Desde hacía una hora sentía que veía a su amante por última vez. Las palabras que Missirilli pronunció proyectaron en su mente una luz fatal. Se dijo: «Los carbonarios han recibido de mí varios miles de cequíes; no se puede dudar de mi fidelidad a la conspiración».

Vanina sólo salió de su abstracción para decir a Pedro:

—¿Quieres venir a pasar veinticuatro horas conmigo en el palacio de San Nicolo? Vuestra reunión de esta noche no necesita tu presencia. Mañana por la mañana podremos pasear en San Nicolo; esto calmará tu excitación y te

devolverá la serenidad que necesitas en estas grandes circunstancias.

Pedro accedió. Vanina le dejó para los preparativos del viaje, cerrando con llave, como de costumbre, la pequeña habitación donde le había escondido.

Fue a casa de una doncella suya que la había dejado para casarse y tomar un pequeño comercio en Forlì. Al llegar a casa de esta mujer, escribió apresuradamente, en el margen de un devocionario que encontró en su cuarto, la indicación exacta del lugar donde iba a reunirse aquella misma noche la vendita de los carbonarios. Terminó su denuncia con estas palabras: «Esta vendita está formada por diecinueve miembros; he aquí sus nombres y sus direcciones». Después de escribir esta lista, muy exacta, aparte de omitir el nombre de Missirilli, dijo a la mujer, de la que estaba segura:

—Lleva este libro al cardenal legado; que lea lo que está escrito y te devuelva el libro.

Aquí tienes diez cequíes; si el legado llega un día a pronunciar tu nombre, tu muerte es segura; pero si haces leer al legado la página que acabo de escribir, me salvas la vida.

Todo salió como una seda. El miedo del legado hizo que no se condujera como un gran señor. Permitted a la mujer del pueblo que solicitaba hablarle presentarse ante él con un antifaz, pero a condición de que tuviera las manos atadas. Así fue introducida la tendera ante el gran personaje, al que encontró atrincherado detrás de una inmensa mesa cubierta con un tapete verde.

El legado leyó la página del libro de horas sosteniéndolo muy lejos de él, por miedo a un veneno sutil.

Se lo devolvió a la tendera y no mandó que la siguieran. Menos de cuarenta minutos después de separarse de su amante, Vanina, que había visto volver a su antigua doncella, estaba de nuevo con Missirilli, creyendo que ya sería siempre suyo. Le dijo que había un

movimiento extraordinario en la ciudad; se veían patrullas de carabineros en calles adonde no iban jamás.

—Si quieres hacerme caso —añadió—, nos iremos ahora mismo a San Nicolo.

Missirilli accedió. Fueron a pie hasta el coche de la joven princesa, que esperaba a media legua de la ciudad con la señora de compañía.

Al llegar al palacio de San Nicolo, Vanina, preocupada por lo que había hecho, estuvo más cariñosa que nunca con su amante. Pero le parecía que, al hablarle de amor, estaba representando una comedia. La víspera, cuando le estaba traicionando, había olvidado los remordimientos. Ahora, mientras le estrechaba entre sus brazos, se decía: «Le pueden decir cierta palabra, y una vez pronunciada esa palabra sentirá por mí un horror instantáneo y eterno».

A medianoche entró bruscamente en la habitación de Vanina uno de sus criados. Este



hombre era carbonario, pero ella no lo sabía. De modo que Missirilli tenía secretos para ella, hasta en estos detalles. Vanina se estremeció. Aquel hombre venía a avisar a Missirilli de que aquella noche habían sido copados en Forli y detenidos diecinueve carbonarios que volvían de la vendita. Aunque los cogieron de improviso, escaparon nueve. Los carabinieri lograron llevar diez a la prisión de la ciudadela. Al entrar, uno de ellos se arrojó a un pozo muy profundo y se mató. Vanina perdió el dominio de sí misma; afortunadamente, Pedro no lo notó: habría podido leer la infamia en sus ojos.

—En este momento —añadió el criado—, la guarnición de Forli forma una fila en todas las calles. Los soldados están tan cerca uno de otro, que pueden hablarse. Los habitantes sólo pueden atravesar la calle por el lugar en que está un oficial.

Cuando salió este hombre, sólo un instante permaneció Pedro pensativo.

—Por el momento, no hay nada que hacer —dijo por fin.

Vanina estaba moribunda; temblaba bajo la mirada de su amante.

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntó él.

Enseguida pensó en otra cosa y dejó de mirarla. A la mitad del día, Vanina se arriesgó a decirle:

—Otra vendita descubierta; creo que ahora estarás tranquilo por algún tiempo.

—Muy tranquilo —contestó Missirilli, con una sonrisa que la hizo estremecerse.

Vanina fue a hacer una visita indispensable al cura del pueblo de San Nicolo, acaso espía de los jesuitas. Al volver a comer, a las siete, encontró desierta la pequeña habitación donde se escondía su amante. Fuera de sí, corrió a buscarle por toda la casa. No estaba. Desesperada, volvió a la pequeña habitación y sólo entonces pudo ver una esquila, en la que leyó:

*Me voy a entregar preso al legado; desespero de nuestra causa; el cielo está contra nosotros. ¿Quién nos ha traicionado? Al parecer, el miserable que se arrojó al pozo. Puesto que mi vida es inútil a la pobre Italia, no quiero que mis compañeros, al ver que soy el único al que no han detenido, puedan figurarse que los he vendido. ¡Adiós! Si me amas, piensa en vengarme. Busca, aniquila al infame que nos ha traicionado, aunque fuera mi padre.*

Vanina, medio desvanecida y sumida en el más espantoso dolor, se dejó caer en una silla. No podía decir palabra; tenía los ojos secos y le ardían.

Por fin cayó de rodillas exclamando:

—¡Santo Dios!, recibe mi promesa; sí, castigaré al infame que ha traicionado, pero antes hay que poner en libertad a Pedro.

Pasada una hora estaba en camino hacia Roma. Hacía tiempo que su padre la instaba a que volviera.

En su ausencia había arreglado su boda con el príncipe Livio Savelli. Nada más llegar, don Asdrúbal le habló, temblando, de esta boda. Con gran asombro suyo, Vanina consintió desde las primeras palabras. Aquella misma noche, en casa de la condesa Vitteleschi, su padre le presentó casi oficialmente a don Livio. Vanina habló mucho con él. Era el joven más elegante y el que tenía los mejores caballos; pero, si bien pasaba por ser muy inteligente, su carácter tenía tal fama de ligereza que no era en absoluto sospechoso para el gobierno. Vanina pensó que; empezando por enamorarle, podría hacer de él un agente cómodo. Como era sobrino de monseñor Savelli-Catanzara, gobernador de Roma y ministro de la policía, suponía que los espías no se atreverían a seguirle.

Después de tratar muy bien al gentil don Livio durante unos días, Vanina le dijo que no sería nunca su esposo: a su entender, tenía la cabeza demasiado ligera.

—Si no fuera usted un niño —le dijo—, los empleados de su tío no tendrían secretos para usted. Por ejemplo, ¿qué van a hacer con los carbonarios descubiertos hace poco en Forli?

A los dos días, don Livio fue a decirle que todos los carbonarios detenidos en Forli se habían escapado. Vanina clavó en él sus grandes ojos negros con la amarga sonrisa del más profundo desprecio y no se dignó hablarle en toda la noche. A los dos días, don Livio fue a confesarle, sonrojándose, que le habían engañado.

—Pero —le dijo— me hice con una llave del despacho de mi tío; por los papeles que encontré allí, me he enterado de que una congregación (o comisión), compuesta por los cardenales y los prelados más importantes, se reúne en el mayor secreto para deliberar sobre

la cuestión de saber si conviene juzgar a esos carbonarios en Ravena o en Roma. Los nueve carbonarios cogidos en Forli, y su jefe, un tal Missirilli, que cometió la tontería de entregarse, están en este momento detenidos en el castillo de San Leo<sup>39</sup>.

A esta palabra, «tontería», respondió Vanina pellizcando con todas sus fuerzas al príncipe.

—Quiero ver yo misma los papeles oficiales —le dijo— y entrar con usted en el gabinete de su tío; habrá leído mal.

Al oír estas palabras, don Livio se estremeció: Vanina le pedía una cosa casi imposible; pero el genio singularísimo de aquella muchacha encendía su amor. A los pocos días, Vanina, disfrazada de hombre y con un pequeño uniforme que llevaba la librea de la casa Savelli, pudo pasar media hora en medio

---

<sup>39</sup> Cerca de Rimini, en la Romaña. En este castillo pereció el famoso Cagliostro; en el país se dice que fue estrangulado. (N. del A.)

de los papeles más secretos del ministro de la policía. Sintió una viva alegría cuando descubrió el informe diario del «detenido Pedro Missirlli». Le temblaban las manos sosteniendo este papel. Estuvo a punto de desmayarse al releer aquel nombre. Al salir del palacio del gobernador de Roma, Vanina permitió a don Livio que la besara.

—Se desempeña usted bien —le dijo— en las pruebas a que quiero someterle.

Después de palabras tales, el joven príncipe hubiera sido capaz de prender fuego al Vaticano por dar gusto a Vanina. Aquella noche había un baile en la embajada de Francia. Vanina bailó mucho y casi todo el tiempo con él. Don Livio estaba loco de alegría; había que impedirle reflexionar.

—A veces mi padre hace cosas raras —le dijo un día Vanina—. Esta mañana ha despedido a dos empleados suyos, que vinieron luego a llorarme. Uno de ellos me pidió que le colocara en casa de su tío de usted,

el gobernador de Roma, y el otro, que ha sido soldado de artillería con los franceses, quisiera entrar de empleado en el castillo de Sant'Angelo.

—Los tomo a ambos a mi servicio —dijo vivamente el joven príncipe.

—¿Es eso lo que le pido? —replicó altanera Vanina—. Le repito textualmente el ruego de esos pobres hombres; tienen que conseguir lo que han pedido y no otra cosa.

Era difícilísimo. Monseñor Catanzara no tenía nada de ligero y sólo admitía en su casa a personas que él conociera bien. Vanina, reconcomida de remordimientos en medio de una vida colmada, en apariencia, de todos los placeres, era muy desgraciada. La lentitud de los acontecimientos la mataba. El administrador de su padre le había procurado dinero. ¿Debía escapar de la casa paterna e ir a la Romaña para procurar la evasión de su amante? Por muy disparatada que fuera esta



idea, Vanina estaba a punto de ponerla en práctica, cuando el azar se apiadó de ella.

Don Livio le dijo:

—Los diez carbonarios de la vendita Missirilli van a ser trasladados a Roma, a no ser que los ejecuten en la Romaña después de la condena. Esto es lo que mi tío acaba de conseguir del Papa esta misma noche. Es un secreto que sólo usted y yo conocemos en toda Roma. ¿Está contenta?

—Se está usted haciendo un hombre —contestó Vanina—; regáleme su retrato:

La víspera del día en que Missirilli tenía que llegar a Roma, Vanina inventó un pretexto para ir a Città-Castellana. En la cárcel de esta ciudad pasan la noche los carbonarios que trasladan de la Romaña a Roma. Vio a Missirilli cuando, por la mañana, salía de la cárcel: iba encadenado solo en un carro; le pareció muy pálido, pero nada desalentado. Una vieja le echó un ramillete de violetas, que Missirilli agradeció con una sonrisa.

Vanina había visto a su amante. Fue como si todos sus pensamientos se hubieran renovado; se sintió con un valor nuevo. Tiempo atrás había conseguido un ascenso para el señor cura Cari, capellán del castillo de Sant'Angelo, donde iban a encerrar a su amante; había tomado como confesor a este buen sacerdote. No es poca cosa, en Roma, ser confesor de una princesa y sobrina del gobernador.

El proceso de los carbonarios de Forli no fue largo. El partido «ultra», para vengarse de no haber podido impedir que llegaran a Roma, hizo que la comisión que tenía que juzgarlos estuviera formada por los prelados más ambiciosos. La presidió el ministro de la policía.

La ley contra los carbonarios era clara: los de Forli no podían abrigar ninguna esperanza, pero no por eso dejaron de defender su vida con todos los subterfugios posibles. Sus jueces no sólo los condenaron a muerte, sino que varios de ellos propusieron suplicios atroces: la

mano cortada, etc, El ministro de policía, que ya había hecho su carrera (pues del puesto que ocupaba se pasa al *capelo*), no tenía ninguna necesidad de la mano cortada: al llevar la sentencia al Papa, hizo conmutar por varios años de prisión la pena de todos los condenados. El único exceptuado fue Pedro Missirilli. El ministro veía en este joven un fanático peligroso, y además había sido también condenado a muerte como culpable de haber dado muerte a los dos carabineros de que hemos hablado. Vanina se enteró de la sentencia y de la condena a los pocos momentos de volver el ministro de ver al Papa.

Al día siguiente, monseñor Catanzara volvió a su palacio a medianoche y no encontró a su ayuda de cámara; el ministro, extrañado, llamó varias veces; por fin apareció un viejo criado imbécil; el ministro, furioso, decidió desnudarse él mismo. Cerró la puerta con llave; hacía mucho calor; cogió su hábito, lo enrolló y lo tiró hacia una silla. El hábito, lanzado con

demasiada fuerza, pasó por encima de la silla, pegó contra la cortina de muselina de la ventana y dibujó la forma de un hombre. El ministro se precipitó hacia la cama y cogió una pistola. Al volver a la ventana, se acercó a él, pistola en mano, un hombre muy joven que vestía la librea de la casa. El ministro apuntó; iba a disparar. El joven le dijo riendo:

—¡Vamos!, ¿no reconoce monseñor a Vanina Vanini?

—¿Qué significa esta pesada broma? —replicó furibundo el ministro.

—Hablemos con calma —dijo Vanina—. En primer lugar, su pistola no está cargada.

El ministro, atónito, comprobó el hecho; después sacó un puñal del bolsillo de su chaleco<sup>40</sup>.

---

<sup>40</sup> Seguramente un prelado romano no podría mandar con bravura un cuerpo de ejército, como le ocurrió varias veces a un general de división que era ministro de la policía en París cuando el asunto de Mallet. Pero nunca se dejaría detener en su

Vanina le dijo, con un encantador airecillo de autoridad:

—Sentémonos, monseñor.

Y se sentó tranquilamente en un canapé.

—Al menos, ¿está usted sola? —preguntó el ministro.

—¡Completamente sola, se lo juro! —exclamó Vanina.

El ministro se cuidó de comprobarlo: recorrió la habitación y miró en todas partes, hecho lo cual se sentó en una silla a tres pasos de Vanina.

---

casa así como así. Temería demasiado las burlas de sus colegas. Un romano que se sabe odiado no deja nunca de ir bien armado. No hemos creído necesario justificar otras varias pequeñas diferencias entre las maneras de obrar y de hablar de París y las de Roma. Lejos de atenuar estas diferencias, hemos creído que debíamos escribirlas resueltamente. Los romanos que pintamos no tienen el honor de ser franceses. (N. del A.)

—¿Qué interés iba a tener yo —dijo Vanina en un tono dulce y tranquilo— en atentar contra los días de un hombre moderado y que probablemente sería sustituido por algún otro, débil y exaltado, capaz de labrar su propia perdición y la ajena?

—Bueno, ¿qué es lo que usted quiere, señorita? —dijo el ministro, con enfado—. Esta escena no me gusta nada y no se debe prolongar.

—Lo que voy a añadir —replicó Vanina, con altanería y olvidando de pronto su tono amable— importa a monseñor más que a mí. Se desea que se salve la vida del carbonario Missirilli: si es ejecutado, monseñor no le sobrevivirá una semana. Yo no tengo ningún interés en todo esto; la locura de que se queja monseñor la he hecho, en primer lugar, por divertirme, y, después, por, servir a una amiga mía. He querido —continuó Vanina, volviendo al tono amable—, he querido servir a un hombre inteligente que pronto será mi tío y

que, según todas las apariencias, llevará muy lejos la fortuna de su casa.

El ministro se apeó de su enfado: seguramente la belleza de Vanina contribuyó a este cambio súbito. Era conocida en Roma la inclinación de monseñor Catanzara a las mujeres bonitas, y Vanina, con su disfraz de lacayo de la casa Savelli, sus medias de seda bien ceñidas, su casaca roja y su pequeño uniforme azul celeste con galones de plata, y con la pistola en la mano, estaba seductora.

—Mi futura sobrina —dijo el ministro, casi riendo— está cometiendo una gran locura, y no será la última.

—Espero que un personaje tan sensato —respondió Vanina— me guardará el secreto, sobre todo con don Livio; y para obligarle a ello, querido tío, si me concede la vida del protegido de mi amiga, le daré un beso.

En ese tono de la conversación, medio en broma, con el que las damas romanas saben tratar los más importantes asuntos, Vanina

llegó a dar a una entrevista iniciada pistola en mano el cariz de una visita hecha por la joven princesa Savelli a su tío el gobernador de Roma.

Monseñor Catanzara, sin dejar de rechazar con altivez la idea de dejarse dominar por el miedo, no tardó en contar a su sobrina todas las dificultades que encontraría para salvar la vida de Missirilli. El ministro se paseaba por la estancia discutiendo con Vanina; cogió una botella de limonada que estaba sobre la chimenea y llenó un vaso de cristal. En el momento de llevárselo a los labios, Vanina se lo quitó y, después de tenerlo un momento en la mano, lo dejó caer al jardín como por descuido. Poco después el ministro cogió una pastilla de chocolate de una bombonera; Vanina se la quitó y le dijo riendo:

—Cuidado, en su casa está todo envenenado, pues querían su muerte. Soy yo quien ha obtenido gracia para mi futuro tío, por



no entrar en la familia Savelli con las manos del todo vacías.

Monseñor Catanzara, muy impresionado, dio a su sobrina las gracias y manifestó grandes esperanzas por la vida de Missirilli.

—¡Trato hecho! —exclamó Vanina—; y la prueba está en esta recompensa —añadió besándole.

El ministro tomó la recompensa.

—Ha de saber, mi querida Vanina, que a mí no me gusta la sangre. Además, todavía soy joven, aunque quizá a usted le parezca muy viejo, y puedo vivir en una época en que la sangre derramada hoy será una mancha.

Daban las dos cuando monseñor Catanzara acompañó a Vanina hasta la puerta pequeña de su jardín.

Un par de días después, cuando el ministro se presentó ante el Papa, bastante preocupado por la gestión que tenía que hacer, Su Santidad le dijo:

—Ante todo, tengo que pedir una gracia. Sigue condenado a muerte uno de los carbonarios de Forli; esta idea no me deja dormir: hay que salvar a ese hombre.

El ministro, viendo que el Papa había tomado su propio partido, hizo muchas objeciones y acabó por escribir un decreto o *motu proprio*; el Papa, contra la costumbre, lo firmó.

Vanina había pensado que quizá consiguiera el indulto de su amante, pero que intentarían envenenarle.

Ya la víspera, Missirilli había recibido del señor cura Cari, su confesor, unos paquetes de galletas, con el aviso de no tocar los alimentos procedentes del Estado.

Vanina supo después que iban a trasladar al castillo de San Leo a los carbonarios de Forli, y decidió que intentaría ver a Missirilli cuando pasara por Cittá-Castellana; llegó a esta ciudad veinticuatro horas antes que los presos y en ella

encontró al clérigo Cari, que la había precedido en varios días.

Había conseguido del carcelero que Missirilli pudiera oír misa a medianoche en la capilla de la prisión.

Hicieron más: si Missirilli accedía a que le atasen los brazos y las piernas con una cadena, el carcelero se retiraría hacia la puerta de la capilla, de manera que pudiese seguir viendo al prisionero, del que era responsable, pero no oír lo que dijera.

Llegó por fin el día en que iba a decidirse la suerte de Vanina. Muy de mañana se encerró en la capilla de la prisión. ¿Quién podría decir los pensamientos que la agitaron durante todo aquel largo día? ¿La amaba Missirilli lo suficiente para perdonarla? Había denunciado a su vendita, pero le había salvado a él la vida. Vanina esperaba que, cuando la razón se impusiera en aquella alma atormentada, Missirilli accedería a marcharse de Italia con ella: si había pecado, era por exceso de amor. A

eso de las cuatro oyó lejos los pasos de los caballos de los carabineros sobre el pavimento. Cada uno de aquellos pasos parecía repercutirle en el corazón. No tardó en distinguir el rodar de los carros en que trasladaban a los presos. Se detuvieron en la explanada que daba acceso a la prisión. Vanina vio cómo dos carabineros levantaban a Missirilli, que iba solo en un carro y tan cargado de cadenas que no podía moverse. «Por lo menos —se dijo, con lágrimas en los ojos—, todavía no le han envenenado.» La noche fue terrible; sólo la lámpara del altar, muy alta y en la que el carcelero economizaba el aceite, alumbraba aquella oscura capilla. Las miradas de Vanina erraban sobre las tumbas de los grandes señores de la Edad Media muertos en la prisión contigua. Sus estatuas tenían una traza feroz.

Hacía tiempo que había cesado todo ruido. Vanina estaba absorta en sus negros pensamientos. Poco después de dar las doce

creyó oír un ligero rumor, algo así como el vuelo de un murciélago. Echó a andar y cayó medio desvanecida sobre la balaustrada del altar. Instantáneamente surgieron a su lado dos fantasmas, sin que ella los hubiera oído llegar. Eran el carcelero y Missirilli, cargado de cadenas, hasta el punto de que parecía como fajado. El carcelero abrió un farol y lo puso sobre la balaustrada del altar, junto a Vanina, para que pudiera ver bien a su preso. Luego se retiró al fondo, junto a la puerta. Apenas se hubo alejado el carcelero, Vanina se precipitó al cuello de Missirilli. Al estrecharle entre sus brazos no sintió más que sus cadenas fías y lacerantes. «¿Quién le ha puesto estas cadenas?», pensó. No sintió ningún placer besando a su amante. A este dolor siguió otro más terrible: hubo un momento en que creyó que Missirilli sabía su traición, tan fríamente la recibía.

—Querida amiga —le dijo por fin—, lamento el amor que me tomó; en vano busco el

mérito que pudo inspirárselo. Volvamos, créame, a sentimientos más cristianos; olvidemos las ilusiones que nos extraviaron: yo no puedo ser suyo. Quizás la mala suerte que ha acompañado siempre a mis acciones se debe a que siempre estuve en pecado mortal. Aun sin atender más que a los consejos de la prudencia humana, ¿por qué no fui detenido con mis amigos la fatal noche de Forli? ¿Por qué no estaba en mi puesto en el momento de peligro? ¿Por qué mi ausencia pudo justificar las sospechas más terribles? Tenía otra pasión que no era la de la libertad de Italia.

Vanina no volvía de la sorpresa que le causaba el cambio de Missirilli. Sin haber enflaquecido mucho, parecía un hombre de treinta años. Vanina atribuyó este cambio a los malos tratos que había sufrido en la prisión y se echó a llorar.

—¡Ah! —le dijo—, los carceleros habían prometido tanto que te tratarían bien...

El hecho es que, al acercarse la muerte, hablan resurgido en el corazón del carbonario todos los principios religiosos que podían ser compatibles con la pasión por la libertad. Vanina se fue dando cuenta poco a poco de que el impresionante cambio que observaba en su amante era enteramente moral, y en modo alguno consecuencia de malos tratos físicos. Su dolor, que ella creyera insuperable, aumentó más aún.

Missirilli callaba. Vanina seguía llorando amargamente. El preso añadió, también un poco emocionado:

—Si yo amara algo en el mundo, sería a usted, Vanina; pero, gracias a Dios, ya no tengo más que una finalidad en la vida: moriré encarcelado o intentando dar la libertad a Italia.

Otro silencio; evidentemente, Vanina no podía hablar: en vano lo intentaba. Missirilli añadió:

—El deber es cruel, amiga mía; pero, si no costara un poco cumplirlo, ¿dónde estaría el

heroísmo? Prométame que nunca más intentará verme.

Hasta donde se lo permitía la cadena, bastante apretada, hizo un pequeño movimiento de muñeca y tendió los dedos a Vanina.

—Si permite que le dé un consejo un hombre al que quiso, cátese juiciosamente con el hombre de mérito que su padre le destina. No le haga ninguna confianza enojosa; pero, por otra parte, no intente nunca más volver a verme; en lo sucesivo debemos ser extraños el uno para el otro. Adelantó usted una cantidad importante para el servicio de la patria; si algún día la patria se ve libre de sus tiranos, esa cantidad le será fielmente devuelta en bienes nacionales.

Vanina estaba aterrada. Mientras Pedro le hablaba, sólo una vez le habían brillado los ojos: en el momento de nombrar la patria.

Por fin vino el orgullo en ayuda de la joven princesa. Se había provisto de diamantes y



unas pequeñas limas. Sin contestar a Missirilli, se lo ofreció.

—Acepto por deber —dijo él—, pues debo intentar escaparme; pero nunca volveré a verla, lo juro ante sus nuevos beneficios. ¡Adiós, Vanina! Prométame no escribirme jamás, no intentar nunca verme; déjeme todo entero para la patria; he muerto para usted. ¡Adiós!

—¡No! —replicó Vanina, furiosa—, quiero que sepas lo que he hecho llevada por el amor que te tenía.

Y le contó todos sus pasos desde el momento en que salió del palacio de San Nicolo para ir al del legado. Terminado este relato, añadió:

—Y esto no es nada: por amor a ti, hice más.

Le contó su traición.

—¡Ah, monstruo! —exclamó entonces Pedro, furibundo, arrojándose sobre ella e intentando matarla con sus cadenas.

Lo habría conseguido a no ser porque, a los primeros gritos, acudió el carcelero. Sujetó a Missirilli.

¡Toma, monstruo, no quiero deberte nada! —clamó Missirilli a Vanina, tirándole, hasta donde se lo permitían sus cadenas, las limas y los diamantes. Y se alejó rápidamente.

Vanina quedó aniquilada. Volvió a Roma. El periódico publica que acaba de casarse con el príncipe don Livio Savelli.

# VICTORIA ACCORAMBONI

*Vittoria*

*Accoramboni*

de *Chroniques italiennes* (1839)

VICTORIA ACCORAMBONI  
DUQUESA DE BRACCIANO<sup>41</sup>

Desgraciadamente para mí y para el lector, esto no es una novela, sino la traducción fiel de un relato muy grave escrito en Padua en 1585.

Hace unos años, estando en Mantua, me puse a buscar bocetos y cuadros pequeños como mi fortuna, pero tenían que ser de pintores anteriores al año 1600; por esta época acabó de morir la originalidad italiana, que la

---

<sup>41</sup> Vittoria Accoramboni, sobrina de Sixto-Quinto, mujer del príncipe Orsini, luego asesinada por un hombre que le decía: “¿acaso mi puñal toca su corazón?” Vittoria fue asesinada en diciembre de 1585; Ludovico estrangulado con un cordón de seda carmesí el 27 de diciembre de 1585, en Padua. (Notas de Stendhal sobre los manuscritos italianos.)

toma de Florencia en 1530 había puesto ya en gran peligro.

Un viejo patricio muy rico y muy avaro mandó a ofrecerme, en vez de cuadros, y muy caros, unos manuscritos antiguos amarilleados por el tiempo. Dije que quería hojearlos y el hombre accedió, diciendo que se fiaba de mi honradez para no recordar, si no compraba los manuscritos, las curiosas anécdotas que iba a leer.

Con esta condición, que me plugo, hojeé, con gran detrimento de mis olores, trescientos o cuatrocientos legajos en los que se recopilaron, hace dos o tres siglos, unos relatos de aventuras trágicas, carteles de desafío referentes a duelos, tratados de pacificación entre nobles vecinos, memorias sobre toda clase de temas, etc. El viejo propietario de estos manuscritos pedía por ellos un precio exorbitante. Al cabo de muchas negociaciones, compré muy caro el derecho de mandar copiar algunos relatos que me gustaban y que pintan las costumbres de

Italia hacia el año 1500. Tengo de estas historias veintidós volúmenes en folio, y una de ellas es la que va a leer aquí el lector, si es que tiene paciencia para ello. Conozco la historia de Italia en el siglo XVI y creo que lo que sigue es absolutamente verídico. Me he esforzado por que en la traducción de ese antiguo estilo italiano, grave, directo, soberanamente oscuro y salpicado de alusiones a las cosas y a las ideas de que se ocupaba la gente bajo el reinado de Sixto V (en 1585), no hubiera reflejos de la bella literatura moderna y de las ideas de nuestro siglo sin prejuicios.

El desconocido autor del manuscrito es persona circunspecta, no juzga nunca un hecho, no lo alinea nunca: se limita a contarlo tal como es; si alguna vez, sin proponérselo, resulta pintoresco, es que, en 1585, la vanidad no adornaba todos los actos de los hombres con una aureola de afectación; entonces se pensaba que sólo con la mayor claridad posible se podía interesar al vecino. En 1585, nadie proponía

entretener mediante la palabra, a no ser los bufones mantenidos en las cortes o los poetas. No se había llegado aún a decir: «Moriré a los pies de vuestra majestad», cuando el que lo decía acababa de mandar a buscar caballos para huir; no se había inventado esta clase de traición. Se hablaba poco y todos ponían muchísima atención en lo que les decían.

Así pues, benévolo lector, no busques aquí un estilo brillante, vivaz, esmaltado de sutiles alusiones a las maneras de sentir que están de moda; no esperes las emociones arrebatadoras de George Sand; esta grave escritora habría hecho una obra maestra con la vida y las desventuras de Victoria Accoramboni. En el relato sincero que te ofrezco no puedes encontrar otros valores que los más modestos de la historia. Cuando a alguien, corriendo solo la posta al caer la noche, se le ocurra por casualidad pensar en el gran arte de conocer el corazón humano, podrá tomar como base de sus juicios las circunstancias de la presente

historia. El autor lo dice todo, lo explica todo, no deja nada que hacer a la imaginación del lector; escribía a los doce días de morir la heroína<sup>42</sup>.

Victoria Accoramboni nació, de una familia muy noble, en una pequeña población del ducado de Urbino llamada Agobio. Desde muy niña llamó la atención a todo el mundo por su rara y extraordinaria belleza, pero esta belleza fue el menor de sus encantos; no le faltaba nada de lo que se puede admirar en una doncella de ilustre cuna; pero, entre tantas cualidades extraordinarias, ninguna tan relevante, y hasta puede decirse con prodigiosa, como cierta gracia seductora que desde el primer momento conquistaba el corazón y la voluntad de todos. Y su naturalidad, que daba autoridad a sus simples palabras, no permitía la menor sospecha de artificio; aquella dama dotada de

---

<sup>42</sup> El manuscrito italiano está depositado en la oficina de la Revue des Deux Mondes.

tan sin par belleza inspiraba confianza desde el primer momento. Si sólo fuera verla, se podría, a duras penas, resistir a su seducción; pero el que la oyera hablar, y sobre todo si llegaba a tener alguna conversación con ella, no podía en modo alguno librarse de tan extraordinario encanto.

Muchos jóvenes caballeros de la ciudad de Roma, donde vivía su padre y donde vemos su palacio en la plaza de los Ruscicuci, cerca de San Pedro, pretendieron su mano. Hubo muchos celos y no pocas rivalidades; pero al fin los padres de Victoria prefirieron a Félix Peretti, sobrino del cardenal Moncalto, que fue después Sixto V, reinante hoy por ventura.

Félix, hijo de Camila Peretti, hermana del cardenal, se llamó antes Francisco Mignucci; tomó el nombre de Félix Peretti cuando fue solemnemente adoptado por su tío.

Al entrar Victoria en la casa Perecci, aportó a ella, sin proponérselo, esa preeminencia que se puede llamar fatal y que la acompañaba por



doquier; de suerte que podemos decir que sólo viéndola era posible no adorarla<sup>43</sup>. El amor que su marido le tenía rayaba en verdadera locura; su suegra, Camila, y el propio cardenal Montalto parecían no tener en el mundo otra ocupación que la de adivinar los gustos de Victoria para procurar satisfacerlos inmediatamente. Toda Roma admiró cómo ese cardenal, conocido por la exigüidad de su fortuna tanto como por su repulsión por toda clase de lujo, se complacía en adelantarse siempre a todos los deseos de Victoria. Joven, resplandeciente de belleza, adorada por todo el mundo, no dejaba de tener algunos caprichos muy costosos. Victoria recibía de su nueva

---

<sup>43</sup> Podemos ver en Milán, tanto como recuerdo, en la biblioteca Ambrosiana, sonetos llenos de gracia y de sentimiento, así como otras piezas, obra de Vittoria Accoramboni. Demasiado buenos son los sonetos pese a haber sido compuesto en un tiempo de extraño destino. Parece que tenía como tan aguda como de gracias y de belleza.

familia regalos de altísimo valor, perlas y, en fin, todo lo más raro y valioso que ofrecían los orfebres de Roma, muy bien surtidos por entonces.

Por amor a esta seductora sobrina, el cardenal Montalto, can conocido por su severidad, trató a los hermanos de Victoria como si fueran sus propios sobrinos; por intervención suya, el duque de Urbino hizo duque y el papa Gregorio hizo obispo de

Fossombrone a Octaviu Accoramboni, cuando éste tenía apenas treinta años; Marcelo Accoramboni, mozo muy bravo y fogoso, acusado de varios crímenes y encarnizadamente perseguido por la corte<sup>44</sup>, había escapado a duras penas de unas

---

<sup>44</sup> Era el cuerpo armado encargado de velar por la seguridad pública, los gendarmes y los agentes de policía del año 1580. Estaban al mando de un capitán apelado Bargello, el cual personalmente era responsable de la ejecución de las órdenes del gobernador de Roma (el prefecto de policía). (N. del A.)

diligencias judiciales que podían costarle la condena a muerte; honrado con la protección del cardenal, pudo recobrar cierta tranquilidad, y un tercer hermano de Victoria, Julio Accoramboni, fue elevado por el cardenal Alejandro Sforza a los primeros honores de su corte tan pronto como el cardenal Montalto se lo pidió.

En fin, si los hombres supieran medir su felicidad, no por la insaciabilidad infinita de sus deseos, sino por el goce efectivo de los bienes que ya poseen, la boda de Victoria con el sobrino del cardenal Montalto habría podido parecer a los Accotamboni el colmo de las venturas humanas. Pero el deseo insensato de ventajas inmensas e inseguras puede llevar a ideas extrañas, llenas de peligros, a los hombres más colmados de los favores de la fortuna.

Bien es verdad que si, como muchos sospecharon, algún pariente de Victoria contribuyó, por el deseo de una mayor fortuna, a librarla de su marido, poco después hubo

ocasión de reconocer cuánto más cuerdo hubiera sido contentarse con las ventajas moderadas de una situación agradable y que no habría tardado en llegar al pináculo de todo la que la ambición de los hombres puede desear.

Mientras Victoria reinaba así en su casa, una noche en que Félix Peretti acababa de meterse en la cama con su mujer, una tal Catalina, natural de Bolonia y doncella de Victoria, entregó a aquél una carta. La había traído un hermano de Catalina, Domenici de Aquaviva, apodado "el Mancino" (el Zurdo). A este hombre le habían desterrado de Roma por varios delitos, pero Félix, a ruego de Catalina le había procurado la poderosa protección de su tío el cardenal, y el Mancino iba con frecuencia a la casa de Félix, que tenía en él mucha confianza.

La carta a que nos referimos iba firmada con el nombre de Marcelo Accoramboni<sup>45</sup>, el hermano de Victoria que más quería su marido. Generalmente, vivía escondido fuera de Roma, pero a veces se arriesgaba a entrar en la ciudad, y entonces encontraba refugio en la casa de Peretti.

En la carta entregada a una hora can extemporánea, Marcelo pedía protección a su cuñado Félix Peretti; le conjuraba a ir en su ayuda y añadía que le esperaba cerca del palacio de Montecavallo para un asunto de suma importancia.

Félix dio a conocer a su mujer esta extraña carta, luego se vistió y no tomó más armas que su espada. Cuando se disponía a salir,

---

<sup>45</sup> ¿En nombre de la mano de Marcelo Accoramboni? Esto es importante. Probablemente la carta fue escrita por Marcelo, entonces cómplice. Por desgracia la ambigüedad de la lengua italiana permite escribir *a nome*, en lugar de *di mano*, el 26 de abril de 1833. (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.)

acompañado de un solo servidor que llevaba una antorcha encendida, le salieron al paso su madre Camila, todas las mujeres de la casa y, entre ellas, la propia Victoria. Todas le suplicaban encarecidamente que no saliera a una hora tan avanzada. Como Félix no cediera a tales súplicas, las mujeres, de rodillas y con lágrimas en lo.; ojos, le conjuraron a que la escuchara.

Estas mujeres, y sobre todo Camila, estaban horrorizadas por el relato de las cosas que pasaban todos los días, y permanecían impunes, en aquellos tiempos del pontificado de Gregorio XIII, lleno de desórdenes y atentados inauditos. La preocupaba además una idea: cuando Marcelo Accoramboni se arriesgaba a merar en Roma, no tenía la costumbre de mandara buscar a Félix, y esta llamada, a tales horas de la noche, les parecía muy extraña.

Félix, con todo el fuego de su edad, no se rendía a cales motivos de temor; pero cuando

supo que la carta la había traído el Mancino; hombre al que quería mucho y a que había protegido, no hubo manera de detenerle, y salió de casa.

Como ya hemos dicho, le precedía un solo criado con una antorcha encendida; peto, apenas había dado el pobre joven unos pasos por la cuesta de Montecavallo, cayó herido por tres disparos de arcabuz. Los asesinos, al verle en el suelo, se arrojaron sobre él y le acribillaron a puñaladas, hasta que les pareció bien muerto. Inmediatamente llegó la noticia fatal a la madre y a la mujer de Félix, y, por ellas, a su tío el cardenal.

El cardenal, sin que su rostro revelase la más pequeña emoción, hizo que le vistieran los hábitos y se encomendó él mismo a Dios a la vez que le encomendaba aquella pobre alma (así cogida de improviso). Luego se dirigió a casa de su sobrina y, con admirable gravedad y un continente de profunda paz, puso freno a los gritos, y los llantos femeninos, que

comenzaban a resonar en toda la casa. Su autoridad sobre aquellas mujeres fue de tal eficacia, que a partir de aquel momento, y ni siquiera cuando sacaron de la casa el cadáver, no se vio ni se oyó en ellas absolutamente nada que se apartara de lo que en las familias más moderadas ocurre por la, muertes más previstas<sup>46</sup>. Nadie pudo sorprender en el cardenal Montalto señal alguna, ni siquiera moderada, de dolor; nada cambió en el orden y en la apariencia exterior de su vida. Roma no tardó en convencerse de esto, aunque observaba con su curiosidad acostumbrada los menores movimientos de un hombre tan profundamente ofendido.

Por casualidad, al día siguiente de la muerte violenta de Félix se convocó en el Vaticano el consistorio (de los cardenales). Todo el mundo penaba en la ciudad que, por lo

---

<sup>46</sup> En esta novela, el interés viaja. Aquí, el interés de curiosidad, es cierto, pasa al cardenal. (Nota al lápiz de Stendhal sobre el manuscrito italiano)



menos el primer día, el cardenal Montalto se consideraría exento de esta función pública. ¡Tenía que aparecer en ella ante los ojos de tantos y tan curiosos restos! Observarían los menores detalles de esa flaqueza natural que, sin embargo, es tan conveniente disimular en un personaje que, ya en un puesto eminente<sup>47</sup>, aspira a otro más eminente aún; pues todo el mundo reconocerá que no conviene que quien ambiciona elevarse por encima de todos los demás hombres se conduzca como uno de ellos.

Pero las personas que así pensaban se equivocaron doblemente, pues, en primer lugar, el cardenal Montalvo, según su costumbre, fue de los primeros que llegaron al consistorio, y, además, ni los más clarividentes pudieron descubrir en él la menor señal de sensibilidad humana. Al contrario, con sus respuestas a los colegas que quisieron dirigirle

---

<sup>47</sup> Sentimiento muy romano en casa del escritor. (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.)

palabras de consuelo, obre tan terrible acontecimiento, asombró a todo el mundo. La aparente entereza de su alma, en medio de tan atroz desgracia, fueron el tema de los comentarios de la ciudad.

Bien es verdad que en el mismo consistorio algunos hombres, más duchos en el arte de las cortes, atribuyeron aquella externa inmutabilidad, no a falca de sentimiento, sino a una gran capacidad de disimulo; y esta opinión fue compartida en seguida por la multitud de los cortesanos, pues convenía no mostrarse demasiado profundamente herido por una ofensa cuyo autor era seguramente poderoso y quizá podía, llegado el momento, cerrar el camino a la dignidad suprema.

Cualquiera que fuese la causa de esta insensibilidad aparente y completa, lo cierto es que produjo una especie de estupor en toda Roma y en la corte de Gregorio XIII. Pero,

volviendo al consistorio<sup>48</sup>, cuando, ya reunidos todos los cardenales, entró el papa en la sala, miró inmediatamente al cardenal Montalto y se vieron lágrimas en los ojos de su santidad; en cuanto al cardenal, no se alteró en absoluto la expresión de su rostro.

Mayor aún fue el asombro cuando; en el mismo consistorio, llegado el turno al cardenal Montalto para prosternarse ante el trono de su santidad y darle cuenta de los asuntos a su cargo, el papa, antes de darle tiempo a comenzar su informe, no pudo menos de echarse a llorar. Cuando su santidad pudo hacer uso de la palabra, intentó consolar al cardenal prometiéndole que se haría pronta y severa justicia de tan enorme atentado. Pero el cardenal, después de dar muy humildemente la, gracias al sumo pontífice, le suplicó que no ordenara investigar sobre lo ocurrido,

---

<sup>48</sup> Regla del tiempo violada. En cinco o seis días después es cuando volvemos al consistorio (Nota al lápiz de Stendhal sobre el manuscrito italiano)

asegurando que lo de su parte, perdonaba de corazón al autor, quienquiera que fuese Y, hecho este ruego en muy pocas palabras, el cardenal pasó a informar como si nada extraordinario hubiera ocurrido.

Todos los cardenales presentes en el consistorio tenían los ojos fijos en el papa y en Montalto; y, aunque sea de seguro muy difícil engañar al ojo experto de los cortesanos, ninguno se atrevió a decir que el rostro del cardenal Montalto revelara la menor emoción al ver tan de cerca los sollozos de su santidad, quien, a decir verdad, estaba enteramente fuera de sí. Esta pasmosa insensibilidad del cardenal Montalto no falló en absoluto durante todo el tiempo de su trabajo con su santidad, hasta tal punto que impresionó incluso al mismo papa, el cual, terminado el consistorio, no pudo menos de decir al cardenal de San Sixto, su sobrino favorito:

*Veramente, costui é un gran frate!*  
(¡En verdad, este hombre es un gran fraile!<sup>49</sup>).

La actitud del cardenal Montalto no cambió en nada en los días siguientes. Como es costumbre, recibió las visitas de pésame de los cardenales, los prelados y los príncipes romanos. Y con ninguno, cualquiera que fuere su relación con él, se dejó llevar a ninguna palabra de dolor o de lamentación. Con todos, después de un breve razonamiento sobre la inestabilidad de las cosas humanas, confirmada y afianzada con sentencias y textos sacados de las Sagradas Escrituras o de los santos padres, se ponía en seguida a departir sobre las noticias de la ciudad o sobre los asuntos particulares del

---

<sup>49</sup> Alusión a la hipocresía que los malas lenguas consideran frecuente entre los monjes. Sexta-Quinto había sido monje mendicante, y perseguido en su orden. Ver su vida, escrita por Gregorio Leti, historiador divertido, que no es más mentiroso que otros. Félix Paretto fue asesinado en 1580; su tío fue ordenado papa en 1585.

personaje con quien se encontraba, exactamente como si quisiera consolar a sus consoladores.

Roma esperaba sobre todo con curiosidad lo que pasaría en la visita que tenía que hacerle el príncipe Pablo Giordano Orsini, duque de Bracciano, al que el rumor atribuía la muerte de Félix Peretti<sup>50</sup>. El vulgo pensaba que el cardenal Montalto no podría encontrarse tan cerca del príncipe y hablarle a solas sin dejar trascender algún indicio de sus sentimientos.

Cuando el príncipe llegó a casa del cardenal, había en la calle y junto a la puerta una enorme multitud; gran número de cortesanos llenaban todas las escancias de la casa: tan grande era la curiosidad de observar el rostro de los dos interlocutores. Pero ni en el uno ni en el otro pudo nadie observar nada extraordinario. El cardenal Montalto siguió punto por punto todo lo que prescribían las

---

<sup>50</sup> El interés viaja. Pasa al príncipe Orsini. (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.)

conveniencias de la corte; dio a su semblante un tinte de hilaridad muy marcado y dirigió la palabra al príncipe con la mayor afabilidad. Al poco rato, al subir el príncipe Pablo a su carroza, ya solo con sus cortesanos íntimos, no pudo menos de decir riendo: *In fatto, é vero che costui é un gran frate!* (En efecto, ¡es verdad que este hombre es un gran fraile!), como si quisiera confirmar las palabras dichas por el papa días antes.<sup>51</sup>

Los sagaces han pensado que la conducta del cardenal Montalto en aquella circunstancia le facilitó el camino del trono; pues muchos pensaron que, bien fuera por naturaleza o bien por virtud, no sabía o no quería perjudicar a nadie, por más que tuviera grandes motivos para estar irritado.

---

<sup>51</sup> Este estilo tiene el defecto contrario al que tiene *Julián\**, ya que se toma la molestia de expresar demasiadas pequeñas circunstancias evidentes por sí mismas. (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.)

\* *Rojo y Negro*.

Félix Pererti no dejó nada escrito con relación a su mujer en consecuencia, ésta tuvo que volver a la casa de sus padres. El cardenal Montalto dispuso que se llevara los trajes, las joyas y en general, todo lo que había recibido mientras era la mujer de su sobrino.

A los tres días de la muerte de Félix Peretti, Victoria fue a vivir, acompañada de su madre, en el palacio del príncipe Orsini. Algunos dijeron que las llevó a ese paso el cuidado de su seguridad personal, pues parece ser que la corte<sup>52</sup> las amenazaba como acusadas de «consentimiento» en el homicidio cometido, o al menos de haber tenido conocimiento del mismo antes de la ejecución; otros pensaron (y lo ocurrido después pareció confirmar esta idea) que lo hicieron para que se llevara a efecto la boda, pues el príncipe había

---

<sup>52</sup> La corte no se atrevía a penetrar a dan el palacio de un príncipe.



prometido a Victoria casarse con ella en cuanto no tuviera marido.

El caso es que ni entonces ni después se ha sabido con certeza quién fue el autor de la muerte de Félix, aunque todos hayan sospechado de todos. Pero la mayoría atribuía esta muerte al príncipe Orsini. Era cosa sabida que había estado enamorado de Victoria, de lo cual había dado pruebas inequívocas; y la boda subsiguiente fue la mayor de todas esas pruebas, pues la mujer era de condición tan inferior, que sólo la tiranía de la pasión pudo elevarla hasta la igualdad matrimonial. Esta opinión del vulgo no cambió por una carta dirigida al gobernador de Roma cuyo contenido se difundió a los pocos días del hecho. Estaba escrita con el nombre de César Palantieri, un joven de carácter fogoso y que había sido desterrado de la ciudad.

En esta carta, Palantieri decía que no era necesario que su señoría ilustrísima se tomara el trabajo de buscar en otro sitio al autor de la

muerte de Félix Peretti, porque era él quien le había hecho matar por ciertas diferencias surgidas entre ellos algún tiempo antes.

Muchos pensaron que aquel asesinato no se había realizado sin el consentimiento de la casa Accoramboni; se acusó a los hermanos de Victoria, suponiéndolos seducidos por la ambición de emparentar con un príncipe tan poderoso y rico. Se acusó sobre todo a Marcelo, fundándose en el indicio de la carta que hizo salir de su casa al infortunado Félix. Se criticó a la propia Victoria, al verla ir a vivir al palacio de los Orsini como futura esposa a raíz de la muerte de su marido. Se decía que es poco probable llegaren un momento a manejar las armas pequeñas cuando no se ha hecho uso, aun por poco tiempo, de las armas de largo alcance.

La instrucción del asunto fue encomendada por Gregorio XIII a monseñor Portici, gobernador de Roma. En los autos aparece solamente aquel Domenici apodado «el

Mancipo», detenido por la corte, confiesa, sin ser sometido a tortura (*tormentato*), en el segundo interrogatorio, con fecha del 24 de febrero de 1582:

«Que la causa de todo fue la madre de Victoria, y que fue secundada por la *cameriera* de Bolonia, la cual, inmediatamente después del homicidio, se refugió en la ciudadela de Bracciano (perteneciente al príncipe Orsini y donde la corte no se atrevió a penetrar), y que los ejecutores del crimen fueron Machione de Gubbio y Pablo Barca de Bracciano, *lancie spezzate* (soldados) de un señor cuyo nombre, por dignas razones, no consta.» A estas dignas razones» se sumaron, creo, los ruegos del cardenal Montalto, el cual solicitó con insistencia que no se llevaran más allá las pesquisas; y, en efecto, no se siguió proceso. El Mancipo salió de la cárcel con el *preetto* (orden) de volverse, so pena de la vida, directamente a su país y no moverse jamás de él sin un permiso expreso. La liberación de este

hombre tuvo lugar en 1583, el día de san Luis, y como ese día era también el del cumpleaños del cardenal Montalto, esta circunstancia me confirma cada vez más en la creencia de que el asunto terminó así a ruego del propio cardenal. Con un gobierno tan débil como el de Gregorio XIII, un proceso de tal especie podía tener consecuencias muy desagradables y sin ninguna compensación.

Así quedaron interrumpidos los movimientos de la corte, pero el papa Gregorio XIII no quiso consentir de ninguna manera en que el príncipe Pablo Orsini duque de Bracciano, casara con la viuda Accoramboni. Su Santidad, después de infligir a ésta una especie de prisión, le impuso el *precepto* de no contraer matrimonio sin permiso expreso suyo o de sus sucesores.

Muerto Gregorio XIII (a principios de 1585), doctores en derecho, consultados por el príncipe Pablo Orsini, dictaminaron que el *precepto* quedaba anulado por la muerte de

quien lo había impuesto, y el príncipe decidió casarse con Victoria antes de la elección de un nuevo papa. Pero la boda no pudo realizarse cuando el príncipe deseaba, en parte porque quería tener el consentimiento de los hermanos de Victoria, y ocurrió que Octavio Accoramboni, obispo de Fossombroni, no accedió en modo alguno a otorgar el suyo, y en parte porque no se creía que la elección del sucesor de Gregorio XIII tuviera lugar tan pronto. El caso es que la boda no se celebró hasta el mismo día, en que fue nombrado papa el cardenal Montalto, tan interesada en el asunto, es decir, el 24 de abril de 1585, bien fuera por casualidad, bien porque el príncipe quisiera demostrar que no temía a la corte bajo el nuevo papa más de lo que la temiera bajo Gregorio XIII.

Esta boda hirió profundamente a Sixto V (pues tal fue el nombre elegido por el cardenal Montalto); había dejado ya las maneras de pensar que convenían a un fraile y había

elevado su alma a la altura del grado en que Dios acababa de ponerle.

Sin embargo, el papa no dio señal alguna de enojo, sólo que cuando el príncipe Orsini acudió aquel mismo día, con todos los grandes señores romanos, a besarle el pie, abrigando la secreta intención de leer, si fuese posible, en la cara del santo padre los que podía esperar o temer de aquel hombre tan poco conocido hasta entonces, se dio cuenta de que se habían acabado las bromas. Como el nuevo papa miró al príncipe de manera singular y no contestó una palabra a los cumplimientos de rigor que el príncipe le dirigía, decidióse éste a descubrir sin más tardar las intenciones de su santidad respecto a él.

Por mediación de Fernando, cardenal de Médicis (hermano de su primera esposa), y del embajador católico<sup>53</sup>, pidió y obtuvo que el

---

<sup>53</sup> En la edición de 1855 figura “*l’ambassadeur catholique espagnol*”.

papa le concediera una audiencia en su cámara; en esta audiencia dirigió a su santidad un discurso estudiado y, sin hacer mención de las cosas pasadas, se congratuló con el papa de su nueva dignidad y le ofreció como fiel vasallo y servidor todo cuanto tenía y podía.

El papa le escuchó con suma seriedad y al final le contestó que nadie deseaba tanto como él que la vida y los hechos de Pablo Giordano Orsini fuesen en lo futuro dignos de la sangre Orsini y de un verdadero caballero cristiano; que en cuanto a lo que había sido en el pasado para la Santa Sede y para su persona, la del papa, nadie podría decirlo mejor que la conciencia del príncipe mismo; que, sin embargo, éste podía estar seguro de una cosa: que así como le perdonaba lo que había podido hacer contra Félix Peretti y contra Félix, cardenal Montalto, nunca le perdonaría lo que en el futuro pudiera hacer contra el papa

Sixto<sup>54</sup>; que en consecuencia, le conminaba a expulsar inmediatamente de su casa y de sus estados a todos los bandidos (desterrados) y malhechores a quienes hasta el presente momento había dado asilo.

Sixto V, cualquiera que fuese el tono en que se dignaba hablar, venía una eficacia extraordinaria; mas, cuando estaba irritado y amenazador, diríase que sus ojos lanzaban rayos<sup>55</sup>. El caso ese que al príncipe Pablo Orsini, acostumbrado desde siempre a que los papas le temieran, la manera de hablar de éste<sup>56</sup>, que se

---

<sup>54</sup> Digno de Napoleón. Si se había propuesto castigar los crímenes cometidos bajo el débil Gregorio XIII, no tenía más que acabar con él. (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.)

<sup>55</sup> El verdadero retrato de este gran hombre se ve a la sacristía de San Pietro en Vincoli. Tiene el aire furibundo de Alceste indignado (*El Misántropo*). Buscar este dato en la *Vida de Sixto Quinto* de Gregorio Leti (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.)

<sup>56</sup> Si le hubo faltado respeto al Papa, había muerto, eso me parece, o durante mucho tiempo estuvo en prisión.



apartaba radicalmente de lo que el príncipe oyera en el transcurso de trece años, le hizo ir derecho y rápido desde el palacio de su santidad a contar al cardenal de Médicis lo que acababa de ocurrir. Y, por consejo de éste, decidió despedir, sin la menor tardanza, a todos los perseguidos por la justicia a quienes él daba asilo en su palacio y en sus estados, y se apresuró a buscar un pretexto decoroso para salir inmediatamente del país sometido al poder de un pontífice tan resuelto. Ha de saberse que el príncipe Pablo Orsini era tan exageradamente obeso, que una pierna suya: era más gruesa que el cuerpo de un hombre corriente, y una de estas enormes piernas adolecía de la enfermedad llamada la *lupa* (la loba), así definida porque hay que nutrirla aplicando a la parte afectada gran cantidad de carne fresca; si no se hace así, el terrible humor,

---

Vittoria habría sido enviada a prisión por su marido, y sin embargo le salvaba la vida. (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.)

a falta de carne muerta que devorar, se ceba en la carne viva que le rodea.

El príncipe se acogió al pretexto de este mal para ir a los célebres baños de Albano, cerca de Padua, tierra dependiente de la república de Venecia, y allá se dirigió con su nueva esposa a mediados de junio. Albano era un puerto muy seguro para él, pues, desde hacía muchos años, la casa Orsini estaba unida a la república de Venecia por servicios recíprocos.

Ya en este país seguro, el príncipe Orsini no pensó más que en gozar de los esparcimientos de diversas estancias, y, con este propósito, alquila tres magníficos palacios: uno en Venecia el palacio Dandolo, en la calle de la Zecca; otro en Padua, el Fostarini, situado en la magnífica plaza llamada la Arena; el tercero lo eligió en Salo, en la deliciosa orilla del lago de Garda; este último palacio había pertenecido tiempo atrás a la familia Sforza Pallavicini.

A los señores de Venecia (el gobierno de la república) les satisfizo mucho la llegada a sus

estados de tan insigne príncipe y se apresuraron a ofrecerle una nobilísima *condotta* (o sea una cantidad muy considerable, pagadera anualmente, que el príncipe habría de emplear en reclutar una tropa de dos o tres mil hombres y asumir el mando de la misma). El príncipe declinó con mucho desparpajo este ofrecimiento, contestando, a través de los emisarios, que aunque, por inclinación natural y hereditaria en su familia, le sería muy grato servir a la serenísima república, dependiendo como dependía en aquel momento del rey católico, no le parecía conveniente aceptar otra obligación. Esta respuesta entibió un tanto la buena disposición de los senadores. Inclínados antes a dispensarle en nombre de todo el pueblo, una recepción muy honorable cuando llegara a Venecia, dicha respuesta los determinó a dejar que llegara como un simple particular.

El príncipe Orsini, enterado de todo esto, decidió no ir a Venecia. Estando ya cerca de

Padua, dio un rodeo en esta admirable región y se encaminó con toda su escolta al palacio preparado para él en Salo, a orillas del lago de Garda. Allí pasó todo el verano entre los más agradables y variados pasatiempos.

Llegada la época de cambiar de residencia, el príncipe hizo algunos pequeños viajes, de los que sacó la conclusión de que ya no podía resistir el cansancio como antes; temió por su salud; por fin pensó ir a pasar unos días en Venecia, pero su esposa, Victoria, le disuadió y le indujo a permanecer en Salo.

Algunos pensaron que Victoria Accoramboni se había dado cuenta de los peligros que corrían los días de su marido y que, después de inducirle a permanecer en Salo, pensaba llevarle más adelante fuera de Italia; por ejemplo, a alguna ciudad libre de Suiza; de este modo, para el caso de morar el príncipe, ponía en seguridad su persona y su fortuna particular.

Fundada o no esta suposición, el hecho es que no se cumplió, pues el 10 de noviembre, atacado el príncipe en Salo de una nueva indisposición, tuvo en seguida el presentimiento de lo que iba a ocurrir.

Le preocupó la suerte de su desventurada esposa; la veía, en la bella flor de su juventud, quedar pobre, de fama y de bienes de fortuna, odiada por los príncipes reinantes en Italia, poco querida por los Orsini y sin la esperanza de otro casamiento después de morir él. Como señor magnánimo y de fe leal, hizo por propia voluntad un testamento en el que quiso asegurar la fortuna de aquella desventurada. Lególe en dinero o en joyas la importante cantidad de cien mil piastras, a más de todos los caballos, carrozas y muebles de que se servía en aquel viaje. El resto de su fortuna lo dejó a Virginio Orsini, su único hijo, habido de su primera mujer, hermana de Francisco I, gran duque de Toscana (la misma a la que había

hecho matar por infidelidad, con el consentimiento de sus hermanos).

Pero ¡cuán inciertas son las previsiones de los hombres! Las disposiciones con las que Pablo Orsini pensaba dar una perfecta seguridad a aquella infortunada mujer tan joven, se tornaron para ella en precipicios y ruina. El 12 de noviembre, después de firmar su testamento, el príncipe se sintió mejor. El 13 por la noche le sangraron, y como los médicos no confiaban más que en una severa dieta, dejaron orden terminante de que no tomara alimento alguno.

Pero, nada más salir de la habitación los médicos, el príncipe exigió que le dieran de comer; nadie se atrevió a contra decirle y comió y bebió como de costumbre. Apenas terminado el yantar, el príncipe perdió el conocimiento y, dos horas antes de ponerse el sol, falleció<sup>57</sup>.

---

<sup>57</sup> Muerte más o menos tan tonta como la de Felipe III, pero con la diferencia de rangos. Felipe muere porque el chambelán que debía alejar una hoguera no se halla-

Después de esta muerte repentina, Victoria Accoramboni, acompañada por su hermano Marcelo y toda la corte M difunto príncipe se trasladó a Padua, al palacio Foscarini, alquilado por el príncipe y situado moca de la Arena.

Poco después que ella llegó su hermano Flaminio, que gozaba de gran predicamento cerca del cardenal Farnesio. Victoria emprendí entonces la, diligencias necesarias para conseguir el pago del legado que le había hecho su marido, el cual ascendía a sesenta mil piastras en efectivo que debían serle pagadas en el plazo de dos años y esto aparte de la dote, de la contradote y de todas las joyas, objetos de valor y muebles que estaban en su poder. El príncipe Orsini había dispuesto en su testamento que, en Roma o en cualquier otra ciudad, a elección de la duquesa, se le comprara un palacio por un valor de diez mil

---

ba en su puesto. (Nota al lápiz de Stendhal sobre el manuscrito italiano)

plastras y una «viña» (casa de campo) de seis mil; ordenó además que proveyera a su mesa y a todo su servicio como cumplía a una mujer de su rango. El servicio debía ser de cuarenta domésticos, con el correspondiente número de caballos.

La *signora* Victoria tenía mucha esperanza en el favor de los príncipes de Ferrara, de Florencia y de Urbino, y en el de los cardenales Farnesio y De Médicis, nombrados albaceas por el difunto príncipe. Es de observar que el testamento había sido enviado a Padua y sometido a las luces de los excelentísimos Partizolo y Menochio, primeros profesores de esta universidad y hoy tan célebres jurisconsultos.

Llegó a Padua el príncipe Luis Orsini para llevar a cabo lo que tenía que hacer con respecto al difunto duque y a su viuda e ir seguidamente a hacerse cargo del gobierno de la isla de Corfú, para el que había sido designado por la serenísima república.



Surgió por lo pronto una dificultad entre la *signora* Victoria y el príncipe Luis sobre los caballos del duque, que, según el príncipe, no entraban, en paridad, entre los muebles; mas la duquesa probó que debían ser considerados como muebles propiamente dichos, y se decidió que la viuda se serviría de ellos hasta ulterior resolución; Victoria presentó como fiador al *signor* Soardi de Bergamo, *condottiero* de los señores venecianos, patricio muy rico y de los primero, de su patria.

Surgió otra dificultad sobre cierta cantidad de vajilla de plata que el difunto duque había entregado al príncipe Luis en prenda de una cantidad de dinero que éste le había prestado. Todo se decidió por vía judicial, pues el serenísimo (duque) de Ferrara ponía empeño en que las disposiciones del difunto príncipe se cumplieran en todos sus puntos. Este segundo extremo se resolvió el 23 de diciembre, que era domingo.

La noche siguiente irrumpieron cuarenta hombres en la casa de la *signora* Accoramboni. Vestían unos hábitos de extravagante corte y dispuestos de tal modo que quienes los llevaban no pudieran ser reconocidos sino por la voz, y cuando se llamaban entre ellos lo hacían con ciertos nombres supuestos.

Empezaron por buscar a la persona de la duquesa y, cuando la encontraron, uno de ellos le dijo: «Ahora hay que morir.»

Y, sin concederle un momento, aunque ella pedía que la dejaran encomendarse a Dios, la pinchó con un fino puñal debajo del seno izquierdo, y, removiéndolo en todos los sentidos, el muy cruel preguntó varias veces a la desdichada si le tocaba el corazón, hasta que exhaló el último suspiro. Mientras tanto, los otros buscaban a los hermanos de la duquesa, uno de los cuales, Marcelo, se salvó, porque no le encontraron en la casa; al otro le acribillaron a puñaladas. Los asesinos dejaron a los muertos en el suelo y a toda la gente de la

casa en llantos y lamentos; y, apoderándose del cofre que contenía las joyas y el dinero, se marcharon.

La noticia llegó rápidamente a los magistrados de Padua; procedieron a la identificación de los muertos y dieron cuenta a Venecia.<sup>58</sup>

Durante todo el lunes acudió muchísima gente a dicho palacio y a la iglesia de los Ermitaños para ver los cadáveres. Grande fue la emoción compasiva de los curiosos, especialmente al ver ala duquesa, tan bella. Lloraban su desventura y *dentibus fremebant* (rechinaban los dientes) contra los asesinos. Pero todavía se ignoraban sus nombres.

Como la corte empezó a sospechar, por fuertes indicios, que el hecho perpetrado había sido por orden o, al menos, con el

---

<sup>58</sup> Aquí el interés histórico no puede ir a la par del interés de novela. La novela pretende instruir de todo lo que pasa por el corazón de los héroes (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.)

consentimiento del susodicho príncipe Luis, citóle a comparecer, y queriendo él entrar in corte (en el tribunal) del ilustrísimo capitán con una escolta de cuarenta hombres armados, interceptáronle la puerta y le dijeron que entrara solamente con tres o cuatro. Mas, en el momento de pasar éstos, los otros se lanzaron tras ellos, apartaron a los guardias e irrumpieron todos.

Llegado el príncipe Luis ante el ilustrísimo capitán, quejóse de tal afrenta, alegando que ningún príncipe soberano le había infligido jamás parecido trato. Preguntóle el ilustrísimo capitán si sabía algo sobre la muerte de la signora Victoria y lo ocurrido la noche anterior; contestó que sí y que había ordenado que de ello se diera parte a la justicia. Se dispuso que se pusiese por escrito su respuesta; objetó él que los hombres de su rango no estaban sujetos a tal formalidad y que tampoco debían ser interrogados.

El príncipe Luis pidió permiso para mandar un correo a Florencia con una carta para el príncipe Orsini dándole cuenta del proceso y del crimen acaecido. Exhibió una carta simulada que no era la verdadera y obtuvo lo que solicitaba.

Pero el emisario fue detenido fuera de la ciudad y minuciosamente registrado; le encontraron la carta que el príncipe Luis había exhibido y otra escondida en las bocas del emisario, redactada a este tenor:

*Al Señor Virginio Orsini*

*Ilustrísimo señor:*

*Hemos dado cumplimiento a lo convenido entre nosotros, y de manera tal, que logramos engañar al ilustrísimo Tondini [al parecer, nombre del presidente de la corte que había interrogado al príncipe]; tanto, que me tienen aquí por el caballero más cumplido del mundo. Hícelo yo en persona, así que no*

*dejéis de mandar de inmediato a los hombres que sabéis.*

Esta carta causó impresión a los magistrados; apresuráronse a mandarla a Venecia y dieron orden de que se cerraran las puertas de la ciudad y se pusieran guardias en las murallas noche y día. Publicóse un bando haciendo saber que incurría en severas penas quien, conociendo a los asesinos, no comunicara a la justicia lo que sabía. Los que, figurando entre los asesinos, declararan contra uno, de ellos, no serían inculcados, y hasta se les daría cierta cantidad de dinero. Pera el 24 de diciembre, víspera de Navidad, a eso de la medianoche, llegó de Venecia el *signor* Aloiso Bragadin con amplios poderes de parte del senado y con orden de hacer detener, vivos o muertos y contase lo que costase, al susodicho príncipe Luis y a todos los suyos.

Reuniéronse en la fortaleza dicho abogado Bragadin, el capitán y el podestá.

Se ordenó, so pena de horca (*della forca*) a toda la milicia de a pie y de a caballo que, debidamente armada, rodeara la casa del susodicho príncipe .Luis, cercana a la fortaleza y contigua a la iglesia de San Agustín, de la Arena.

Al apuntar el día (que era el de Navidad), se publicó en la ciudad un bando exhortando a los hijos de San Marcos a acudir en armas a la casa del signor Luis a los que no tuvieran armas se los convocaba en la fortaleza, donde se les entregarían cuantas quisieren; este bando prometía una recompensa de dos mil ducados a quien entregara a la corte, vivo o muerto, al susodicho signor Luis, y quinientos ducados por la persona de cada uno de sus hombres. Asimismo se ordenaba, a quienes no fueron provistos de armas, que no se acercaran a la casa del príncipe, para no estorbar a quienes se batieran, caso de que el susodicho príncipe juzgara oportuno disponer una salida.

Al mismo tiempo se emplazaron arcabuceros de fortaleza, morteros y artillería gruesa en las murallas viejas, frente a la casa ocupada por el príncipe, y lo mismo en las murallas nuevas, desde las cuales se dominaba la parte trasera de la casa. En este lado situaron la caballería, para que pudiera maniobrar libremente en el caso de ser necesaria su intervención. Se aprestaron en la orilla del río bancos, armario, carros y otros muebles a modo de parapetos, con el fin de obstaculizar los movimientos de los sitiados si intentaban arremeter totora el pueblo en orden cerrado. Estos parapetos debían servir también para proteger a los artilleros y los soldados contra los tiros de arcabuz de los sitiados.

Por último, emplazaron en el río, enfrente y al costado de la casa del príncipe, unas barcazas cargadas de hombres provistos de mosquete; y otras armas propias para hostigar al enemigo se intentaba una salida; al mismo tiempo se levantaron barricadas en todas las calles.



Durante estos preparativos llegó una carta del príncipe en la que, en términos muy comedidos, se quejaba de ser considerado culpable y de verse tratado como enemigo, y hasta como rebelde, antes de examinar el caso. Esta carta la había redactado Liveroto.

El 27 de diciembre, los magistrados enviaron a los señores más principales de la ciudad a entrevistarse con el *signor* Luis, quien tenía en su casa cuarenta hombres, todos ellos antiguos soldados veteranos en las armas. Los encontraron ocupados en fortificarse con parapetos hechos de tablas y colchones mojados, y preparando los arcabuces.

Los tres caballeros declararon al príncipe que estaban determinados a apoderarse de su persona; le exhortaron a que se rinde añadiendo que, si así lo hacía antes de llegar a vías de hecho, podría esperar de ellos alguna misericordia. A lo cual respondió el *signor* Luis que, si empezaban por retirar los guardias apostados en torno a su casa, se rendiría a los

magistrados, acompañado de dos o tres de sus hombres, para tratar de; asunto, con la expresa condición de que siempre quedaría libre para tornar a su casa.

Los embajadores se hicieron cargo de estas proposiciones escritas de puño y letra del *signor* Luis y volvieron cerca de los magistrados, quienes rechazaron las condiciones, principalmente por consejo del ilustrísimo Pío Enea y de otros nobles presentes. Los embajadores tornaron nuevamente a casa del príncipe y le notificaron que, si no se rendía pura y simplemente, arrasarían su casa con la artillería; a lo cual respondió que prefería la muerte a tal acto de sumisión.

Los magistrados dieron la señal de batalla y, aunque habrían podido destruir la casa casi total—mente con una sola descarga, prefirieron empezar con cierta mesura, por si los sitiados se avenían a rendirse.

Así fue, y con ello se ahorró a San Marcos el mucho dinero que habría costado reconstruir

las partes destruidas del palacio atacado; sin embargo, no todos lo aprobaron. Si los hombres del *signor* Luis no hubieran flaqueado y se hubieran lanzado sin vacilar fuera de la casi, el resultado habría sido muy incierto. Eran soldados veteranos no carecían de municiones, de arma, ni de valor, y sobre todo tenían el mayor interés en vencer; aun poniéndose en lo peor, ¿no era preferible morir de un tiro de arcabuz a perecer a manos del verdugo? Además, ¿con quién tenían que habérselas? Con unos infelices sitiadores poco experimentados en las armas; y, en este caso, los señores se habrían arrepentido de su clemencia y su bondad natural.

Empezaron, pues, por batir la columnata que había frente a la casa; después, tirando siempre un poco por alto, demolieron la fachada. Mientras tanto, los de dentro dispararon muchos arcabuzazos, pero sin otro resultado que el de herir en el hombro a un hombre del pueblo.

El *signor* Luis gritaba con gran ímpetu: «¡Batalla!, ¡batalla! ¡Guerra!, ¡guerra!» Estaba muy ocupado en hacer fundir balas con el estaño de las fuentes y el plomo de los cristales de las ventanas. Amenazaba con hacer una salida, pero los sitiadores tomaron nuevas medidas e hicieron avanzar artillería de más grueso calibre.

El primer cañonazo abrió una buena brecha en la casa y derribó entre las ruinas a un tal Pandolfo Leupratti de Camerino. Era un hombre de gran arrojo y bandido de mucho cuidado. Desterrado de los estados de la santa Iglesia, el ilustrísimo señor Vitelli había puesto su cabeza a precio de cuatrocientas piastras por la muerte de Vicente Vitelli, atacado en su carruaje y muerto a tiros de arcabuz y a puñaladas por obra del príncipe Luis Orsini y por mano del susodicho Pandolfo y sus cómplices. Pandolfo, aturdido por la caída, no podía moverse; un servidor de los señores Caidi Listase adelantó hacia él armado de una

pistola y, muy valientemente, le cortó la cabeza y se apresuró a llevarla a la fortaleza y entregarla a los magistrados.

Poco después, otro cañonazo derribó una pared de la casa y, con ella, al conde de Montemelino de Perusa, que murió entre las ruinas destrozado por la bala.

Después vieron salir de la casa a un personaje llamado el coronel Lorenzo, de los nobles de Camerino, hombre muy rico y que en varias ocasiones había dado pruebas de valor y era muy estimado por el príncipe. Este hombre decidió no morir sin venganza; quiso disparar su arcabuz; pero, aunque la rueda giraba, ocurrió, quizá por designio de Dios, que el arcabuz no disparó, y en este momento una bala atravesó el cuerpo al coronel Lorenzo. El disparo lo había hecho un pobre diablo, monitor de los escolares en San Miguel. Y mientras éste se acercaba a cortarle la cabeza para ganar la recompensa prometida, se le adelantaron otros más ligeros y sobre todo más

fuerzas que él, los cuales se apoderaron de la bolsa, del arcabuz, del cinturón, del dinero y de las sortijas del coronel y le cortaron la cabeza.

Muertos los hombres en los que el príncipe Luis confiaba más, se quedó muy perturbado y ya no se le vio hacer ningún movimiento. El *signor* Filenfi, su mayordomo de casa y secretario en traje civil, salió a un balcón y con un pañuelo blanco dio la señal de que se rendía. Salió y fue conducido a la ciudadela «llevado del brazo», como dicen que es costumbre en la guerra, por Anselmo Suardo, teniente de los señores (magistrados).

Sometido inmediatamente a interrogatorio, dijo no tener ninguna culpa en lo que había pasado, porque hasta la víspera de Navidad no llegó de Venecia, donde había estado varios días ocupado en los asuntos del príncipe.

Le preguntaron cuántos hombres tenía con él el príncipe; contestó: «Veinte o treinta personas.»

Le preguntaron los nombres y contestó que había ocho o diez que, por ser personas de calidad, comían, como él mismo, a la mesa del príncipe, y que los nombres de éstos sí los conocía, pero que de los demás, gente de vida vagabunda y llegados poco hacía al servicio del príncipe, no tenía ningún conocimiento particular.

Nombró a tres personas, incluido el hermano de Liveroto.

Poco después entró en acción la artillería, situada en las murallas de la ciudad. Los soldados se apostaron en las casas contiguas a la del príncipe para impedir la huida de sus hombres. El susodicho príncipe, que había corrido los mismos peligros que los dos hombres cuya muerte hemos relatado, dijo a los que le rodeaban que resistieran hasta que vieran un escrito de su mano acompañado de cierta señal; después de lo cual se rindió al ya nombrado Anselmo Suardo. Y como no pudieron conducirlo en carroza, como estaba

prescrito, por causa de la gran muchedumbre y de las barricadas levantadas en las calles, se resolvió que fuera a pie.

Iba en medio de los hombres de Marcelo Accoramboni a su lado, los señores *condottieri*, el teniente Suardo, otros capitanes y nobles de la ciudad, todos muy bien armados. Seguía una buena compañía de hombres de armas y de soldados de la ciudad. El príncipe Luís iba vestido de color pardo, estilete al costado y la capa levantada bajo el brazo con un aire muy elegante, dijo, con una sonrisa desdeñosa: «¡Si hubiera combatido! », como dando a entender que habría vencido. Conducido ante los señores magistrados, los saludó dijo:

—Señores, soy prisionero de este gentilhombre —señalando al *signor* Anselmo—, y lamento mucho lo ocurrido, que no ha dependido de mí.

Ordenó el capitán que le quitaran el estilete que llevaba al costado y el príncipe se apoyó en



un balcón y comenzó a cortarse las uñas con unas tijeritas que encontró allí.

Preguntáronle qué personas había en su casa y nombró entre las demás al coronel Liveroto y al conde Montemelino, del que ya se ha hablado aquí, añadiendo que daría diez mil piastras por rescatar a uno de ellos y que por el otro daría hasta su sangre. Solicitó que le pusieran en un lugar adecuado a un hombre como él. Acordado así, el príncipe escribió de su puño y letra a sus hombres ordenándoles que se rindieran, y entregó como señal su anillo. Dijo al *signor* Anselmo que le daba su espada y su arcabuz, pidiéndole que, cuando se encontraran sus armas en su casa, se sirviera de ellas por amor a él, como armas que eran de un caballero y no de un vulgar soldado. Los soldados entraron en la casa, la registraron minuciosamente y convocaron a los hombres del príncipe, los cuales resultaron ser treinta y cuatro, después de lo cual fueron conducidos de dos en dos a la prisión del palacio. A lo,

mueritos los dejaron para cebo de los perros, y la justicia se apresuró a dar cuenta de todo a Venecia.

Se observó que faltaban muchos soldados del príncipe Luis, cómplices del hecho; se prohibió darles asilo, so pena de demoler la casa y comiscar los bienes de los contraventores. Los que los denunciaren recibirían cincuenta piastras. Por estos medios, fueron habidos muchos.

Mandaron de Venecia una fragata a Candia, con una orden dirigida al *signor* Latino Orsini para que compareciera inmediatamente para un asunto de gran importancia, y se cree que perderá su cargo<sup>59</sup>.

Ayer por la mañana, día de San Esteban, todo el mundo esperaba ver morir al príncipe Luis u oír contar que había sido estrangulado

---

<sup>59</sup> Prudencia necesaria entonces. El gobierno sacaba mucho menos que en nuestros días. Tenía sólo la fuerza pura y de ninguna manera el asentimiento (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.).

en la prisión, y que así no ocurriera produjo general sorpresa, teniendo en cuenta que no era pájaro para tenerlo mucho tiempo enjaulado. Pero la noche siguiente tuvo lugar el juicio, y el día do san Juan, un poco antes del alba, se supo que el susodicho señor había sido estrangulado y había muerto muy bien dispuesto. Su cadáver fue trasladado sin dilación a la catedral, acompañado por el clero de la misma y por los padres jesuitas. Quedó expuesto durante todo el día sobre una mesa en el centro de la iglesia para espectáculo del pueblo y espejo de inexpertos.

Cumpliendo lo dispuesto en su testamento, al día siguiente se trasladó a Venecia su cadáver y allí quedó enterrado.

El sábado ahorcaron a dos de sus hombres; el primero y principal fue Furio Savorgnano; el otro, una persona vil.

El lunes, fue el penúltimo día del susodicho año, ahorcaron a trece, entro los cuales había varios nobles; otros dos, uno de ellos llamado el

capitán Splendiano y el otro el conde Paganello, fueron conducidos a través de la plaza y ligeramente atenazados; una vez en el lugar del suplicio, los derribaron a golpes, les cortaron la cabeza y descuartizaron estando todavía casi vivos. Estos hombres eran nobles y, antes de dedicarse al mal, fueron muy ticos. Se dice que el conde Paganello fue quien mató a la *signora* Victoria Accoramboni con la crueldad antes relatada. A esto se objeta que el príncipe Luis, en la carta que hemos citado, declara que fue él mismo quien ejecutó el hecho; quizá lo escribió por vanagloriarse, como cuando hizo asesinar a Vitelli en Roma, o bien para mayor merecimiento del favor del príncipe Virginio Otsini.

El conde Paganello, antes de recibir el golpe mortal, fue atravesado varias veces con un cuchillo debajo del seno izquierdo, para tocarle el corazón, como él hiciera con la pobre

dama<sup>60</sup>. Y le salía del pecho como un río de sangre. Así vivió más de media hora, con gran asombro de todos. Era un hombre de cuarenta y cinco años que revelaba mucha fuerza.

Todavía están levantadas las horcas patibularias para despachar a los diecinueve que quedan el primer día que no sea fiesta. Pero como el verdugo está cansadísimo y el pueblo como en agonía por haber visto tantos muertos, se aplaza la ejecución estos dos días. No se cree que dejen a ninguno con vida. Quizá se exceptúe solamente, entre los hombres del príncipe Luis, al *signor* Filenfi, su mayordomo de casa, el cual se está esforzando muchísimo, y en realidad la cosa es importante para él, por demostrar que no tomó parte alguna en el hecho.

Ni los más viejos de esta ciudad de Padua recuerdan que se haya procedido, jamás, por

---

<sup>60</sup> La Ley del Talión parece innata en el corazón del hombre. El 26 de abril de 1833. (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.)

una sentencia más justa, contra la vida de tantas personas de una sola vez. Y esto, señores (de Venecia) granjeó buena fama y reputación entre las naciones más civilizadas<sup>61</sup>.

*(Añadido con otra letra:)*

Francisco Filenfi, secretario y maestro di casa fue condenado a quince años de prisión. El copero (*copiere*) Honorio Adami de Fermo y otros dos, a un año de prisión; otros siete fueron condenados a galeras con grilletes en los pies, y, por último, siete fueron puestos en libertad.

---

<sup>61</sup> Lo que hubiera resultado más curioso es ahondar en la pintura de las costumbres morales del historiador. El 26 de agosto de 1836. (Nota de Stendhal sobre el manuscrito italiano.)

## LA DUQUESA DE PALLIANO

*La Duchesse de Palliano*  
de *Chroniques italiennes* (1839)

*Palermo, 22 de julio de 1838*

Yo no soy un naturalista, y apenas si conozco el griego; mi principal propósito al venir a Sicilia no ha sido observar los fenómenos del Etna, ni aclarar, para mí o para los demás, todo lo que los viejos autores griegos han dicho sobre Sicilia. Buscaba en primer término el placer de los ojos, que es grande en este singular país. Dicen que se parece a África; pero lo indudable para mí es que sólo por las pasiones devoradoras se parece a Italia. De los sicilianos sí que puede decirse que la palabra *imposible* no existe para ellos cuando los enardece el amor o el odio, y el odio, en este hermoso país, no proviene jamás de un interés de dinero.

Observo que en Inglaterra, y sobre todo en Francia, se habla a menudo de la *pasión italiana*, de la pasión desenfrenada que se hallaba en Italia en los siglos dieciséis y diecisiete. En nuestros días, esa hermosa pasión ha muerto, muerto del todo en las clases que han caído en la imitación de las costumbres francesas y de los modos de obrar a la moda de París y en Londres.

Ya sé que se puede decir que, en la época de Carlos V (1530), Nápoles, Florencia y hasta Roma imitaron un poco las costumbres españolas; pero ¿acaso estas costumbres españolas no estaban fundadas en el infinito respeto que todo hombre digno de este nombre debe tener para los movimientos de su alma? Lejos de excluir la energía, la exageran, mientras que la primera máxima de los fatuos que imitaban al duque de Richelieu, hacia 1760, era no parecer *emocionados de nada*. La máxima de los *dandies ingleses*, que ahora copian en Nápoles con preferencia a los fatuos franceses,



¿no es acaso parecer hastiado de todo, superior a todo?

Es decir que, desde hace un siglo, la *pasión italiana* ya no se encuentra en la buena sociedad de aquel país.

Para darme una idea de esta *pasión italiana*, de la que con tanta seguridad hablan los novelistas, he tenido que interrogar a la historia, pero tampoco la gran historia hecha por gente de talento, y a menudo demasiado majestuosa, dice casi nada de estos detalles. No se digna tomar nota de las locuras sino cuando las hacen reyes o príncipes. Yo he acudido a la historia particular de cada ciudad, pero me ha asustado la abundancia de material. Pequeña ciudad hay que os presenta orgullosamente su historia en tres o cuatro volúmenes en cuarto, impresos, y siete u ocho volúmenes manuscritos; éstos, casi indescifrables, plagados de abreviaturas, con unas letras de forma singular, y, en los momentos más interesantes, llenos de expresiones de uso en la comarca,

pero ininteligibles veinte leguas más lejos. Pues, en toda esta hermosa Italia, donde el amor ha sembrado tantos acontecimientos trágicos, sólo tres ciudades, Florencia, Siena y Roma, hablan aproximadamente como escriben; en todos los demás lugares, la lengua escrita está a cien leguas del lenguaje hablado.

Lo que se llama la *pasión italiana*, es decir, la que procura su propia satisfacción, y no *dar al vecino una idea magnífica de nuestra persona*, comienza con el renacimiento de la sociedad, en el siglo XII, y se extingue, al menos en los círculos distinguidos, hacia 1734. En esta época, los Borbones comienzan a reinar en Nápoles en la persona de don Carlos, hijo de una Farnesio casada en segundas nupcias con Felipe V, ese triste nieto de Luis XIV, tan intrépido en medio de las balas, tan aburrido y tan apasionado por la música. Sabido es que, durante veinticuatro años, el sublime eunuco Farinelli le cantó todos los días tres arias favoritas, siempre las mismas.

A un espíritu filosófico pueden parecerle curiosos los detalles de una pasión sentida en Roma o en Nápoles, pero he de confesar que nada me resulta tan absurdo como esas novelas que dan nombres italianos a sus personajes. ¿No hemos convenido que las pasiones varían a cada cien leguas que se avanza hacia el Norte? ¿Acaso el amor es igual en Marsella que en París? Lo más que puede decirse es que los países sometidos desde hace tiempo al mismo género de gobierno ofrecen en las costumbres sociales una cierta semejanza exterior.

Los paisajes, como las pasiones, como la música, cambian también cada tres leguas hacia el Norte. Un paisaje napolitano parecería absurdo en Venecia, si no fuera cosa convenida, hasta en Italia, admirar la bella naturaleza de Nápoles. En París, llegamos a más; creemos que el aspecto de los bosques y de los campos cultivados es absolutamente igual en Nápoles que en Venecia, y quisiéramos que el Canaletto,

por ejemplo, tuviera absolutamente el mismo color que Salvator Rosa.

¿No es el colmo del ridículo una dama inglesa dotada de todas las perfecciones de su isla, pero considerada como incapaz de pintar el *odio* y el *amor*, incluso en esta isla: la señora Ana Radcliffe dando nombres italianos y atribuyendo grandes pasiones a los personajes de su célebre novela «El confesionario de los penitentes negros»?

No intentaré yo poner gracia en la sencillez, en la rudeza a veces agresiva del muy verídico relato que someto a la indulgencia del lector; por ejemplo, traduzco exactamente la respuesta de la duquesa de Palliano a la declaración de amor de su primo Marcelo Capecce. Esta monografía de una familia se encuentra, no sé por qué, al final del segundo volumen de una historia manuscrita de Palermo, sobre la cual no puedo dar ningún detalle.

Este relato que, con gran pesar mío, abrevio mucho (suprimo una multitud de detalles

característicos), contiene las últimas aventuras de la infortunada familia Carafa, más que la interesante historia de una sola pasión. La vanidad literaria me dice que acaso no me hubiera sido imposible aumentar el interés de varias situaciones extendiéndome más, es decir, adivinando y contando al lector, con detalle, lo que sentían los personajes. Pero yo, joven francés, nacido al Norte de París, ¿estoy acaso bien seguro de adivinar lo que experimentaban esas almas italianas del año 1559?, todo lo más, me parece adivinar lo que puede resultar elegante y atractivo a los lectores franceses de 1838.

Esta manera apasionada de sentir que reinaba en Italia hacia 1559 exigía actos y no palabras. Por eso se hallarán muy pocos diálogos en los relatos siguientes.

Ello es una desventaja para esta traducción, acostumbrados como estamos a las dilatadas conversaciones de nuestros personajes de novela. Para ellos, una conversación es una

batalla. La historia para la cual reclamo toda la indulgencia del lector ofrece una particularidad singular introducida por los españoles en las costumbres de Italia. Me he atendido estrictamente al papel de traductor. El calco fiel de las maneras de sentir del siglo XVI, y hasta el modo de narrar del historiador, que según todas las apariencias, era un noble perteneciente a la familia de la infortunada duquesa de Palliano, constituye, a mi juicio, el principal mérito de esta trágica historia, suponiendo que tenga algún mérito.

En la corte del duque de Palliano, reinaba la más severa etiqueta española. Observad que cada cardenal, cada príncipe romano tenía una corte parecida, y podéis formaros una idea del espectáculo que ofrecía, en 1559, la civilización de la ciudad de Roma. No olvidéis que era la época en que el rey Felipe II, necesitando, para una de sus intrigas, el sufragio de dos cardenales, daba a cada uno cien mil libras de renta en beneficios eclesiásticos. Roma, aunque

sin ejército temible, era la capital del mundo. En 1559, París era una ciudad de bárbaros bastante gentiles.

TRADUCCIÓN EXACTA DE UN  
VIEJO RELATO  
ESCRITO HACIA 1566

Juan Pedro Carafa, aunque perteneciente a una de las más nobles familias del reino de Nápoles, tenía unos modos de obrar ásperos, rudos, violentos y dignos por completo de un cabrero. Tomó el *hábito largo* (la sotana) y se fue, joven, a Roma, donde recibió apoyo de su primo, Oliverio Carafa, cardenal y arzobispo de Nápoles. Alejandro VI, aquel hombre que todo lo sabía y todo lo podía, le hizo su *cameriere* (aproximadamente lo que llamaríamos, en nuestras costumbres, un oficial de órdenes). Julio II le nombró arzobispo de Chieti; el Papa Paulo le hizo cardenal, y, en fin, el 23 de mayo de 1555, después de intrigas y disputas terribles entre los cardenales encerrados en el cónclave,

fue elegido Papa con el nombre de Paulo IV; tenía a la sazón setenta y ocho años. Los mismos que acababan de elevarle al trono de San Pedro se echaron a temblar en seguida pensando en la dureza y en la piedad tremenda, inexorable, del amo que acababan de darse.

La noticia de este nombramiento inesperado produjo una revolución en Nápoles y en Palermo. En pocos días, llegaron a Roma gran número de miembros de la ilustre familia Carafa. Todos fueron colocados, pero; como es natural, el Papa distinguió particularmente a sus tres sobrinos, hijos del conde de Montorio, hermano suyo.

A don Juan, el mayor, ya casado, le hizo duque de Palliano. Este ducado, sustraído a Marco Antonio Colonna, al cual pertenecía, comprendía gran número de pueblos y de villas. Don Carlos, el segundo de los sobrinos de Su Santidad, era caballero de Malta y había hecho la guerra; fue nombrado cardenal, legado



de Bolonia y primer ministro. Era un hombre de gran resolución; fiel a las tradiciones de su familia, tuvo la osadía de odiar al rey más poderoso del mundo (Felipe II, rey de España y de las Indias) y le dio pruebas de su odio. En cuanto al tercer sobrino del nuevo Papa, don Antonio Carafa, como estaba casado, el Papa le hizo marqués de Montebello. Por último, se propuso dar por mujer a Francisco, delfín de Francia e hijo del rey Enrique II, una hija que su hermano había tenido de un segundo matrimonio; Paulo IV pensaba asignarle como dote el reino de Nápoles, quitándoselo para ello a Felipe II, rey de España. La familia odiaba a este poderoso rey, el cual, ayudado por las culpas de esta familia, consiguió exterminarla, como veréis.

Desde que subiera al trono de San Pedro, el más poderoso del mundo y que, en aquella época, eclipsaba incluso al ilustre monarca de las Españas, Paulo IV, como la mayor parte de sus sucesores, daba ejemplo de todas las

virtudes. Fue un gran Papa y un gran santo; se esforzaba en reformar los abusos de la Iglesia y en aplazar, por este medio, el concilio general que desde todas partes se pedía a la corte de Roma y que una sabía política no permitía conceder.

Según costumbre de aquel tiempo, demasiado olvidada en el nuestro y que no permitía a un soberano poner confianza en gentes que podían tener un interés distinto al suyo, los Estados de Su Santidad eran gobernados despóticamente por sus tres sobrinos. El cardenal era primer ministro y disponía de la voluntad de su tío; el duque de Palliano había sido nombrado general de las tropas de la Santa Iglesia, y el marqués de Montebello, capitán de los guardias de Palacio, no dejaba entrar en él sino a las personas que se le antojaba. Estos jóvenes no tardaron en cometer los mayores excesos; comenzaron por apropiarse los bienes de las familias contrarias a su gobierno. Los pueblos no sabían a quién

recurrir para obtener justicia. No sólo tenían que temer por sus bienes, sino que —¡cosa horrible de decir en la patria de la casta Lucrecia!— el honor de las mujeres y de sus familias no estaba seguro. El duque de Palliano y sus hermanos se apropiaban las mujeres más hermosas; bastaba tener la desgracia de gustarles. Se vio, con estupor, que no guardaban el menor miramiento a la nobleza de la sangre, y, más aún, no les contenía en modo alguno la sagrada clausura de los santos monasterios. El pueblo, reducido a la desesperación, no sabía a quién presentar sus quejas: tan grande era el terror que los tres hermanos habían inspirado a todo el que se acercaba al Papa; eran insolentes hasta con los embajadores.

El duque se había casado, antes del engrandecimiento de su tío, con Violante de Cardona, de una familia originaria de España, y que, en Nápoles, pertenecía a la primera nobleza.

Figuraba en el *Seggio di nido*.

Violante, célebre por su rara belleza y por las gracias que sabía desplegar cuando quería seducir a la gente, lo era más todavía por su orgullo insensato. Pero hay que ser justo: difícilmente se pudiera tener un carácter más elevado, y bien lo demostró al mundo al no confesar nada, antes de morir, al hermano capuchino que la confesó. Sabía de memoria y recitaba con una gracia infinita el admirable *Orlando*, de *messer Ariosto*, la mayor parte de los sonetos del divino Petrarca, los cuentos de *Pecorone*, etcétera. Pero era más seductora aún cuando se dignaba hablar a su compañía de las ideas singulares que le sugería su talento.

Tuvo un hijo que fue llamado duque de Cavi. Su hermano don Ferrando, conde Aliffe, se trasladó a Roma atraído por la alta fortuna de su cuñados.

El duque de Palliano tenía una corte magnífica; los jóvenes de las primeras familias de Nápoles se disputaban el honor de formar

parte de ella. Entre los que le eran más caros, Roma distinguió con su admiración a Marcelo Capecce (del *Seggio di nido*), joven caballero célebre en Nápoles por su talento, tanto como por la belleza divina que había recibido del cielo.

La duquesa tenía por favorita a Diana de Brancaccio, de treinta años, pariente cercana de la marquesa de Montebello, su cuñada. Se decía en Roma que con esta favorita deponía su orgullo; le confiaba todos sus secretos. Pero estos secretos sólo se referían a la política; la duquesa suscitaba pasiones, pero no compartía ninguna.

Por consejo del cardenal Carafa, el Papa hizo la guerra al rey de España y el rey de Francia envió en socorro del Papa un ejército mandado por el duque de Guise.

Pero hemos de atenernos a los acontecimientos interiores de la corte del duque de Palliano.

Capecce estaba desde hacía mucho tiempo como loco; se le veía cometer los actos más extraños; el hecho es que el pobre mozo se había enamorado locamente de la duquesa, su *señora*, pero no osaba declarárselo. No obstante, no desesperaba por completo de realizar su afán, pues veía a la duquesa profundamente irritada contra un marido que no le hacía caso. El duque de Palliano era omnipotente en Roma, y la duquesa sabía, sin ninguna duda, que casi diariamente las damas romanas más célebres por su belleza visitaban a su marido en su propio palacio, y ésta era una afrenta a la que la duquesa no podía acostumbrarse.

Entre los capellanes del santo Papa Paulo IV había un respetable religioso con el cual Su Santidad recitaba el breviario. Este personaje, con riesgo de perderse y acaso inducido por el embajador de España, atrevióse un día a contar al Papa todas las atrocidades de sus sobrinos. El santo pontífice enfermó del disgusto; quiso dudar, pero las certidumbres abrumadoras

llegaban de todas partes. Fue el primer día del año 1559 cuando tuvo lugar el hecho que confirmó al Papa en todas sus sospechas y acaso decidió a Su Santidad. Fue, pues, el mismo día de la Circuncisión del Señor, circunstancia que agravó mucho la falta a los ojos de un soberano tan piadoso, cuando Andrés Lanfranchi, secretario del duque de Palliano, dio una cena magnífica al cardenal Carafa, y, para que las excitaciones de la gula se añadiesen a las de la lujuria, hizo asistir a aquella cena a la *Martuccia*, una de las más bellas, más célebres y más ricas cortesanas de la noble ciudad de Roma. Quiso la fatalidad que Capecce, el favorito del duque, el mismo que en secreto estaba enamorado de la duquesa, y que pasaba por el hombre más guapo de la capital del mundo, estuviera desde hacía algún tiempo en trato con la *Martuccia*. Aquella noche la buscó en todos los lugares donde podía esperar hallarla. No encontrándola en parte alguna y enterado de que había una cena en la casa

Lanfranchi, sospechó lo que pasaba, y a eso de media noche se presentó en casa de Lanfranchi acompañado de muchos hombres armados.

Abrióronle la puerta y le invitaron a sentarse y a tomar parte en el festín; pero, después de unas palabras bastante contenidas, hizo seña a la *Martuccia* de que se levantara y saliera con él. Como ella vacilara, muy confusa y previendo lo que iba a ocurrir, Capecce se levantó del lugar en que estaba sentado, y, acercándose a la muchacha, la tomó de la mano procurando llevársela con él. El cardenal, en cuyo honor había sido invitada, se opuso vivamente a que se fuera; Capecce insistió, esforzándose en sacarla de la sala.

El cardenal primer ministro, que aquella noche se había vestido de manera muy diferente a la que correspondía a su alta dignidad, echó mano a la espada y se opuso con la energía y el valor que toda Roma le conocía a la partida de la muchacha. Marcelo, ebrio de cólera, hizo entrar a sus hombres; pero



la mayoría eran napolitanos, y cuando reconocieron al secretario del duque y luego al cardenal, desfigurado al pronto por su atuendo inacostumbrado, volvieron sus espadas a la vaina, negáronse a batirse y se interpusieron para pacificar la querrela.

Durante este tumulto, *Martuccia* rodeada por los invitados y retenida por la mano izquierda de Marcelo, fue lo bastante diestra para escapar. Cuando Marcelo advirtió su ausencia, corrió tras ella y toda su gente le siguió.

Pero la oscuridad de la noche autorizaba los relatos más extraños, y la mañana del 2 de enero se habló en toda la ciudad de un peligroso combate que tuviera lugar, según decían, entre el cardenal sobrino y Marcelo Capece. El duque de Palliano, general en jefe del ejército de la Iglesia, creyó la cosa mucho más grave de lo que era, y como no estaba en muy buenas relaciones con su hermano el ministro, aquella misma noche mandó detener

a Lanfranchi, y al día siguiente, muy temprano, fue encarcelado Marcelo. Como en seguida se dieran cuenta de que nadie había perdido la vida y de que aquellas detenciones no hacían sino aumentar el escándalo, que recaía entero sobre el cardenal, apresuráronse a poner en libertad a los presos, y el inmenso poder de los tres hermanos se aunó para procurar ahogar el asunto. Al principio creyeron conseguirlo, pero al tercer día llegó todo a oídos del Papa. Mandó llamar a sus dos sobrinos y les habló como podía hacerlo un príncipe tan piadoso y tan profundamente ofendido.

El quinto día de enero, que reunía gran número de cardenales en la congregación del *santo oficio*, el santo Papa habló el primero de este horrible asunto, y preguntó a los cardenales presentes cómo habían osado no ponerlo en su conocimiento.

—¡Guardáis silencio, aunque el escándalo afecta a la dignidad sublime de que estáis investidos! El cardenal Carafa ha osado

presentarse en la vía pública en traje secular y con la espada desnuda en la mano. ¿Y con qué objeto? Para apoderarse de una infame cortesana.

Fácil es imaginar el silencio de muerte que reinó entre todos aquellos cortesanos durante esta diatriba contra el primer ministro. Era un anciano octogenario el que tronaba contra su sobrino querido, dueño hasta entonces de su voluntad. En su indignación, el Papa habló de quitar el *capelo* a su sobrino.

La cólera del Papa fue avivada por el embajador del gran duque de Toscana, que acudió a quejarse a él de una insolencia reciente del cardenal primer ministro. Este cardenal, tan poderoso en otro tiempo, se presentó en las habitaciones de Su Santidad para el despacho acostumbrado. El Papa le dejó cuatro horas en la antecámara, esperando a la vista de todos, y luego le despidió sin querer recibirle en audiencia. Imagínese lo que debió de sufrir el inmoderado orgullo del ministro; pensaba que

un anciano abrumado por la edad, dominado toda su vida por el amor que tenía a su familia y, además, poco habituado a despachar los asuntos temporales, veríase obligado a recurrir a su actividad. Pero venció la virtud del santo Papa; convocó a los cardenales, y, después de mirarlos largo rato sin hablarles, acabó echándose a llorar y no vaciló en proclamar una especie de *mea culpa*.

—La flaqueza de la edad —les dijo— y mi gran interés por las cosas de la religión, en las cuales pretendo, como sabéis, destruir todos los abusos, me llevaron a delegar mi autoridad temporal en mis dos sobrinos; han abusado de ella, y los destituyo para siempre.

Luego fue leído un breve por el cual los sobrinos quedaban despojados de todas sus dignidades y confinados en míseros pueblos. El cardenal primer ministro fue desterrado a Civita Lavania, el duque de Palliano a Soriano, y el marqués a Montebello; en virtud de este breve, el duque quedaba también privado de

sus honorarios regulares, que se elevaban a setenta y dos mil piastras (más de un millón de 1838).

No era posible ni siquiera pensar en desobedecer estas severas órdenes: los Carafa tenían por enemigos y como vigilantes al pueblo entero de Roma, que los detestaba.

El duque de Palliano, acompañado del conde Aliffe, su cuñado, y de Leonardo del Cardine, fue a vivir al pueblecillo de Soriano, mientras que la duquesa y su suegra se instalaron en Gállese, miserable aldea a dos leguas de Soriano.

Estas localidades son encantadoras, pero se trataba de un destierro, y aquellas gentes eran arrojadas de Roma, donde antes reinaran con insolencia.

Marcelo Capecce había seguido a su *señora* con los demás cortesanos al mísero pueblo en que estaba desterrada. En lugar de los homenajes de toda Roma, esta mujer, tan poderosa unos días antes, y que gozaba de su

rango con todo el exceso de su orgullo, ya no se veía rodeada más que de simples lugareños cuyo pasmo no hacía sino recordarle su caída. No había consuelo en ella; su tío era tan viejo, que probablemente le sorprendería la muerte antes de llamar de nuevo a sus sobrinos, y, para colmo de miseria, los tres hermanos se detestaban unos a otros. Incluso se decía que el duque y el marqués, que no compartían las fogosas pasiones del cardenal, asustados por sus excesos, habían llegado a denunciarle al Papa, su tío.

En medio del horror de esta gran caída ocurrió una cosa que, por desgracia para la duquesa y para el mismo Capecce, puso muy de manifiesto que, en Roma, no fue una pasión verdadera lo que le llevó tras los pasos de la *Martuccia*.

Un día que la duquesa mandó a llamarlo para darle una orden, se halló a solas con ella, cosa que no ocurría quizá ni dos veces al año. Cuando vio que no había nadie en la sala

donde la duquesa le recibía, Capecce se quedó inmóvil y silencioso. Acercóse a la puerta por ver si en la sala vecina había alguien que pudiera escuchar, y luego se atrevió a hablar así:

—Señora, no os alteréis y no os encolericen las palabras extrañas que voy a tener la temeridad de pronunciar. Desde hace mucho tiempo os amo más que a la vida. Si, con excesiva imprudencia, he tenido la osadía de mirar como amante vuestras divinas gracias, no debéis imputarlo a culpa mía, sino a la fuerza sobrenatural que me impulsa y me agita. Vivo en puro tormento, me abraso; no pido alivio para la llama que me consume, sino solamente que vuestra generosidad se apiade de un servidor pleno de desconfianza y de humildad.

La duquesa mostróse sorprendida y sobre todo irritada.

—Marcelo, ¿qué has visto en mí —le dijo— que te dé la audacia de requerirme de amores? ¿Acaso mi vida, acaso mis palabras se han

apartado tanto de las reglas de la decencia como para que te creas autorizado a semejante insolencia? ¿Cómo has podido tener la osadía de creer que yo podía entregarme a ti o a cualquier otro hombre que no fuera mi marido y señor? Te perdono lo que me has dicho porque eres un frenético; pero guárdate de caer de nuevo en semejante falta, o te juro que he de castigarte a la vez por la primera y por la segunda insolencia.

La duquesa se alejó llena de ira, y realmente Capecce había faltado a las leyes de la prudencia: había que dejar adivinar y no decir. Se quedó confuso, temiendo mucho que la duquesa contara a su esposo lo ocurrido.

Pero las cosas sucedieron de modo muy distinto al que él temía. En la soledad de aquel pueblo, la orgullosa duquesa de Palliano no pudo menos de contar a su dama de honor favorita, Diana Brancaccio, lo que habían osado decirle. Era ésta una mujer de treinta años, devorada por pasiones ardientes. Tenía el pelo



rojizo (el historiador insiste varias veces en esta circunstancia que le parece explicar todas las locuras de Diana Brancaccio). Amaba con furor a Domiciano Fornari, gentilhombre al servicio del marqués de Montebello. Quería tomarle por esposo; pero el marqués y su mujer, a los que Diana tenía el honor de estar unida por los lazos de la sangre, ¿consentirían algún día en que se casara con un hombre actualmente a su servicio? Este obstáculo era insuperable, al menos en apariencia.

No había más que una probabilidad de éxito: habría sido preciso conseguir que el duque de Palliano, hermano mayor del marqués, pusiera en juego toda su influencia, y Diana no dejaba de tener alguna esperanza en esto. El duque la trataba como pariente más que como a sirviente. Era un hombre sencillo y bueno de corazón, y le preocupaban infinitamente menos que a sus hermanos las cosas de pura etiqueta. Aunque el duque se aprovechara, como un verdadero mozo que era,

de todas las ventajas de su alta posición, estaba muy lejos de ser infiel a su mujer; la amaba tiernamente y, según las apariencias, no podría negarle una gracia si se la pedía con cierta persistencia.

La confesión que Capacce había osado hacer a la duquesa parecióle una suerte inesperada a la sombría Diana. Su señora había sido hasta entonces de una seriedad desesperante; si podía sentir una pasión, si cometía una falta, necesitaría a cada instante a Diana, y ésta podría esperarlo todo de una mujer cuyos secretos conociera.

Lejos de comenzar por hablar a la duquesa de lo que se debía a sí misma y luego de los horribles peligros a los que se expondría en medio de una corte tan clarividente, Diana, llevada por el fuego de su propia pasión, habló de Marcelo Capacce a su señora como si se hablara a sí misma de Domiciano Fornari. En las largas conversaciones de esta soledad, hallaba medio, cada día, de recordar a la

duquesa las gracias y la belleza de aquel pobre Marcelo, que parecía tan triste; pertenecía, como la duquesa, a las primeras familias de Nápoles; sus modales eran tan nobles como su sangre, y sólo le faltaban esos bienes que un capricho de la fortuna podía darle cualquier día, para ser, en todos los aspectos, igual a la mujer que se atrevía a amar.

Diana notó con alegría que el primer efecto de estas palabras fue aumentar la confianza que la duquesa le otorgaba.

No dejó de dar noticia de lo que pasaba a Marcelo Capecce. Durante los abrasadores calores de aquel estío, la duquesa se paseaba a menudo por los bosques que rodeaban Gallese. A la caída de la tarde, iba a gozar de la brisa del mar a las deliciosas colinas que se alzan en medio de los bosques y desde cuya cima se divisa el mar a menos de dos leguas de distancia.

Sin apartarse de las severas leyes de la etiqueta, Marcelo podía encontrarse en aquellos

bosques; dicen que se escondía en ellos y cuidaba de no mostrarse a las miradas de la duquesa sino cuando ésta se hallaba bien dispuesta por lo que le decía Diana Brancaccio, que hacía entonces una señal a Marcelo.

Diana, viendo ya a su señora a punto de escuchar la fatal pasión que ella hiciera nacer en su alma, cedió ella misma al violento amor que Domiciano Fornari le había inspirado. En lo sucesivo estaba segura de poder casarse con él. Pero Domiciano era un mozo prudente, de un carácter frío y reservado; los arrebatos de su fogosa amante, lejos de atraerle, no tardaron en resultarle importunos. Diana Brancaccio era pariente cercana de los Carafa; estaba seguro de ser apuñalado a la menor noticia que de sus amores llegara al terrible cardenal Carafa, el cual, aunque menor que el duque de Palliano, era, de hecho, el verdadero jefe de la familia.

La duquesa había cedido hacía algún tiempo a la pasión de Capecce, cuando un buen día no se halló a Domiciano Fornari en el

pueblo donde estaba relegada la corte del marqués de Montebello. Había desaparecido. Más tarde se supo que había embarcado en el pequeño puerto de Nettuno; sin duda cambió de nombre, y nunca más hubo noticias de él.

¿Quién podría describir la desesperación de Diana? Después de escuchar con bondad sus quejas contra el destino, un día la duquesa de Palliano le dejó adivinar que este tema de conversación le parecía agotado. Diana se veía despreciada por su amante; su corazón era presa de los sentimientos más crueles, y sacó la más extraña consecuencia del instante de fastidio que la duquesa experimentara al oír la insistencia de sus lamentaciones. Diana se convenció de que era la duquesa la que había incitado a Domiciano a dejarla para siempre y que, además, le había proporcionado los medios. Esta insensata idea sólo se apoyaba en algunas exhortaciones que en otro tiempo le hiciera la duquesa. A la sospecha siguió en seguida la venganza. Pidió una audiencia al

duque y le contó todo lo que ocurría entre su mujer y Marcelo. El duque se negó a darle crédito.

—Pensad —dijo a la denunciante— que en quince años no he tenido el menor reproche que hacer a la duquesa; ha resistido a las seducciones de la corte y a las tentaciones de la posición brillante que teníamos en Roma; los príncipes más apuestos, y hasta el propio duque de Guise, general del ejército francés, perdieron el tiempo con ella, ¿y pretendes que haya cedido a un simple caballero?

Quiso la malaventura que el duque se aburriera mucho en Soriano, pueblo en que estaba desterrado y que se hallaba a sólo dos leguas del que habitaba su mujer; Diana pudo, pues, obtener muchas audiencias sin que se enterara la duquesa. La favorita tenía un talento asombroso, y su pasión la hacía elocuente. Daba al duque multitud de detalles; la venganza había llegado a ser su único placer. Le repetía que, casi todas las noches, Capecce

entraba en el cuarto de la duquesa a eso de las once y no salía hasta las dos o las tres de la mañana. Estas denuncias causaron al principio tan poca impresión en el duque, que no quiso tomarse el trabajo de caminar dos leguas a medianoche para ir a Gallese y entrar de improviso en el cuarto de su mujer.

Pero una tarde se hallaba en Gallese, se había puesto ya el sol, pero se veía aún. Diana penetró toda desmelenada en el salón en que se encontraba el duque. Todo el mundo se alejó, y ella le dijo que Marcelo Capecce acababa de entrar en el cuarto de la duquesa. El duque, sin duda mal dispuesto en aquel momento, cogió su puñal y corrió al cuarto de su mujer, entrando en él por una puerta falsa. Allí encontró a Marcelo Capecce. Los dos amantes cambiaron de color al verle entrar, pero, por lo demás, no había nada de reprehensible en la posición en que se hallaban. La duquesa estaba en su cama anotando un pequeño gasto que acababa de hacer; en la habitación se hallaba

una camarista; Marcelo estaba en pie a tres pasos del lecho.

El duque, furioso, cogió a Marcelo por el cuello, le arrastró a un gabinete inmediato y le mandó tirar al suelo la daga y el puñal de que iba armado. Luego llamó a los hombres de su guardia, los cuales condujeron a Marcelo a las prisiones de Soriano.

A la duquesa la dejaron en su palacio, pero estrechamente vigilada.

El duque no era nada cruel; parecía que tuviera la idea de ocultar lo ocurrido, por no verse obligado a llegar a las medidas extremas que el honor le exigiría. Quiso hacer creer que Marcelo estaba detenido por otra cosa cualquiera, y con el pretexto de unos sapos enormes que Marcelo había comprado muy caros dos o tres meses antes, hizo decir que este mozo había intentado envenenarle. Pero el verdadero delito era demasiado bien conocido, y el cardenal, su hermano, mandó preguntarle cuándo pensaba lavar en la sangre de los



culpables la afrenta que se había osado infligir a su familia.

El duque buscó el apoyo del conde de Aliffe, hermano de su mujer, y de Antonio Torando, amigo de la casa. Los tres, constituidos en una especie de tribunal, formaron juicio a Marcelo Capecce, acusado de adulterio con la duquesa.

La inestabilidad de las cosas humanas dispuso que el papa Pío IV, que sucedió a Pablo IV, perteneciera al partido de España. No podía negar nada al rey Felipe II, que le exigió la muerte del cardenal y del duque de Palliano. Ambos hermanos fueron acusados ante los tribunales del país, y las minutas del proceso que hubieron de sufrir nos informan de todas las circunstancias de la muerte de Marcelo Capecce.

Uno de los numerosos testigos oídos declaró en estos términos:

Estábamos en Soriano; el duque, mi señor, tuvo una larga conversación con el conde

Aliffe... Por la noche, muy tarde, bajamos a una sala de la planta baja, donde el duque había hecho preparar las cuerdas necesarias para someter a tormento al culpable. Allí se hallaban el duque, el conde de Aliffe, el señor Antonio Torando y yo.

El primer testigo llamado fue el capitán Camilo Grifone, amigo íntimo y confidente de Capecce. El duque le habló así:

—Di la verdad, amigo. ¿Qué sabes de lo que ha hecho Marcelo en el cuarto de la duquesa?

—Yo no sé nada; hace más de veinte días que estoy reñido con Marcelo.

Como se obstinara en no decir nada más, el señor duque llamó a algunos de sus guardias que esperaban fuera. Grifone fue atado a la cuerda por el *podestá* de Soriano. Los guardias tiraron de las poleas y, por este medio, levantaron al culpable a cuatro dedos del suelo. Al cabo de un cuarto de hora de estar suspendido así, dijo:

—Bajadme, diré lo que sé.

Cuando le posaron en el suelo, los guardias se alejaron y nosotros quedamos a solas con él.

—Es cierto que varias veces acompañé a Marcelo hasta el cuarto de la duquesa —dijo el capitán—, pero no sé nada más, porque me quedaba esperando en un patio vecino hasta eso de la una de la madrugada.

En seguida tornaron a llamar a los guardias, que, por orden del duque, alzaronle de nuevo, de modo que sus pies no tocaran el suelo. El capitán no tardó en exclamar.

—Bajadme, voy a decir la verdad. Es cierto —continuó— que, desde hace varios meses, me di cuenta de que Marcelo tiene amores con la duquesa, y yo quería ponerlo en conocimiento de Vuestra Excelencia o de don Leonardo. La duquesa enviaba todas las mañanas a saber noticias de Marcelo; le mandaba pequeños regalos, y, entre otras cosas, confituras preparadas con exquisito cuidado y muy caras; le he visto a Marcelo cadenitas de oro de un

trabajo maravilloso y que evidentemente procedían de la duquesa.

Después de esta declaración, el capitán fue enviado de nuevo a la cárcel. Trajeron al portero de la duquesa, que declaró no saber nada; atáronle a la cuerda y le suspendieron en el aire. Pasada media hora, dijo:

—Bajadme, diré lo que sé.

Una vez en el suelo, pretendió no saber nada; suspendiéronle de nuevo. Al cabo de otra media hora, le bajaron y entonces explicó que estaba, desde hacía tiempo, al servicio particular de la duquesa. Como era posible que este hombre no supiera nada, le volvieron a la cárcel. Todo esto había llevado mucho tiempo, a causa de los guardias, a los que se mandaba salir cada vez. Se quería hacerles creer que se trataba de una tentativa de envenenamiento con la ponzoña extraída de los sapos.

Era ya muy entrada la noche cuando el duque hizo traer a Marcelo Capecce. Alejados

los guardias y bien cerrada con llave la puerta, el duque interrogó a Marcelo:

—¿Qué teníais que hacer en el cuarto de la duquesa para permanecer allí hasta la una, las dos y a veces hasta las cuatro de la madrugada?

Marcelo lo negó todo; llamaron a los guardias, y fue suspendido; la cuerda le dislocaba los brazos; no pudiendo soportar el dolor, pidió que le bajaran; sentáronle en una silla, más, una vez así, se embarulló en sus palabras y no sabía lo que decía. Llamaron a los guardias, que le suspendieron de nuevo; pasado un tiempo, pidió que le bajaran.

—Es verdad —dijo— que he entrado en el departamento de la duquesa a esas horas indebidas; pero es porque tenía amores con la *signora* Diana Brancaccio, una de las damas de Su Excelencia, a la que había dado palabra de casamiento y que me lo ha concedido todo, excepto las cosas contra el honor.

Marcelo fue devuelto a su prisión, donde le carearon con el capitán y con Diana, que lo negó todo.

Luego tornaron a Marcelo a la sala baja; ya cerca de la puerta, dijo:

—Señor duque, Vuestra Excelencia se acordará de que me ha prometido la vida si digo toda la verdad. No es necesario someterme de nuevo a la cuerda; voy a decirlo todo.

Entonces se acercó al duque y, con voz trémula y apenas articulada, díjole que era cierto que había obtenido los favores de la duquesa. A estas palabras, el duque se arrojó sobre Marcelo y le mordió en la mejilla; luego sacó el puñal y vi que iba a apuñalar al culpable. Dije que convenía que Marcelo escribiera de su puño y letra lo que acababa de confesar, y que este documento serviría para justificar a Su Excelencia. Entramos en la sala baja, en la que había recado de escribir; pero la cuerda había herido a Marcelo de tal modo en

la mano, que sólo pudo escribir estas pocas palabras: *Sí, he traicionado a mi señor; sí, he atentado a su honor.*

El duque iba leyendo a medida que Marcelo escribía. En este momento, se arrojó sobre Marcelo y le dio tres puñaladas que le quitaron la vida. Diana Brancaccio estaba allí, a tres pasos, más muerta que viva, y, sin duda, arrepintiéndose mil veces de lo que había hecho.

—¡Mujer indigna de haber nacido de una noble familia! —gritóle el duque—, y causa única de mi deshonor, en el cual has trabajado por servir a tus placeres deshonestos: es preciso que te dé el pago de todas tus traiciones.

Y diciendo estas palabras, agarróla por los cabellos y le cortó el cuello con un cuchillo. La infortunada derramó un diluvio de sangre y por fin cayó muerta.

El duque mandó arrojar los dos cadáveres en una cloaca cercana a la prisión.

El joven cardenal Alfonso Carafa, hijo del marqués de Montebello, el único de toda la familia que Paulo IV conservara a su lado, creyó que era su deber contarle este hecho. El Papa respondió con estas solas palabras:

—¿Y de la duquesa qué han hecho?

Era creencia general en Roma que estas palabras debían implicar la muerte de la desventurada mujer. Pero el duque no podía decidirse a este gran sacrificio, ya porque estaba encinta, bien por el extraordinario cariño que en otro tiempo sintiera por ella.

A los tres meses del gran acto de virtud que realizara el santo Papa, al separarse de toda su familia, y pasados otros tres de enfermedad, Paulo IV expiró el 18 de agosto de 1559.

El cardenal escribía carta tras carta al duque de Palliano repitiéndole constantemente que su honor exigía la muerte de la duquesa. Al morir su tío, y no sabiendo cuáles serían los designios del nuevo Papa que resultara elegido,



quería que todo fuera liquidado en el más breve plazo.

El duque, hombre sencillo, bueno y mucho menos escrupuloso que el cardenal sobre las cosas referentes al punto del honor, no podía decidirse a la terrible cosa que le exigían. Alegaba que él mismo había hecho a la duquesa numerosas infidelidades, y sin tomarse el menor trabajo para ocultárselas, y que estas infidelidades podían muy bien haber inducido a la venganza a una mujer tan orgullosa. En el momento mismo de entrar al cónclave, después de oír misa y recibir la santa comunión, el cardenal volvió a escribirle que estaba harto de sus continuos aplazamientos y que, si el duque no se decidía por fin a lo que exigía el honor de su casa, asegurábale que no volvería a intervenir en sus asuntos ni procuraría serle útil, ya en el cónclave, ya cerca del nuevo Papa. Una razón ajena al punto de honor pudo contribuir a decidir al duque. Aunque la duquesa estaba severamente

vigilada, dícese que halló medio de mandar un recado a Marco Antonio Colonna, enemigo mortal del duque por causa del ducado de Palliano, detentado por éste, diciéndole que si conseguía salvarle la vida y libertarla, ella, por su parte, le pondría en posesión de la fortaleza de Palliano, mandada por un hombre que le era adicto.

El 28 de agosto de 1559, el duque envió a Gallese dos compañías de soldados. El 30, don Leonardo del Cardine, pariente del duque, y don Ferrando, conde de Aliffe, hermano de la duquesa, llegaron a Gallese, y entraron en el departamento de la duquesa para quitarle la vida. Anunciáronle la muerte, y ella recibió la noticia sin la menor alteración. Pidió tiempo para confesarse y oír la santa misa. Luego, al acercarse a ella ambos señores, observó que no estaban de acuerdo entre ellos. Preguntó si llevaban una orden del duque, su marido, para que le dieran muerte.

—Sí, señora —contestó don Leonardo.

La duquesa solicitó verla; don Ferrando se la mostró.

(Encuentro en el proceso del duque de Palliano la declaración de los frailes que asistieron a este terrible hecho. Estas declaraciones son muy superiores a las de los otros testigos, lo cual se debe, a mi juicio, a que los frailes estaban exentos de temor al hablar ante la justicia, mientras que todos los demás testigos habían sido más o menos cómplices de su señor.)

El hermano Antonio de Pavía, capuchino, declaró en estos términos:

—Después de la misa en que la duquesa recibió devotamente la santa comunión, y mientras nosotros la reconfortábamos, el conde de Aliffe, hermano de la señora duquesa, entró en el cuarto con una cuerda y una varita de avellano gruesa como el pulgar y de una media vara de larga. Cubrió los ojos de la duquesa con un pañuelo, y ella, con gran serenidad, lo bajó más para no verle. El conde le echó la cuerda al

cuello y se alejó unos pasos; la duquesa, al oírle andar, se quitó el pañuelo de los ojos y dijo:

—Bueno, ¿qué es lo que hacemos?

El conde contestó:

—La cuerda no era buena; voy a buscar otra para no haceros sufrir. Diciendo estas palabras, salió. Al poco tiempo, volvió a entrar en la estancia con otra cuerda, arreglóle de nuevo el pañuelo sobre los ojos, pasóle la cuerda por el cuello y, metiendo la vara por el nudo, la hizo girar y estranguló a la infeliz duquesa. Por parte de ésta, todo pasó en el tono de una conversación corriente.

El hermano Antonio de Salazar, otro capuchino, termina su declaración con estas palabras:

—Yo quería retirarme del pabellón por escrúpulo de conciencia, por no verla morir; pero la duquesa me dijo:

—No te alejes de aquí, por amor de Dios.

(Aquí el fraile cuenta las circunstancias de la muerte, absolutamente como acabamos de referirlas.) Añade:

—Murió como buena cristiana, repitiendo a menudo: *Credo, credo*.

Los dos frailes, que al parecer habían obtenido de sus superiores la autorización necesaria, repiten en sus declaraciones que la duquesa hizo constantes protestas de su perfecta inocencia, en todas sus conversaciones con ellos, en todas sus confesiones, y particularmente en la que precedió a la misa en que recibió la santa comunión. Si era culpable, este rasgo de orgullo la precipitaba en el infierno.

En el careo del hermano Antonio de Pavía, capuchino, con don Leonardo de Cardine, el hermano declaró:

—Mi compañero dijo al conde que sería bien esperar a que la duquesa diera a luz; está encinta de seis meses —añadió— y no se debe

perder el alma del pobre ser que lleva en su seno; es preciso poder bautizarle.

A lo cual respondió el conde Aliffe:

—Bien sabéis que tengo que ir a Roma, y no quiero presentarme allí con esta careta en el rostro (con esta afrenta no vengada).

Apenas muerta la duquesa, los dos capuchinos insistieron en que la abrieran inmediatamente a fin de poder bautizar al niño; pero el conde y don Leonardo no escucharon sus ruegos.

Al día siguiente, la duquesa fue enterrada en la iglesia del lugar, con cierta pompa (he leído la descripción). Este hecho, cuya noticia se extendió en seguida, causó poca impresión, porque hacía ya tiempo que era esperado; ya varias veces, en Gallese y en Roma, se había dado la noticia de esta muerte, y por otra parte, un asesinato fuera de la ciudad y en un momento en que la sede estaba vacante no tenía nada de extraordinario. El cónclave que siguió a la muerte de Paulo IV fue muy

tempestuoso: duró nada menos que cuatro meses.

El 26 de diciembre de 1559, el pobre cardenal Carlo Carafa fue obligado a contribuir a la elección de un Papa apoyado por España y que, por consiguiente, no podría oponerse a ninguno de los rigores que Felipe II pidiese contra el cardenal Carafa. El nuevo electo tomó el nombre de Pío IV.

Si el cardenal no hubiera sido desterrado en el momento de la muerte de su tío, habría sido dueño de la elección, o al menos habría podido impedir el nombramiento de un enemigo.

Poco después, fue detenido el cardenal, así como el duque; la orden de Felipe II era evidentemente condenarlos a muerte. Hubieron de responder a catorce acusaciones. Fueron interrogadas cuantas personas podían dar alguna luz sobre estos catorce extremos. El proceso, muy bien llevado, ocupó dos volúmenes en folio, que yo he leído con mucho interés, porque en ellos se encuentra a cada

página detalles de costumbres que los historiadores no han juzgado dignos de la majestad de la historia. He visto en este proceso circunstancias muy pintorescas sobre una tentativa de asesinato dirigida por el partido español contra el cardenal Carafa, ministro omnipotente a la sazón.

Por lo demás, él y su hermano fueron condenados por crímenes que no lo habrían sido en cualquier otro, por ejemplo, haber dado muerte al amante de una mujer infiel y a esta misma mujer. Pasados unos años, el príncipe Orsini se casó con la hermana del gran duque de Toscana, creyóla infiel e hizo que la envenenaran en la misma Toscana, con el consentimiento del gran duque, hermano de la dama, y nunca se le hubiera acusado de crimen por semejante cosa. Varias princesas de la casa de Médicis murieron de la misma manera.

En cuanto quedó terminado el proceso de los dos Carafa, se hizo un largo sumario del mismo, sumario que, en diversas ocasiones, fue



examinado por congregaciones de cardenales. Es demasiado evidente que, una vez convenido castigar con la última pena una muerte que vengaba el adulterio, clase de delito del que la justicia no se ocupaba nunca, el cardenal era culpable de haber perseguido a su hermano para que el delito fuera cometido, como el duque era culpable de haberlo ejecutado.

El 3 de marzo de 1561, el Papa Pío IV reunió un consistorio que duró ocho horas, y al fin del cual pronunció la sentencia de los Carafa en estos términos: *Prout in schedulâ*. (Hágase como se solicita.)

La noche del día siguiente, el fiscal envió al castillo de Santángelo al *barigel* para hacer ejecutar la sentencia de muerte recaída en los dos hermanos, Carlos, cardenal Carafa, y Juan, duque de Palliano; así se hizo. Se ocuparon lo primero del duque. Fue trasladado del castillo Santángelo a las prisiones de Tordinona, donde estaba todo preparado; y, allí, el duque, el

conde Aliffe y don Leonardo de Cardine fueron decapitados.

El duque arrostró este terrible momento no sólo como un caballero de alta estirpe, sino también como un cristiano dispuesto a sufrir por el amor de Dios. Dirigió unas hermosas palabras a sus dos compañeros exhortándolos a la muerte; luego, escribió a su hijo.

El *barigel* tornó al castillo de Santángelo y anunció la muerte al cardenal Carafa, dándole sólo una hora para prepararse. El cardenal mostró una grandeza de alma superior a la de su hermano, tanto más cuanto que dijo menos palabras: las palabras son siempre una fuerza que se busca fuera de uno mismo. Sólo se le oyó decir en voz baja estas palabras, al anunciarle la terrible noticia:

—¡Morir yo! ¡Oh papa Pío! ¡Oh rey Felipe!

Se confesó; recitó los siete salmos de la penitencia, luego se sentó en una silla y dijo al verdugo:

Ya.

El verdugo le estranguló con un cordón de seda que se rompió; hubo que insistir dos veces. El cardenal miró al verdugo sin dignarse pronunciar una palabra.

*(Nota agregada)*

Dos años más tarde, el papa Pío V quiso revisar el proceso, que se anuló; el cardenal y su hermano fueron restablecidos en todos sus honores, y el procurador general, el que más había contribuido a su muerte, murió ahorcado. Pío V ordenó la destrucción del proceso; todas las copias que existían en las bibliotecas fueron quemadas, con prohibición de conservar ninguna, so pena de excomuni3n; pero el Papa no pensó que había una copia del proceso en su propia biblioteca, y de esta copia se han sacado todas las que existen hoy.

## FAVORES QUE MATAN

*Trop de faveur tue - Histoire de 1589,*  
de *Chroniques italiennes* (1839)

### HISTORIA DE 1589

Este es el título que un poeta español ha dado a la presente historia, de la que ha hecho una tragedia. Yo me guardaré muy bien de apropiarme ninguno de los ornamentos con los cuales la imaginación de este español ha procurado embellecer esta triste pintura del interior de un convento. Algunas de estas invenciones aumentan, en efecto, el interés, pero, fiel a mi deseo de dar a conocer a los hombres sencillos y apasionados del siglo XV de los que proviene la civilización actual, presento esta historia sin adornos y tal como, mediante un poco de influencia, se puede leer en los archivos de..., donde se encontraban todos los documentos originales y el curioso relato del conde Buondelmonte.

En una ciudad de Toscana que no nombraré, existía en 1589 y existe todavía hoy un convento sombrío y magnífico. Sus negros muros, de cincuenta pies de altura por lo menos, entristecen todo un barrio; tres calles bordean estos muros; por el otro lado, se extiende el parque del convento, que llega hasta las murallas de la ciudad. Este parque está rodeado de una pared menos alta. La abadía, a la que daremos el nombre de Santa Riparata, sólo recibe doncellas pertenecientes a la más alta nobleza. El 20 de octubre de 1587, todas las campanas de la abadía estaban en movimiento; la iglesia abierta a los fieles estaba decorada con magníficos tapices de damasco rojo guarnecidos de ricas cenefas de oro. La santa hermana Virgilia, amante del nuevo gran duque de Toscana, Fernando 1, había sido nombrada abadesa de Santa Riparata la víspera por la noche, y el obispo de la ciudad, acompañado de todo su clero, iba a entronizarla. Toda la ciudad estaba en

movimiento, y era tal la multitud en las calles próximas a Santa Riparata, que resultaba imposible pasar por ellas.

El cardenal Fernando de Médicis, que acababa de suceder a su hermano Francisco, sin por eso renunciar al *capelo*, tenía treinta y seis años y era cardenal desde hacía veinticinco, habiendo sido elegido para esta alta dignidad a la edad de once años. El reinado de Francisco, célebre hasta nuestros días por su amor por Bianca Capello, se había señalado por todas las locuras que el amor a los placeres puede inspirar a un príncipe que no se distinguía por la fuerza del carácter. Fernando, por su parte, había tenido que reprocharse algunas flaquezas del mismo género que las de su hermano; sus amores con la hermana oblata Virgilia eran célebres en Toscana, pero hay que decir que lo eran sobre todo por su inocencia. Mientras que el gran duque Fernando, sombrío, violento, dominado por sus pasiones, no pensaba bastante en el escándalo producido por sus

amores, en el país no se hablaba de otra cosa que de la alta virtud de la hermana Virgilia. Como la orden de las Oblatas, a la cual pertenecía, religiosas pasar aproximadamente los dos r tercios del año en casa de sus padres, la hermana veía diariamente al cardenal de Médicis cuando éste estaba en Florencia.

Dos cosas causaban el asombro de esta ciudad, dada a las voluptuosidades, en estos amores de un príncipe joven, rico y autorizado a todo por el ejemplo de su hermano: la hermana Virgilia, dulce, tímida y de una inteligencia más que corriente, no era bonita, y el joven cardenal no la había visto nunca sino en presencia de dos o tres mujeres fieles a la noble familia Respuccio, a la cual pertenecía esta singular amada de un joven príncipe de la sangre.

El gran duque Francisco murió el 19 de octubre de 1587 por la noche. El 20 de octubre, antes del mediodía, los más grandes señores de su corte y los más ricos negociantes (pues

debemos recordar que los Médicis no habían sido en su origen más que negociantes; sus padres y los personajes más influyentes de la corte estaban todavía metidos en el comercio, lo que impedía a estos cortesanos ser del todo tan absurdos como sus colegas de las cortes contemporáneas) se personaron, el 20 de octubre por la mañana, en la modesta casa de la hermana oblata Virgilia, la cual se quedó muy sorprendida de esta concurrencia.

El nuevo gran duque Fernando quería ser prudente, razonable, útil a la felicidad de sus súbditos; quería sobre todo desterrar la intriga de su corte. Al subir al poder se encontró vacante la más rica abadía de mujeres de sus estados, la que servía de refugio a todas las doncellas nobles que sus padres querían sacrificar al esplendor de la familia, y a la cual daremos el nombre de abadía de Santa Riparata; no vaciló en nombrar para este cargo a la mujer que él amaba.



La abadía de Santa Riparata pertenecía a la orden de San Benito, cuyas reglas no permitían a las religiosas salir del claustro. Con gran asombro del buen pueblo de Florencia, el príncipe cardenal no se veía con la nueva abadesa, pero, por otra parte, por una delicadeza de alma que fue advertida y puede decirse que generalmente censurada por todas las mujeres de su corte, no se permitió nunca ver a una mujer a solas. Cuando este plan de conducta fue bien observado, las atenciones de los cortesanos iban a buscar a la hermana Virginia hasta su convento, y creyeron notar que, pese a su extremada modestia, no era insensible a esta atención, la única que su acendrada virtud permitía al joven soberano.

El convento de Santa Riparata tenía a menudo que tratar asuntos de una naturaleza muy delicada: aquellas doncellas de las familias más ricas de Florencia no se dejaban desterrar del mundo, entonces tan brillante, de esta ciudad tan rica, de esta ciudad que era a la

sazón la capital del comercio de Europa, sin echar una mirada de añoranza sobre lo que les hacían abandonar; con frecuencia, reclamaban abiertamente contra la injusticia de sus padres; a veces, pedían consuelos al amor, y se habían visto los odios y las rivalidades viniendo a agitar la alta sociedad de Florencia. De este estado de cosas, resultó que la abadesa de Santa Riparata obtenía audiencias bastante frecuentes del gran duque reinante. Para violar lo menos posible la regla de San Benito, el gran duque enviaba a la abadesa uno de sus carruajes de gala, en el que tomaban asiento dos damas de su corte, las cuales acompañaban a la abadesa hasta la sala de audiencias del palacio del gran duque, en la Vía Larga, una sala inmensa. Las dos damas testigos de la clausura, como se les llamaba, tomaban asiento en dos sillones cerca de la puerta, mientras la abadesa avanzaba sola e iba a hablar con el príncipe que la esperaba al otro extremo de la sala, de suerte que las damas

testigos de la clausura no podían oír nada de lo que se decía durante esta audiencia.

Otras veces se trasladaba el príncipe a la iglesia de Santa Riparata; le abrían las rejas del coro y la abadesa salía a hablar con Su Alteza.

Estas dos formas de audiencia no le convenían nada al duque; acaso habrían dado fuerzas a un sentimiento que él quería debilitar. Entretanto no tardaron en sobrevenir en el convento de Santa Riparata asuntos de una naturaleza bastante delicada: los amores de la hermana Felicia degli Almieri turbaban la tranquilidad del monasterio. La familia Degli Almieri era una de las más poderosas y más ricas de Florencia. Muertos dos de los tres hermanos, a la vanidad de los cuales había sido sacrificada la joven Felicia, y no teniendo hijos el tercero, esta familia dio en pensar que era objeto de un castigo del cielo. La madre y el hermano, que sobrevivía a pesar del voto de pobreza que había hecho Felicia, le devolvían, en forma de regalos, los bienes de que la habían

privado para dar lustre a la vanidad de sus hermanos.

El convento de Santa Riparata contaba a la sazón cuarenta y tres religiosas. Cada una de ellas tenía su camarista noble; estas camaristas eran doncellas procedentes de la nobleza pobre, las cuales comían en una segunda mesa y recibían del tesoro del convento un escudo mensual para sus gastos. Mas, por una costumbre singular y que no era muy favorable a la paz del convento, no se podía ser camarista noble más que hasta la edad de treinta años; llegadas a esta altura de la vida, las doncellas se casaban o ingresaban como religiosas en conventos de una orden inferior.

Las muy nobles damas de Santa Riparata podían tener hasta cinco camaristas, y la hermana Felicia degli Almieri pretendía tener ocho. Todas las damas del convento que tenían fama de casquivanas, y eran quince o dieciséis, apoyaban las pretensiones de Felicia, mientras que las otras veintiséis se mostraban muy

escandalizadas y hablaban de recurrir al príncipe.

La buena hermana Virgilia, la nueva abadesa, estaba lejos de tener una cabeza lo bastante capaz para zanjar este grave asunto; los dos partidos parecían exigir de ella que lo sometiera a la decisión del príncipe.

En la corte, todos los amigos de la familia de los Almieri comenzaban ya a decir que sería extraño que se pretendiera impedir a una doncella de tan alta estirpe como Felicia, y tan bárbaramente sacrificada antes por su familia, hacer el uso que ella quisiera de su fortuna, sobre todo un uso tan inocente. Por otra parte, las familias de las religiosas más viejas o menos ricas no dejaban de replicar que era por lo menos raro ver a una religiosa que había hecho voto de pobreza no conformarse con el servicio de cinco camaristas.

El gran duque quiso cortar en seco una disputa que podía perturbar la ciudad. Sus ministros le instaban para que concediera una

audiencia a la abadesa de Santa Riparata, y como esta doncella, de una virtud celestial y de un carácter admirable, no se dignaría probablemente fijar su mente, enteramente absorbida por las cosas del Cielo, en los detalles de una disputa tan miserable, el gran duque debía notificarle una decisión que ella sólo tendría que ejecutar. «Pero ¿cómo podré tomar tal decisión —se decía este razonable príncipe—, si no sé absolutamente nada de las razones que pueden alegar los dos partidos?» Por otra parte, no quería, sin razones suficientes, hacerse enemigo de la poderosa familia de los Almieri.

El príncipe tenía un amigo íntimo, el conde Buondelmonte, un año menor que él, o sea, que contaba treinta y cinco. Se conocían desde la cuna: habían tenido la misma nodriza, una rica y hermosa campesina del Casentino. El conde Buondelmonte, muy rico, muy noble y uno de los hombres más apuestos de la ciudad, se distinguía por la extremada indiferencia y la

frialdad de su carácter. Había rechazado muy rotundamente el cargo de primer ministro que el gran duque Fernando le había rogado que aceptara el mismo día de su llegada a Florencia.

«Si yo estuviera en vuestro lugar —le había dicho el conde—, abdicaría inmediatamente: ¡cómo queréis que yo desee ser ministro de un príncipe y suscitar contra mí los odios de los habitantes de una ciudad en la que pienso pasar mi vida!»

En medio de las preocupaciones de corte que las disensiones del convento de Santa Riparata daban al gran duque, pensó que podía recurrir a la amistad del conde. Este se pasaba la vida en sus tierras, dirigiendo con mucho interés el cultivo de las mismas. Dedicaba cada día dos horas a la caza o a la pesca, según las estaciones, y jamás se le había conocido amante. Le contrarió mucho la carta del príncipe llamándole a Florencia, y mucho mayor fue su contrariedad cuando el príncipe

le dijo que quería hacerle director del noble convento de Santa Riparata.

—Sabed —le dijo el conde— que casi preferiría ser primer ministro de Vuestra Alteza. La paz del alma es mi ídolo, ¿y qué va a ser de mí en medio de todas esas ovejas rabiosas?

—Lo que me ha hecho poner los ojos en vos, caro amigo, es que se sabe que jamás una mujer imperó en vuestra alma un día entero; yo estoy muy lejos de tener pareja fortuna; en mi mano estaba recomenzar todas las locuras que hizo mi hermano por Blanca Capello. —Y aquí el príncipe entró en consideraciones íntimas con ayuda de las cuales esperaba seducir a su amigo—. Sabed —le dijo— que si vuelvo a ver a esa joven tan dulce a la que he hecho abadesa de Santa Riparata no puedo responder de mí.

—¿Y dónde estaría el mal? —preguntóle el conde—. Si os sentís feliz teniendo una amante, ¿por qué no habíais de tenerla? Si yo no la tengo es porque al cabo de tres días todas las



mujeres me molestan con su comadreo y las pequeñeces de su carácter.

—Yo —le dijo el gran duque— soy cardenal. Verdad es que el papa me ha dado permiso para renunciar al *capelo* y casarme, en consideración a la corona que me ha sobrevenido; pero no tengo ganas de arder en el infierno, y, si me caso, tomaré una mujer a la que no amaré y a la que pediré sucesores para mi corona y no las dulzuras vulgares del matrimonio.

—No tengo nada que oponer a eso —repuso el conde—, aunque no creo que el Dios omnipotente descienda a tales miserias. Haced a vuestros súbditos felices y honrados, si podéis, y por lo demás tened todas las amantes que queráis.

—No quiero tener ni una —replicó el príncipe riendo—, y me expondría mucho a tenerla si volviese a ver a la abadesa de Santa Riparata. Es sin duda la mejor muchacha del mundo y la menos capaz de gobernar, no digo

un convento lleno de doncellas arrancadas del mundo a pesar suyo, sino la más juiciosa reunión de mujeres viejas y devotas.

El príncipe tenía tanto miedo de volver a ver a la hermana Virgilia, que el conde se conmovió. «Si falta a la especie de voto que ha hecho al recibir del Papa permiso de casarse —dijose pensando en el príncipe—, es capaz de tener el corazón oprimido para el resto de su vida», y al día siguiente fue al convento de Santa Riparata, donde se le recibió con toda la curiosidad y todos los honores debidos al representante del príncipe. Fernando I había enviado a uno de sus ministros a comunicar a la abadesa y a las monjas que los negocios de su Estado no le permitían ocuparse de su convento y que delegaba para siempre su autoridad en el conde Buondelmonte, cuyas decisiones serían inapelables.

Después de hablar con la abadesa, el conde se escandalizó del mal gusto del príncipe: no tenía sentido común ni tenía nada de bonita. Al

conde le parecieron muy perversas las religiosas que querían impedir a Felicia degli Almieri tomar dos nuevas camaristas. Había mandado llamar a Felicia al locutorio. Ella, con impertinencia, mandó decirle que no tenía tiempo de acudir, lo que hizo gracia al conde, hasta entonces bastante aburrido de su misión y arrepentido de su complacencia con el príncipe.

Dijo que le daba lo mismo hablar con las camaristas que con la propia Felicia, y mandó decir a las cinco camaristas que salieran al locutorio. Sólo se presentaron tres y declararon en nombre de su ama que ésta no podía prescindir de la presencia de dos de ellas, a lo cual el conde, haciendo uso de sus derechos en calidad de representante del príncipe, hizo entrar al convento a dos de sus subalternos, los cuales le trajeron a las dos camaristas recalcitrantes, y se entretuvo durante una hora con la charla de las cinco doncellas jóvenes y bonitas que, la mayor parte del tiempo,

hablaban todas a la vez. Sólo entonces, por lo que ellas le revelaban sin querer, el vicario del príncipe comprendió sobre poco más o menos lo que ocurría en el convento. Solamente cinco o seis religiosas eran viejas; unas veinte, aunque jóvenes, eran devotas, pero las otras, jóvenes y bonitas, tenían amantes en la ciudad. En verdad no podían verlos sino muy rara vez. Pero ¿cómo los veían? El conde no quiso preguntárselo a las camaristas de Felicia, mas se prometió saberlo pronto poniendo observado res en torno al convento.

Averiguó con gran asombro que había amistades íntimas entre las religiosas y que era ésta sobre todo la causa de los odios y de las disensiones interiores. Por ejemplo, Felicia tenía por amiga íntima a Rodelinda de P...; Celiana, la mujer más bella del convento después de Felicia, tenía por amiga a la joven Fabiana. Cada una de estas damas tenía su camarista noble que gozaba de mayor o menor predicamento. Por ejemplo, Martina, la

camarista noble de la señora abadesa, había conquistado su favor mostrándose más devota que ella. Rezaba de rodillas junto a la abadesa cinco o seis horas diarias, pero este tiempo le parecía muy largo, al decir de las camaristas.

El conde supo también que Rodrigo y Lancelote eran los nombres de los amantes de estas damas, al parecer de Felicia y de Rodelinda, pero no quiso preguntar directamente sobre el caso.

La hora que pasó con las camaristas no le pareció nada larga, pero le pareció eterna a Felicia, que veía su dignidad ultrajada por la acción de este vicario del príncipe que le privaba a la vez de sus cinco camaristas. No pudo aguantar la impaciencia y, oyendo de lejos que hacían mucho ruido en el locutorio, irrumpió en él, aunque su dignidad le dijera que esta manera de presentarse, movida evidentemente por un arrebató de impaciencia, podía resultar ridícula después de haberse negado a comparecer ante la invitación oficial

del enviado del príncipe. Irrumpió, pues, en el locutorio saludando muy ligeramente al enviado del príncipe y ordenando a una de sus camaristas que la siguiera.

—Señora, si esta doncella os obedece, haré entrar a mis hombres en el convento y la volverán a traer inmediatamente a mi presencia.

—La cogeré de la mano; ¿tendrán vuestros hombres la osadía de violentarla?

—Mis hombres traerán a este locutorio a ella y a vos, señora.

—¿Y a mí?

—Y a vos misma; y si me acomoda, os sacaré de este convento e iréis a continuar laborando por vuestra salvación en algún pequeño convento muy pobre, situado en la cumbre de alguna montaña del Apenino. Puedo hacer esto y muchas cosas más.

El conde observó que las cinco camaristas palidecían; hasta las mejillas de Felicia tomaron un pálido color que la embellecía más.

«He aquí, sin duda —se dijo el conde—, la mujer más bella que he visto en mi vida; hay que prolongar la escena.» Se prolongó, en efecto, y más de tres cuartos de hora. Felicia mostró en ella una inteligencia y sobre todo una altivez de carácter que divirtieron mucho al vicario del príncipe. Al final de la conferencia, como se atenuara mucho el tono del diálogo, le pareció al conde que Felicia estaba menos bella. «Hay que volver a enfurecerla», pensó. Le recordó que había hecho voto de obediencia y que, si en lo sucesivo mostraba la menor sombra de resistencia a las órdenes del príncipe que él estaba encargado de llevar al convento, él creería útil a su salvación enviarla a pasar seis meses en el más aburrido de los conventos del Apenino.

Ante estas palabras, Felicia estuvo soberbia de cólera. Le dijo que los santos mártires habían sufrido más por la barbarie de los emperadores romanos.

—Yo no soy un emperador, señora, ni los mártires ponían a toda la sociedad en combustión por tener dos camaristas más, teniendo ya cinco tan atractivas como estas doncellas.

La saludó muy fríamente y se marchó, sin darle tiempo a responder y dejándola furiosa.

El conde se quedó en Florencia y no se volvió a sus tierras, curioso por saber lo que ocurría realmente en el convento de Santa Riparata. Algunos observadores que le proporcionó la policía del gran duque, y que fueron apostados cerca del convento y en torno a los inmensos parques que poseía cerca de la puerta que conduce a Fiésole, no tardaron en informarle de todo lo que deseaba saber. Rodrigo L..., uno de los jóvenes más ricos y más disipados de la ciudad, era el amante de Felicia, y la dulce Rodelinda, su amiga íntima, tenía relaciones amorosas con Lancelote P..., un joven que se habla distinguido mucho en las guerras sostenidas por Florencia contra Pisa. Estos



mancebos tenían que superar grandes dificultades para entrar en el convento. La severidad se había acentuado, o más bien la antigua licencia había sido suprimida por completo al advenir al trono el gran duque Fernando. La abadesa Virgilia quería imponer la regla en toda su severidad, pero sus luces y su carácter no respondían a sus buenas intenciones, y los observadores puestos a la disposición del conde le informaron de que apenas pasaba mes sin que Rodrigo, Lancelote y otros dos o tres jóvenes que tenían relaciones en el convento llegasen a ver a sus amantes. Los inmensos parques del convento habían obligado al obispo a tolerar la existencia de dos puertas que daban a la extensión inculta que existe detrás de la muralla, al norte de la ciudad. Las religiosas fieles a su deber, que estaban en gran mayoría en el convento, no conocían estos detalles con tanta certidumbre como el conde, pero los sospechaban, y partían de la existencia de este abuso para no obedecer

las órdenes de la abadesa en lo que las concernía.

El conde comprendió fácilmente que no sería fácil restablecer el orden en el convento mientras una mujer tan débil como la abadesa estuviera al frente del gobierno. Habló en este sentido al gran duque, el cual le recomendó que empleara la mayor severidad, pero al mismo tiempo no pareció dispuesto a dar a su antigua amiga el disgusto de ser trasladada a otro convento por razón de incapacidad.

El conde volvió a Santa Riparata muy decidido a emplear un extremado rigor a fin de desembarazarse lo más pronto posible del servicio que había tenido la imprudencia de asumir. Felicia, por su parte, todavía irritada por la forma en que el conde le había hablado, estaba muy resuelta a aprovechar la primera entrevista para volver a tomar el tono que convenía a la alta nobleza de su familia y a la posición que ella ocupaba en el mando. Al llegar al convento, el conde mandó llamar

inmediatamente a Felicia, a fin de despachar en primer término lo más penoso de su cometido. Felicia, por su parte, acudió al locutorio ya animada por la más viva cólera, pero el conde la encontró muy bella, y era muy entendido en la materia. «Antes de alterar esta soberbia expresión —se dijo—, tomémonos tiempo para verla bien.» Felicia, por su parte, admiró el tono razonable y frío de tan apuesto caballero, que, en el atuendo completamente negro que había creído oportuno adoptar en razón a las funciones que venía a ejercer en el convento, estaba verdaderamente muy bien. «Yo pensaba —se decía Felicia— que, con más de treinta y cinco años, sería un viejo ridículo como nuestros confesores, y encuentro, por el contrario, a un hombre verdaderamente digno de este nombre. Verdad es que no lleva el traje exagerado que constituye una gran parte del mérito de Rodrigo y de los otros jóvenes que yo he conocido; es muy inferior a ellos en la cantidad de terciopelos y de bordados de oro

que lleva en sus vestidos, pero podría en un instante, si quisiera, adquirir esa clase de mérito, mientras que a los otros les sería muy difícil, me parece, imitar la conversación discreta, razonable y realmente interesante del conde Buondelmonte.»

Felicia no se daba exacta cuenta de lo que confería una expresión tan singular a este hombre alto y vestido de terciopelo negro con el que llevaba una hora hablando de temas diversos.

Aunque evitando con macho cuidado todo lo que hubiera podido irritarla, el conde estaba lejos de ceder en todo, como lo habían hecho sucesivamente los hombres que habían tenido relaciones con esta doncella tan hermosa, de un carácter tan imperioso y a la que se le conocían amantes. Como el conde no tenía ninguna pretensión, era sencillo y natural con ella; sólo que habla evitado, hasta ahora, tratar en detalle los temas que podían enfurecerla. Pero no había más remedio que venir a parar a las

pretensiones de la altiva religiosa; se había hablado de los desórdenes del convento.

—En fin, señora, lo que lo perturba todo aquí es la pretensión, acaso justificable hasta cierto punto, de tener dos camaristas más que las otras religiosas, esa pretensión que plantea una de las personas más distinguidas del convento.

—Lo que lo perturba todo aquí es la debilidad de la abadesa, que quiere tratarnos con una severidad absolutamente nueva y de la que nunca jamás se tuvo idea. Puede haber conventos llenos de doncellas realmente piadosas, que amen la clausura y que hayan pensado en cumplir realmente los votos de pobreza, de obediencia, etcétera, que les han hecho hacer a los diecisiete años; en cuanto a nosotras, nuestras familias nos han metido aquí para dejar todas las riquezas de la casa a nuestros hermanos. No teníamos otra vocación que la imposibilidad de huir y de vivir en otro sitio que no fuera el convento, puesto que

nuestros padres no querían ya admitirnos en sus palacios. Por otra parte, cuando hemos hecho esos votos evidentemente nulos a los ojos de la razón, todas nosotras habíamos sido pensionistas uno o varios años en el convento; cada una de nosotras pensaba gozar del mismo grado de libertad que veíamos tomarse a las religiosas de nuestro tiempo. Ahora bien, os declaro, señor vicario del príncipe, que la puerta de la muralla estaba abierta hasta el amanecer y cada una de aquellas damas veía a su amigo con toda libertad en el jardín. A nadie se le ocurría censurar este género de vida, y todas nosotras pensábamos gozar, siendo religiosas, de tanta libertad y de una vida tan feliz como la de nuestras hermanas. Todo ha cambiado, es cierto, desde que tenemos un príncipe que ha sido cardenal veinticinco años de su vida. Podéis, señor vicario, hacer entrar en este convento soldados o hasta criados, como lo hicisteis el otro día. Nos harán violencia, como vuestros domésticos se la

hicieron a mis camaristas, y ello por la grande y única razón de que eran más fuertes que ellas. Pero vuestro orgullo no debe creer que tiene el menor derecho sobre nosotras. Nos han traído por la fuerza a este convento, nos han hecho jurar y nos han obligado hacer votos a la edad de dieciséis años, y por último, el aburrido género de vida al que pretendéis someternos no es de ningún modo el que hemos visto practicar a las religiosas que ocupaban el convento cuando nosotras hicimos nuestros votos, y aun suponiendo legítimos esos votos, hemos prometido a lo sumo vivir como ellas, y queréis hacernos vivir como ellas no vivieron nunca. Os confesaré, señor vicario, que me interesa la estimación de mis conciudadanos. En tiempos de la república no se hubiera tolerado esta infame opresión ejercida sobre unas pobres mujeres que no han cometido otro delito que el de nacer en familias opulentas y tener hermanos. Yo quería encontrar la ocasión de decir estas cosas en público o a un hombre

razonable. En cuanto al número de mis camaristas, me importa muy poco. Dos y no cinco o siete me bastarían perfectamente: podría persistir en pedir siete hasta que se hubieran tomado la molestia de refutar las indignas infamias de que somos víctimas, algunas de las cuales os he expuesto; pero en vista de que vuestro atuendo de terciopelo negro os va muy bien, señor vicario del príncipe, os declaro que renuncio por este año al derecho de tener tantas sirvientes como pueda pagar.

Al conde Buondelmonte le hizo mucha gracia esta defensa; hizo que se prolongara oponiendo algunas objeciones, las más ridículas que pudo imaginar. Felicia las rebatió con un calor y un ingenio encantadores. El conde vela en sus ojos todo el asombro que causaban a esta muchacha de veinte años semejantes absurdos en boca de un hombre que parecía razonable.



El conde se despidió de Felicia, mandó llamar a la abadesa, a la que dio prudentes consejos, comunicó al príncipe que las perturbaciones del convento de Santa Riparata se habían calmado, recibió muchas felicitaciones por su profunda discreción y finalmente tornó al cultivo de sus tierras. «Hay, sin embargo —se decía a veces—, una muchacha de veinte años y que pasaría quizá por la más hermosa de la ciudad si viviera en el mundo, y que no razona enteramente como una muñeca»<sup>62</sup>

Pero grandes acontecimientos tuvieron lugar en el convento. No todas las religiosas razonaban tan claramente como Felicia, pero la mayor parte de las que eran jóvenes se aburrían

---

<sup>62</sup> «No era una muñeca»: frase de elogio que Stendhal aplica reiteradamente a las mujeres interesantes de sus novelas o de su vida; por ejemplo, a la Matilde de la Mole en Rojo y Negro; a su amante fugaz Alberta de Rubempré; a la protagonista de su novela inacabada Lamiel...

mortalmente. Su único consuelo era dibujar caricaturas y hacer sonetos satíricos sobre un príncipe que, después de haber sido veinticinco años cardenal, no encontraba nada mejor que hacer, al llegar al trono, que dejar de ver a su amante y encargarla, en calidad de abadesa, de fastidiar a las pobres doncellas metidas en el convento por la avaricia de sus padres.

Como hemos dicho, la dulce Rodelinda era amiga íntima de Felicia. Su amistad pareció acrecentarse desde que Felicia le confesara que, desde sus conversaciones con el conde Buondelmonte —aquel hombre viejo que tenía más de treinta y seis años—, su amante Rodrigo le parecía un ser bastante aburrido. En una palabra: Felicia se había enamorado de aquel conde tan grave; las conversaciones inacabables que tenía sobre este tema con su amiga Rodelinda se prolongaban a veces hasta las dos o las tres de la mañana. Ahora bien, según la regla de San Benito, que la abadesa pretendía restablecer en todo su rigor, todas las religiosas

debían estar en su celda una hora después de ponerse el sol, al son de cierta campana que se llamaba el toque de silencio. La buena abadesa, creyéndose en el deber de dar ejemplo, no dejaba de encerrarse en su celda al toque de la campana y creía piadosamente que todas las religiosas seguían su ejemplo. Entre las más bonitas y las más ricas de esas damas se destacaba Fabiana, de diecinueve años, quizá la más revoltosa del convento, y Celiana, su íntima amiga<sup>63</sup>. Una y otra estaban muy enojadas contra Felicia, que, según ellas decían, las despreciaba. El hecho es que, desde que Felicia tenía un tema de conversación tan interesante con Rodelinda, soportaba con impaciencia mal disimulada, o más bien nada disimulada, la presencia de las otras religiosas. Era la más bonita, la más rica, era evidentemente más inteligente que las demás.

---

<sup>63</sup> Al parecer, Safo. (Nota de Stendhal en el manuscrito italiano.)

En un convento donde reina el aburrimiento, no hacía falta tanto para encender un gran odio. Fabiana, en su aturdimiento, fue a decir a la abadesa que Felicia y Rodelinda permanecían a veces en el jardín hasta las dos de la madrugada. La abadesa había obtenido del conde que pusieran un soldado del príncipe de centinela ante la puerta del parque del convento que daba a la extensión inculta detrás de la muralla norte. Había mandado poner enormes cerraduras a esta puerta, y todas las noches, al terminar su jornada, el más joven de los jardineros, que era un viejo de sesenta años, llevaba a la abadesa la llave de esta puerta. La abadesa enviaba enseguida a una vieja tornera detestada por las religiosas a cerrar la segunda cerradura de la puerta. Pese a todas estas precauciones, permanecer en el parque hasta las dos de la madrugada le pareció un gran crimen. Mandó llamar a Felicia y trató a esta doncella tan noble y que ahora era la heredera de la familia con un tono de altanería que acaso

no se hubiera permitido de no estar segura del favor del príncipe. A Felicia le molestó tanto más la aspereza de sus reproches cuanto que, desde que conociera al conde, no había citado a su amante Rodrigo más que una vez, y esto para burlarse de él. En su indignación, estuvo elocuente, y la buena de la abadesa, aunque negándose a nombrar a su delatora, dio ciertos detalles mediante los cuales fue fácil a Felicia adivinar que debía esta contrariedad a Fabiana<sup>64</sup>.

Inmediatamente Felicia resuelve vengarse. Esta resolución devolvió toda su calma a un alma que se había hecho fuerte en la desgracia.

—¿Sabéis, señora —dijo a la abadesa—, que soy digna de alguna piedad? He perdido enteramente la paz del alma. No sin una profunda sabiduría, el gran San Benito, nuestro fundador, prescribió que ningún hombre de

---

<sup>64</sup> La abadesa deja adivinar el nombre de la denunciante. (Nota de Stendhal en el manuscrito.)

menos de sesenta años entrara en nuestros conventos. El señor conde de Buondelmonte, vicario del gran duque para la administración de este convento, ha tenido que sostener conmigo largas conversaciones para disuadirme de la insensata idea que yo había tenido de aumentar el número de mis camaristas. Es discreto; une a una prudencia infinita una inteligencia admirable. Me han impresionado más de lo que convenía a una sierva de Dios y de San Benito esas grandes cualidades del conde, nuestro vicario. El Cielo ha querido castigar mi loca vanidad: estoy perdidamente enamorada del conde; a riesgo de escandalizar a mi amiga Rodelinda, le he confesado esta pasión tan criminal como involuntaria; y es porque me da consejos y consuelos, y porque a veces consigue incluso darme fuerzas contra la tentación del espíritu malo, por lo que a veces se ha quedado conmigo hasta muy tarde. Pero siempre lo hizo a ruego mío; me daba demasiada cuenta de

que, en, cuanto me dejara Rodelinda, me pondría a pensar en el conde.

La abadesa, no dejó de dirigir una larga exhortación a la oveja extraviada. Felicia tuvo buen cuidado de hacer reflexiones que alargaran más el sermón.

«Ahora —pensó—, los acontecimientos que suscitarán nuestra venganza, la de Rodelinda y la mía, traerán al amable conde al convento. Así repararé la falta que cometí cediendo demasiado pronto en el asunto de las camaristas que quería tomar a mi servicio. Me sedujo a pesar mío la tentación de parecer razonable a un hombre tan eminentemente razonable como él. No vi que le quitaba toda ocasión de volver a ejercer su cargo de vicario en nuestro convento. Debido a eso me aburro tanto ahora. Esa muñequita de Rodrigo, que me divertía tanto a veces, me parece completamente ridículo, y, por culpa mía, no he vuelto a ver a ese amable conde. Ahora depende de nosotras, de Rodelinda y de mí,

arreglárnoslas para que nuestra venganza dé lugar a desórdenes tales que su presencia en el convento sea necesaria con frecuencia. Nuestra pobre abadesa es tan poco capaz de secreto, que es muy posible que le induzca a restringir todo lo posible las conversaciones que yo procuraré tener con él, en cuyo caso, estoy segura, la antigua amante del gran duque cardenal se encargará de hacer mi declaración a ese hombre tan singular y tan frío. Será una escena cómica que tal vez le divertirá, pues o mucho me equivoco o no cree gran cosa en todas las tonterías que nos dice para someternos; sólo que todavía no ha encontrado mujer digna de él, y yo seré esta mujer o perderé la vida en la demanda.»

Desde entonces, el aburrimiento de Felicia y de Rodelinda fue desplazado por el designio de vengarse que las absorbía constantemente.

«Puesto que Fabiana y Celiana, malévolamente; toman el fresco en el jardín por los grandes calores que hace, es preciso que la



primera cita que concedan a sus amantes produzca un escándalo espantoso, tan grande que borre en el ánimo de las damas graves del convento el que ha podido producir el descubrimiento de mis paseos a deshora por el parque. La noche de la primera cita concedida por Fabiana y Celiana a Lorenzo y a Pedro Antonio, Rodrigo y Lancelote se apostarán previamente detrás de los sillares que están amontonados en esa especie de plaza que hay ante la puerta de nuestro jardín. Rodrigo y Lancelote no deberán matar a los amantes de esas damas, sino darles cinco o seis ligeras estocadas para que estén ensangrentados. Verlos en tal estado asustará a sus amantes, y estas damas pensarán en cosa muy distinta que en decirles cosas amables.»

No se les ocurrió cosa mejor a las dos amigas para organizar la emboscada que meditaban, que Livia, la camarista noble de Rodelinda, pidiera a la abadesa un permiso de un mes. Esta joven, muy lista, estaba encargada

de las cartas para Rodrigo y Lancelote. Les llevaba también una cantidad de dinero, con la cual rodearon de espías a Lorenzo B. y a Pedro Antonio D., el amante de Celiana. Estos dos mancebos, de los más nobles y más en boga de la ciudad, entraron aquella misma noche en el convento. Esta empresa era mucho más difícil desde el reinado del cardenal gran duque. La abadesa Virgilia había conseguido del conde Buondelmonte que se apostara un centinela ante la puerta de servicio del jardín que daba a un espacio desierto detrás de la muralla norte.

Livia, la camarista noble, iba todos los días a dar cuenta a Felicia y a Rodelinda de los preparativos de ataque meditado contra los amantes de Fabiana y de Celiana. Los preparativos duraron no menos de seis semanas. Se trataba de adivinar la noche que Lorenzo y Pedro Antonio elegirían para venir al convento, y desde el nuevo reinado, que se presentaba con mucha severidad, era mucho mayor la prudencia en empresas de este

género. Por otra parte, Livia encontraba grandes dificultades cerca de Rodrigo. Este se había dado perfecta cuenta de la tibieza de Felicia, y acabó por negarse rotundamente a prestarse a la venganza sobre los amores de Fabiana y Celiana si Felicia no consentía en darle la orden de viva voz en una cita que le concedería. Y Felicia, absorbida por el conde Buondelmonte, no quiso de ninguna manera consentir en semejante condición. «Me explico muy bien —le escribió con su imprudente franqueza— que se condene uno por la felicidad; pero condenarse por ver a un antiguo amante cuyo reinado pasó, eso no lo concebiré nunca. No obstante, podré consentir en recibiros una vez más, para que os atengáis a razones, pero lo que os pido no es un crimen. En consecuencia, no podéis tener pretensiones exageradas y pedir que os paguen como si exigieran de vos que dierais muerte a un insolente. No cometáis el error de causar a los amantes de nuestras enemigas. heridas tan

graves que les impidan entrar en el jardín y presentarse como espectáculo ante las damas que nosotras nos habremos cuidado de reunir allí. Malograríais toda la sal de nuestra venganza, y yo no vería en vos más que un atolondrado indigno de la menor confianza. Ahora bien, habéis de saber que este defecto capital ha sido la causa de que hayáis dejado de merecer mi amistad.»

Por fin llegó esa noche de venganza preparada con tanto cuidado. Rodrigo y Lancelote, ayudados por varios hombres de su confianza, espionaron durante todo el día los actos de Lorenzo y de Pedro Antonio. Por las indiscreciones de éstos, llegaron a la certidumbre de que la noche siguiente iban a intentar la escalada del muro de Santa Riparata. Un comerciante muy rico, cuya casa lindaba con el cuerpo de guardia al que pertenecía el centinela apostado ante la puerta del jardín de las religiosas, casaba a su hija aquel día. Lorenzo y Pedro Antonio, disfrazados de

domésticos de casa rica, aprovecharon esta circunstancia para ir a ofrecer en su nombre al cuerpo de guardia un barril de vino. Los soldados hicieron honor al regalo. La noche era muy oscura, la escalada del muro del convento debía tener lugar a eso de medianoche; desde las once, Rodrigo y Lancelote, escondidos detrás del muro, tuvieron la satisfacción de ver al centinela de la hora precedente relevado por un soldado más que medio borracho y que no dejó de dormirse al cabo de unos minutos.

En el interior del convento, Felicia y Rodelinda habían visto a sus enemigas Fabiana y Celiana esconderse en el jardín bajo unos árboles bastante próximos al muro exterior. Un poco antes de las doce, Felicia no vaciló en ir a despertar a la abadesa. No le fue nada fácil llegar hasta ella, y menos aún hacerle comprender la posibilidad del crimen que venía a denunciarle. Y por fin, después de media hora de tiempo perdido, y durante los últimos minutos de la cual Felicia temblaba

ante el temor de pasar por una calumniadora, la abadesa declaró que, aunque el hecho fuera cierto, no se debía añadir a un crimen una infracción de la regla de San Benito. Ahora bien, la regla prohibía absolutamente poner el pie en el jardín después de la puesta del sol. Por fortuna Felicia recordó que se podía llegar por el interior del convento y sin poner el pie en el jardín hasta la terraza de un pequeño patio de naranjos muy baja y muy cercana a la puerta guardada por el centinela. Mientras Felicia estaba ocupada en convencer a la abadesa, Rodelinda fue a despertar a su tía, religiosa vieja, muy piadosa y subpriora del convento.

La abadesa, aunque se dejara llevar hasta la terraza del patio de naranjos, estaba muy lejos de creer todo lo que le decía Felicia. Imposible imaginar su asombro, su indignación, su estupor, cuando, a nueve o diez pies bajo la terraza, divisó a dos religiosas que a esta hora indebida se encontraban fuera de sus habitaciones, pues la noche, profundamente

oscura, no le permitió al principio reconocer a Fabiana y a Celiana.

«¡Criaturas impías! —exclamó con una voz que la quería hacer imponente—, ¡desdichadas imprudentes! ¿Así es como servís a la divina majestad? Pensad que el gran San Benito, vuestro protector, os mira desde las alturas del Cielo y se estremece al veros sacrílegas a su ley. Volved en vosotras mismas, y como el toque de silencio ha sonado desde mucho rato ha, recogeos en vuestras habitaciones a toda prisa y poneos en oración, en espera de la penitencia que os impondré mañana por la mañana.»

¿Quién podría pintar el estupor y el susto que embargaron el alma de Celiana y Fabiana al oír sobre sus cabezas y tan cerca de ellas la potente voz de la irritada abadesa? Cesaron de hablar y estaban petrificadas cuando he aquí que otra sorpresa vino a impresionarlas, a ellas y a la abadesa. Estas. damas oyeron, apenas a ocho o diez pasos de ellas y al otro lado de la puerta, el ruido violento de un combate a

estocadas. Al poco tiempo se oyeron los gritos de unos contendientes heridos; algunos de estos gritos eran de dolor. ¡Cuál no sería el de Celiana y Fabiana al reconocer las voces de Lorenzo y de Pedro Antonio! Tenían llaves falsas de la puerta del jardín, se precipitaron a las cerraduras, y aunque la puerta era enorme, tuvieron fuerzas para hacerla girar sobre sus goznes. Celiana, que era la más fuerte y la de más edad, se atrevió la primera a salir del jardín. Al cabo de unos instantes volvió sosteniendo en sus brazos a Lorenzo, su amante, que parecía peligrosamente herido y que apenas podía sostenerse. Gemía a cada paso como un hombre agonizante, y, en efecto, apenas hubo dado una docena de pasos en el jardín, a pesar de los esfuerzos de Celiana, cayó y expiró casi inmediatamente. Celiana, olvidando toda prudencia, le llamaba en voz alta y, al ver que no respondía, prorrumpió en sollozos sobre su cuerpo.



Todo esto ocurría a unos veinte pasos de la terraza del patio de naranjos. Felicia comprendió muy bien que Lorenzo estaba muerto o moribundo, y sería difícil pintar su desesperación. «Soy yo la causa de todo esto — se decía—; Rodrigo se habrá acalorado y habrá matado a Lorenzo; es cruel por naturaleza, su vanidad no perdona jamás las heridas que le han inferido, y en varias fiestas, los caballos de Lorenzo y las libreas de sus lacayos han lucido más que las suyas.» Felicia sostenía a la abadesa, medio desmayada de horror.

Unos instantes después, la desventurada Fabiana entraba en el jardín sosteniendo a su infortunado amante Pedro Antonio, igualmente atravesado de estocadas mortales. También él expiró en seguida, pero, en medio del silencio general suscitado por esta escena de horror, se oyó decir a Fabiana:

—Es don César, el caballero de Malta. Le he reconocido bien; pero, si me ha herido, también él lleva mis señales.

Don César había sido el antecesor de Pedro Antonio en los favores de Fabiana. Esta joven religiosa parecía haber perdido todo cuidado de su reputación; llamaba en voz alta en su auxilio a la Madona y a su santa Patrona; llamaba también a su camarista noble, sin la menor preocupación por despertar a todo el convento; estaba verdaderamente enamorada de Pedro Antonio. Quería cuidarle, lavarle la sangre, vendar sus heridas. Esta verdadera pasión inspiró piedad a muchas religiosas. Se acercaron al herido, fueron a buscar luces; el herido estaba sentado junto al laurel en que se apoyaba. Fabiana, de rodillas ante él, le atendía. El herido hablaba muy poco y contaba de nuevo que era don César, caballero de Malta, quien le había herido; de pronto estiró los brazos y expiró.

Fuertemente Celiana cortó los desesperados lamentos de Fabiana. Una vez cierta de la muerte de Lorenzo, pareció haberlo olvidado y ya sólo se acordó del peligro que las

rodeaba, a ella y a su querida Fabiana. Esta se había derrumbado desmayada sobre el cadáver de su amante. Celiana la levantó a medias y la sacudió vivamente para hacerla volver en sí.

—Si te entregas a esa flaqueza, tu muerte y la mía son seguras —le dijo en voz baja apretando su boca contra el oído de la desmayada para que no la oyera la abadesa, a la que veía muy bien, apoyada en la balaustrada de la terraza del patio de naranjos, apenas a doce o quince pies sobre el suelo del jardín—. ¡Despierta, cuida de tu gloria y de tu seguridad! Si en este trance sigues abandonándote a tu dolor, ¡pasarás largos años encarcelada en un calabozo oscuro e infecto!

En este momento, la abadesa, que había querido bajar, se acercaba a las dos desventuradas religiosas apoyada en el brazo de Felicia.

—En cuanto a vos, señora —le dijo Celiana en un tono de orgullo y firmeza que impresionó a la abadesa—, si amáis la paz y si el honor de

un noble monasterio os es caro, sabréis callaros y no armar un escándalo con todo esto cerca del gran duque. También vos habéis amado; es creencia general que habéis sido juiciosa, y ésta es una superioridad que tenéis sobre nosotras; pero si decís al gran duque una palabra de este asunto, muy pronto será la comidilla de la ciudad, y se dirá que la abadesa de Santa Riparata, que conoció el amor en los primeros años de su vida, no tiene la firmeza necesaria para dirigir a las religiosas de su convento. Nos perderéis, señora, pero os perderéis vos misma con más seguridad aún que a nosotras. Reconoced, señora —dijo a la abadesa, que lanzaba suspiros y exclamaciones confusas entre pequeños gritos de asombro, que podían ser oídos—, que vos misma no veis en este momento lo que hay que hacer por la salvación del convento y por la vuestra.

Y como la abadesa permaneciera confusa y silenciosa, Celiana añadió:

—Lo primero que tenéis que hacer es callaros, y luego lo esencial es llevar lejos de aquí e inmediatamente estos dos cadáveres que causarán nuestra perdición, la vuestra y la nuestra, si son descubiertos.

La pobre abadesa, suspirando profundamente, estaba tan turbada que no acertaba ni siquiera a contestar. Ya no tenía a Felicia junto a ella; se había alejado prudentemente después de llevarla al lado de las dos desventuradas religiosas, temiendo muchísimo que la reconocieran.

—Hijas mías, haced todo lo que os parezca necesario, todo lo que os parezca conveniente —dijo al fin la desdichada abadesa con voz apagada por el horror de la situación en que se hallaba. Yo sabré disimular todas nuestras vergüenzas, pero tened presente que los ojos de la justicia divina están siempre abiertos sobre nuestros pecados.

Celiana no hizo ningún caso de las palabras de la abadesa.

—Saber guardar silencio, señora, es lo único que os piden —le repitió varias veces interrumpiéndola.

Dirigiéndose luego a Martona, la confidente de la abadesa, que acababa de llegar a su lado:

—Ayudadme, querida. Está en juego el honor de todo el convento, están en juego el honor y la vida de la abadesa; pues si habla, no nos pierde a medias, sino que nuestras nobles familias no nos dejarán perecer sin venganza.

Fabiana sollozaba de rodillas ante un olivo en el que se apoyaba, y no le era posible ayudar a Celiana y a Martona.

—Retírate a tu habitación —le dijo Celiana—. Piensa lo primero de todo en hacer desaparecer las huellas de sangre que pueden encontrarse en tu ropa. Dentro de una hora iré a llorar contigo.

Entonces, Celiana, ayudada por Martona, se llevó el cadáver de su amante el primero, luego el de Pedro Antonio, a la calle de los

Orfebres, situada a más de diez minutos de camino de la puerta del jardín. Celiana y su compañera tuvieron la satisfacción de que nadie las reconociera. Por una suerte mucho más señalada y sin la cual su prudente precaución hubiera sido imposible, el soldado que estaba de centinela ante la puerta del jardín se había sentado en una piedra bastante lejos y parecía dormir. Celiana se cercioró de esto antes de decidirse a trasladar los cadáveres. Al volver de llevar el segundo, Celiana y su compañera se asustaron mucho. La noche era en este momento un poco menos oscura; serían las dos de la madrugada; vieron muy distintamente tres soldados reunidos ante la puerta del jardín, y, lo que era mucho peor, esta puerta parecía cerrada.

—Esta es la primera tontería de nuestra abadesa —dijo Celiana a Martona—. Se habrá acordado de que la regla de San Benito prescribe que la puerta del jardín esté cerrada. Tendremos que huir a casa de nuestros padres,

y con el príncipe severo y sombrío que tenemos, es posible que yo deje la vida en este asunto. En cuanto a ti, Martona, no eres culpable de nada; obedeciendo mis órdenes, has ayudado a sacar unos cadáveres cuya presencia en el jardín podía deshonar al convento. Arrodillémonos detrás de estas piedras.

Dos soldados —que volvían de la puerta del jardín se dirigían hacia ellas. Celiana observó con alegría que parecían casi completamente borrachos. Hablaban, pero el que había estado de centinela, y que se distinguía por su alta estatura, no hablaba a su compañero de los acontecimientos de la noche; y en efecto, en el proceso que se instruyó más tarde, dijo simplemente que unos hombres armados y soberbiamente vestidos habían venido a batirse a unos pasos de allí. En la profunda oscuridad, pudo distinguir siete u ocho hombres, pero se guardó bien de meterse



en la contienda; luego, todos habían entrado en el jardín del convento.

Cuando hubieron pasado los dos soldados, Celiana y su compañera se acercaron a la puerta del jardín y vieron, con gran alegría, que estaba solamente arrimada. Esta prudente precaución era obra de Felicia. Cuando ésta había dejado a la abadesa para que no la reconocieran Celiana y Fabiana, se dirigió corriendo a la puerta del jardín, abierta entonces de par en par. Tenía un miedo mortal de que Rodrigo, que, en este momento, le horrorizaba, hubiera aprovechado la ocasión para entrar en el jardín y obtener una cita. Conociendo su imprudencia y su audacia, y temiendo que procurara comprometerla para vengarse del desinterés que le había mostrado, Felicia se escondió detrás de los árboles cercanos a la puerta. Había oído todo lo que Celiana dijo a la abadesa y luego a Martona, y era ella la que había empujado la puerta del jardín cuando, a poco de salir Celiana y

Martona llevando el cadáver, oyó acercarse a los soldados que venían a relevar al centinela.

Felicia vio a Celiana cerrar la puerta con su llave falsa y alejarse luego. Sólo entonces abandonó el jardín. «He aquí esa venganza — pensaba—, de la que yo esperaba tanta satisfacción.» Pasó el resto de la noche con Rodelinda tratando de adivinar los hechos que habían podido llevar a un resultado tan trágico.

Por fortuna, al amanecer, su camarista noble volvió al convento, trayéndole una larga carta de Rodrigo. Rodrigo y Lancelote, por bravura, no habían querido buscar la ayuda de asesinos a sueldo, entonces muy corrientes en Florencia. Ellos dos solos habían atacado a Lorenzo y a Pedro Antonio. El duelo fue demasiado largo, porque Rodrigo y Lancelote, fieles a la orden que habían recibido, iban retrocediendo constantemente, no queriendo causar a sus adversarios sino heridas leves; y en efecto no les asestaron más que unas estocadas en los brazos y estaban completamente seguros

de que no habían podido morir de estas heridas. Pero en el momento en que estaban a punto de retirarse, habían visto, con gran asombro, a un espadachín furioso arremeter contra Pedro Antonio. Por los gritos que lanzaba al atacarlos, habían reconocido muy bien a don César, el caballero de Malta. Entonces, viéndose tres contra dos hombres heridos, se habían apresurado a huir, y, al día siguiente, causó un gran asombro en Florencia el descubrimiento de los cadáveres de aquellos dos jóvenes pertenecientes al primer rango de la juventud rica y elegante de la ciudad. Precisamente por su rango llamaron la atención, pues bajo el disoluto reinado de Francisco, al que acababa de suceder el severo Fernando, la Toscana había sido como una provincia de España, y en la ciudad ocurrían cada año más de doscientos asesinatos. La gran discusión que se produjo en la alta sociedad, a la que pertenecían Lorenzo y Pedro Antonio, trataba de averiguar si se habían batido en

duelo entre ellos o si habían muerto víctimas de alguna venganza.

Al día siguiente de este gran acontecimiento, todo estaba tranquilo en el convento. La gran mayoría de las religiosas no tenía la menor idea de lo ocurrido. Al apuntar el alba, antes de la llegada de los jardineros, Martona fue a remover la tierra en los lugares en que estaba manchada de sangre y destruir las huellas de lo ocurrido. Esta muchacha, que tenía a su vez un amante, ejecutó con mucha inteligencia, y sobre todo sin decir nada a la abadesa, las órdenes que le dio Celiana. Celiana le regaló una bonita cruz de diamantes. Martona, muchacha muy sencilla, le dijo al darle las gracias:

—Una cosa preferiría yo a todos los diamantes del mundo. Desde que llegó al convento esta nueva abadesa, y aunque por conquistar su favor me he rebajado a prestarle servicios completamente serviles, jamás pude conseguir de ella que me diera las menores

facilidades para ver a Julián R.... mi amigo. Esta abadesa va a hacer la desgracia de todas nosotras. En fin, hace más de cuatro meses que no he visto a Julián, y acabará por olvidarme. La amiga íntima de la señora, la signora Fabiana, es una de las ocho porteras: un servicio bien vale otro; ¿no podría la signora Fabiana, un día que esté de guardia en la puerta, permitirme salir para ver a Julián, o permitirle entrar a él?

—Yo haré todo lo que pueda —le dijo Celiana—, pero la gran dificultad que me opondrá Fabiana es que la abadesa note vuestra ausencia. La habéis acostumbrado demasiado a venos constantemente. Tratad de ausentaros algunos ratos. Estoy segura de que si estuvierais al servicio de cualquier otra que no fuera la señora abadesa, Fabiana no pondría ninguna dificultad a concederos lo que pedís.

Celiana hablaba así con un designio preconcebido.

—Te pasas la vida llorando a tu amante — dijo a Fabiana—, y no piensas en el horrible peligro que nos amenaza. Nuestra abadesa es tan incapaz de callarse que, tarde o temprano, lo ocurrido llegará a conocimiento de nuestro severo gran duque. Ha llevado al trono las ideas de un hombre que ha sido veinticinco años cardenal. Nuestro crimen es uno de los más grandes que puedan cometerse a los ojos de la religión; en una palabra, la vida de la abadesa es nuestra muerte.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Fabiana enjugándose los ojos.

—Quiero decir que es preciso que consigas de tu amiga Victoria Ammanati que te dé un poco de ese famoso veneno de Perusa que su madre le dio al morir, envenenada ella misma por su marido. Su enfermedad había durado varios meses, y pocas personas pensaron en el veneno; lo mismo ocurrirá con nuestra abadesa.

—¡Tu idea me horroriza! —exclamó la dulce Fabiana.

—No dudo de tu honor, y yo lo compartiría si no me dijera que la vida de la abadesa es la muerte de Fabiana y de Celiana. Piensa en esto: la señora abadesa es absolutamente incapaz de callarse; una palabra suya basta para convencer al cardenal gran duque, que alardea sobre todo del horror que le causan los crímenes ocasionados por la antigua libertad que reinaba en nuestros pobres conventos. Tu prima es muy amiga de Martona, que pertenece a una rama de su familia arruinada por las quiebras de 158... Martona está locamente enamorada de un guapo tejedor de seda llamado Julián; es preciso que tu prima le dé como un somnífero para que cese la molesta vigilancia de la señora abadesa, ese veneno de Perusa que causa la muerte en seis meses:

Habiendo tenido ocasión el conde Buondelmonte de ir a la corte, el gran duque le felicitó por la tranquilidad ejemplar que reinaba en la abadía de Santa Riparata. Estas palabras del príncipe indujeron al conde a ir a

ver su obra. Imagínese su asombro cuando la abadesa le contó el doble asesinato, de cuyo resultado había sido ella testigo. El conde vio muy bien que la abadesa Virgilia era completamente incapaz de dar el menor informe sobre la causa de este doble crimen. «Aquí —se dijo—; sólo Felicia, esa buena cabeza cuyos razonamientos me pusieron en tanto aprieto hace seis meses, cuando mi primera visita, puede darme alguna luz sobre el presente asunto. Pero, preocupada como está por la injusticia de la sociedad y de las familias con las religiosas, ¿querrá hablar?»

La visita al convento del vicario del gran duque había arrebatado a Felicia en una alegría inmoderada. Por fin volvería a ver a aquel hombre singular, causa única de todas sus acciones en los últimos seis meses. Por un efecto contrario, la llegada del conde había sumido en un profundo terror a Celiana y a la joven Fabiana, su amiga.



—Tus escrúpulos serán nuestra perdición —dijo Celiana a Fabiana—. La abadesa es demasiado débil para no haber hablado. Y ahora nuestra vida está en manos del conde. Nos quedan dos soluciones: huir, pero ¿de qué viviremos? La avaricia de nuestros hermanos aprovechará el pretexto de la sospecha de crimen que se gravita sobre nosotras para negarnos el pan. Antiguamente, cuando la Toscana no era más que una provincia de España, los desventurados toscanos perseguidos podían refugiarse en Francia. Pero este gran duque cardenal ha puesto los ojos en esta potencia y quiere sacudirse el yugo de España. Imposible para nosotras encontrar un refugio, y he aquí, mi pobre amiga, a dónde nos han llevado tus infantiles escrúpulo<sup>65</sup>. Y seguimos forzadas a cometer el crimen, pues Martona y la abadesa son los únicos testigos

---

<sup>65</sup> Buen tema para obras. (Nota de Stendhal en el manuscrito.)

peligrosos de lo que ocurrió aquella noche fatal. La tía de Rodelinda no dirá nada; no querrá comprometer el honor de este convento que le es tan caro. Martona, una vez que haya dado el supuesto somnífero a la abadesa, se guardará muy bien de hablar cuando le hayamos dicho que ese somnífero p era un veneno. Por otra parte, es una buena muchacha perdidamente enamorada de su Julián.

Sería demasiado largo dar cuenta de la sabia conversación que Felicia tuvo con el conde. Tenía siempre presente la gran falta que ella había cometido cediendo demasiado pronto en lo de las dos camaristas. De esta excesiva buena fe había resultado que el conde pasara seis meses sin reaparecer por el convento. Felicia se prometió no volver a caer en el mismo error. El conde había mandado a pedirle, con toda la amabilidad posible, que le concediera una entrevista en el locutorio. Esta petición puso a Felicia fuera de sí. Para aplazar la entrevista hasta el día siguiente, tuvo

necesidad de recordar lo que debía a su dignidad de mujer. Pero al llegar a aquel locutorio donde el conde estaba solo, aunque separada de él por una reja de barrotes enormes, Felicia se sentía sobrecogida por una timidez que no había experimentado jamás. Su emoción era enorme; sentía un profundo arrepentimiento de aquella idea que antes le había parecido tan hábil y tan divertida. Nos referimos a aquella confesión de su amor apasionado por el conde que hiciera tiempo atrás a la abadesa para que ésta se lo dijera a él. Entonces estaba lejos de amar como amaba ahora. Le había parecido divertido atacar al corazón del grave comisario nombrado por el príncipe para el convento. Ahora, sus sentimientos eran muy diferentes: ahora, enamorarle era necesario a su felicidad; si no lo conseguía, sería desgraciada, y ¿qué diría un hombre tan grave de la extraordinaria confianza que le haría la abadesa? Podría muy bien ocurrir que la encontrara indecente, y

esta idea torturaba a Felicia. Había que hablar. El conde estaba allí, grave, sentado ante ella y diciéndole alabanzas de alto alcance de su inteligencia. ¿Le habrá hablado ya la abadesa? Toda la atención de la joven religiosa se concentró en este interrogante. Por fortuna para ella, creyó ver lo que en efecto era la verdad: que la abadesa, asustadísima todavía de los dos cadáveres que viera aquella noche fatal, había olvidado un detalle tan fútil como el insensato amor concebido por una joven religiosa.

El conde, por su parte, veía muy bien la gran turbación de la joven, y no sabía a qué atribuirlo. «¿Será culpable?», se decía. Esta idea le inquietaba, a él, tan razonable. Tal sospecha le hizo poner una gran atención en las respuestas de la joven religiosa. Era un honor que, desde mucho tiempo hacía, no había obtenido de él ninguna mujer. Admiró la habilidad de Felicia. Encontraba el arte de contestar de manera halagüeña para el conde a todo lo que éste le decía sobre la fatal pelea que

había tenido lugar a la puerta del convento; pero se guardaba muy bien de darle respuestas concluyentes. Al cabo de hora y media de conversación, durante la cual el conde no se había aburrido un solo instante, se despidió de la joven religiosa, suplicándole que le concediera una nueva entrevista pasados unos días. Estas palabras expandieron una felicidad celestial en el alma de Felicia.

El conde salió muy pensativo de la abadía de Santa Riparata. «Sin duda mi deber sería — se decía— dar cuenta al príncipe de las extrañas cosas que acabo de saber. El Estado entero se ha ocupado de la extraña muerte de esos dos pobres mozos tan brillantes, tan ricos. Por una parte, con este terrible obispo que este príncipe cardenal acaba de ponernos, decirle una palabra de lo ocurrido es exactamente lo mismo que introducir en este infortunado convento todos los furores de la inquisición española. Este terrible obispo no hará perecer a una sola de estas pobres muchachas, sino a cinco o seis.

Y ¿quién será culpable de su muerte sino yo, que no tenía más que cometer un pequeñísimo abuso de confianza para que esa muerte no tuviera lugar? Si el príncipe llega a saber lo que ha ocurrido y me hace reproches, le diré: vuestro terrible obispo me ha dado miedo.»

El conde no se atrevía a confesar muy exactamente todos los motivos que tenía para callarse. No estaba seguro de que la bella Felicia no fuera culpable, y todo su ser se estremecía de horror a la sola idea de poner en peligro la vida de una pobre muchacha tan cruelmente tratada por sus padres y por la sociedad. «Si la hubieran casado —se decía—, sería el ornamento de Florencia.»

El conde había invitado a una magnífica cacería en las marismas de Siena, la mitad de las cuales le pertenecían, a los más grandes señores de la corte y a los más ricos comerciantes de Florencia. Se excusó con ellos, la cacería se celebró sin él, y a Felicia le sorprendió mucho oír, al día siguiente de la

primera entrevista, los caballos del conde piafando en el primer patio del convento. El vicario del gran duque, al tomar la resolución de no hablarle de lo ocurrido, sintió, sin embargo, que contraía la obligación de velar por la tranquilidad futura del convento. Ahora bien, para conseguirlo, lo primero que hacía falta era conocer qué parte habían tenido las dos religiosas en la muerte de sus amantes. Después de una larga conversación con la abadesa, el conde mandó llamar a ocho o diez religiosas, entre las cuales figuraban Celiana y Fabiana. Comprobó, con gran sorpresa, que, como le había dicho la abadesa, ocho de estas, religiosas ignoraban totalmente lo ocurrido en la noche fatal. El conde no hizo interrogatorios directos más que a Celiana y a Fabiana; ambas negaron. Celiana con toda la firmeza de un alma superior a las mayores desventuras; la joven Fabiana, como una pobre muchacha desesperada a la que le recuerdan bárbaramente la fuente de sus desdichas.

Estaba horriblemente enflaquecida y parecía afectada de una enfermedad del pecho; no podía consolarse de la muerte del joven Lorenzo B... «Yo soy quien le ha matado — decía a Celiana en las largas conversaciones que tenía con ella—; debiera haber tenido más miramiento con el amor propio del feroz don César, su predecesor, al romper con él.»

En cuanto entró en el locutorio, Felicia comprendió que la abadesa había tenido la debilidad de hablar al vicario del gran duque del amor que ella sentía por él; las maneras del prudente Buondelmonte habían cambiado por completo. Esto fue al principio un gran motivo de vergüenza y de turbación para Felicia. Sin darse perfecta cuenta, estuvo encantadora durante la larga conversación que tuvo con el conde, pero no confesó nada. La abadesa no sabía absolutamente nada más que lo que había visto, y eso, según todas las trazas, lo había visto mal. El conde estaba muy perplejo. «Si interrogo a las camaristas nobles y a los



domésticos, es tanto como dar acceso al obispo a este asunto. Hablarán a su confesor y henos aquí con la inquisición en el convento.»

El conde, muy inquieto, volvió todos los días a Santa Riparata. Decidió interrogar a todas las religiosas, luego a todas las camaristas nobles y por último a la servidumbre. Descubrió la verdad sobre un infanticidio que había tenido lugar tres años. antes y cuya denuncia le había transmitido el oficial del tribunal de justicia eclesiástica, presidido por el obispo. Pero, con gran extrañeza, vio que la historia de los dos jóvenes que entraron moribundos en el jardín de la abadía no era en absoluto conocida por nadie más que por la abadesa, Celiana, Fabiana, Felicia y su amiga Rodelinda. La tía de ésta supo disimular tan bien, que se libró de las sospechas. El terror que inspiraba el nuevo obispo, monseñor..., era tal que, con excepción de la abadesa y de Felicia, las declaraciones de todas las demás religiosas, evidentemente poco verídicas, eran siempre

dadas en los mismos términos. El conde terminaba todas sus sesiones en el convento con una larga conversación con Felicia, que hacía feliz a ésta, pero, para que durase, se esforzaba en no decir cada día al conde más que una parte muy pequeña de lo que sabía sobre la muerte de los dos jóvenes caballeros. En cambio era de una extremada franqueza en todo lo que la concernía personalmente. Había tenido tres amantes, y contó al conde, que ya era casi su amigo, toda la historia de sus amores. La franqueza tan perfecta de esta muchacha tan bella y tan inteligente interesó al conde, que no puso dificultad alguna en responder a esta franqueza con gran candor.

—Yo no puedo corresponderos —decía a Felicia con historias interesantes como las vuestras—. No sé si osaré deciros que todas las personas de vuestro sexo que he conocido en el mundo me han inspirado siempre más desprecio por su carácter que admiración por su belleza.

Las frecuentes visitas del conde habían quitado el reposo a Celiana. Fabiana, cada vez más absorta en su dolor, había dejado de oponer sus repugnancias a los consejos de su amiga. Cuando le llegó el turno de guardar la puerta del convento, abrió la puerta, volvió la cabeza, y Julián, el joven tejedor amigo de Martona, confidente de la abadesa, pudo entrar en el convento. En él pasó ocho días enteros, hasta que Fabiana volvió a estar de servicio y pudo dejar la puerta abierta. Parece ser que fue durante esta larga permanencia de su amante en el convento cuando Martona dio su licor somnífero a la abadesa, que quería tenerla día y noche a su lado, lo que daba lugar a las quejas de Julián, que se aburría mortalmente, solo y encerrado en su cuarto.

Julia, joven religiosa muy devota, al pasar una noche por el piso dormitorio, oyó hablar en la celda de Martona. Se acercó sin hacer ruido, aplicó el ojo a la cerradura y vio un apuesto joven que, sentado a la mesa, cenaba

riendo con Martona. Julia dio unos golpes en la puerta, y luego, pensando que Martona podría muy bien abrir esta puerta, encerrarla con aquel mozo y denunciarla a ella a la abadesa, la cual la creería por la costumbre que tenía Martona de pasar su vida con la abadesa, Julia se sintió sobrecogida por un gran susto. Se vio, en imaginación, perseguida en el corredor, solitario y muy oscuro en este momento, no encendidas todavía las lámparas, por Martona, que era mucho más fuerte que ella. Turbadísima echó a correr, pero oyó a Martona abrir su puerta, y figurándose que la había reconocido, fue a decírselo todo a la abadesa, la cual, horriblemente escandalizada, corrió a la celda de Martona, donde no se encontraba ya Julián, que había escapado al jardín.

Pero esa misma noche, habiendo creído prudente la abadesa, hasta por el interés y la reputación de Martona, hacerla dormir en su cuarto, el de la abadesa, y habiéndole anunciado que desde la mañana siguiente iría

ella misma, acompañada por el padre..., confesor del convento, a poner los sellos en la puerta de su celda, donde la malignidad había podido suponer que se escondía un hombre, Martona, irritada y ocupada en aquel momento en hacer el chocolate que constituía el desayuno de la abadesa, echó en este chocolate una enorme cantidad del pretendido somnífero.

Al día siguiente, la abadesa Virgilia se encontraba en un estado de irritación nerviosa tan singular, y, al mirarse al espejo, se vio una cara tan cambiada, que pensó que iba a morir. El primer efecto de este veneno de Perusa es volver casi locas a las personas que lo han tomado. Virgilia recordó que uno de los privilegios de las abadesas del noble convento de Santa Riparata era ser asistidas en sus últimos momentos por el señor obispo; escribió al prelado, que llegó muy pronto al convento. La abadesa le contó no sólo su enfermedad, sino también la historia de los dos cadáveres. El obispo la amonestó severamente por no haberle

dado cuenta de un incidente tan singular y tan criminal. La abadesa respondió que el vicario del príncipe, conde Buondelmonte, le había aconsejado con empeño evitar el escándalo.

—¿Y cómo ese secular ha tenido la audacia de llamar escándalo al estricto cumplimiento de vuestros deberes?

Al ver llegar al obispo al convento, Celiana dijo a Fabiana:

—Estamos perdidas. Este prelado fanático, y que quiere a todo trance introducir la reforma del Concilio de Trento en los conventos de su diócesis, será para nosotras un hombre muy diferente del conde Buondelmonte.

Fabiana se arrojó llorando en brazos de Celiana.

—La muerte no es nada para mí, pero moriré doblemente desesperada por haber causado tu perdición, sin salvar por eso la vida de esa infortunada abadesa.

Inmediatamente Fabiana se dirigió a la celda de la dama que debía estar de guardia a

la puerta aquella noche. Sin darle más detalles, le dijo que tenía que salvar la vida y el honor de Martona, la cual había cometido la imprudencia de meter a un hombre en su celda. Después de muchas dificultades, esta religiosa consintió en dejar la puerta abierta y en alejarse un instante, poco después de las once de la noche.

Mientras tanto, Celiana había mandado decir a Martona que fuera al coro. Era éste una inmensa sala como una segunda iglesia, separada por una reja de la que estaba destinada al público cuyo soffito tenía más de cuarenta pies de altura. Martona se había arrodillado en medio del coro de manera que, hablando bajo, nadie pudiera oírla. Celiana fue a colocarse a su lado.

—Aquí tienes —le dijo— una bolsa que contiene todo el dinero que hemos podido reunir Fabiana y yo. Esta noche o mañana por la noche me las arreglaré para que la puerta del convento esté abierta un instante. Haz escapar

a Julián y escápate tú misma enseguida. Ten la seguridad de que la abadesa Virgilia se lo ha dicho todo al terrible obispo, cuyo tribunal te condenará sin duda a quince años de calabozo o a muerte.

Martona hizo un movimiento para arrojarse de rodillas ante Celiana.

—¿Qué haces, imprudente? —exclamó ésta deteniéndola—. Piensa que Julián y tú podéis ser detenidos en cualquier momento. De aquí al instante de la huida, procura esconderte todo lo posible y estar sobre todo atenta a las personas que entran en el locutorio de la señora abadesa.

Al día siguiente, al llegar al convento, el conde encontró muchos cambios. Martona, la confidente de la abadesa, había desaparecido durante la noche; la abadesa estaba tan débil que se vio obligada, para recibir al vicario del príncipe, a hacerse transportar a su locutorio en un sillón. Confesó al conde que se lo había dicho todo al obispo.



—En ese caso, vamos a tener sangre o veneno —exclamó éste.

*(Aquí termina el manuscrito de Stendhal.)*

## SAN FRANCISCO EN RIPA

*San Francesco a Ripa*  
de *Chroniques italiennes* (1839)

*Aristo y Dorante han tratado este tema,  
lo que ha dado a Erasto la idea de tratarlo también.*

*30 de septiembre.*

Traduzco de un cronista italiano los detalles de los amores de una princesa romana con un francés. Sucedió en 1726, a comienzos del siglo pasado. Todos los abusos del nepotismo florecían entonces en Roma. Nunca aquella corte había sido más brillante. Reinaba Benedicto XIII (Orsini), o más bien su sobrino, el príncipe Campobasso, que dirigía en nombre de aquél todos los asuntos grandes y pequeños. Desde todas partes, los extranjeros afluían a Roma, los príncipes italianos, los nobles de España, ricos aún por el oro del Nuevo Mundo,

acudían en masa. Cualquier hombre rico y poderoso se encontraba allí por encima de las leyes. La galantería y la magnificencia parecían ser la única ocupación de tantos extranjeros y nacionales reunidos.

Las dos sobrinas del Papa, la condesa Orsini y la princesa Campobasso, se repartían el poder de su tío y los homenajes de la corte. Su belleza las habría hecho destacar incluso en los últimos puestos de la sociedad. La Orsini, como se dice familiarmente en Roma, era alegre y *disinvolta*; la Campobasso, tierna y piadosa; pero un alma tierna susceptible de los más violentos arrebatos. Sin ser enemigas declaradas, aunque se encontraban todos los días en los apartamentos del Papa y se veían a menudo en sus propias casas, las damas eran rivales en todo: en belleza, en influencia y en riqueza.

La condesa Orsini, menos bonita, pero brillante, ligera, activa, intrigante, tenía unos amantes de los que apenas se ocupaba y que no

reinaban más de un día. Su felicidad consistía en ver a doscientas personas en su salón y en reinar sobre ellas. Se burlaba mucho de su prima, la Campobasso, que, después de haberse dejado ver por todas partes tres años seguidos con un duque español, había acabado por ordenarle que abandonara Roma en el plazo de veinticuatro horas y bajo pena de muerte.

—Después de ese gran despido, mi sublime prima no ha vuelto a sonreír. Desde hace unos meses, sobre todo, es evidente que la pobre mujer se muere de aburrimiento o de amor, y su marido, que no es tonto, hace pasar ese aburrimiento a los ojos de Papa, nuestro tío, por la más alta piedad. No me sorprendería que esa piedad la condujera a emprender una peregrinación a España.

La Campobasso estaba muy lejos de añorar a su español, quien durante cerca de dos años la había aburrado soberanamente. Si lo hubiera añorado, lo habría mandado a buscar, pues era uno de esos caracteres naturales y apasionados

como no es raro encontrar en Roma. De una devoción exaltada, aunque apenas tenía veintitrés años y se hallaba en la flor de la belleza, se arrojaba a veces a las rodillas de su tío suplicándole que le diese la bendición papal, que, como pocos saben, con excepción de dos o tres pecados atroces, absuelve todos los demás, incluso sin confesión. El buen Benedicto XIII lloraba de ternura diciéndole:

—Levántate, sobrina, no necesitas mi bendición, vales más que yo a los ojos de Dios.

Aunque el papa fuera infalible, en eso se equivocaba como toda Roma. La Campobasso estaba locamente enamorada, su amante compartía su pasión y, sin embargo, se sentía muy desgraciada. Hacía varios meses que veía casi a diario al caballero de Sénécé, sobrino del duque de Saint Aignan, entonces embajador de Luis XV en Roma.

Hijo de una de las amantes del regente Felipe de Orléans, el joven Sénécé gozaba en Francia del más alto favor: coronel desde hacía

mucho tiempo, aunque apenas tuviese veintidós años, tenía los hábitos de la fatuidad, y de lo que la justificaba, sin que a pesar de todo, dominara en su carácter. La alegría, las ganas de divertirse con todo y siempre, el atolondramiento, la valentía, la bondad, constituían los rasgos más sobresalientes de su extraordinario carácter y podría decirse, como alabanza a su nación, que era una muestra exacta de la misma. Nada más verlo, la princesa de Campobasso lo había distinguido.

—No obstante, —le había dicho—, desconfío de vos porque sois francés, pero os advierto una cosa: el día que se sepa en Roma que os veo en secreto a veces, estaré segura de que lo habéis dicho vos y os dejaré de amar.

Jugando con el amor, la Campobasso se había dejado dominar por una pasión verdadera. Sénécé también la había amado, pero hacía ya ocho meses que duraba su entendimiento y el tiempo, que redobla la pasión de una italiana, mata la de un francés.

La vanidad de caballero lo consolaba un poco del hastío; había enviado ya a París dos o tres retratos de la Campobasso. Por lo demás, colmado por toda clase de bienes y comodidades, por decirlo así, desde la infancia, llevaba la despreocupación de su carácter hasta los intereses de la vanidad, que de ordinario mantiene tan inquietos los corazones de su nación.

Sénécé no comprendía en absoluto el carácter de su amante lo que hacía que, a veces, sus rarezas le hicieran gracia. Muy a menudo, además, como sucedió el día de la fiesta de Santa Balbina, nombre que ella llevaba, tenía que vencer los arrebatos y los remordimientos de una piedad ardiente y sincera. Sénécé no le había hecho olvidar la religión, como sucede con las mujeres vulgares de Italia; la había vencido por fuerza y el combate se renovaba con frecuencia.

Ese obstáculo, el primero que ese joven colmado por el destino había encontrado en su

vida, le divertía y mantenía viva en él la costumbre de ser tierno y atento con la princesa; de vez en cuando, creía un deber amarla. Había además otra razón muy poco novelesca. Sénécé no tenía más que un confidente, su embajador el duque de Saint Aignan, al que prestaba algunos servicios con la ayuda de la Campobasso, que estaba al corriente de todo. Y la importancia que adquiría a los ojos del embajador le halagaba extraordinariamente.

La Campobasso, muy diferente de Sénécé, no estaba impresionada por las ventajas sociales de su amante. Lo único importante para ella era ser o no ser amada.

—Le sacrifico mi salvación eterna, —se decía—; él es un hereje, un francés, y no puede sacrificarme nada semejante.

Pero cuando el caballero aparecía, su alegría, tan agradable, inagotable y, sin embargo, tan espontánea, asombraba al alma de la Campobasso y la encantaba. Nada más



verlo, todo lo que ella había proyectado decirle, todas las ideas sombrías desaparecían. Ese estado, nuevo para aquel alma altiva, duraba mucho tiempo después de que Sénécé se hubiera marchado. Por lo que acabó por descubrir que no podía pensar, que no podía vivir lejos de Sénécé.

La moda en Roma que, durante dos siglos, había correspondido a los españoles, comenzaba a inclinarse un poco hacia los franceses. Se empezaba a comprender el carácter que lleva el placer y la felicidad por donde va. Ese carácter no se encontraba entonces más que en Francia y, después de la revolución de 1789, ya no se encuentra en ningún sitio. Y es porque una alegría constante necesita despreocupación, y en Francia ya no hay porvenir seguro para nadie, ni siquiera para el hombre de genio. Se ha declarado la guerra entre los hombres del tipo de Sénécé y el resto de la nación.

Roma también era muy diferente entonces de lo que es hoy. Nadie sospechaba en 1726 lo que sucedería sesenta y siete años más tarde, cuando el pueblo, pagado por algunos curas, degolló al jacobino Basseville, que quería, — según él—, civilizar la capital del mundo cristiano.

Por vez primera, y al lado de Sénécé, la Campobasso había perdido la razón, se había encontrado en el cielo y horriblemente desgraciada por cosas no aprobadas por la razón. En ese carácter severo y sincero, una vez que Sénécé hubo vencido la religión, que para ella era muy distinta de la razón, el amor debía elevarse rápidamente hasta la pasión más desenfrenada.

La princesa estimaba a monseñor Ferraterra, cuya alta posición ella había propiciado. ¡Qué no sentiría cuando Ferraterra le dijo un día que no sólo Sénécé iba más a menudo de lo normal al domicilio de la Orsini, sino que además era el motivo por el que la

condesa acababa de despedir a un castrado célebre, su amante oficial desde hacía varias semanas!

Nuestra historia comienza la noche del día en el que la Campobasso recibió aquel anuncio fatal.

Se hallaba inmóvil en un inmenso sofá de cuero dorado. Cerca de ella, sobre una mesita de mármol negro, dos grandes lámparas de plata de pie largo, obras maestras del célebre Benvenuto Cellini, iluminaban o, más bien, mostraban las tinieblas de una inmensa sala en la planta baja de su palacio, adornada de cuadros ennegrecidos por el tiempo, pues ya, en esa época, el reinado de los grandes pintores quedaba lejos.

Frente a la princesa y casi a sus pies, sobre una sillita de madera de ébano, cubierta de adornos de oro macizo, el joven Sénécé acababa de instalar su elegante persona. La princesa lo miraba, y desde que él había entrado en la sala,

lejos de volar a su encuentro y de arrojarse en sus brazos, no le había dirigido la palabra.

En 1726 París era ya la ciudad reina de las elegancias de la vida y de las apariencias. Sénécé hacía llegar de allí regularmente, mediante correos, todo lo que pudiera resaltar los atractivos de uno de los hombres más guapos de Francia. A pesar del aplomo tan natural a un hombre de ese rango, que había hecho sus primeras armas al lado de las bellezas de la corte del regente y bajo la dirección del famoso Canillac, su tío, uno de los favoritos de ese príncipe, pronto fue fácil leer cierto embarazo en la facciones de Sénécé. Los bellos cabellos rubios de la princesa estaban algo desordenados; sus grandes ojos azul oscuro estaban fijos sobre él, su expresión era dudosa. ¿Se trataba de una venganza mortal? ¿O era sólo la seriedad profunda del amor apasionado?

—¿Así que ya no me ama? —dijo finalmente con voz contenida.

Un largo silencio siguió a esta declaración de guerra.

A la princesa le costaba privarse del atractivo encantador de Sénécé, quien, si ésta no le hacía una escena, estaba a punto de decirle mil locuras, pero ella tenía demasiado orgullo para retrasar una explicación. Una coqueta está celosa por amor propio; una mujer galante lo está por costumbre; una mujer que ama con sinceridad y apasionadamente, tiene conciencia de sus derechos. Esa manera de ver, característica de la pasión romana, divertía mucho a Sénécé: encontraba en ella profundidad e incertidumbre; se veía el alma al desnudo, por así decirlo. La Orsini carecía de ese atractivo.

Sin embargo, como el silencio se prolongaba más de lo normal, el joven francés, que no era muy hábil en el arte de penetrar en los sentimientos de un corazón italiano, encontró una expresión de tranquilidad y de razón con la que se sintió a gusto. Por lo demás,

en aquel momento tenía una tristeza: atravesando los sótanos y subterráneos que desde una casa vecina al palacio Campobasso le conducían a aquella sala, el bordado de un traje encantador llegado de París la víspera, se había llenado de telarañas. La presencia de esas telarañas le incomodaba y, por otra parte, aquel insecto le producía horror.

Sénécé, creyendo ver algo de calma en los ojos de la princesa, pensaba cómo evitar una escena, esquivar el reproche en lugar de responderle, pero se había puesto serio por la contrariedad que experimentaba: ¿No sería ésta la ocasión favorable, se decía, para hacerle entrever la verdad? Acaba de plantear la cuestión ella misma; ya está hecha la mitad de la molestia evitada. Ciertamente es conveniente que no esté hecho para el amor. No he visto nada tan bello como esta mujer, pero es la sobrina del soberano ante el cual el rey me ha enviado. Además, es rubia en un país donde todas las mujeres son morenas, lo que es una

gran distinción. Todos los días oigo poner su belleza por las nubes a personas cuyo testimonio no es sospechoso y que están a mil leguas de pensar que le están hablando al feliz poseedor de tantos encantos. En cuanto al poder que un hombre debe tener sobre su amante, no tengo ninguna inquietud al respecto. Si me molesto en decirle una palabra, la aparto de su palacio, de sus muebles de oro, de su tío-rey y todo para llevármela a Francia, al fondo de una provincia, a vegetar tristemente en una de mis tierras. Por mi fe que la perspectiva de ese desenlace no me inspira sino la más firme resolución de no perdérselo nunca. La Orsini es mucho menos bonita; me quiere, si es que me quiere, justo un poco más que al castrado Butafaco que al que le hice despedir ayer; pero tiene experiencia, sabe vivir, se puede llegar a su mansión en carroza. Y estoy completamente seguro de que no me hará jamás una escena, porque no me ama lo suficiente para hacerlo.

Durante aquel largo silencio, la mirada de la princesa no se había apartado de la bella frente del joven francés.

—No lo veré más, —se decía. Y de repente se arrojó a sus brazos, y cubrió de besos esa frente y esos ojos que ya no enrojecían de felicidad al verla. El caballero se habría despreciado a sí mismo, si hubiera olvidado al instante todos sus proyectos de ruptura, pero su amante estaba demasiado profundamente emocionada para olvidar sus celos. Pocos instantes después, Sénécé la miraba con asombro: lágrimas de rabia caían sobre sus mejillas. «¡Cómo!, —decía a media voz—; me envilezco hasta hablarle de su cambio; ¡se lo reprocho, yo, que me había jurado no darme cuenta nunca de ello! Y esto no es suficiente bajeza, ¡es necesario además que ceda a la pasión que me inspira este encantador rostro! ¡Ah! ¡Vil, vil, vil princesa...! Hay que acabar con esto.»



Se secó sus lágrimas y pareció recuperar cierta tranquilidad.

—Caballero, hay que acabar con esto —le dijo con aparente calma—. Visitáis a menudo el domicilio de la condesa... —entonces palideció en extremo—. Si la quieres, ve todos los días a verla; pero no vuelvas por aquí... —se detuvo como a su pesar. Esperaba alguna palabra del caballero; pero esa palabra no fue pronunciada. Ella continuó con un pequeño movimiento convulsivo y como apretando los dientes—: Esto será mi sentencia de muerte y la vuestra.

Esta amenaza hizo reaccionar el alma indecisa del caballero que, hasta entonces, sólo estaba asombrado por aquella borrasca imprevista después de tanto abandono. Entonces se puso a reír.

Un repentino color rojo cubrió las mejillas de la princesa, que se pusieron escarlatas. «La cólera va a sofocarla, —pensó el caballero—; va a sufrir una congestión.» Avanzó para desabrocharle el vestido; ella lo rechazó con

una resolución y una fuerza a las que no estaba acostumbrado. Sénécé recordó más tarde de que mientras intentaba abrazarla, la había oído hablar consigo misma. Se retiró un poco: discreción inútil, pues ella parecía no verlo ya. Con voz baja y concentrada, como si estuviera hablando con su confesor se decía: «Me insulta, me provoca. Sin duda a su edad y con la indiscreción natural de su país, va a contarle a la Orsini todas las indignidades a las que me rebajo... Ya no estoy segura de mí; no puedo responder siquiera de permanecer insensible ante esta cabeza encantadora...» Entonces hubo un nuevo silencio, que le pareció molesto al caballero. La princesa se levantó por fin repitiendo con tono más sombrío: «Hay que acabar con esto.»

Sénécé, a quien la reconciliación había hecho perder la idea de una explicación seria, le dirigió dos o tres frases divertidas sobre una aventura de la que se hablaba mucho en Roma...

—Dejadme, caballero —dijo la princesa, interrumpiéndole—; no me siento bien.

—Esta mujer se aburre, —se dijo Sénécé, apresurándose a obedecer—, y no hay nada tan contagioso como el aburrimiento.

La princesa le había seguido con la vista hasta el final de la sala... «¡Y yo iba a decidir a la ligera la suerte de mi vida!», dijo con una sonrisa amarga. «Afortunadamente, sus bromas fuera de lugar me han despertado. ¡Cuánta necedad hay en este hombre! ¿Cómo puedo querer a un ser que me comprende tan poco! ¡Quiere entretenerme con una frase graciosa cuando se trata de mi vida y de la suya!... ¡Ah, reconozco que esa es la disposición siniestra y sombría que provoca mi desgracia!» Y se levantó de su sillón con furor: «¡Qué bonitos eran sus ojos cuando me ha dicho esa frase!... Y, hay que confesarlo, la intención del pobre caballero era amable. Ha conocido la desdicha de mi carácter; quería hacerme olvidar la pena que me agitaba, en lugar de preguntarme su

causa. ¡Amable francés! En realidad, ¿he conocido la felicidad antes de amarlo?»

Y se puso a pensar con gusto en las perfecciones de su amante. Poco a poco se vio conducida a la contemplación de los atractivos de la condesa Orsini. Su alma comenzó a verlo todo negro. El tormento de los más espantosos celos se apoderaron de su corazón. Realmente, un presentimiento funesto la agitaba desde hacía dos meses; no había más momentos agradables que los que pasaba junto al caballero y, sin embargo, casi siempre, cuando no se hallaba en sus brazos, le hablaba con acritud.

La noche fue espantosa. Agotada y algo calmada por el dolor, tuvo la idea de hablar al caballero: «Pues al fin al cabo me ha visto irritada, pero ignora el motivo de mis quejas. Tal vez no quiere a la condesa. Tal vez no va a su casa sino porque un viajero debe conocer la sociedad del país en el que se encuentra y sobre todo la familia del soberano. Tal vez si hago

que me presenten a Sénécé en público, si puede venir abiertamente a mi casa, pasará aquí horas enteras como hace en casa de la Orsini.

—No —gritó con rabia—, me envilecería si le hablase; me despreciaría y eso sería lo único que habría ganado. El carácter disipado de la Orsini que he despreciado tan a menudo, estando loca como estaba, es en realidad más agradable que el mío, sobre todo a los ojos de un francés. Yo estoy hecha para aburrirme con un español ¡Qué hay más absurdo que estar siempre serio, como si los acontecimientos de la vida no lo fuesen ya bastante por sí mismos! ¿Qué me sucederá cuando no tenga a mi caballero para darme la vida, para infundirle a mi corazón el fuego que me falta?

Había mandado cerrar su puerta, pero esta orden no afectaba a monseñor Ferreterra, que fue a darle cuenta de lo que habían hecho en el domicilio de la Orsini hasta la una de la madrugada. Hasta entonces aquel prelado había servido de buena fe los amores de la

princesa, pero tras esa velada ya no dudaba de que pronto Sénécé estaría a las mil maravillas con la condesa Orsini, si no lo estaba ya.

«La princesa devota, —pensó—, me sería más útil que la mujer de sociedad. Siempre habrá un ser que preferirá antes que a mí: su amante, y si un día ese amante es romano, puede tener un tío al que nombrar cardenal. Si la convierto, es en el director de su conciencia en quien pensará ante todo y con todo el fuego de su carácter... ¡Qué no puedo esperar de ella ante su tío!» Y el ambicioso prelado se perdía imaginando su porvenir delicioso; veía a la princesa arrojándose a las rodillas de su tío para que le diera el *capelo*. El Papa le estaría muy reconocido por lo que iba a intentar... Una vez convertida la princesa, haría llegar al Papa pruebas irrefutables de su intriga con el joven francés. Piadoso, sincero y aborrecedor de los franceses como Su Santidad es, se sentirá eternamente reconocido con el agente que haya puesto fin a una intriga tan desagradable para

él. Ferraterra pertenecía a la alta nobleza de Ferrara; era rico, tenía más de cincuenta años... Animado por la perspectiva tan cercana del *capelo*, hizo maravillas; y se atrevió a cambiar bruscamente de papel respecto a la princesa. Aunque hacía dos meses que Sénécé le hacía poco caso, habría podido resultar peligroso atacarle, pues a su vez el prelado, que no comprendía a Sénécé, lo creía ambicioso.

El lector encontraría sin duda demasiado largo el diálogo de la joven princesa, loca de amor y celos, con el ambicioso prelado. Ferraterra había empezado por la confesión más detallada de la triste verdad. Tras un comienzo tan sobrecogedor, no le fue difícil despertar los sentimientos de religión y de piedad apasionada que no estaban sino adormecidos en el fondo del corazón de la joven romana; tenía una fe sincera —«toda pasión impía debe acabar en la desgracia y en el deshonor», le decía el prelado—. Era ya de día cuando éste salió del palacio de

Campobasso. Le había exigido a la recién convertida la promesa de no recibir a Sénécé aquel día. Esta promesa le había costado poco a la princesa; se creía piadosa y, de hecho, temía hacerse despreciable a los ojos del caballero, por su debilidad.

La resolución se mantuvo firme hasta las cuatro, que era el momento de la visita probable del caballero. Éste entró en la calle por detrás del jardín del palacio Campobasso, vio la señal que anunciaba la imposibilidad de ser recibido y, muy contento, se marchó a casa de la condesa Orsini.

Poco a poco, la Campobasso sintió como si se volviera loca. Las ideas y las resoluciones más extrañas se sucedían en su mente. De repente, descendió la escalera principal de su palacio y subió a su coche, ordenando al cochero: «Al palacio Orsini.»

El exceso de dolor la impulsaba, en contra de su voluntad, a ir a visitar a su prima. La encontró rodeada de cincuenta personas. Las



personas de talento, los ambiciosos de Roma, que no podían entrar en el palacio de la Campobasso, afluían al palacio de la Orsini. La llegada de la prima produjo sensación; todo el mundo se apartó por respeto; ella no se dignó percatarse de este gesto: miraba a su rival y la admiraba. Cada uno de los atractivos de su prima era una puñalada para su corazón. Tras los primeros cumplidos, al verla silenciosa y preocupada, la Orsini continuó con una conversación brillante y *disinvolta*.

«¡Cuánto más conviene al caballero su alegría que mi insensata y fastidiosa pasión!», —se decía la Campobasso.

Y en un inexplicable arrebató de admiración y de odio, se arrojó al cuello de la condesa. No veía sino los encantos de su prima, de cerca como de lejos, le parecían igualmente adorables. Comparaba sus cabellos a los suyos, sus ojos, su piel. Al final de ese extraño examen, se veía a sí misma llena de horror y de

desgracia. Todo le parecía en su rival adorable, superior.

Inmóvil y sombría, la Campobasso era como una estatua de basalto en medio de una multitud gesticulante y sombría. Entraban, salían; todo aquel ruido importunaba, ofendía a la Campobasso. Pero, ¡cómo se transformó cuando, de repente, oyó anunciar al señor de Sénécé! Habían convenido, al comienzo de sus relaciones, que él le hablaría muy poco en público y como conviene a un diplomático extranjero que no encuentra sino dos o tres veces al mes a la sobrina del soberano junto al que se halla acreditado.

Sénécé la saludó con el respeto y la seriedad acostumbrados; después, volviéndose hacia la condesa Orsini, continuó con el tono casi íntimo que se tiene con una mujer de talento que os recibe bien y a la que veis todos los días. La Campobasso estaba aterrada. «La condesa me muestra lo que yo hubiera debido

ser, se decía. ¡He ahí lo que hay que ser y lo que, sin embargo, ya no seré nunca!»

Salió en el último grado de dolor al que puede ser arrojada una criatura humana, casi decidida a envenenarse. Todos los placeres que el amor de Sénécé le había proporcionado no habrían podido igualar al exceso de pesar en el que se sumió durante aquella larga noche. Se diría que, a la hora de sufrir, las almas romanas tienen unos tesoros de energía desconocidos para las demás mujeres.

Al día siguiente, Sénécé volvió a pasar y vio el signo negativo. Se marchó alegremente; sin embargo, se le despertó la curiosidad. «¿Entonces fue el despido lo que me dio el otro día? Tengo que verla entre lágrimas», dijo su vanidad. Pero experimentaba una cierta sensación de amor al perder para siempre a una mujer tan bella, sobrina del papa. Salió de su coche, penetró en los subterráneos poco limpios que tanto le desagradaban y forzó la puerta del

salón de la planta baja en el que la princesa solía recibirlo.

—¡Cómo! ¡Os atrevéis a aparecer por aquí!  
—dijo la princesa.

«Este asombro carece de sinceridad, — pensó el joven francés—; sólo está en este salón cuando me espera.»

El caballero la tomó de la mano; ella tembló. Sus ojos se llenaron de lágrimas; le pareció tan bonita al caballero que tuvo un instante de amor. Ella, por su parte, olvidó todos los juramentos que durante dos días había hecho a la religión; se arrojó a sus brazos absolutamente feliz: «¡Y ésta es la felicidad de la que a partir de ahora gozará la Orsini!...» Sénécé, comprendiendo mal, como de costumbre, un alma romana, creyó que quería separarse de él en buena amistad, romper guardando las formas. «No me conviene, agregado como estoy a la embajada del rey, tener como enemigo mortal (pues ella lo sería) a la sobrina del soberano ante el que me

encuentro destacado.» Orgulloso por el feliz resultado al que creía llegar, Sénécé se puso a hablar de razones. Vivirían en la más agradable unión; ¿por qué no iban a ser muy felices? ¿Qué tenía, en realidad, que reprocharle? El amor daría paso a una buena y tierna amistad. Reclamaba insistentemente el privilegio de volver, de vez en cuando, al lugar en que se encontraban; sus relaciones seguirían teniendo dulzura...

Al principio la princesa no lo comprendió. Cuando lo hubo comprendido, se quedó de pie, inmóvil, con los ojos fijos. Finalmente, ante ese último golpe de la dulzura de sus relaciones le interrumpió con una voz que parecía salir del fondo de su pecho y pronunciando lentamente dijo:

—¡Es decir, que me encontráis, después de todo, lo bastante bonita como para ser una chica empleada a vuestro servicio!

—Pero, querida y buena amiga, ¿el amor propio no está a salvo? —replicó Sénécé, a su

vez verdaderamente asombrado—. ¿Cómo podría pasaros por la cabeza lamentaros? Por fortuna, nadie ha conocido jamás nuestro amor. Soy hombre de honor, os doy de nuevo mi palabra de que jamás ningún ser vivo sospechará la felicidad de la que he gozado.

—¿Ni siquiera la Orsini? —añadió ella con un tono frío que hizo todavía ilusión al caballero.

—¿Os he nombrado yo —dijo ingenuamente el caballero— a las personas que he podido amar antes de ser vuestro esclavo?

—Pesar de todo mi respeto hacia vuestra palabra de honor, sin embargo, éste es un riesgo que no correré —dijo la princesa con aire resuelto y que finalmente comenzó a sorprender un poco al joven francés—. ¡Adiós, caballero...! —y, como se iba un poco indeciso—: Ven a besarme —le dijo. Se enterneció sin duda, luego dijo con un tono firme—. Adiós, caballero...

La princesa envió a buscar a Ferraterra. «Quiero vengarme», le dijo. El prelado se alegró. «Va a comprometerse; será mía para siempre.»

Dos días después, como el calor era agobiante, Sénécé fue tomar el aire al Corso a medianoche. Encontró allí a toda la ciudad de Roma. Cuando quiso volver a tomar su coche, su lacayo apenas pudo responderle porque estaba borracho; el cochero había desaparecido; el lacayo le dijo, logrando hablar a duras penas, que el cochero había tenido una disputa con un enemigo.

—¡Ah, mi cochero tiene enemigos! —dijo Sénécé, riéndose.

Al volver a casa, se hallaba apenas a dos o tres calles del Corso, cuando se dio cuenta de que le seguían. Unos hombres, en número de cuatro o cinco, se paraban cuando él se paraba, volvían a andar cuando él andaba. «Podría dar una vuelta y volver al Corso por otra calle», pensó Sénécé. «¡Bah! Esos paletos no merecen

la pena, estoy bien armado.» Tenía el puñal desnudo en la mano.

Recorrió dos o tres calles apartadas, cada vez más solitarias. Oía redoblar el paso de los hombres que le seguían. En aquel momento, levantando los ojos, vio justo delante de él una pequeña iglesia dirigida por religiosos de la orden de San Francisco, cuyas vidrieras tenían un brillo singular. Se precipitó hacia la puerta y golpeó fuerte con el mango de su puñal. Los hombres que parecían seguirle estaban a cincuenta pasos de él. Corrieron hacia él. Un monje abrió la puerta; Senecé se introdujo en la iglesia; el monje volvió a cerrar la barra de hierro de la puerta. En ese mismo instante, los asesinos dieron patadas a la puerta. «¡Impíos!», dijo el monje. Sénecé le dio una moneda de oro. «Decididamente, me tienen ganas», dijo.

La iglesia estaba iluminada por un millar de velas por lo menos.

—¡Cómo, un servicio a esta hora! —le dijo al monje.



—Excelencia, tenemos dispensa del eminentísimo cardenal-vicario.

El estrecho atrio de la pequeña iglesia de San Francisco en Ripa estaba ocupado por un lujoso túmulo; cantaban el oficio de difuntos.

—¿Quién ha muerto? ¿Algún príncipe? —preguntó Sénécé.

—Sin duda —respondió el sacerdote—, pues no se ha escatimado nada, pero todo esto es dinero y cera perdidos; el señor deán nos ha dicho que el difunto ha muerto sin confesión.

Sénécé se acercó, vio unos escudos de armas con forma francesa; su curiosidad aumentó, se acercó del todo y ¡reconoció sus armas! Había una inscripción latina:

NOBILIS        HOMO        JOHANNES  
NORBERTUS    SENECE        EQUES  
DECESSIT ROMAÆ.

«Noble y poderoso señor Jean Norbert de Sénécé, caballero, muerto en Roma.»

«Soy el primer hombre, pensó Sénécé, que ha tenido el honor de asistir a sus propias exequias... No recuerdo más que al emperador Carlos Quinto que se haya permitido ese placer... pero no puedo esperar nada bueno en esta iglesia.»

Dio una segunda moneda de oro al sacristán.

—Padre, —le dijo—, déjeme salir por una puerta trasera de su convento.

—Con mucho gusto —dijo el monje.

Una vez en la calle, Sénécé, que tenía una pistola en cada mano, echó a correr con rapidez. Pronto oyó detrás de él a las personas que lo perseguían. Al llegar a su palacio, vio la puerta cerrada y a un hombre delante. «Éste es el momento del asalto», pensó el joven francés; se preparaba a matar al hombre de un tiro, cuando reconoció a su ayudante de cámara.

—Abrid la puerta —le gritó.

Estaba abierta; entraron rápidamente y la volvieron a cerrar.

—¡Ah señor!, os he buscado por todas partes; hay noticias muy tristes: el pobre Juan, vuestro cochero, ha sido asesinado a cuchilladas. Las personas que lo han matado vomitaban imprecaciones contra vos. Señor, quieren vuestra vida...

Mientras el criado hablaba, ocho trabucazos que partían a la vez de una ventana que daba al jardín, dejaron muerto a Sénécé junto a su ayudante de cámara; habían sido alcanzados por más de veinte balas cada uno.

Dos años después, la princesa Campobasso era venerada en Roma como modelo de piedad y desde hacía mucho tiempo monseñor Ferraterra era cardenal.

*(Perdonen las faltas del autor)*

# EL ARCA Y EL APARECIDO

## AVENTURA ESPAÑOLA

### *Le Coffre et le Revenant, aventure espagnole*

Una hermosa mañana del mes de mayo de 182... entraba don Blas Bustos y Mosquera, escoltado por doce hombres a caballo, en el pueblo de Alcolote, a una legua de Granada. Cuando le veían llegar, los vecinos entraban precipitadamente en las casas y cerraban las puertas a aquel terrible jefe de la policía de Granada. El cielo ha castigado su crueldad poniéndole en la cara la impronta de su alma. E, un hombre de seis pies de estatura, cetrino, de una flacura que asusta. No es más que jefe de la policía, pero hasta el obispo de Granada y el gobernador tiemblan ante él.

Durante aquella guerra sublime contra Napoleón que, en la posteridad, pondrá a los españoles del siglo XIX por delante de todos los demás pueblos de Europa y les asignará el

segundo lugar después de los franceses, don Blas fue uno de los más famosos capitanes de guerrillas. El día que su gente no había matado por lo menos un francés, don Blas no dormía en una cama: era un voto.

Cuando volvió Fernando (VII), le mandaron a las galeras de Ceuta, donde pasó ocho años en la más horrible miseria. Le acusaban de haber sido capuchino en su juventud y haber colgado los hábitos. Después, no se sabe cómo, volvió a entrar en gracia. Ahora don Blas es célebre por su silencio: no habla jamás. En otro tiempo le habían valido una especie de fama de ingenioso los sarcasmos que dirigía a sus prisioneros de guerra antes de ahorcarlos: se repetían en todos los ejércitos españoles.

Don Blas avanzaba despacio por la calle de Alcolote, mirando a las casas de uno y otro lado con ojos de lince. Al pasar por una iglesia, tocaron a misa; más que apearse, se precipitó del caballo y corrió a arrodillarse junto al altar.

Cuatro de sus guardias se arrodillaron en torno a su silla; le miraron: en sus ojos ya no había devoción. Tenía su siniestra mirada lavada en un hombre de muy distinguida apostura que estaba rezando a unos pasos de él.

¡Cómo es esto —se decía don Blas—: un hombre que, según las apariencias, pertenece a las primeras clases de la sociedad y yo no le conozco! ¡Este no ha aparecido en Granada desde que yo estoy en ella! Se esconde.» Don Blas se inclinó hacia uno de sus guardias y le dio orden de detener a aquel joven en cuanto saliera de la iglesia. Pronunciadas las íntimas palabras de la misma, se apresuró a salir él mismo y fue a instalarse en el comedor de la hostería de Alcolote. No tardó en aparecer, extrañado, aquel joven.

—¿Cómo se llama?

—Don Fernando della (sic) Cueva.

El humor siniestro de don Blas se agravó más aún, porque, al verle de cerca, observó que don Fernando era guapísimo: rubio y, a pesar

del mal paso en que se encontraba, con una expresión muy dulce. Don Blas miraba pensativo a aquel mozo.

—¿Que empleo tenía usted en tiempo de las Cortes?—dijo por fin.

—En 1823 estaba en el colegio de Sevilla; entonces tenía quince años, pues ahora no tengo más que diecinueve.

—¿De qué vive?

El joven pareció irritado por la grosería de la pregunta; se resignó y dijo:

—Mi padre, brigadier del ejército de don Carlos IV (Dios bendiga la memoria de este buen rey), me dejó una pequeña finca cerca de este pueblo; me renta doce mil reales (tres mil francos); la cultivo con mis propias manos con ayuda de tres criados, que seguramente le son muy leales. Excelente núcleo de guerrilla dijo don Blas con una sonrisa amarga. ¡A la cárcel e incomunicado! añadió al marcharse, dejando al preso en medio de su gente.

A los pocos momentos, don Blas estaba almorzando.

«Con seis meses de prisión —pensaba— me pagará esos lindos colores y ese aire de lozanía y de insolente satisfacción.» El guardia que estaba de centinela a la puerta del comedor levantó vivamente la carabina. La apoyó contra el pecho de un anciano que intentaba entrar en el comedor detrás de un pinche de cocina que llevaba una fuente. Don Blas se precipitó hacia la puerta; detrás del anciano vio a una muchacha que le hizo olvidar a don Fernando.

—Es cruel no darme tiempo para comer —dijo al anciano—, pero entre, explíquese.

Don Blas no podía dejar de mirar a la muchacha; veía en su frente y en sus ojos esa expresión de inocencia y piedad celestial que resplandece en las bellas madonas de la escuela italiana. Don Blas no escuchaba al anciano ni seguía comiendo. Por fin salió de su abstracción; el anciano repetía por tercera o cuarta vez las razones por las cuales se debía



poner en libertad a don Fernando de la Cueva, que era desde hacía tiempo el prometido de su hija Inés, allí presente, y se iban a casar el domingo próximo. En este momento, los ojos del terrible jefe de policía brillaron con un resplandor tan extraordinario, que asustaron a Inés y hasta a su padre.

—Nosotros hemos vivido siempre en el temor de Dios y somos cristianos viejos —continuó éste—; mi raza es antigua, pero soy pobre, y don Fernando es un buen partido para mi hija. Nunca ejercí cargo alguno en tiempo de los franceses, ni antes ni después.

Don Blas no salía de su hosco silencio.

—Pertenezco a la más antigua nobleza del reino de Granada —prosiguió el anciano—; y antes de la revolución —añadió suspirando— le habría cortado las orejas a un fraile insolente que no me contestara cuando yo le hablase.

Al anciano se le llenaron de lágrimas los ojos. La tímida Inés sacó del seno un pequeño rosario que había tocado el manto de la

madona del pilar (sic), y sus bonitas manos apretaban la cruz con un movimiento convulsivo. El terrible don Blas clavó su mirada en aquellas manos. Luego se fijó en el busto, bien torneado, aunque un poco opulento, de la joven Inés.

«Sus facciones podrían ser más regulares — pensó—; pero esa gracia celestial no la he visto nunca más que en ella.»

—¿Y se llama usted don Jaime Artegui? dijo al fin al anciano.

—Tal es mi nombre —contestó don Jaime, irguiendo más su apostura.

—¿De setenta años?

—De sesenta y nueve solamente.

—Usted es —dijo don Blas, serenándose visiblemente—; llevo mucho tiempo buscándole. El rey nuestro señor se ha dignado concederle una pensión anual de cuatro mil reales (mil francos). Tengo en Granada dos años vencidos de esa real merced, que le entregaré mañana al mediodía. Le haré ver que

mi padre era un rico labrador de Castilla la Vieja, cristiano viejo como usted, y que nunca fui fraile, de modo que el insulto que usted me ha dirigido cae en el vacío.

El viejo hidalgo no se atrevió a faltar a la cita. Era viudo y vivía sólo con su hija Inés. Antes de salir para Granada la llevó a casa del cura del pueblo y tomó sus disposiciones como si nunca más hubiera de volver a verla. Encontró a don Blas Bustos muy engalanado; llevaba un gran cordón sobre el uniforme. Don Jaime le encontró el aire atento de un viejo soldado que quiere hacerse el bondadoso y sonrío a cada paso y sin venir a cuento.

Si se hubiera atrevido, don Jaime habría rechazado los ocho mil reales que don Blas le entregó; no pudo negarse a comer con él. Después de la comida, el terrible jefe de policía le hizo leer sus títulos, su partida de bautismo y hasta un certificado de haber salido de galeras, lo que demostraba que no había sido nunca fraile.

Don Jaime seguía temiendo alguna jugarreta.

—De modo que tengo cuarenta y tres años —acabó por decirle don Blas— y un puesto honorable que me de cincuenta mil reales. Tengo una renta de mil onzas del Banco de Nápoles. Le pido en matrimonio a su hija doña Inés de Arregui.

Don Jaime palideció. Hubo un momento de silencio. Don Blas prosiguió:

—No le ocuparé que don Fernando de la Cueva está comprometido en un mal asunto. El ministro de la policía le está buscando. Tiene pena de garrote (manera de estrangular empleada para los nobles) o, por lo menos, de galeras. Yo estuve en ellas ocho años y puedo asegurarle que es un mal hospedaje diciendo estas palabras, se acercó al oído del anciano De aquí a quince días o tres semanas, recibiré probablemente del ministro la orden de trasladar a don Fernando de la cárcel de Alcolote a la de Granada. Esta orden se

cumplirá esta noche muy tarde; si don Fernando aprovecha la noche para escaparse, yo cerraré los ojos en consideración a la amistad con que usted me honra. Que se vaya a pasar un año o dos a Mallorca, por ejemplo; nadie le dirá nada.

El viejo hidalgo no contestó una palabra. Estaba aterrado ya duras penas pudo volver a su pueblo. El dinero que había recibido le horrorizaba. a ¿De modo se decía que esto es el precio de la sangre de mi amigo don Fernando, del prometido de mi Inés? »Al llegar al presbiterio se arrojó en brazos de Inés.

—¡Hija mía —exclamó—, el fraile quiere casarse contigo!

Inés se secó pronto las lágrimas y pidió permiso para ir a consultar al cura, que estaba en la iglesia en su confesionario. El cura, a pesar de la insensibilidad de su edad y de su estado, lloró. El resultado de la consulta fue que no había más remedio que casarse con don Blas o huir por la noche. Doña Inés y su padre

tenían que procurar llegar a Gibraltar y embarcarse para Inglaterra.

—¿Y de qué vamos a vivir?—dijo Inés.

—Podrían vender la casa y la huerta.

—¿Quién va a comprarlas? repuso la muchacha, deshecha en lágrimas.

—Yo tengo algunas economías —dijo el cura— que puede que lleguen a cinco mil reales; te los doy, hija mía, y de muy buen grado, si crees que no puedes salvarte casándote con don Blas Bustos.

A los quince días todos los esbirros de Granada, en uniforme de gala, rodeaban la iglesia, can sombría, de Santo Domingo. Apenas en pleno mediodía se ve para andar por ella. Pero aquel día no se atrevía a entrar nadie más que los invitados.

En una capilla lateral iluminada con centenares de velas cuya luz cortaba la., sombras de la iglesia como un camino de fuego, se veía de lejos a un hombre arrodillado en las gradas del altar; su cabeza sobresalía de todos

los que le rodeaban. Aquella cabeza estaba inclinada en una postura piadosa; los flacos brazos, cruzados sobre el pecho. Pronto se incorporó y exhibió un uniforme constelado de condecoraciones. Daba la mano a una muchacha cuyo paso ligero y juvenil formaba un extraño contraste con su gravedad. Brillaban lágrimas en los ojos de la joven desposada; la expresión de su rostro y la dulzura angelical que conservaba a pesar de su pena impresionaron al pueblo cuando la joven subió a una carroza que esperaba a la puerta de la iglesia.

Hay que reconocer que don Blas fue menos feroz desde su boda; las ejecuciones menudearon menos. En vez de fusilar por la espalda a lo, condenados, no se hacía más que ahorcarlos. Muchas veces permitió a los condenados besar a sus familiares antes de ir a la muerte. Un día, dijo a su mujer, a la que amaba con furor:

—Tengo celos de Sancha.

Era hermana de leche y amiga de Inés. Había vivido en casa de don Jaime a título de doncella de su hija, y en calidad de tal la siguió al palacio donde Inés fue a vivir en Granada.

—Cuando yo me separo de ti, Inés — prosiguió don Blas—, tú te quedas hablando sola con Sancha. Es simpática, te hace reír, mientras que yo no soy más que un viejo soldado que tiene a su cargo funciones severas; reconozco que soy poco atractivo. Esa Sancha, con su cara alegre, debe de hacerme parecer a tus ojos más viejo de lo que soy. Toma, aquí tiene: la llave de mi caja; dale todo el dinero que quieras, todo el que hay en la caja, si así te place, pero que se vaya, que yo no la vea más.

Por la noche, al volver don Blas de sus funciones, la primera persona que vio fue Sancha, ocupada en sus tareas como de costumbre. Su primera reacción fue de ira; se acercó rápidamente a Sancha, y ésta levantó los ojos y le miró de frente con esa mirada



española mezcla tan singular de miedo, valor y odio. Al cabo de un momento, don Blas sonrió.

—Mi querida Sancha —le dijo—, ¿te ha dicho doña Inés que te doy diez mil reales?

—Yo no acepto regalos de mi ama —contestó Sancha, sosteniendo la mirada fija en él.

Don Fastos (sic) entró en el aposento de su mujer.

—¿Cuántos presos hay en este momento en la cárcel de Torre Vieja? —le preguntó Inés.

—Treinta y dos en los calabozos, y creo que doscientos sesenta en los pisos superiores.

—Ponlos en libertad —dijo Inés—, y me separo de la única amiga que tengo en el mundo.

—Lo que me ordenas está fuera de mi poder —contestó don Blas.

No añadió una palabra en toda la noche. Inés, haciendo labor junto a la lámpara, le veía enrojecer y palidecer alternativamente; dejó la labor y se puso a rezar el rosario. Al día

siguiente, el mismo silencio. La noche del otro día se produjo un incendio en la cárcel le Torre Vieja. Murieron dos presos, pero, a pesar de toda la vigilancia del jefe de policía y sus guardianes, todos los demás lograron escaparse.

Inés, no dijo una palabra a don Blas, ni él a ella. Al día siguiente, al volver a casa don Blas, ya no vio a Sancha. Se atrojó en brazos de Inés.

Habían pasado dieciocho meses desde el incendio de Torre Vieja, cuando un viajero cubierto de polvo se apeó de un caballo ante la peor posada del pueblo de La Zuia, situado en las montañas a legua y media de Granada, mientras que Alcolote está al norte.

Estos alrededores de Granada son como un oasis encantado en medio de las llanuras abrasadas de Andalucía. Es la comarca más bella de España. Pero ¿era sólo la curiosidad lo que guiaba al viajero? Por su atuendo, se le tomaría por un catalán. Su pasaporte, expedido en Mallorca, estaba, en efecto, visado en

Barcelona, donde haba desembarcado. El dueño de aquella mala posada era muy pobre. El viajero catalán, al entregarle su pasaporte, que llevaba el nombre de don Pablo Rodil, le miró.

—Sí, señor viajero —le dijo el hostelero—, si la policía de Granada pregunta por su señoría, le avisaré.

El viajero dijo que quería ver aquella tierra tan hermosa; salía una hora antes de amanecer y no volvía hasta mediodía, a pleno calor, cuando todos estaban comiendo o durmiendo la siesta.

Don Fernando iba a pasar horas enteras; n una colina cubierta de fresca hiedra. Desde allí veía el antiguo palacio de la inquisición de Granada, ahora habitado por don Blas y por Inés. No podía apartar los ojos de los ennegrecidos muros de aquel palacio, que se aliaba como un gigante en medio de las casas de la ciudad. Al salir de Mallorca, don Fernando se había prometido no entrar en

Granada. Un día no pudo resistir un arrebató que le dio y fue a pasar por la estrecha calle sobre la que se levantaba la alta fachada del palacio de la inquisición. Entró en la tienda de un artesano y encontró un pretexto para detenerse en ella y hablar. EL artesano le indicó las ventanas del aposento de doña Inés. Estaban en un segundo piso muy alto.

A la hora de la siesta, don Fernando volvió a tomar el camino de La Zuia, con el corazón devorado por todas las furias de los celos. Hubiera querido apuñalar a Inés y luego matarse.

¡Carácter débil y cobarde! —se repetía con rabia—. ¡Es capaz de amarle si se figura que tal es su deber!

A la vuelta de una calle encontró a Sancha.

—¡Ah, amiga mía! —exclamó, sin que pareciera que le hablaba—. Me llamo don Pablo Rodil y me hospedo en la Posada del Ángel, en La Zuia. ¿Podrás estar mañana en la iglesia parroquial a la hora del Ángelus, de la tarde?

—Estaré —dijo Sancha, sin mirarle.

A la noche siguiente, don Fernando vio a Sancha y siguió sin decir palabra hacia su hostería; Sancha entró sin que la vieran. Fernando, cerró la puerta.

—¿Qué me dice? preguntó Fernando con lágrimas en los ojos.

—Ya no sirvo en su casa. Hace dieciocho meses que me despidió sin motivo, sin explicación. La verdad, yo creo que ama a don Blas.

—¡Que ama a don Blas! —exclamó don Fernando, secándose las lágrimas—. ¡Sólo eso me faltaba!

—Cuando me despidió —continuó Sancha—, me arrojé a sus pies suplicándole que me dijera por qué me echaba. Me contestó fríamente: «Lo manda mi marido.» ¡Sin una palabra más! Ya la ha visto usted, tan piadosa; ahora se pasa la vida rezando.

Don Blas, para dar gusto al partido reinante, había conseguido que se cediera a

unas religiosas clarisas la mitad del palacio de la inquisición, donde él vivía. Estas damas se habían establecido allí y habían terminado recientemente su iglesia. Doña Inés se pasaba la vida en ella. En cuanto don Blas salía de casa, se podía tener la seguridad de verla arrodillada ante el altar de la adoración perpetua.

—¡Que ama a don Blas! —repitió don Fernando.

—La víspera del día que me despidió —continuó Sancha—, doña Inés me hablaba...

—¿Está contenta? —interrumpió don Fernando.

—No, contenta no, pero sí de un humor igual y dulce, muy diferente de como usted la conoció; ya no tiene aquellos momentos de vivacidad y locura, como decía el cura.

—¡La infame! —exclamó don Fernando, paseándose por la estancia como un león enjaulado—. ¡Así cumple sus juramentos! ¡Así es como me amaba! Ni siquiera está triste, y yo...

—Como le iba diciendo a su señoría — prosiguió Sancha—, la víspera del día que me despidió, doña Inés me hablaba con cariño, con bondad, como antiguamente en Alcolote. Al día siguiente, un «lo manda mi marido» fue lo único que se le ocurrió decirme, entregándome un papel firmado por ella señalándome una buena renta de ochocientos reales.

—¡Ah, dame ese papel! —dijo don Fernando.

Cubrió de besos la firma de Inés.

—¿Y hablaba de mí?

—Nunca; tanto es así, que una vez el viejo don Jaime le reprochó delante de mí haber olvidado a un vecino tan bueno. Doña Inés palideció y no contestó. Tan pronto como acompañó a su padre huata la puerta, corrió a encerrarse en la capilla.

—Soy un necio, nada más —exclamó don Fernando—. ¡Cómo voy a odiarla! No hablemos más... Ha sido una suerte para mí entrar en

Granada, y mil veces más suerte haberte encontrado... ¿Y tú qué haces?

—Puse una tienda en el pueblecito de Albaracen, a media legua de Granada. Tengo —añadió bajando la voz— unos géneros muy bonitos, cosas inglesas que me caen los contrabandistas de las Alpujarras. Tengo en mis baúles por más de diez mil reales de mercancías catas. Estoy contenta.

—Ya entiendo —dijo don Fernando—: tienes un amante entre los valientes de los montes de las Alpujarras. Nunca más volveré a verte. Toma, llévate este reloj como recuerdo mío.

Sancha se iba. Fernando la retuvo.

—¿Y si me presentara ante ella? —dijo.

—Huiría de usted, así tuviera que tirarse por la ventana. Tenga cuidado —dijo Sancha, volviendo hacia don Fernando—; por muy disfrazada que fuera, le detendrían ocho o diez espías que rondan constantemente en torno a la casa.



Fernando, avergonzado de su flaqueza, no dijo una palabra más. Había decidido salir al día siguiente para Mallorca.

Al cabo de ocho días, pasó por casualidad por el pueblo de Albaracen. Los bandidos acababan de detener al capitán general O'Donnell y le habían tenido una hora tendido boca abajo en el barro. Don Fernando vio a Sancha corriendo muy atareada.

—No tengo tiempo de hablar con su señoría —le dijo—; vaya a mi casa.

La tienda de Sancha estaba cerrada; Sancha se apresuraba a meter sus géneros ingleses en una gran arca negra, de roble.

—Quizás nos ataquen aquí esta noche —dijo a don Fernando—. El jefe de esos bandidos es enemigo personal de un contrabandista amigo mío. Entrarían a saco en esta tienda antes que en ningún otro sitio. Vengo de Granada; doña Inés, que después de todo es muy buena, me ha dado permiso para dejar en su cuarto, mis mejores mercancías. Don Blas no

verá esta arca, que está llena de contrabando, y si por desgracia la viera, doña Inés encontraría una disculpa.

Se apresuró a colocar sus tules y chales. Don Fernando la miraba manipular. De pronto se precipitó hacia el arca, sacó los tules y chales y se metió él en su lugar.

—¿Se ha vuelto loco? —dijo Sancha, asustada.

—Toma, aquí tienes cincuenta onzas, pero que el cielo me mate si salgo de esta arca antes de estar en el palacio de la inquisición de Granada. Quiero verla.

Por más que Sancha pudiera decir, don Fernando no la escuchó.

Cuando ella estaba hablando todavía, entró Zanga, un mozo de cordel, primo de Sancha, que iba a llevar el arca en su mulo a Granada. Al ruido que hizo al entrar, don Fernando se había apresurado a bajar sobre él la tapa del arca. Por si acaso, Sancha la cerró con llave. Era más imprudente dejarla abierta. A eso de las

once de la mañana de un día del mes de junio, don Fernando entró en Granada transportado en un arca; estaba a punto de asfixiarse. Llegaron al palacio de la inquisición Mientras Zanga subía la escalera, don Fernando tenía la esperanza de que dejarían el arca en el segundo piso, y quizá en la habitación de Inés.

Cuando cerraron las puertas y ya no oyó ningún ruido, intentó, con ayuda de su puñal, abrir la cerradura del arca. Lo consiguió. Con indecible alegría, se dio cuenta de que erraba, en efecto, en el dormitorio de Inés. Vio vestidos de mujer y reconoció junto a la cama un crucifijo que en otro tiempo estaba en su cuartito de Alcolore. Una voz, después de una violenta disputa, Inés le llevó a su habitación y ante aquel crucifijo le juró un amor eterno.

Hacía muchísimo calor y la habitación estaba muy oscura. Las persianas estaban cerradas, lo mismo que las grandes cortinas, de finísima muselina de las indias, drapeadas hasta el suelo.

Apenas alteraba el profundo silencio el rumor de un pequeño surtidor que, subiendo a unos cuantos pies en un rincón del aposento, volvía, caer en su concha de mármol negro.

El ruido tan leve de este pequeño surtidor hacía estremecer a don Fernando, que había dado en su vida veinte pruebas del más audaz arrojo. Estaba lejos de encontrar en el cuarto de Inés aquella felicidad perfecta que tantas veces había soñado en Mallorca pensando en los medios de llegar a aquella habitación. Desterrado, dolorido, separado de los suyos, un amor apasionado y que en la persistencia y la uniformidad de la desgracia había llegado casi a la locura, constituía todo el carácter de don Fernando.

En este momento, un único sentimiento le embargaba: el miedo a hacer enfadar a aquella Inés a la que él sabía tan casta y tímida. Si yo no creyera que el lector conoce algo la manera de ser, singular y apasionada, de la gente meridional, me daría vergüenza confesarlo:

don Fernando estuvo a punto de desmayarse cuando, poco después de dar las dos en el reloj del convento, oyó en medio del profundo silencio unos pasos ligeros subiendo la escalera de mármol. En seguida se acercaron a la puerta. Don Fernando reconoció el andar de Inés y, no atreviéndose a afrontar el primer momento de indignación de una persona tan fiel a sus deberes, se escondió en el arca.

El calor era abrumador, profunda la oscuridad. Inés se acostó, y en seguida la tranquilidad de su respiración hizo comprender a don Fernando que estaba dormida. Sólo entonces se atrevió a acercarse a la cama. Y vio a aquella Inés que desde hacía tantos años era su único pensamiento. Sola, a su merced en la inocencia de su sueño, le dio miedo. Este singular sentimiento aumentó cuando se dio cuenta de que, en los dos años que él había pasado sin verla, su semblante había tomado una impronta de fría dignidad que él no le conocía.

Sin embargo, la felicidad de volver a verla penetró poco a poco en su alma; ¡formaba su relativa desnudez un contraste tan encantador con aquel aire de dignidad severa!

Comprendió que la primera idea de Inés al verle sería huir. Fue a cerrar la puerta y retiró la llave.

Por fin llegó el momento que iba a decidir todo su porvenir. Inés hizo unos movimientos, estaba a punto de despertarse; Fernando tuvo la inspiración de ir a arrodillarse ante el crucifijo que ya en Alcolote estaba en el dormitorio de Inés. Cuando ésta abrió los ojos, todavía adormilados, pensó que Fernando acababa de morir lejos y que aquella imagen suya que veía ante el crucifijo era una visión. Permaneció inmóvil y erguida ante la cama y con las manos juntas.

—¡Pobre desdichado! —dijo con una voz trémula y casi inaudible.

Don Fernando, de rodillas aún y un poco en escorzo pata mirarla, le señalaba el crucifijo;

pero, en su turbación, hizo un movimiento. Inés, ya del todo despierta, comprendió la verdad y huyó hacia la puerta, encontrándola cerrada.

—¡Qué osadía! —exclamó—. ¡Salga de aquí, don Fernando!

Inés se retiró al rincón más lejano, hacia el pequeño surtidor.

—¡No se acerque, no se acerque! —repetía con voz convulsa —¡Salga de aquí!

En sus ojos brillaba el resplandor de la virtud más pura.

—No, no me marcharé antes de que me oigas. Han pasado dos años y no puedo olvidarte; noche y día tengo tu imagen ante los ojos. ¿No me juraste ante esta cruz que serías mía para siempre?

—¡Salga de aquí —le repetía ella con furia—, o llamo y nos degollarán a los dos!

Se dirigió hacia una campanilla, pero don Fernando se le adelantó y la estrechó en sus brazos. Don Fernando estaba temblando; Inés

lo notó muy bien y perdió toda la fuerza que le daba la ira.

Don Fernando ya no se dejó dominar por los pensamientos de amor y voluptuosidad y se atuvo estrictamente a su deber.

Temblaba más que Inés, pues se daba cuenta de que acababa de obrar con ella como un enemigo; pero no encontró cólera ni arrebato.

—¿Es que quieres la muerte de mi alma inmortal? —le dijo Inés—. Por lo menos, cree una cosa: que te adoro y nunca amé a nadie más que a ti. Ni un solo minuto de la abominable vida que llevo desde mi boda he dejado de pensar en ti. Era un pecado espantoso; he hecho cuanto he podido por olvidarte, pero en vano. No te horrorices de mi impiedad, Fernando mío. ¿Lo creerás? Muchas veces, ese santo crucifijo que aquí ves, junto a mi cama, ya no me presenta la imagen del Salvador que ha de juzgarnos, sólo me recuerda los juramentos que te hice extendiendo la mano



hacia él en mi cuartito de Alcolote. ¡Ah, estamos condenados, irremisiblemente condenados, Fernando! —exclamó arrebatada—; seamos al menos plenamente dichosos los pocos días que nos quedan de vida.

Este lenguaje quitó todo temor a don Fernando; comenzó para él la felicidad.

—¿Es que me perdonas? ¿Me amas todavía?...

Las horas volaban. Anochecía. Fernando le contó la inspiración súbita que le había venido aquella mañana al ver el arca. Les sacó de su embeleso un gran ruido que se produjo cerca de la puerta de la habitación. Era don Blas, que venía a buscar a su mujer para el paseo vespertino.

—Dile que te has puesto mala por el gran calor que hace —dijo don Fernando a Inés— Voy a meterme en el arca. Aquí tienes la llave de la puerta; haz como que no puedes abrir,

dale la vuelta al revés, hasta que oigas el ruido que hará la cerradura del arca al cerrarse.

Todo salió muy bien. Don Blas creyó en el malestar producido por el calor.

—¡Pobrecita! —exclamó, disculpándose por haberla despertado tan bruscamente.

La cogió en brazos y la llevó a la cama. Estaba abrumándola con tiernísimas caricias, cuando se fijó en el arca.

—¿Qué es eso? —preguntó, frunciendo el entrecejo.

Pareció despertarse de pronto toda su sagacidad de jefe de policía.

—¡Esto en mi casa! —repitió cinco o seis veces, mientras doña Inés le contaba los temores de Sancha y la historia del arca.

—Dame la llave —dijo don Blas con gesto duro.

—No quise recibirla —contestó Inés—: podría encontrarla uno de tus criados. A Sancha le gustó mucho que me negara a quedarme con la llave.

—¡Muy bien! —exclamó don Blas—; pero yo tengo en la caja de mis pistolas los medios necesarios para abrir todas las cerraduras del mundo.

Se dirigió a la cabecera de la cama, abrió una caja llena de armas y se acercó al arca con un paquete de ganzúas inglesas.

Inés abrió las persianas de una ventana y se inclinó hacia fuera como para poder arrojar a la calle en el momento en que don Blas descubriera a Fernando. Pero el odio que Fernando tenía a don Blas le había devuelto toda su sangre fría, y se le ocurrió poner la punta de su puñal detrás del pestillo de la mala cerradura del arca; don Blas manipuló en vano con sus ganzúas inglesas.

—¡Qué raro! —dijo don Blas, incorporándose, estas ganzúas no me habían fallado nunca—. Querida Inés, retrasaremos el paseo. Con la idea de esta arca, que quizá esté llena de papeles criminales, no estaría contento ni siquiera al lado tuyo. ¿Quién me dice que, en

mi ausencia, el obispo, enemigo mío, no hará un registro en mi casa valiéndose de una orden arrancada con engaño al rey? Voy a ir a mi despacho y volveré en seguida con un cerrajero que lo hará mejor que yo.

Salió. Doña Inés dejó la ventana para cerrar la puerta. En vano le suplicó don Fernando que huyera con él.

—No conoces la vigilancia del terrible don Blas —le dijo—; en unos minutos puede ponerse en comunicación con sus agentes a varias leguas de Granada. ¡Ojalá pudiera yo huir contigo para ir a vivir en Inglaterra! Figúrate que esta casa tan grande es registrada cada día hasta en los menores rincones. Sin embargo, voy a intentar esconderte. Si me amas, sé prudente, pues yo no sobreviviría.

La conversación fue interrumpida por un gran golpe en la puerta; Fernando se puso detrás de ésta con el puñal en la mano. Afortunadamente, no era más que Sancha. Se lo contaron todo en dos palabras.

—Pero, señora, usted no piensa que, al esconder a don Fernando, don Blas encontrará el arca vacía. ¿Qué podremos hacer en ella en tan poco tiempo? Pero, en el apuro, se me olvidaba una buena noticia: toda la población está en vilo y don Blas muy ocupado. A don Pedro Ramos, el diputado u Cortes, le insultó un voluntario realista en el café de la Plaza Mayor, y don Pedro acaba de matarle a puñaladas. He visto ahora a don Blas rodeado de sus esbirros en la Puerta del Sol. Esconda a don Fernando, voy a buscar por todas partes a Zanga para que venga a llevarse el arca con don Fernando dentro. Pero ¿nos dará tiempo? Lleven el arca a otra habitación, para tener una primera respuesta que dar a don Blas y que no le mate: de repente. Dígale que fui yo quien mandó trasladar el arca y quien la abrió. Sobre todo, no nos hagamos ilusiones: ¡si don Blas vuelve antes que yo, morimos todos!

Los consejos de Sancha no impresionaron mucho a los amantes; llevaron el arca a un

pasadizo oscuro y e contaron la historia de sus vidas desde hacía dos años.

—No encontrarás reproches en tu amiga —decía Inés a don Fernando; te obedeceré en todo: tengo el presentimiento de que nuestra vida no sería larga. No sabes en qué poco tiene don Blas su vida y la ajena; descubrirá que te he visto y me matará ¿Qué encontraré en la otra vida? —continuó, después de un momento de abstracción—; ¡castigos eternos!

Y se arrojó al cuello de Fernando.

—Soy la más feliz de las mujeres —exclamó—. Si encuentras algún medio para vernos, házmelo saber por Sancha; tienes una esclava que se llama Inés.

Zanga no volvió hasta la noche; se llevó el arca, en la que se había vuelto a meter Fernando. Varias veces le interrogaron las patrullas de esbirros, que buscaban por todas partes al diputado liberal sin encontrarle; como Zanga les decía que el arca que llevaba pertenecía a don Blas, siempre le dejaban pasar.

La última vez le pararon en una calle solitaria que bordea el cementerio; la separa éste, que está a doce o quince pies más abajo, un muro que, por el lado de la calle, permite apoyarse en él. Y en él apoyaba Zanga el arca mientras contestaba a los esbirros.

Como le habían hecho llevarse rápidamente el arca por miedo a que volviera don Blas, la había cargada de tal orado, que don Fernando iba cabeza abajo; esta posición le producía un dolor insoportable; esperaba llegar pronto, y cuando notó el arca inmóvil, perdió la paciencia, reinaba en la calle un gran silencio; don Fernando, calculó que debían de ser lo menos las nueve de la noche. «Unos cuantos ducados —pensó— me asegurarán la discreción de Zanga». Vencido por el dolor, le dijo en voz muy baja:

—Da la vuelta al arca; así estoy sufriendo terriblemente.

El cargador, que, a tan avanzada hora, no estaba muy tranquilo contra la pared del

cementerio, se asustó de aquella voz tan cerca de su oído; creyó estar oyendo a un aparecido y huyó a todo correr. El arca quedó en pie sobre el parapeto; el dolor de don Fernando iba en aumento. Al no recibir respuesta da Zanga, comprendí que le había abandonado. Por mucho peligro que hubiera, decidió abrir el arca. Hizo un movimiento violento que le precipitó al cementerio.

El choque de la caída le aturdió y tardó unos momentos en recobrar el conocimiento; veía las estrellas brillar sobre su cabeza: al caer el arca se había abierto la cerradura, y él se encontró tendido en la tierra recién removida de una tumba. Pensó en el peligro que podía correr Inés y esto le devolvió toda su fuerza.

Le corría la sangre, estaba muy maltrecho, pero consiguió levantarse y después andar; le costó algún trabajo escalar el muro del cementerio y luego llegar a casa de Sancha. Esta, al verle ensangrentado, creyó que don Blas le había descubierto.



—Hay que reconocer —le dijo riendo, cuando se tranquilizó a este respecto— que nos has metido en un buen lío.

Convinieron en que había que aprovechar la noche a todo trance para llevarse el arca caída en el cementerio.

—Si mañana un espía de don Blas descubre esa maldita arca, muertas somos doña Inés y yo —dijo Sancha.

—Seguramente está manchada de sangre —observó don Fernando.

Zanga era el único hombre que podían utilizar. Hablando de él estaban, cuando llamó a la puerta de Sancha, que le causó gran asombro diciéndole:

—Ya sé lo que vienes a contarme. Abandonaste mi arca y se cayó al cementerio con todas mis mercancías de contrabando. ¡Qué pérdida para mí! Verás lo que va a ocurrir: don Blas te interrogará esta noche o mañana por la mañana.

—¡Ay de mí, estoy perdido! —exclamó Zanga.

—Estás salvado si contestas que al salir del palacio de la inquisición trajiste el arca a mi casa.

Zanga estaba muy disgustado por haber comprometido las mercancías de su prima, pero había tenido miedo del aparecido; ahora tenía miedo de don Blas y parecía incapaz de comprender las cosas más sencillas. Sancha le repetía con todo detalle sus instrucciones sobre lo que tenía que contestar al jefe de policía para no comprometer a nadie.

—Aquí tienes diez ducados para ti —le dijo don Fernando, apareciendo de repente—; pero, si no dicen exactamente lo que te ha explicado Sancha, este puñal te matará.

—¿Y quien es vuestra merced, señor? —preguntó Zanga.

—Un desdichado «negros (sic) perseguido por los voluntarios realistas.

Zanga estaba perplejo; su pavor llegó al extremo cuando vio entrar a dos de los esbirros de don Blas. Uno de ellos se apoderó de él y le condujo ante su jefe. El otro venía simplemente a notificar a Sancha que tenía que comparecer en el palacio de la inquisición; su misión era menos severa.

Sancha bromeó con él y le animó a probar un excelente vino Rancio (sic). Quería hacerle hablar para que diera algunas indicaciones a don Fernando, el cual podía oírlo todo desde el lugar donde estaba escondido. El esbirro contó que Zanga, huyendo del aparecido, había entrado pálido como la muerte en una taberna, donde contó su aventura. En aquella taberna se encontraba uno de los espías encargados de descubrir al «negro», o liberal, que había matado a un realista, y fue corriendo con su informe a don Blas.

—Pero nuestro jefe, que no es tonto —añadió el esbirro—, dijo en seguida que la voz que había oído Zanga era la del «negro»,

escondido en el cementerio. Me mandó a buscar el arca y la encontramos abierta y manchada de sangre. Don Blas pareció muy sorprendido y me ha mandado aquí. Vamos.

«Muertas somos Inés y yo se —decía Sancha, dirigiéndose con su esbirro al palacio de la Inquisición—. Don Blas habrá reconocido el arca; en este momento ya sabe que un extraño se introdujo en su casa.»

La noche era muy oscura. Por un momento, Sancha tuvo la idea de escapar. «Pero no —se dijo—, sería infame abandonar a doña Inés, que es tan inocente y en este momento no debe de saber qué contestar.»

Al llegar al palacio de la inquisición, le extrañó que la hicieran subir al segundo piso, al aposento mismo de Inés. El lugar de la escena le pareció de siniestro augurio. La habitación estaba muy iluminada.

Encontró a doña Inés. sentada junto a una mesa, a don Blas de pie a su lado, echando chispas por los ojos, y, ante ellos, abierta, el

arca fatal. Estaba toda manchada de sangre. En el momento en que entró Sancha, don Blas estaba interrogando a Zanga. Le hicieron salir inmediatamente.

«¿Nos habrá traicionado? —se decía Sancha.—; ¿Habrá entendido lo que le dije que contestara? La vida de doña Inés está en sus manos.»

Sancha miró a doña Inés para tranquilizarla; no vio en sus ojos más que serenidad y entereza. Sancha se quedó atónita. « ¿De dónde saca tanto valor esta mujer tan apocada?» Desde las primeras palabras de su respuesta a las preguntas de don Blas, Sancha observó que este hombre, habitualmente tan dueño de sí mismo, estaba como loco. Pronto se dijo, hablándose a sí mismo:

—¡La cosa está clara!

Doña Inés debió de oír estas palabras, como las oyó Sancha, pues dijo con un tono muy natural:

—Con tantas velas encendidas, esto está como un horno.

Y se acercó a la ventana.

Sancha sabía cuál era su proyecto unas horas antes, y comprendí aquel movimiento. Fingió un violento ataque de nervios.

—Esos hombres quieren matarme — exclamó— porque salvé a don Pedro Ramos.

Y agarró fuertemente a Inés por la muñeca.

En medio del extravío de un ataque de nervio, las medias palabras de Sancha decían que, a poco de llevar Zanga a su casa el arca de los géneros, irrumpió en su cuarto un hombre todo ensangrentado y con un puñal en la mano. «Acabo de matar a un voluntario realista — había dicho— y los compañeros del muerto me están buscando. Si usted no me socorre, me matan ante sus propios ojos... ».

—¡Ah, vean esta sangre en mi mano — exclamó Sancha, como enajenada—, quieren matarme!

—Siga —dijo don Blas fríamente.

—Don Ramos me dijo: «El prior del convento de los Jerónimos es tío mío; si puedo llegar a su convento, estoy salvado.» Yo temblaba de miedo; don Pedro vio el arca abierta, de donde yo acababa de sacar mis tules ingleses. De pronto va y arranca los paquetes que todavía quedaban en el arca, y se mete él dentro. «Cierre con llave sobre mí —exclamó— y que lleven el arca al convento de los Jerónimos sin perder momento.» Y me echó un puñado de ducados; aquí los tiene: es el precio de una impiedad, me horrorizan...

—¡Bueno, menos cuentos! —exclamó don Blas.

—Tenía miedo de que me matara si no obedecía —continuó Sancha—; tenía aún en la mano izquierda el puñal, lleno de la sangre del pobre voluntario realista. Tuve miedo, lo confieso; mandé a buscara Zanga, y éste cogió el arca y la llevó al convento. Yo tenía...

—Ni una palabra más o eres mueca —la interrumpió don Blas, a punto de adivinar que Sancha quería ganar tiempo.

A una señal de don Blas, salen en busca de Zanga. Sancha observa que don Blas, habitualmente impasible, está fuera de sí; tiene dudas sobre la persona a la que, desde hacía dos años, creía fiel. El calor parece agobiarle. Pero la más vera Zanga, conducido por el esbirro, se arroja sobre él y le aprieta furiosamente el brazo.

«Llegó el momento fatal —se dijo Sancha—. De este hombre depende la vida de doña Inés y la mía. Me es muy fiel, pero esta noche, asustado por el aparecido y por el puñal de don Fernando, ¡sabe Dios lo que va a decir! ».

Zanga, violentamente sacudido por don Blas, le miraba con ojos espantados y sin contestar.

«¡Dios mío! —pensó Sancha—, le van a hacer prestar juramento de decir la verdad, y,



como es tan devoto; no querrá mentir por nada del mundo.»

Por casualidad, don Blas, que estaba en su tribunal, olvidó hacer que el testigo prestara juramento. Por fin Zanga, estimulado por el gran peligro, por las miradas de Sancha y por su mismo miedo, se decidió a hablar. Fuera por prudencia o por verdadera turbación, su relato resultó muy embrollado. Dijo que, llamado por Sancha para cargar otra vez el arca que había traído poco antes del palacio de monseñor el jefe de policía, le había parecido mucho más pesada. Como no podía más, al pasar por el muro del cementerio la apoyó en el parapeto. Oyó muy cerca de su oído una voz quejumbrosa y echó a correr.

Don Blas le asediaba a preguntas, pero parecía él mismo abrumado de cansancio. Ya muy avanzada la noche, suspendió el interrogatorio para reanudarlo a la mañana siguiente. Zanga no se había cortado todavía. Sancha pidió a Inés que la permitiera ocupar el

gabinete contiguo a su dormitorio, donde antes pasaba la noche. Probablemente, don Blas no oyó las pocas palabras que se dijeron a este respecto. Inés, que temblaba por don Fernando, fue a buscar a Sancha.

—Don Fernando está a salvo, pero — continuó Sancha— la vida de usted y la mía penden de un hilo. Don Blas sospecha. Mañana por la mañana va a amenazar en serio a Zanga y a hacerle hablar por medio del fraile que confiese a ese hombre y que tiene mucho dominio sobre él. El cuento que yo he contado no servía más que para salir del paso en el primer momento.

—Bueno, pues, huye, querida Sancha — repuso Inés, con su noche dulzura acostumbrada y como si no la preocupara en absoluto la suerte que a ella misma la espetaba a las pocas horas—. Déjame morir sola. Moriré dichosa: tengo conmigo la imagen de don Fernando. La vida no es demasiado para pagar la felicidad de haber vuelto a verle al cabo de

dos años. Te ordeno que me dejes ahora mamo. Vas a bajar al patio grande y a esconderte junto a la puerta. Espeto que podrás salvarte. Sólo te pido una cosa: entrega esta cruz de diamantes a don Fernando y dile que muero bendiciendo la idea que tuvo de volver de Mallorca.

Al apuntar el alba y oír el toque del Ángelus, doña Inés despenó a su marido para decirle que iba a oír la primera misa del convento de las Clarisas. Aunque este convento estaba en la casa, don Blas, sin contestarle una palabra, hizo que la acompañaran cuatro de sus criados.

Al llegar a la iglesia, Inés se arrodilló junto a la teja de las religiosas. Pasado un momento, los guardianes que don Blas había puesto a su mujer vieron abrirse la reja. Doña Inés entró en la clausura. Declaró que, en un voto secreto, se había hecho monja y no saldría jamás del convento. Don Blas acudió a reclamar a su mujer, pero la abadesa había mandado aviso al

obispo. El prelado contestó en tono paternal a los arrebatos de don Blas.

—Desde luego, la ilustrísima doña Inés Bustos y Mosquera no tiene derecho a consagrarse al Señor si es esposa legítima de usted; pero doña Inés teme que en su casamiento hubo ciertas causas de nulidad.

A los pocos días, doña Inés, que estaba en pleito con su marido, apareció en su cama acribillada a puñaladas. Y, como consecuencia de una conspiración descubierta por don Blas, el hermano de Inés y don Fernando acaban de ser decapitados en la plaza de Granada.

## EL FILTRO

*Le Philtre, imité de l'italien de Silvia Malaperta*

IMITADO DEL ITALIANO DE SILVIA  
MALAPERTA

Una noche oscura y lluviosa del verano de 182..., salía del café, en el que acababa de perder todo su dinero, un joven teniente del 96° regimiento, de guarnición en Burdeos. El joven renegaba de su estupidez, pues era pobre.

Al pasar por una de las calles más desiertas y silenciosas del barrio de Lormond, oyó de pronto unos gritos, y por una puerta que se abrió con estrépito salió violentamente proyectada una persona, que vino a caer a sus pies. La oscuridad era tan profunda, que sólo por el ruido se podía apreciar lo que ocurría. Los perseguidores, quienesquiera que fuesen, debieron de oír los pasos del joven oficial y se pararon en la puerta.

El transeúnte escuchó un momento. Los hombres hablaban bajo y no se acercaban. Por mucho que le desagradara la escena, Liéven se creyó en el deber de levantar a la persona que estaba en el suelo.

Observó que estaba en camisa; a pesar de la profunda oscuridad de la noche, a las dos de la mañana que debían de ser, Liéven creyó percibir una larga cabellera suelta; luego, se trataba de una mujer. Este descubrimiento no le hizo ninguna gracia. La mujer parecía incapaz de andar sin ayuda. Para no abandonarla, Liéven tuvo que pensar en los deberes prescritos por la humanidad.

Se veía ya en el desagradable trance de tener que presentarse al día siguiente ante el comisario de policía y afrontar las burlas, de sus compañeros y las gacetillas satíricas de los periódicos locales. «La dejaré apoyada en la puerta de una casa —se dijo—, llamaré y me iré corriendo.» Iba a hacerlo así, cuando oyó a la mujer quejarse en español. Liéven no sabía ni

una palabra de español. Quizá por esto, las dos muy corrientes que pronunció Leonor le despertaron unas ideas muy novelescas. Ya no vio un comisario de policía y una muchacha de la vida maltratada por usos borrachos; su imaginación se extravió en ideas de amor y de aventuras extraordinarias.

Liéven, después de levantar a la muchacha, le dirigía palabras de consuelo. ¡Mira que si fuera fea! », se dijo.

Ante esta duda, entró en juego la razón y le hizo olvidar las ideas romancescas.

Quiso hacer que se sentara en el umbral de una puerta y ella, se negó.

—Vayamos más lejos —le dijo en un cono muy extraño.

—¿Tiene miedo de su marido? —le preguntó Liéven.

—Por desgracia mía, dejé a ese marido, el hombre más respetable del mundo, y que me adoraba, por un amante que me atroja de su lado bárbaramente.

Esta frase hizo que Liéven olvidase al comisario de policía y las desagradables consecuencias de una aventura nocturna.

—Me han robado, caballero —dijo Leonor al cabo de unos momentos—; pero ahora me doy cuenta de que me queda una pequeña sortija de brillantes. Quizás algún hostelero quiera recibirme. Pero, caballero, voy a ser el escándalo de la casa, pues he de confesarle que no llevo más ropa que una camisa. Si hubiera tiempo, caballero, le suplicaría de rodillas, en nombre de la humanidad, que me llevara a una habitación cualquiera y comprara para mí, a una mujer del pueblo, un mal vestido. Después —añadió, animada por el joven militar— podrá usted llevarme hasta la puerta de una humilde posada y, una vez allí, dejaré de pedir auxilio a un hombre generoso y le rogaré que abandone a una desventurada.

Todo esto, dicho en mal francés, gustó bastante a Liéven.



—Señora —contestó—, voy a hacer lo que me ordena. Pero lo principal, para usted y para mí, es que no nos detengan. Me llamo Liéven, teniente del 96° regimiento. Si topamos con una patrulla qué no sea de este regimiento, nos llevarán al cuerpo de guardia, donde habrá que pasar la noche, y mañana usted y yo, señora, seremos la comidilla de Burdeos.

Liéven, que llevaba del brazo a Leonor, notó que se estremecía. «Este miedo al escándalo es buena señal », pensó.

—Dígnese ponerse mi levita —dijo a la señora—; la voy a llevar a mi domicilio.

—¡Oh cielos, caballero!...

—No encenderé luz, se lo juro por mi honor. La dejaré dueña absoluta en mi cuarto y .no apareceré hasta mañana por la mañana. No hay más remedio, pues a las seis llega mi sargento, que es hombre de los que llaman hasta que les abren. Está usted tratando con un hombre de honor...

¡Pero qué bonita es!, se decía Liéven.

Abrió la puerta de su casa. La desconocida estuvo a punto de caer al pie de la escalera, porque no encontraba el primer peldaño. Liéven le hablaba muy bajo y ella le contestaba de la misma manera.

—¡Qué atrevimiento, traer mujeres a mi casa! exclamó en tono agrio una tabernera bastante guapa, abriendo la puerta y con una pequeña lámpara en la mano.

Liéven se volvió vivamente hacia la desconocida, vio un rostro admirable y sopló la lámpara de la hostelera.

—¡Silencio, madame Saucéde, o mañana por la mañana me voy de aquí! Diez francos pata usted si no dice nada a nadie. Esta señora es la esposa del coronel, y yo vuelvo a salir en seguida.

Liéven había llegado al tercer piso, a la puerta de su cuarto. Temblaba.

—Entre, señora —dijo a la mujer, que estaba en camisa—. Junto al reloj de mesa hay un encendedor fosfórico. Encienda la vela y la

lumbre, y cierre la puerca por dentro. Yo la respeto como a una hermana y no volveré hasta que sea de día. Le traeré un vestido.

—«¡Jesús María!» (sic) —exclamó la bella española.

Al día siguiente, cuando Liéven llamó a su puerta, estaba locamente enamorado. Por no despertar demasiado temprano a la desconocida, había tenido la paciencia de esperar en la puerta a su sargento y de ir con él a firmar sus papeles en un café.

Había alquilado una habitación en la vecindad y traía para la desconocida ropa y hasta una careta.

—Así, señora, no la veré, si usted lo exige —le dijo a través de la puerta.

A la joven española le gustó la idea de la careta y la distrajo de su profundo dolor.

—Es usted tan generoso —le dijo, sin abrir—, que me tomo la libertad de rogarle que deje a la puerta el paquete de ropa que ha

comprado para mí. Cuando le oiga bajar lo cogeré.

—¡Adiós, señora! —dijo Liéven; y se marchó.

Leonor quedó tan encantada de tan pronta obediencia, que le dijo, en un tono casi de tierno afecto.

—Si puede, caballero, vuelva dentro de media hora.

Cuando Liéven volvió, la encontró con la careta puesta Pero vio unos brazos bellísimos, un cuello bellísimo, unas manos bellísimas. Estaba embelesado.

Era un joven bien nacido que tenía que hacer un gran esfuerzo para atreverse con las mujeres que le gustabas Su tono fue tan respetuoso, hizo con tanta gracia los honores de su cuarto, pequeño y pobre, que cuando se volvió, después de disponer un biombo, se quedó petrificado de admiración al ver a la mujer más bella que había conocido en su vida; la extranjera se había quitado la careta. Tenía

unos ojos negros que parecía que hablaban. Quizás en circunstancias corrientes de la vida resultaran duros a fuerza de energía. La desesperación les daba un poco de simpatía, y se puede decir que a la belleza de Leonor no le faltaba nada. Liéven pensó que debía de tener entre diecisiete a veinte años.

Hubo un silencio. Leonor, a pesar de su desesperación, no pudo menos de observar con cierta satisfacción el embeleso del joven militar, que le parecía ser de muy buena casa.

—Es usted mi bienhechor —le dijo por fin— y, a pesar de su edad y de la mía, espero que seguirá comportándose bien.

Liéven contestó como puede hacerlo un hombre muy enamorado; pero supo dominarse lo suficiente para renunciar a la dicha de decirle que la amaba. Por otra parte, había en los ojos de Leonor algo tan imponente y tenía un aire tan distinguido, a pesar de las pobres vestiduras que acababa de ponerse, que le costó menos ser prudente. «Más vale ser tonto del

todo», se dijo a sí mismo. Y se entregó a su timidez y al placer celestial de mirar a Leonor sin decirle nada. No podía hacer cosa mejor. Este comportamiento tranquilizó poco a poco a la bella española. Allí, uno frente a otro, mirándose en silencio, estaban muy graciosos.

—Necesitaría un sombrero completamente de mujer del pueblo y que tape la cara —le dijo—; pues, desgraciadamente —añadió casi riendo—, no puedo ir por la calle con su careta.

Liéven consiguió un sombrero; luego llevó a Leonor a la habitación que había alquilado para ella. Leonor le dijo, más preocupada, pero casi contenta:

—Todo esto puede acabar para mí en el patíbulo.

—Por servirla —le dijo, muy impetuoso, Liéven—, me arrojaría al fuego. He alquilado para usted esta habitación a nombre de madame Liéven, mi mujer.

—¿Su mujer? —replicó Leonor, casi contrariada.

—Había que dar ese nombre o exhibir un pasaporte que nosotros no tenemos.

Este «nosotros» le hizo feliz. Había vendido la sortija, o al menos había entregado a la desconocida cien francos, que era su valor. Sirvieron la comida; la desconocida invitó a Liéven a sentarse.

Terminado el almuerzo, le dijo.

—Ha sido usted para mí un hombre generosísimo. Si quiere, déjeme. Este corazón le quedará eternamente agradecido.

—La obedezco —repuso Liéven, levantándose.

Tenía la muerte en el corazón. La desconocida se quedó pensativa y luego le dijo:

—Quédese. Es usted muy joven, pero la verdad es que necesito un apoyo, ¿y quién me dice que podré encontrar otro hombre tan generoso? Por otra parte, si tuviera usted por mí un sentimiento al que yo no puedo aspirar, el relato de mis falcas me hará perder en seguida su estimación y a usted le quitará todo

interés por la mujer más infame del mundo. Pues ha de saber, caballero, que todas las culpas son mías. No puedo quejarme de nadie, y menos que de nadie, de don Gutier (sic) Fernández, mi marido. Es uno de esos desdichados españoles que hace dos años buscaron refugio en Francia. Somos los dos de Cartagena, pero él es muy rico y yo muy pobre. «Le llevo treinta años, querida Leonor —me dijo en un aparte la víspera de nuestra boda—; pero tengo vatios millones y la amo como un loco, como no he amado nunca. Mire, elija: si por mi edad la disgusta este casamiento, asumiré ante sus padres toda la culpa de la ruptura.» De esto hace cuatro años, caballero. Yo tenía quince. Lo que más sentía entonces era el peso de la gran pobreza en que la revolución de las Cortes (sic) sumió a mi familia. No le amaba. Acepté. Pero necesito de sus consejos, caballero, pues no conozco las costumbres de este país ni, como usted ve, su lengua. A no ser por esta necesidad que tengo de usted, no



podría soportar la vergüenza que me mata... Esta noche, al verme arrojada de una casa de pobre traza, ha podido creer que socorría a una mujer de mala vida. Pues bien, caballero, valgo menos aún. Soy la más infame y también la más desdichada de las mujeres —añadió Leonor, deshecha en lágrimas—. Quizá un día de éstos me verá ante los tribunales de su país y seré condenada a una pena infamante. Nada más casarnos, don Gutier tuvo celos. ¡Ay Dios mío!, entonces los tenía sin razón, pero seguramente adivinaba mi mala índole.

Cometí la necedad de irritarme mucho por las sospechas de mi marido, de sentirme ofendida en mi amor propio. ¡Oh, desdichada de mí!...

—Así tuviera usted que reprocharse los mayores crímenes —la interrumpió Liéven—, soy suyo hasta la muerte. Pero si podemos temer la persecución de los gendarmes, dígamelo ahora mismo, para que yo le arregle la huida sin pérdida de tiempo.

—¿Huir? ¿Cómo voy a poder viajar por Francia? Con mi acento español, mi juventud, mi turbación, me detendrá el primer gendarme que me pida el pasaporte. Seguramente a estas horas me están buscando los gendarmes de Burdeos; mi marido les habrá prometido puñados de oro si logran dar conmigo. ¡Déjeme, caballero, abandóneme!... Voy a decirle algo más atrevido. Adoro a un hombre que no es mi marido, ¡y qué hombre! Es un monstruo; usted lo despreciará. Bueno, pues, a pesar de todo, ese hombre no tiene más que decirme una palabra de arrepentimiento y vuelo, no digo a sus brazos, sino a sus pies. Voy a permitirme unas palabras muy inconvenientes, pero, en el abismo de oprobio en que he caído, por lo menos no quiero engañara mi bienhechor. Está usted viendo a una desventurada que le admira, que le tiene una inmensa gratitud, pero que nunca podrá amarle.

Liéven se quedó muy triste.

—Señora, no confunda la súbita tristeza que me inunda —le dijo al fin con desmayada voz— con el propósito de abandonarla; estoy pensando en los medios de evitar la persecución de los gendarmes. Por ahora, lo menos peligroso es seguir escondida en Burdeos. Más adelante le propondré embarcarse con el nombre de otra mujer de su edad y tan bonita como usted, para la que tomaré pasaje en un barco.

Liéven, al terminar estas palabras, tenía los ojos muertos.

—Don Gutier Ferrandez —contó Leonor— se hizo sospechoso al partido que tiraniza a España. Dábamos paseos en barca mar adentro. Un día nos cruzamos con un pequeño brick francés. «Embarquémonos —me dijo mi marido—. Abandonaremos todos nuestros bienes de Cartagena.» Nos embarcamos. Mi marido es todavía muy rico; tomó una casa soberbia en Burdeos y aquí reanudó su comercio; pero vivimos completamente solos.

No quiere que yo trate a la sociedad francesa. Sobre todo desde hace un año, con el pretexto de precauciones políticas que no le permiten ver a los liberales, no he hecho ni dos visitas. Me moría de aburrimiento. Mi marido es muy estimable, el más generoso de los hombres, pero desconfía de todo el mundo y lo ve todo negro. Desgraciadamente, hace un mes cedió a mi ruego de que tomáramos un palco en el teatro. Eligió el peor y tomó uno metido en el escenario mismo, para que no me vieran los jóvenes de la ciudad. Acababa de llegar a Burdeos una compañía de caballistas napolitanos... ¡Ah, caballero, cómo va a despreciarme!

—Señora —le contestó Liéven—, la escucho con atención, pero no pienso más que en mi desdicha: ama usted para siempre a un hombre más afortunado.

—Seguramente habrá oído usted hablar del famoso Mayral —dijo Leonor, bajando los ojos.

—¿El caballista español? ¡Claro que sí! —  
repuso extrañado Liéven—. Ha movilizado a  
codo Burdeos. Es muy ágil y guapo.

—Por mi desgracia, caballero, creí que no  
era un hombre sin categoría. Mientras hacía sus  
piruetas a caballo, no cesaba de mirarme. Un  
día, al pasar debajo del palco, del que acababa  
de salir mi marido, me dijo en catalán: «Soy  
capitán de las tropas del Marquesito (sic) y la  
adoro a usted.» ¡Ser amada por un caballista,  
qué horror, caballero! Y mayor infamia aún  
poder pensar en esto sin espanto. Los días  
siguientes tuve la fuerza de voluntad de no ir al  
circo. ¿Qué quiere que le diga, caballero? Sufría  
mucho. Un día, mi doncella me dijo: «El señor  
Ferrandez ha salido. Le ruego, señora, que lea  
este papel.» Y escapó, cerrando la puerta. Es  
una carta muy tierna de Mayral. Me contaba la  
historia de su vida; decía que era un pobre  
militar obligado por la más horrible penuria a  
hacer un oficio que me ofrecía abandonar por  
mí. Su verdadero nombre era don Rodtigue

(sic) Pimentel. Volví al circo. Poco a poco fui creyendo en los infortunios de Mayral y recibiendo con alegría sus cartas. Y, ¡ay de mí!, acabé por contestarle. Le amé cota pasión, con una pasión —añadió don Leonor, rompiendo a llorar— que nada ha podido quebrantar, ni siquiera los más tristes descubrimientos... No tardé en ceder a sus ruegos y deseé tanto como él la ocasión de hablarle. Sin embargo, ya entonces tuve una sospecha: pensé que quizá Mayral no tenía nada de Pimentel ni de capitán de las tropas del Marquesito. No tenía bastante orgullo para eso; varias veces manifestó el temor de que yo quisiera burlarme de él por su oficio de caballista volatinero en una compañía de saltimbanquis napolitanos...

»Hace aproximadamente dos meses, cuando íbamos a salir para ir al circo, mi marido recibió la noticia de que uno de sus barcos había encallado cerca de Royan, en la desembocadura del río. Y él que no hablaba nunca y no me decía ni diez palabras en todo el

día, exclamó: "Tendré que ir allá mañana". Aquella noche, en la función, le hice a Mayral una seña convenida. Mientras él veía a mi marido en el palco, fue a coger una carta que yo había dejado a la portera de mi casa, a la que él había sobornado. Al poco rato vi a Mayral rebotante de alegría Yo había tenido la nueva debilidad de escribirle que a la noche siguiente le recibiría en una sala baja que daba al jardín.

»Mi marido embarcó después del correo de París, al medio día. Hacía un tiempo soberbio y estábamos en los días más cálidos. Aquella noche dije que iba a dormir en el cuarto de mi marido, que estaba en la planta baja y daba al jardín, porque allí me agobiaría menos el calor. A la una de la madrugada, cuando, después de abrir la ventana con mucha precaución, esperaba a Mayral, oí de pronto un gran ruido por el lado de la puerta: era mi marido. A medio camino de Royan, había visto su barco subiendo tranquilamente por el Gironda en dirección a Burdeos.

»Don Gutier, al volver, no se dio cuenta de mi horrible apuro; congratulándose de mi buena ocurrencia de dormir en una habitación fresca, se acostó a mi lado.

»Imagínese mi preocupación; para mayor desgracia, hacía una luna clarísima. No había transcurrido una hora cuando vi distintamente a Mayral acercándose a las ventanas. No se me había ocurrido cerrar, cuando llegó mi marido, la puertaventana de un gabinete contiguo al dormitorio. Estaba abierta de par en par, lo mismo que la puerta que comunicaba el gabinete con la alcoba.

»Con movimientos de cabeza, única cosa que osaba permitirme teniendo a mi lado un marido celoso, intenté en vano hacer entender a Mayral que nos había ocurrido una desgracia. Le oí entrar en el gabinete y al cabo de un momento llegó junto a la cama por el lado donde estaba yo acostada. Imagínese cuál sería mi terror; se veía tan claro como si fuera de día. Por suerte, Mayral no habló al acercarse.



»Le señalé a mi marido durmiendo a mi lado y de pronto vi que" sacaba un puñal. Horrorizada, me incorporé. Mayral se acercó a mi oído y me dijo:

»—¡Es tu amante! Ya comprendo que llego en mal momento, o más bien pensaste que era divertido burlarte de un pobre caballista volatinero; pero ese lindo señor va a pasar un mal rato.

»—Es mi marido —le repetía yo en voz muy baja; y con toda la fuerza que podía le sujetaba la mano.

»—¿Tu marido, cuando yo le vi embarcarse esta mañana en el vapor de Royan? Un saltimbanqui napolitano no es tan tonto como pata tragarse eso. Levántate y ven a hablarme en el gabinete de al lado. Lo exijo; y si no lo haces despierto a ese lindo caballero; entonces, puede que diga cómo se llama. Yo soy más fuerte, estoy mejor armado y, con todo lo pobre diablo que soy, le demostraré que no es buena

cosa burlarse de mí. Quiero ser yo tu amante, ¡vive Dios!, y quien hará el ridículo será el.

»En este momento se despertó mi marido.

»—¿Quién habla de amante? —exclamó, muy sorprendido.

»Mayral, quien, a mi lado, me tenía abrazada y me hablaba al oído, se bajó muy oportunamente ante aquel movimiento imprevisto. Yo extendí el brazo como si me hubieran despertado las palabras de mi marido. Hasta que don Gutier, creyendo que había soñado, volvió a dormirse. El puñal desenvainado de Mayral seguía reflejando la luz de la luna, que en aquel momento daba de lleno en la cama. Prometí todo lo que Mayral quiso. Exigió que le acompañara al gabinete contiguo.

»—Bueno, será tu marido, pero no por eso dejo yo de hacer un papel idiota —repetía, iracundo.

»Por fin, al cabo de una hora, se marchó.

»¿Me creerá usted, caballero, si le digo que toda esta necia conducta de Mayral casi me abrió los ojos en cuanto a él, pero no llegó a disminuir mi amor?

»Como mi marido no hacía nunca vida social, pasaba todo el tiempo conmigo. Era difícilísima la segunda cita que yo había jurado a Mayral que le concedería.

»Me escribía cartas llenas de reproches; en el circo hacía alarde de no mirarme. En fin, caballero, que mi fatal amor rebasó todos los límites.

»"Venga a la hora de la Bolsa un día que haya visto ir a ella a mi marido —le escribiré; le esconderé; si el azar me concede un minuto de libertad, le veré; si, por una favorable casualidad, va también a la Bolsa al día siguiente, le veré; si no, al menos habrá tenido una prueba de mi fidelidad y de la injusticia de sus sospechas. Piense a lo que me expongo."

»Esto respondía al temor que él tenía siempre de que yo hubiera elegido otro amante

de mi rango con el que me burlara del pobre saltimbanqui napolitano. Un compañero suyo le había contado a este respecto no sé qué cuento absurdo.

»Pasados ocho días, mi marido fue a la Bolsa; en pleno día, Mayral entró en mi cuarto escalando la pared del jardín. ¡Ya ve a lo que me exponía! No llevábamos juntos tres minutos, cuando volvió mi marido. Mayral se escondió en el tocador; pero don Gutier había venido solamente a buscar unos papeles que necesitaba. Por desgracia, traía también un saco de portuguesas. Le dio pereza bajar a la caja, entró en mi gabinete, meció el oro en uno de mis armarios, lo cerró con llave y, por más precaución, porque es muy desconfiado, se llevó también la llave del gabinete. Imagínese mi apuro; Mayral estaba furioso; sólo pude hablarle un poco a través de la puerta.

»Mi marido volvió pronto. Después de comer me obligó en cierto modo a salir de paseo. Quiso ir al teatro. Total, que no pude

volver hasta muy tarde. Todas las noches se cerraban con mucho cuidado todas las puertas de la casa y mi marido se hacía cargo de las llaves. Por pura casualidad, aprovechando el primer sueño de don Gutier, pude hacer salir a Mayral del gabinete donde llevaba, rabiando, tanto tiempo; le abrí la puerta de un pequeño desván. Fue imposible hacerle bajar al jardín. Habían metido en él un cargamento de balas de lana y las guardaban dos o tres cargadores. Mayral se pasó todo el día siguiente en el desván. Imagínese lo que yo sufriría: me parecía a cada momento verle bajar puñal en mano y abrirse paso asesinando a mi marido. Era capaz de todo. Al menor ruido en la casa, yo me echaba a temblar.

»Para colmo de desdichas, mi marido no fue aquel día a la Bolsa. Por fin, sin haber podido hablar ni un minuto con Mayral, tuve la gran suerte de poder mandar a unos recados a todos los cargadores y encontrar el momento para que Mayral escapara por el jardín. ¡Al

pasar rompió con el mango de! puñal el gran espejo del salón. Estaba furioso.

»Aquí, caballero, me va a despreciar usted canto como me desprecio yo misma. Desde aquel momento, ahora lo veo claro, Mayral dejó de amarme; creyó que me había burlado de él.

»Mi marido sigue enamorado de mí; aquel día me besó varias veces y me cogió en sus brazos. Mayral, enfermo de orgullo, más que de amor, se figuró que yo le había escondido para que fuera testigo de aquellas efusiones.

»Ya no contestaba a mis cartas, ni siquiera se dignaba mirarme en el circo.

»Debe de estar usted muy cansado, caballero, de esta serie de infamias, y todavía falta la más atroz y cobarde.

Hace ocho días anunció su marcha la compañía de volatineros napolitanos. El lunes pasado, día de san Agustín, loca de amor por un hombre que, en las tres semanas transcurridas desde la aventura del encierro en mi casa, no se dignó mirarme ni contestar a mis

cartas, me fui de casa del mejor de los maridos y, caballero, me fui robándole, yo que no le llevé más dote que un corazón infiel. Me llevé los brillantes que me había regalado y cogí de su caja dos o tres cartuchos de quinientos francos, porque pensé que si Mayral intentaba vender los brillantes en Burdeos, resultaría sospechoso.

En este punto de su relato, doña Leonor se sonrojó mucho. Liéven estaba pálido y acongojado. Cada palabra de Leonor le atravesaba el corazón, y sin embargo, por una horrible perversión de carácter, cada una de aquellas palabras aumentaba el amor que le abrasaba.

Fuera de sí, cogió a Leonor la mano y Leonor no la retiró.

«¡Qué bajeza la mía —se dijo Liéven—, gozar de esta mano mientras Leonor me habla abiertamente de su amor por otro! Si me la deja, es por desdén o por distracción, y yo soy el hombre menos delicado del mundo.»

—El lunes pasado, caballero —continuó Leonor—, hace cuatro días, a eso de las dos de la madrugada, después de tener la cobardía de dormir con láudano a mi marido y al portero, me escapé. Fui a llamar a la puerta de la casa de donde logré escapar cuando pasaba usted. Es la casa de Mayral.

»—¿Crearás ahora que te amo? —le dije.

»Estaba loca de felicidad. El me pareció desde el primer momento más asombrado que enamorado.

»A la mañana siguiente, cuando le enseñé los brillantes y el oro, se decidió a dejar la compañía de saltimbanqui; y huir con. migo a España. Pero, ¡Dios santo!, por su ignorancia de ciertas costumbres de mi país, me pareció que no era español. Probablemente, pensé, acabo de unir mi destino al de un simple caballista de circo. Pero ¡qué me importa, si le amo! Echo de ver que es dueño de mi vida. Seré su sirvienta, su mujer fiel; él seguirá su oficio. Soy joven; si es necesario, aprenderé yo misma a montar a



caballo. Si cuando seamos viejos nos encontramos en la miseria, no importa: moriré de miseria a su lado. Y no habrá por qué compadecerme, puesto que habré vivido feliz.

»—¡Qué locura, qué perversión! —exclamó Leonor, interrumpiéndose.

—Hay que reconocer —dijo Liéven— que usted se moría de aburrimiento con su marido, tan viejo, y que no quería llevarla a ninguna parte. Esto la justifica mucho para mí. Usted no tiene más que diecinueve años, y él cincuenta y nueve. ¡Cuántas mujeres viven consideradas en la sociedad de mi país y, en el fondo, no tienen los remordimientos que tiene usted, aunque han cometido faltas mayores!

Unas cuantas frases de este estilo parecieron aliviar de un gran peso a Leonor.

—Pasé tres días con Mayral —continuó—. Por la noche me dejaba para ir a su trabajo; anoche me dijo:

»—Como podría venir a mi casa la policía, voy a dejar tus brillantes y tu oro en casa de un amigo seguro.

»A la una de la madrugada, después de esperarle hasta mucho más tarde de la hora acostumbrada y muerta de miedo de que Mayral hubiera sufrido una caída del caballo, volvió, me dio un beso y en seguida salió nuevamente de la habitación. Por fortuna, yo tenía luz, aunque él me la había prohibido dos veces y hasta me había apagado la lamparilla.

Pasado mucho rato, estando yo dormida, entró un hombre en mi casa, y me di cuenta inmediatamente de que el intruso no era Mayral.

»Cogí un puñal, el cobarde se asustó y cayó de rodillas implorando perdón; yo me lancé hacia él para matarle.

»—Si me toca, iré a la guillotina —decía.

»La bajeza de este lenguaje me horrorizó. "Con qué gente me he comprometido", pensé. Tuve la presencia de ánimo de decir a aquel

hombre que yo contaba con protecciones en Burdeos y que el señor fiscal general mandaría detenerle si no me decía toda la verdad.

»—Bueno —contestó—, yo no he robado nada de su oro ni de sus brillantes. Mayral acaba de marcharse de Burdeos; va a París con todo el botín. Se ha escapado con la mujer de nuestro director; le dio veinticinco de sus hermosos luises y el director le cedió la mujer. A mí me dio dos luises, que aquí tiene, a menos que tenga usted la bondad de dejármelos; Mayral me los dio para que la retuviera el mayor tiempo posible con el fin de llevar él treinta horas de adelanto.

»—¿Es español? —le pregunté.

»—¡Español! Es de Santo Domingo, de donde escapó después de robar o asesinar a su amo.

»—¿A qué vino aquí esta noche? Contéstame —le dije—, o mi tío te mandará a galeras.

»—Como yo vacilaba en venir aquí para guardarla, Mayral me dijo que era usted una mujer muy guapa. «Nada más fácil —me dijo— que ocupar mi sitio a su lado; será gracioso. Ella quiso una vez burlarse de mí; ahora me burlaré yo de ella. Con esta condición, acepté; pero como no me atrevía, vino con la silla de posta hasta la puerca y subió para darle un beso delante de mí, después de esconderme junto a la cama.

También aquí los sollozos ahogaron la voz de Leonor.

—El joven saltimbanqui que estaba conmigo —continuó Leonor— tenía miedo y me daba los detalles más verídicos y desoladores sobre Mayral. Yo estaba muerta de desesperación. «Quizá me ha dado un filtro», pensaba, «pues no puedo odiarle.»

»Y así es, caballero; ni después de tanta infamia puedo odiarle. Sé que le adoro.

Doña Leonor guardó silencio y se quedó pensativa.

«¡Extraña ceguera! —pensó Liéven—. ¡Una mujer tan inteligente y tan joven creer en un sortilegio!»

—En fin —reanudó doña Leonor— , aquel joven, viéndome pensativa, empezó a tener menos miedo. Se fue de repente y, pasada una hora, volvió con un compañero. Tuve que defenderme; fue una lucha tremenda; puede que, al mismo tiempo que pretendían otra cosa, quisieran matarme. Me cogieron mi bolsa y unas alhajillas. Por fin pude llegar a la puerta de la casa; pero, a no ser por usted, probablemente me hubieran perseguido en la calle.

Liéven, cuanto más loca de amor por Mayral veía a Leonor, más la adoraba. Lloró mucho; le besaba la mano. Como él, con palabras veladas, le habló de su amor, Leonor le dijo al cabo de unos días:

—¿Creerá usted, fiel amigo, que me figuro que, si yo pudiera demostrar a Mayral que

nunca pretendí burlarme de él, quizá me amaría?

—Tengo muy poco dinero —repuso Liéven—; por aburrimiento, me puse a jugar; pero acaso el banquero al que me recomendó mi padre en Burdeos no me niegue quince o veinte luses si se lo suplico; voy a hacerlo todo, incluso bajezas; con ese dinero podrá usted ir a París.

Leonor le abrazó.

—¡Santo Dios, que yo no pueda amarle! Pero ¿es posible que me perdone mis locuras?

—Tan posible, que me casaría con usted loco de alegría y ría a su lado mi vida, considerándome el más afortunado de hombres.

—Pero es que, si encuentro a Mayral, me sé lo bastante loca y miserable para abandonarle a usted, mi bienhechor, y caer a los pies de él.

Liéven enrojeció de ira.

—No hay más que un medio de curarme: matarme —le dijo, cubriéndola de besos.

—¡Oh, no te mates, amigo mío! —le dijo ella.

No se le ha vuelto a ver. Leonor ha profesado en el convento de las Ursulinas.

## MINA DE VANGHEL

### *Mina de Vanghel*

Mina de Vanghel nació en el país de la filosofía y la imaginación, en Königsberg<sup>66</sup>. Cuando terminó la campaña de Francia, en 1814, el general prusiano conde de Vanghel abandonó bruscamente la corte y el ejército. Una noche, en Craonne (Champagne), después de un mortífero combate en que las tropas mandadas por él habían logrado la victoria, le asaltó una duda: ¿Tiene derecho un pueblo a cambiar la manera íntima y racional que otro pueblo adopta para regir su existencia material y moral? Preocupado por este gran problema, el general decidió no volver a sacar la espada

---

<sup>66</sup> La ciudad natal de Kant, antiguamente perteneciente a Prusia Oriental. Con la nueva división fronteriza trazada tras de la II Guerra Mundial, pasaría a manos de Rusia con el nombre de Kaliningrado. Hoy en día, tras la desintegración de la URSS, se trata de un enclave ruso “acorralado” entre Lituania y Polonia.



antes de haberlo resuelto. Y se retiró a sus tierras de Königsberg.

Vigilado de cerca por la policía de Berlín, se dedicó exclusivamente a sus meditaciones filosóficas y a su hija única, Mina. El conde de Vanghel murió a los pocos años, todavía joven, dejando a su hija una fortuna inmensa, una madre débil y la caída en desgracia en la corte lo que no es poco decir en la orgullosa Alemania. Verdad es que, como pararrayos contra esta caída en desgracia, Mina de Vanghel llevaba uno de los nombres más nobles de la Alemania oriental. Tenía solamente dieciséis años, pero ya inspiraba a los jóvenes militares que rodeaban a su padre un sentimiento rayano en veneración y entusiasmo; les encantaba el carácter romántico y sombrío que a veces brillaba en sus ojos.

Transcurrió un año; acabó el luto, pero el dolor en que la había sumido la muerte de su padre no remitía. Los amigos de la señora de Vanghel comenzaban a pronunciar las terribles

palabras de «enfermedad del pecho». Apenas terminado el luto, Mina tuvo que presentarse en la corte de un príncipe soberano del que tenía el honor de ser un poco pariente. Al salir para la capital de los estados del gran duque, la señora de Vanghel, aterrada por las ideas románticas de su hija y por su profundo dolor, esperaba que una boda conveniente y acaso un poco de amor la volvieran a las ideas propias de su edad.

¡Cuánto me gustaría, decíale, verte casada en este país! ¡En este ingrato país, le contestaba su hija, con aire pensativo, en un país donde mi padre, en pago a sus heridas y a veinte años de servicio lealísimo, no encontró sino la vigilancia de la policía más infame del mundo! No, antes cambiar de religión e ir a morir monja en cualquier convento católico.

Mina no conocía las cortes más que por las novelas de su compatriota Augusto Lafontaine. Esos cuadros de Albani suelen presentar los amores de una rica heredera expuesta por el

azar a las seducciones de un joven coronel, ayúdame de campo del rey, libertino y de buen corazón. Un amor así, nacido del dinero, horrorizaba a Mina.

¿Hay algo más vulgar y aburrido decía a su madre que la vida de un matrimonio de éstos un año después de la boda, cuando el marido, gracias a su casamiento, ha llegado a general y la mujer a dama de honor de la princesa heredera? ¿Qué queda de su felicidad, si llegan a sufrir una quiebra?

El gran duque de C., que no pensaba en los obstáculos que le preparaban las, novelas de Augusto Lafontaine, se propuso que la inmensa fortuna de Mina se quedara en su corte. Para mayor desgracia, uno de sus ayudantes de campo hizo el amor a Mina, acaso «con autorización superiora. No hacía falta más para decidirla a huir de Alemania. La empresa no era nada fácil.

Mamá, dijo un día a la señora de Vanghel, quiero dejar este país, quiero expatriarme.

Cuando hablas así me estremezco: tus ojos me recuerdan a tu pobre padre. Bueno, seré neutral, no ejerceré mi autoridad; mas no esperes que yo solicite de los ministros del gran duque el permiso que necesitamos para viajar por el extranjero.

Mina se sintió muy desgraciada. Los triunfos que le habían valido sus grandes ojos azules, tan dulces, y su porte, tan distinguido, disminuyeron rápidamente cuando se supo en la corte que tenía ideas contrarias a las de Su Alteza Serenísima. Así transcurrió más de un año. Mina desesperaba de conseguir el indispensable permiso. Concibió el proyecto de disfrazarse de hombre y marcharse a Inglaterra, donde se proponía vivir vendiendo sus diamantes. La señora de Vanghel se dio cuenta, con una especie de terror, de que Mina estaba realizando extrañas manipulaciones para alterar el color de su piel. Al poco tiempo se enteró de que su hija se había encargado trajes de hombre. Mina observó que en sus paseos a

caballo se encontraba siempre con algún guardia del gran duque; con la imaginación alemana que había heredado de su padre, las dificultades, lejos de ser una razón para disuadirla de su empresa; se la hacían más atrayente aún.

Sin proponérselo, Mina cayó en gracia a la condesa D., amante del gran duque, mujer singular y romántica si las hay. Un día, paseando a caballo con ella, Mina vio un guardia que se puso a seguirla de lejos. Esto la impacientó y le hizo confiar a la condesa sus planes de huida. A las pocas horas, la señora de Vanghel recibió un papel de puño y letra del gran duque autorizándola a una ausencia de seis meses para ir al balneario de Bagnères. Eran las nueve de la noche. A las diez ya estaban ambas damas en camino, y, por suerte, al día siguiente, antes de que se despertaran los ministros del gran duque, las dos viajeras habían pasado ya la frontera.

La señora de Vanghel y su hija llegaron a París a principios del invierno de 182... Mina tuvo mucho éxito en los bailes de los diplomáticos. Corrió la voz de que estos caballeros tenían orden de impedir discretamente que aquella fortuna de varios millones cayera en manos de algún seductor francés.

En Alemania creen todavía que a los jóvenes de París les interesan las mujeres.

A través de todas estas imaginaciones alemanas, Mina, a sus dieciocho años, comenzaba a manifestar chispazos de buen juicio; observó que no podría llegar a tener amistad con ninguna mujer francesa. Las encontraba exageradamente correctas y al cabo de seis semanas de trato estaba menos cerca de su amistad que el primer día.

En su aflicción, pensó que en sus propias maneras debía de haber algo desagradable y ordinario que paralizaba la urbanidad francesa. Nunca se vio tanta modestia junto a tanta

verdadera superioridad. La energía y la rapidez de sus resoluciones se ocultaban, en atractivo contraste, bajo unos rasgos que tenían aún todo el candor y todo el encanto de la infancia, y esta fisonomía no llegó a desaparecer nunca bajo ese aire más grave que da la razón. Verdad es que la razón no fue nunca el rasgo sobresaliente de su carácter.

París le gustaba mucho, a pesar del salvajismo pulido de sus costumbres. En su país la horrorizaba que la saludaran en la calle y que reconocieran su carruaje; en C. veía espías en todas las personas mal vestidas que la saludaban. El incógnito de esa república que se llama París sedujo a este carácter singular. A cambio de las dulzuras de aquella sociedad íntima que el corazón un poco demasiado alemán de Mina añoraba todavía, en París se podía disfrutar todas las noches de un baile o de un espectáculo divertido. Buscóla casa en que había vivido su padre en 1614 y de la que tan a menudo le había oído hablar. Una vez

instalada en esta casa, de la que le fue muy difícil desalojar al inquilino, París no le resultaba ya una ciudad extranjera; reconocía hasta las más pequeñas habitaciones.

El conde de Vanghel, aunque tuviera el pecho cubierto de cruces y medallas, no había sido en el fondo más que un filósofo que soñaba con Descartes o con Spinoza. A Mina le gustaban las oscuras investigaciones de la filosofía alemana y el noble estoicismo de Fichte, como un corazón tierno guarda el recuerdo de un bello paisaje. Las palabras más ininteligibles de Kant no tenían para Mina otro significado que el de recordarle el sonido de voz con que las pronunciaba su padre. Con esta recomendación, ¿qué filosofía no sería conmovedora y hasta inteligible? Consiguió de algunos sabios distinguidos que fueran a su casa a dar unas lecciones, a las que sólo asistían ella y su madre.

En medio de esta vida que transcurría por la mañana con los sabios y por la noche en



bailes de embajadores, nunca el amor llegó a rozar el corazón de la rica heredera. Los franceses la divertían, pero no le llegaban al alma.

Desde luego decía a su madre que los alababa a menudo, son los hombres más atractivos del mundo. Admiro su brillante ingenio, cada día me sorprende y divierte su finísima ironía; pero ¿no le parecen afectados y ridículos en cuanto intentan parecer emocionados? ¿Acaso su emoción se ignora a sí misma alguna vez?

¿A qué vienen esas críticas? contestaba la prudente señora de Vanghel. Si no te gusta Francia, vuélvete a Königsberg; pero no olvides que tienes diecinueve años y que yo puedo faltarte; piensa en buscar un protector. Si yo muriera añadió sonriendo y con un gesto melancólico, el gran duque de C. te haría casarte con su ayudante de campo.

Un hermoso día de verano, la señora de Vanghel y su hija fueron a Compiègne a una

cacería del rey. Las ruinas de Pierrefonds, que Mina divisó de pronto en medio del bosque, la impresionaron muchísimo. Esclava todavía de los prejuicios alemanes, todos los grandes monumentos que encierra París, esa «nueva Babilonia, le daban la impresión de algo seco, irónico y maligno.

Las ruinas de Pierrefonds le parecieron conmovedoras como los viejos castillos que coronan las alturas del Brocken<sup>67</sup>. Mina lo ir su madre a detenerse unos días en la pequeña posada del pueblo de Pierrefonds. Estaban allí muy mal. Vino un día de lluvia. Mina, atolondrada como a los doce años, se quedó en la puerta de la cochera viendo caer la lluvia. Vio un letrero anunciando la venta de una tinca. Pasado un cuarto de hora estaba en casa de un notario acompañada por una sirvienta de la hostería, que la tapaba con un paraguas. Al

---

<sup>67</sup> Montaña más alta (1.142m) en la Sierra del Harz en Baja Sajonia, localizado entre los ríos del Weser y el Elba; además es el pico más alto del norte de Alemania.

notario le sorprendió mucho ver a aquella joven tan sencillamente vestida discutir con él el precio de una finca de varios centenares de miles de francos, proponerle en seguida firmar un compromiso y entregar como señal del trato unos cuantos billetes de mil francos del Banco de Francia.

Por una casualidad que yo me libraré de calificar de singular, a Mina la engañaron en muy poco. La finca se llamaba «Le Petit Verberie». El vendedor era un tal conde de Ruppert, célebre en todas las casas solariegas de Picardía. Era un joven alto y muy guapo; en el primer momento se le admiraba, pero al cabo de un rato inspiraba repulsión por algo duro y vulgar que había en su persona. El conde de Ruppert no tardó en pretenderse amigo de la señora de Vanghel; la entretenía. Tal vez era, entre los jóvenes de su tiempo, el único que recordaba a los simpáticos libertinos cuya novia nos presentan, embellecida, las memorias de Lauzun y de Tilly. .Monsieur de Ruppert

acababa de dilapidar una gran fortuna; imitaba a los señores de la corte de Luis XIV y no se explicaba cómo se las arreglaba París para no ocuparse exclusivamente de él. Defraudado en sus ideas de gloria, se había enamorado locamente del dinero. Una respuesta recibida de Berlín exaltó al extremo su pasión por la señorita de Vanghel. Seis meses más tarde, Mina decía a su madre La verdad es que no hay como comprar una finca para tener amigos. Si quisiéramos vender Le Petit Verberieu, acaso sólo perderíamos unos miles de francos, pero, en cambio, ahora tenemos una infinidad de mujeres agradables entre nuestras amistades íntimas.

Mas ella no adoptó las maneras de una joven francesa. Sin dejar de admirar sus seductoras gracias, conservó la naturalidad y libertad de las maneras alemanas. Madame de Cély, la más íntima de sus nuevas amigas, decía que Mina era «diferente», pero no extraña: una gracia encantadora hacía perdonárselo todo; no

se le leía en los ojos que poseía millones; no tenía la «sencillez» de la gente de muy alta sociedad, sino la verdadera seducción.

Un rayo vino a destruir esta vida tranquila: Mina perdió a su madre. Cuando el dolor le dio tiempo a pensar en su situación, le pareció muy crítica. Madame de Cély la llevó a su palacio.

Debe volver a Prusia le decía esta amiga, una mujer de treinta años. Es lo más prudente; si no, tendrá que casarse aquí en cuanto pase el luto. Y mientras tanto mande venir en seguida de Königsberg una señora de compañía que, a ser posible, sea de su familia.

Contra esto había una gran objeción: las alemanas, incluso las muchachas ricas, creen que no pueden casarse más que con el hombre al que adoren. Madame de Cély proponía a la señorita de Vanghel diez buenos partidos. Todos aquellos jóvenes le parecían a Mina vulgares, irónicos, casi malas personas. Estaba pasando el peor año de su vida; perdió la salud y casi enteramente la belleza. Un día que fue a

visitara madame de Cély le dijeron que en la comida conocería a la famosa madame de Larca y, la mujer más rica y atractiva del país. Se la citaba con frecuencia por la elegancia de sus fiestas y la manera perfectamente exento de detalles ridículos con que sabía derrochar una fortuna importante. A Mina le chocaron mucho las cosas vulgares y prosaicas que observó en el carácter de madame de Larca y. « ¡Así hay que ser para agradar aquí! u En su dolor, pues para los corazones alemanes decepcionarse de « lo bello» es un dolor, Mina dejó de mirar a madame de Larca y, por cortesía, se puso a hablar con su marido. Era éste un hombre muy sencillo, sin más méritos que el de haber sido baje del emperador Napoleón en la época de la retirada de Ruda y haberse distinguido en esta campaña y en las siguientes por una valentía superior a su edad. Habló a Mina, muy bien y muy sencillamente, de Grecia; donde acababa de pasar un año o dos batiéndose por los griegos Su conversación agradó a Mina; este

hombre le hizo el efecto de un amigo íntimo al que volviera a ver al cabo de mucho tiempo de separación.

Después de comer fueron a ver algunos lugares célebres del bosque de Compiègne. A Mina se le ocurrió más de una vez consultar a monsieur de Larca y sobre su difícil posición. La elegante apostura del conde de Ruppert, que aquel día seguía a caballo a las calesas, contrastaba con las maneras tan naturales y hasta ingenuas de monsieur de Larca y. El gran acontecimiento en medio del cual dio sus primeros pasos en la vida, haciéndole ver el corazón humano tal como es, contribuyó a formarle un carácter inflexible, frío, positivo, bastante alegre, pero sin imaginación. A Mina la sorprendió que un francés pudiera ser tan natural.

Por la noche, cuando él se hubo marchado, Mina se sintió como separada de un simio que conociera desde años antes todos sus secretos. Todo le parecía árido o molesto, hasta la tierna

amistad de madame de Cély. Con aquel nuevo amigo no necesitaba disimular ninguno de sus pensamientos. No se veía obligada a cada instante, por temor a la pequeña ironía francesa, a correr un velo sobre su pensamiento alemán, tan franco. Monsieur de Larcay prescindía de todas esas frasecitas y todos esos gestecillos que exige la elegancia. Esto le envejecía en ocho o diez años, pero precisamente por eso, cuando él se marchó, Mina se pasó una hora pensando sólo en él.

Al día siguiente tenía que hacer un esfuerzo hasta para escuchar a madame de Cély; todo le parecía seco y perverso. Ya no consideraba como una quimera a la que había que renunciar la esperanza de encontrar un corazón franco y sincero que no buscara siempre un motivo letra un juego de ingenio en la más simple observación. Estuvo todo el día pensativa. Por la noche, madame de Cély nombró a monsieur de Larcay; Mina se estremeció y levantóse como si la hubieran



llamado, se puso muy colorada y le fue muy difícil explicar tan extraña reacción. Estaba tan impresionada, que no pudo seguir disimulándose a sí misma lo que le importaba ocultar a los demás. Se refugió en su habitación. «Estoy loca», pensó. En este momento comenzó su desventura, y ésta avanzó a pasos de gigante, hasta hacerle sentir remordimiento. «Estoy enamorada, ¡y de un hombre casado! o Este remordimiento la atormentó toda la noche.

Monsieur de Larcay, al salir con su esposa para tomar las aguas de Aix en Savoie, dejó olvidado un mapa en el cual había indicado a aquellas damas un pequeño rodeo que pensaba dar para ir a Aix. Un hijo de madame de Cély encontró este mapa; Mina lo cogió y se lo llevó al parque. Pasó una hora siguiendo el viaje proyectado por monsieur de Larcay. Los nombres de las pequeñas ciudades que él iba a recorrer le parecían nobles y singulares. Se forjaba las imágenes más pintorescas de su posición, envidiaba la suerte de quienes las

habitaban. Tan fuerte fue esta dulce locura, que disipó los remordimientos de Mina. A los pocos días se dijo en casa de madame de Cély que los Larcay se habían marchado a Saboya. Esta noticia la perturbó mucho; sintió un vivo deseo de viajar.

A los quince días llegaba a Aix, en un coche de alquiler tomado en Ginebra, una señora alemana de cierta edad. La acompañaba una doncella a la que la señora trataba con tan mal genio, que madame Toinod, la dueña de la pequeña fonda donde paraban las viajeras, se mostró escandalizada. La señora Cramer tolera el nombre de la alemana mandó llamar a madame Toinod.

Quiero tomar a mi servicio le dijo una muchacha del país que conozca Aix y sus alrededores; esta linda señorita que he cometido la tontería de traer conmigo, y que no conoce nada de aquí, no me sirve para nada.

¡Dios mío, me parece que su señora está furiosa con usted! dijo madame Toinod a la doncella en cuanto se quedaron solas.

No me hable repuso Aniken, con lágrimas en los ojos. Para esto me sacó de Francfort, donde mis padres tienen una buena tienda. Mi madre tiene los mejores sastres de la ciudad y trataba absolutamente igual que en París.

Su señora me ha dicho que cuando usted quiera le dará trescientos francos para volver a Francfort.

Me recibirían mal. Mi madre no creerá nunca que la señora Cramer me ha despedido sin motivo.

Bueno, pues quédese en Aix; yo podré encontrarle un empleo: tengo una agencia de colocaciones y soy yo quien proporciona criados a los bañistas. Tendrá que pagar sesenta francos por los gastos, y todavía le quedarán diez hermosos luises de oro de los trescientos francos de la señora Cramer.

Le dar cien en vez de sesenta si me coloca en una familia francesa: quiero acabar de aprender el francés para irme a servir á París. Sé coser muy bien y, como garantía de mi fidelidad, depositaré en casa de los señores veinte luises de oro que he traído de Francia.

El azar favoreció la novela, que había costado ya doscientos o trescientos luises a la señorita de Vanghel. Los señores de Larcay llegaron a «La Cruz de Saboya», que era el hotel de moda. A madame de Larcay le pareció que en este hotel había demasiado ruido y alquiló una casa preciosa a orillas del lago. El balneario estaba muy animado aquel año; había gran concurrencia de gente rica, frecuentes y magníficos bailes, donde la gente iba vestida como en París, y gran reunión todas las noches en «La Redouten. Madame de Larcay, descontenta de las sirvientas de Aix, torpes y poco cumplidoras, optó por buscar una muchacha que supiera su obligación. Le indicaron la agencia de madame Toinod, que

empezó por mandarle unas maritornes del país muy zafias. Por fin se presentó Aniken, cuyos cien francos habían perfeccionado la habilidad natural de madame Toinod. A madame de Larca y le gustó el aire serio de la joven alemana, la admitió y mandó a buscar su baúl.

Aquella misma noche, cuando sus amos se habían marchado a «La Redoute», Aniken se paseaba soñando por el jardín, a la orilla del lago.

«En fin se dijo, ¡ya está consumada la gran locura! ¿Qué será de mí si alguien me reconoce? ¿Qué diría madame de Cély, que me cree en Königsberg? » Comenzaba a abandonar la el valor que la había sostenido mientras se trataba de emprender una acción. Estaba muy conmovida, anhelante la respiración. El arrepentimiento, el temor a la vergüenza, la hacían sufrir mucho. Pero salió la luna detrás de la montaña de Haute Combe; su brillante disco se reflejaba en las aguas del lago, suavemente rizadas por una brisa del norte;

grandes nubes blancas de formas extrañas pasaban rápidas delante de la luna y a Mina le parecían inmensos gigantes. «Vienen de mi país, se decía; quieren verme y darme valor en este extraño papel que acabo de adoptar.» Sus ojos, atentos y apasionados, seguían los rápidos movimientos de las nubes. «Sombras de mis antepasados meditaba, reconoced vuestra sangre; soy valiente como vosotros. No os espante el extraño atuendo en que me veis; seré fiel al honor. Esta llama secreta de honor y de heroísmo que vosotros me habéis legado no encuentra nada digno de ella en este prosaico siglo en que el destino me ha puesto. ¿Me despreciaréis porque yo misma me forje un destino de acuerdo con el fuego que me anima? Y ya no se sentía desgraciada.

Se oyó en la lejanía un dulce canto; la voz parecía provenir de la otra orilla del lago. Sus moribundos ecos apenas llegaban al oído de Mina que escuchaba atentamente. Sus ideas cambiaron de tono; ahora lamentaba su suerte.

« ¿De qué servirán mis esfuerzos? Solo podré, a lo sumo, comprobar que esa alma celestial y puta que yo había soñado existe realmente en este mundo. Mas seguirá invisible para mí. ¿Acaso he hablado yo alguna vez delante de mi sirvienta? Late desdichado disfraz no surtirá otro efecto que el de relegarme a la compañía de los criados de Alfredo. Nunca jamás se dignará hablarme.» Lloró mucho. «Pero al menos le veré diariamente se dijo de pronto, recobrando valor. Otra dicha mayor no me ha sido destinada... Tenía razón mi madre cuando me decía: «¡Cuántas locuras vas a hacer algún día, si algún día te enamoras! »Se oyó de nuevo la voz que cantaba en el lago, pero mucho más cerca. Mina comprendió entonces que la voz partía de una barca; la percibió por el movimiento que ésta comunicaba alas ondas plateadas por la luna. Distinguió una dulce melodía digna de Mozart. Al cabo de un cuarto de hora olvidó todos los reproches que tenía que hacerse y sólo pensó en la felicidad de ver a

Alfredo todos los días. «¿No debe cada ser cumplir su destino?, se dijo, pues, a pesar de los azares del linaje y la fortuna, resulta que mi destino no es brillar en la corte o en un baile. En la corte y en el baile atraía las miradas, me veía admirada, pero, en medio de esa multitud, el aburrimiento me sumía en la más negra tristeza. Mientras todo el mundo se precipitaba a hablarme, yo me aburría. Desde que murieron mis padres, mis únicos momentos de felicidad han sido aquellos en que, sin ve; cipos fastidiosos, escuchaba la música de Mozart. ¿Tengo yo la culpa de que la búsqueda de la felicidad, natural en todos los hombres, me haya traído a este extraño paso? Probablemente me deshonraré. Bueno, los conventos de la Iglesia católica me ofrecen un refugio.»

Dieron los doce en el campanario de un pueblo del otro lado del lago. Esta hora solemne la hizo estremecer. Ya no había luna. Volvió a casa. Apoyada en la balaustrada de la galería que daba al lago y al pequeño jardín,



Mina, escondida bajo el vulgar nombre de Aniken, oyó a «sus amos». La música le había devuelto toda su valentía. «Mis antepasados pensaba dejaban su magnífico castillo de Königsberg para ir a Tierra Santa; pasados unos años, volvían solo, a través de mil peligros, disfrazados como yo. El valor que a ellos les animaba me lanza a mí a los peligros que, en este siglo pueril, .aburrido y vulgar, quedan al alcance de mi sexo. ¡Salga yo de ello, con honor, y las almas generosas podrán sorprenderse de mi locura, pero en secreto me la perdonarán!» Pasaron rápidos los días y no tardaron en encontrar a Mina reconciliada con su suerte. Tenía mucho que coger; tomaba alegremente los deberes de su nueva condición. A veces le parecía estar representando una comedia; se reía de sí misma cuando se le escapaba un movimiento impropio de su papel. Un día, a la hora del paseo, después de comer, cuando el lacayo hubo abierto la portezuela de la calesa y bajado el estribo, se adelantó ligera para subir

al coche. «Esta muchacha está loca», dijo madame de Larca y. Alfredo la miró detenidamente. Le encontraba una gracia perfecta A Mina no le preocupaban en absoluto las ideas del deber o el temor al ridículo. Estas ideas de prudencia humana estaban muy por debajo de ella; todas las objeciones que se hacía a sí misma se referían solo al peligro de inspirar sospechas a madame de Larca y. Hacía seis semanas que había pasado todo un día con ella y en un papel bien diferente.

Se levantaba todos los días muy temprano para poder dedicar dos horas a la ocupación de afearse. Con unos cuantos tijeretazos había transformado su cabello rubio, can hermoso, y que, según le habían dicho muchas veces, era tan difícil de olvidar, y gracias a una preparación química tenía ahora un color desagradable e indefinido, tirando a castaño oscuro. Una ligera cocción de hojas de acebo, aplicada cada mañana a sus delicadas manos, les daba la apariencia de una piel ordinaria.

También cada mañana su hermosa tez se cubría de ese color desagradable que traen de las colonias los blancos cuya sangre ha tenido alguna relación con la taza negra. Satisfecha de su disfraz, que la volvía más bien fea, Mina se preocupó de no tener ideas demasiado notables. Absorta en su felicidad, no sentía ningún deseo de hablar. Detrás de una ventana, en el cuarto de madame de Larca y, y ocupada en arreglar vestidos para la noche, oía veinte veces al día la voz de Alfredo y tenía nuevas ocasiones de admirar su carácter. ¿Nos atreveremos a decirlo?... ¿Por qué no, puesto que estamos pintando un corazón alemán? Mina tuvo momentos de felicidad y exaltación en los que llegó a figurarse que era un ser sobrenatural. El celo sincero y entusiasta con que desempeñaba sus nuevas funciones produjo su natural efecto en madame de Larca y, que era un alma vulgar: trató a Mina con altanería y como a una pobre muchacha que podía considerarse muy afortunada de que

le dieran trabajo. «Pero ¿es que todo lo vivo y sincero estará siempre fuera de lugar entre estas gentes?», se dijo Mina. Dio a entender el propósito de volver con la señora Cramer. Casi todos los días pedía permiso para ir a verla.

Había temido que sus maneras infundieran sospechas a madame de Larca y, pero comprobó con satisfacción que su nueva ama no veía en ella más que una muchacha menos hábil en la costura que la doncella que había dejado en París. Monsieur Dubois, el criado de Alfredo, le resultó más importuno. Era un parisiense de cuarenta años y muy atildado que se creyó en el deber de cortejar a su nueva compañera. Aniken le tiró de la lengua y se dio cuenta de que, afortunadamente, su única pasión era reunir un pequeño capital para abrir un café en París. Entonces le hizo regalos. Dubois no tardó en servirla con tanto respeto como a la propia madame de Larca y.

Alfredo observó que la joven alemana, a veces tan torpe y tan tímida, tenía unas

maneras muy desiguales y unas ideas atinadas y agudas que valía la pena escuchar. Mina, viendo en sus ojos que la escuchaba, se permitió algunas reflexiones delicadas y oportunas, sobre todo cuando tenía esperanza de que no lo oyera madame de Larcaay.

Si, durante los dos primeros meses que la señorita de Vanghel pasó en Aix, un filósofo le hubiera preguntado qué se proponía, le habría sorprendido el infantilismo de la respuesta y le habría parecido un poco hipócrita. La única finalidad de su vida era ver y oír a cada momento al hombre del que estaba locamente enamorada. No deseaba otra cosa, era demasiado feliz para pensar en el futuro. Si el filósofo le hubiera dicho que este amor podía dejar de ser tan puro, la habría irritado más aún que asombrado. Estudiaba con delicia el carácter del hombre al que adoraba. Este carácter del tranquilo Larcaay brillaba sobre todo por contraste con la alta sociedad en la que la fortuna y el rango de su padre, miembro

de la Cámara alta, habían situado a Mina. Si viviera entre burgueses, les parecería muy mediocre por la sencillez de sus maneras, su horror por la afectación y por los grandes aires. Alfredo no procuraba nunca decir cosas notables. Esto fue lo que, el primer día, contribuyó más a suscitar la extremada atención de Mina.

Viendo a los franceses a través de los prejuicios de su país, la conversación de estos señores le parecía siempre como el final de un vaudeville. Alfredo había tratado en su vida a bastantes personas distinguidas para poder manejar el ingenio aprendido de memoria; pero se hubiera librado, como de una baja, de decir frases depuro lucimiento que no fueran improvisadas por él entonces mismo y que alguno de sus oyentes pudiera saber cómo las sabía él.

Todas las noches llevaba a su mujer a «La Redoute» y volvía en seguida a casa para entregarse a una pasión por la botánica que

acababa de inspirarle la proximidad de los lugares donde Jean Jacques Rousseau había pasado su juventud. Alfredo colocó sus cajas y sus plantas en el salón donde trabajaba Aniken. Todas las noches permanecían juntos horas enteras, sin decir palabra ninguno de los dos. La única atención que Aniken dedicaba a Alfredo era la de disolver goma en agua para que él pudiera pegaren su herbario plantas secas, y se permitía este menester porque podía considerarse como parte de sus obligaciones. Cuando Alfredo no estaba, Mina miraba aquellas bonitas plantas que él traía de sus paseos por las montañas, tan pintorescas, de las orillas del lago de Bourget. A Mina le entró un sincero amor por la botánica, y esto resultó a Alfredo cómodo y singular. «Me ama pensó Mina; pero acabo de ver cómo ha tomado madame de Larcay mi celo por las funciones de mi oficio.» La señora Cramer fingió una enfermedad; Mina pidió y obtuvo permiso para pasar las noches al lado de su antigua ama. A

Alfredo le chocó mucho sentir cómo decrecía e incluso iba desapareciendo su afición a la botánica; se quedaba por la noche en «La Redoute» y su mujer le gastaba bromas sobre el aburrimiento que le producía la soledad. Alfredo se confesó que le gustaba aquella muchacha. Contrariado por la timidez que sentía junto a ella, tuvo un momento de fatuidad. a ¿Por qué se dijo no hacer lo que haría cualquier amigo mío? Al fin y al cabo, no es más que una criada.» Un día de lluvia, Mina se quedó en casa. Alfredo no permaneció más que un instante en La Redoute. Cuando volvió a casa, pareció sorprenderle la presencia de Mina en el salón. Esta pequeña falsedad, que Mina notó, le quitó toda la felicidad que se prometía de aquella velada. Probablemente esta disposición fue la causa de la verdadera indignación con que rechazó los intentos de Alfredo.

Se retiró a su cuarto. «Me he equivocado se dijo llorando; todos estos franceses son



iguales.» Se pasó toda la noche pensando en volverse a París.

Al día siguiente, el aire de desprecio con que miraba a Alfredo no era fingido. Alfredo se picó; no volvió a prestar ninguna atención a Mina y pasó todas las veladas en «La Redoute». Sin proponérselo, seguía el mejor medio. Esta frialdad hizo olvidar a Mina el proyecto de regresar a París. «No corro ningún peligro cerca de este hombreo, se dijo, y no habían transcurrido ocho días cuando sintió que le perdonaba aquella pequeña caída en el carácter francés. Alfredo, por su parte, se daba cuenca, por lo que le aburrían las grandes damas de «La Redoute», de que estaba más enamorado de lo que había creído. Pero se mantenía firme.

En realidad, le gustaba mirar a Mina a los ojos; le hablaba, pero no volvía a casa por las noches.

Mina sufrió mucho; casi sin darse cuenta, dejó de hacer con tanto cuidado, cada día, las manipulaciones destinadas, a afearse. « ¿Es esto

un sueño? pensaba Alfredo Aniken se está volviendo una de las mujeres más bellas que he conocido.» Una noche que volvió a casa por casualidad, se dejó llevar de, su amor y pidió perdón a Aniken por haberla tratado con locura.

Veía que me inspiraba usted un interés, que no he sentido por nadie le dijo; tuve miedo, quise curarme o reñir con usted, y desde entonces soy el hombre más desgraciado del mundo.

¡Ah, cuánto bien me hacen sus palabras! exclamó Mina, loca de felicidad.

Pasaron esta velada y las siguientes confesándose que se amaban locamente y prometiéndose ser siempre juiciosos.

El carácter de Alfredo no era propenso a hacerse ilusiones.

Sabía que los enamorados descubren singulares perfecciones en la persona amada. Los tesoros de inteligencia y delicadeza que él des, cubra en Mina le convencieron de que

estaba realmente enamorado. «¿Es posible que esto sea una simple ilusión?», se preguntaba cada día, y comparaba lo que Mina le había dicho la víspera con lo que le decían las mujeres de la alta sociedad que veía en La Redoute. Mina, por su parte, sentía que había estado a punto de perder a Alfredo. ; Qué habría sido de ella, si él hubiera seguido pasando las veladas en «La Redoute»? Y, lejos de seguir ella representando el papel de criada, nunca se había preocupado tanto de gustar. «¿Debo confesar a Alfredo quién soy?, se preguntaba. Con su carácter tan sensato, reprobará una locura, aunque sea una locura hecha por causa de él. Además, es preciso que mi suerte se decida aquí. Si le nombro a la señorita de Vanghel, cuya finca está a unas leguas de la suya, tendrá la seguridad de volver a verme en París. Y es preciso, por el contrario, que la perspectiva de no volver a verme nunca le decida a dar los difíciles pasos que, desgraciadamente, son necesarios para nuestra

felicidad. ¿Cómo es posible que este hombre can juicioso se decida a cambiar de religión, a divorciarse de su mujer y a ir a vivir como marido mío en mis hermosas tierras de la Prusia oriental?» La gran palabra ilícito no venía a interponerse como barrera insuperable ante los nuevos proyectos de Mina; creía no aparcarse de la virtud, porque no hubiera vacilado en sacrificar mil veces su vida por ser útil a Alfredo.

Poco a poca madame de Larca y fue sintiendo verdaderos celos de Aniken. No había dejado de advertir el extraño cambio operado el rostro de esta muchacha, y lo atribuía a una extremada coquetería. Hubiera podido despedirla sin contemplaciones, pero sus amigas le hicieron ver que no convenía dar importancia a un capricho: había que evitar que monsieur de Larca y hiciera a Aniken ir a París. asea prudente le dijeron, y su preocupación terminará con la temporada de baños.»Madame de Larca y hizo vigilar a la señora Cramer e

intentó hacer creer a su marido que Aniken no era más que una aventurera que, perseguida en Viena o en Berlín por algo delictivo en concepto de la justicia, había ido a esconderse a las aguas de Aix y espetaba probablemente la llegada de algún caballero de industria compinche suyo. Esta idea, presentada como una conjetura muy probable pero que importaba poco aclarar, perturbó a Alfredo, de alma tan firme. Era evidente, para él, que Aniken no era una criada; pero ¿qué grave interés había podido llevarla al penoso papel que representaba? No podía ser otra cosa que el, miedo. Mina adivinó fácilmente la causa de la preocupación que veía en los ojos de Alfredo. Una noche cometió la imprudencia de interrogarle; Alfredo confesó. Mina se quedó desconcertada. Alfredo estaba tan cerca de la verdad, que, al principio, a Mina le fue muy difícil defenderse. La falsa señora Cramer, infiel a su papel, había dejado adivinar que el interés por la riqueza tenía loca importancia para Mina. Y era, en su

desesperación por el efecto que, al parecer, producían la, palabras de la señora Cramer en el Míximo de Alfredo, estuvo a punto de decir a éste quién era. Seguramente el hombre que amaba locamente a Aniken amaría también a la señorita de Vanghel; pero Alfredo tendría entonces la seguridad de volver y verla en París y ella no podría conseguir los sacrificios que su amor exigía.

Mina pasó el día con esta terrible preocupación. Pero lo peor todavía tenía que pasar. Al encontrarse sola con Alfredo, ¿tendría el valor de resistir a la tristeza que leía en sus ojos, de soportar que una sospecha demasiado natural viniera a debilitar o incluso a destruir su amor? Aquella noche, Alfredo llevó a su mujer a «La Redoute» y no volvió a casa. Había un baile de máscaras, gran estrépito, gran concurrencia. Las calles de Aix estaban atestadas de carruajes pertenecientes a curiosos llegados de Chambéry y hasta de Ginebra. Todo este estrépito de la alegría pública

acentuaba la negra melancolía de Mina. No pudo permanecer más tiempo en el salón, donde llevaba varias horas esperando en vano a aquel hombre tan seductor. Fue a refugiarse junto a su señora de compañía. También allí se sintió desgraciada: la señora de compañía le pidió fríamente permiso para dejarla, alegando que, aunque muy pobre, no podía decidirse a seguir representando el papel poco honorable que le habían impuesto. Mina, lejos de tener un carácter inclinado a las decisiones prudentes, en las situaciones extremas no necesitaba más que una palabra para ver en un nuevo aspecto toda una situación de la vida. «En realidad se dijo, impresionada por la observación de su señora de compañía, mi disfraz ya no lo es para nadie; estoy deshonorada. Puesto que ya lo he perdido todo con Alfredo añadió en seguida, es una locura privarme de la felicidad de verle. Por lo menos, en el baile podré mirarle a. mis anchas y estudiar su alma.». Pidió antifaces, dominios; había traído de París unos

diamantes; se los puso, bien para disfrazarse mejor a los ojos de Alfredo, bien por distinguirse de la multitud de máscaras y conseguir quizá que él le hablara. Se presentó en «La Redoute» del brazo de su señora de compañía e intrigando a todo el mundo por su silencio. Por fin vio a Alfredo, que le pareció muy triste. Le estaba siguiendo con los ojos y era feliz cuando una voz dijo muy bajo: «El amor reconoce el disfraz de la señorita de Vanghel. Mina se estremeció. Se volvió a mirar: era el conde de Ruppert.

No pudo tener encuentro más fatal.

He reconocido sus diamantes, montados en Berlín le dijo. Vengo de Toeplitz, de Spa, de Baden. He recorrido todos los balnearios de Europa para encontrarla.

Si dice una palabra más le interrumpió Mina, no vuelvo a verle en la vida. Mañana, a las siete de la tarde, esté usted frente a la casa número 17 de la calle de Chambéry.



«¿Cómo impedir que monsieur de Ruppert diga mi secreto a los Larcay, a los que conoce íntimamente?» Este problema tuvo toda la noche a Mina en la más penosa preocupación. Desesperada, varias veces estuvo a punto de pedir caballos y marcharse inmediatamente. «Pero Alfredo creerá toda su vida que esta Aniken, a la que tanto amó, es una persona poco estimable que huyó, disfrazada, de las consecuencias de alguna mala acción. Más aún, si escapo sin advertir a monsieur de Ruppert, a pesar de su respeto por mi fortuna, es capaz de divulgar mi secreto. Pero, si me quedo, ¿cómo evitar las sospechas de monsieur de Ruppert? ¿Con qué fábula?» En el baile de máscaras donde Mina tuvo un encuentro tan enojoso, todos los hombres del gran mundo que, sin ninguna inteligencia, van a los balnearios a pasear su aburrimiento, rodearon a madame de Larcay como de costumbre. Aquella noche, no sabiendo muy bien qué decirle, porque los lugares comunes propios de un salón no

resultaban oportunos en un baile de máscaras, le hablaron de la belleza de su doncella alemana. Hasta hubo entre ellos un necio más atrevido que se permitió algunas alusiones poco delicadas a los celos que se atribuían a madame de Larcay. Una máscara muy grosera le aconsejó que se vengara de su marido echándose un amante, estas palabras explotaron en la cabeza de una mujer muy prudente y acostumbrada a la aureola de adulaciones que una elevada posición y una gran fortuna dan a la vida.

Al día siguiente del baile se organizó un paseo por el lago.

Mina quedó libre y pudo ir a casa de la señora Cramer, donde recibió a monsieur de Ruppert, el cual todavía no había vuelto de su asombro.

He sufrido grandes infortunios que han cambiado mi posición, le dijo Mina y me han inducido a hacer justicia a su amor. ¿Quiere casarse con una viuda?

¡Conque estaba casada en secreto!, exclamó el conde, palideciendo.

¿Cómo no lo adivinó, repuso Mina, al ver que le rechazaba, a usted y a los mejores partidos de Francia?

¡Carácter extraño, pero admirable! exclamó el conde, procurando hacer olvidar su reacción de asombro.

Me casé con un hombre indigno de mí, prosiguió la señorita de Vanghel; pero soy protestante y mi religión, esta religión que tanto me gustaría verle abrazar, me permite el divorcio. Pero no crea que en este momento puedo sentir amor por nadie, ni aun cuando se tratara del hombre que más estimación y confianza me inspirase. Sólo amistad puedo ofrecerle. Me gusta la vida en Francia; ¿cómo olvidarla cuando se la ha conocido? Necesito un protector; usted tiene un gran nombre, mucho talento, todas las ventajas que da una distinguida posición en la alta sociedad. Con una gran fortuna, su hotel puede llegar a ser la

primera casa de París. ¿Quiere obedecerme como un niño? A cambio de esto, solamente a cambio de esto, le ofrezco mi mano para dentro de un año.

Durante esta larga introducción, el conde de Ruppert calculaba los efectos de una novela poco agradable de sostener, pero siempre con una gran fortuna y, en el fondo, con una mujer realmente buena. Le juró obediencia y lo hizo con mucho garbo. Intentó por todos los medios llegar más adelante en los secretos de Mina.

No insista, es inútil le contestaba Mina, riendo, ¿Tendrá el valor de un león y la docilidad de un niño?

Soy su esclavo contestó el conde.

Vivo escondida en las cercanías de Aix, pero sé todo lo que pasa en la ciudad. Dentro de ocho o nueve días mire al lago cuando den las doce en el reloj de la parroquia. Verá una olla flotando en las ondas. Al día siguiente estaré aquí, a las nueve de la noche, y le permito que venga. Si pronuncia mi nombre, si

dice una palabra a quienquiera que sea, no me volverá a ver en su vida.

Después del paseo por el lago, durante el cual se habló más de una vez de la belleza de Aniken, madame de Larca y volvió a su casa en un estado de irritación muy impropio de su carácter, todo dignidad y mesura. Dirigió a Mina unas palabras muy duras que le traspasaron el corazón, pues fueron dichas en presencia de Alfredo, y Alfredo no la defendió. Por primera vez contestó Mina de una manera viva e irrespetuosa. Madame de Larca y creyó ver en este tono la seguridad de una criada que, por el amor que inspira, se sale de su papel, y su ira se desbordó. Acusó a Mina de dar citas a ciertas personas en casa de la señora Cramer, la cual, a pesar del cuento de que habían reñido, estaba perfectamente de acuerdo con ella. «¿Me habrá traicionado ya ese monstruo de Ruppert?», se dijo Mina. Alfredo la miraba fijamente, como queriendo descubrir la verdad. Un modo de mirar tan poco delicado dio a

Mina el valor de la desesperación: negó fríamente la calumnia que le imputaban y no añadió una palabra más. Madame de Larca y la despidió. Como eran las dos de la madrugada, Mina se llevó de acompañante al fiel Dubois a casa de la señora Cramer. Allí, encerrada en su cuarto, derramaba lágrimas de rabia pensando en los pocos medios de venganza que le permitía la absurda situación en que ella misma se había puesto. « ¿No vale, se dijo, abandonarlo todo y volverme a París? Lo que me he propuesto está por encima de mis facultades. Peto Alfredo no se acordará de mí más que con desprecio», añadía, bañada en lágrimas. Se daba cuenta de que, con esta horrible idea, que ya no la abandonaría, sería más desgraciada aún en París que en Aix a Madame de Larca y me calumnia. ¡Sabe Dios lo que dicen de mí en "La Redoute"! Estas palabras de codo el mundo me perderán en el alma de Alfredo. ¿Cómo se las iba a arreglar un francés para no pensar como lodo el mundo?

¿Ha podido oír pronunciar esas palabras delante de mí sin desmentirlas, sin dirigirme una palabra para consolarme? Pero ¿le amo todavía? Las horribles angustias que me torturan, ¿no son los últimos combates de este desgraciado amor? No vengarse es una indignidad.» Esto fue lo último que pensó.

En cuanto amaneció mandó a buscar a monsieur de Ruppert.

Le esperaba paseando muy excitada por el jardín. Poco a poco, un hermoso sol de verano fue iluminando las alegres colinas de los alrededores del lago. Esta alegría de la naturaleza aumentó la rabia de Mina. Por fin llegó monsieur de Ruppert.

«La suerte casi echada se dijo Mina, al verle acercarse, tendré que empezar por dejar que hable él durante una hora.» Recibió a monsieur de Ruppert en el salón, y con ojos tristes contaban los minutos, en el reloj. El conde estaba encantado; era la primera vez que aquella

extranjerilla le escuchaba con la atención debida a sus prendas.

¿Cree alguien en mis sentimientos?, preguntó a Mina cuando la aguja se rebasaba ya al minuto final de la hora de paciencia.

Véngume y lo creo todo.

¿Qué hay que hacer?

Conquistar a madame de Larcay y conseguir que su marido se entere sin lugar a dudas de que le engaña. Entonces él le devolver el sufrimiento que emponzoña mi vida por causa de las calumnias de esa mujer.

Su proyecto es atroz repuso el conde.

Digamos bien que es difícil de ejecutar replicó Mina, con una sonrisa irónica.

Como difícil, no replicó picado el conde Bueno, será la perdición de esa mujer añadió en un tono ligero.

Es lástima, era una buena mujer.

Fíjese bien en que yo no le obligo en modo alguno a conquistar los favores de madame de Larcay le advirtió Mina Lo único que deseo es



que su marido no pueda dudar de que los ha conseguido.

El conde se marchó. Mina se sentía ahora menos desgraciada.

Vengarse es actuar, actuar es esperar. «Si Alfredo muere se dijo, moriré yo.» Y salió. La satisfacción que la llenaba en este momento la divorció para siempre de la virtud. La prueba de aquella noche había sido demasiado fuerte para su carácter; no estaba preparada para oír cómo la calumniaban delante de Alfredo y ver cómo éste daba crédito a la calumnia. En lo sucesivo, podría pronunciar aún la palabra «virtud», pero sin fundamento: la venganza y el amor se habían apoderado por completo de su corazón.

Trazó mentalmente todo el proyecto de su venganza. ¿Era realizable? Esta fue la única duda que la asaltó. No tenía otro medio de acción que el interés de un hombre necio y mucho dinero.

Se presentó monsieur de Larcay.

¿Que viene a hacer aquí?, le preguntó Mina, muy altiva.

Sufro mucho. Vengo a llorar con la mejor amiga que tengo en el mundo.

¡De modo que sus primeras palabras no son para decir que no cree la calumnia dirigida contra mí!; ¡Márchese!

Decirle, como le digo, que no hay felicidad para mí lejos de usted replicó orgullosamente Alfredo, es responder a falsas acusaciones. No se enfade, Aniken prosiguió, con lágrimas en los ojos. Busque un medio razonable para que estemos juntos y estoy dispuesto a todo. Disponga de mí, sáqueme del abismo en que el azar me ha hundido. Por mi parte, no veo ningún medio.

Su loe encía aquí justifica todas las calumnias de madame de Larca; déjeme en paz y que no vuelva a verle más.

Alfredo se marchó con más ira que dolor. No encuentra nada que decirnos», pensó Mina.

Estaba desesperada: casi tenía que despreciar al hombre que adoraba.

¡De modo que no encontraba ningún medio para unirse a ella! ¡Y era un hombre, un militar! En cambio ella, una muchacha, había encontrado, desde el momento en que se enamoró de él, una manera, y una manera terrible: aquel disfraz que, si se descubriera, la deshonoraría para siempre... Pero Alfredo había dicho: «Disponga de mí, busque un medio razonable.» Seguramente, a Mina le quedaba todavía en el alma un poco de remordimiento, pues estas palabras, la consolaron: querían decir que tenía poder para obrar. «Pero replicaba el abogado del infortunio Alfredo no ha dicho: "No creo la calumnia." La verdad es pensaba Mina que, por más que mi insensatez exagere la diferencia de maneras entre Alemania y Francia, yo no tengo la menor traza de criada. Y ¿cómo se explica que una muchacha de mi edad venga disfrazada a un balneario? Tal como es, no puedo ser feliz con él. "Busque un

medio para estar juncos; estoy dispuesto a codo", me dijo. El es débil y yo tomo a mi cargo nuestra felicidad Pues bien, asumo el cargo, se dijo, levantándose y paseando por el salón muy excitada. Veamos en primer lugar si resiste a la ausencia o si es un hombre enteramente despreciable, un verdadero hijo de la ironía. Si es así, Mina de Vanghel conseguirá olvidarle.»Al cabo de una hora salió para Chambéry, que sólo dista unas` leguas de Aix.

Alfredo, sin creer mucho en la religión, consideraba que no tenerla era de mal tono. Al llegar a Chambéry, la señora Cramer tomó de profesor a un joven ginebrino, que estudiaba para ministro protestante, para que diariamente explicara la Biblia a ella y a Aniken, a la que ahora, por afecto y por compensarla de su pasada cólera, llamaba sobrina. La señora Cramer se alojaba en la mejor hostería, y era muy fácil explicar su conducta. Creyéndose enferma, había mandado a buscar, pagándolos muy bien, a los primeros

médicos de Chambéry. Mina les consultaba a veces sobre una enfermedad de la piel que de vez en cuando le quitaba sus hermosos colores y le ponía una tez de cuarterona.

La señora de compañía comenzó a sentirse mucho menos escandalizada del nombre de Cramer que le habían hecho adoptar y de toda la conducta de la señorita de Vanghel. La creía simplemente loca. Mina alquiló «Les Charmettes una casa de campo situada en un valle solitario a un cuarto de hora de Chambéry, donde Rousseau cuenco que pasó los momentos más felices de su vida. Los escritos de este autor eran su único consuelo. Un día gozó un delicioso momento de felicidad. En el recodo de un sendero, en el bosquecillo de castaños que había frente a la modesta casa de «Les Charmettes, se encontró con Alfredo. Hacía quince días que no le veía. Con una timidez que encantó a Mina, Alfredo le propuso que dejase el servicio de la señora Cramer y aceptase de él una pequeña renta.

Tendría una doncella en vez de serlo usted, y yo no la vería nunca sino en presencia de esa doncella`.

Aniken rechazó el ofrecimiento por motivos de religión. Le dijo que ahora la señora Cramer era muy buena con ella y parecía arrepentida de su comportamiento al llegar a Aix.

Recuerdo muy bien acabó por decirle las calumnias que me levantó madame de Larca; esas calumnias me imponen el deber de rogarle que no vuelva a «Les Charmettes».

A los locos días, Mina fue a Aix; quedó muy contenta de monsieur de Ruppert. Madame de Larca y sus nuevas amigas aprovechaban la buena estación para hacer excursiones por las cercanías.

En una que hicieron a Haute-Combe (una abadía situada al otro lado del lago de Bourget, frente a Aix, y que es el Saint'Denis de los duques de Saboya), monsieur de Ruppert, el cual, siguiendo las instrucciones de Mina, no

había procurado entrar en el grupo de madame de Larca y, e hizo notar rondando por los bosques que circundan Haute-Combe. Los amigos de madame de Larca y hablaron mucho de esta tirad de timidez en un hombre conocido por su audacia. Les pareció evidente que le había entrado una gran pasión por madame de Larca y. Dubois dijo a Mina que su señor estaba terriblemente melancólico.

Echa de menos una grata compañía, y además añadió Dubois tiene otro motivo de preocupación. ¡Quién lo hubiera dicho de un hombre tan sensato! ¡Tiene celos del señor conde de Ruppert!

A monsieur de Ruppert le divertían estos celos.

¿Me permite, propuso a la señorita de Vanghel, hacer que ese pobre Larca y intercepte una carta apasionada que yo escribiré a su mujer? Serán divertidísimas las negativas de ésta, si es que él se determina a hablarle del asunto.

Haga lo que quiera, aceptó Mina; pero sobre todo añadió en un tono muy enérgico tenga buen cuidado de que no haya duelo con monsieur de Larcay; si éste llega a morir, no me casaré nunca con usted.

Se arrepintió inmediatamente del tono severo con que había dicho Batas palabras y procuró hacérselas perdonar. Se dio cuenta de que monsieur Ruppert no había notado la dureza de lo que le había dicho sin querer, y esto aumentó el desdén que sentía por él monsieur de Ruppert le contó que acaso madame de Larcay no fuera completamente insensible a sus atenciones; mas, por divertirse él, al mismo tiempo que le hacía la corte en toda regla, se cuidaba mucho, cada vez que encontraba ocasión de hablar con ella a solas, de no dirigirle sino palabras completamente indiferentes y anodina.

A Mina le pareció muy bien este comportamiento. Era propio de su carácter un carácter que, con algunas apariencias de razón,



era lo más opuesto a la razón no despreciar a medias. Consultó audazmente a monsieur de Ruppert sobre una importante cantidad de dinero que quería invertir en títulos del Tesoro de Francia, y le dio a leer las cartas de su administrador en Königsberg y de su banquero en París. Observó que la lectura de estas cartas alejaba unas palabras que ella no quería oír pronunciar: su interés por monsieur de Larcaay.

¡Qué diferencia!, se decía, mientras monsieur de Ruppert le daba minuciosos consejos sobre la colocación de dinero. Hay gentes que piensan que el conde es más inteligente y más interesante que Alfredo. ¡Oh nación de gentes groseras; Oh nación de hombres de vaudeville! ¡Cuánto más me gustaría la grave bondad de mis buenos alemanes, si no fuera por la triste necesidad de frecuentar una curte y de casarme con el ayudante de campo favorito del rey! »Dubois vino a decirle que Alfredo había sorprendido una carta especial del ronda de Ruppert

dirigida a madame de Larca y que Alfredo se la había mostrado a su mujer, la cual le aseguró que aquella carta no era más que una broma de mal gusto. Al oír esto, Mina no pudo dominar su inquietud. Monsieur de Ruppert podía representar todos los papeles, menos el de un hombre demasiado paciente. Le propuso que fuera a pasar ocho días a Chambéry. El no se mostró muy presuroso a aceptar.

Estoy haciendo cosas bastante ridículas; escribo una carta que puede dar lugar a que se hable mal de mí; lo menos que puedo hacer es que no parezca que me escondo.

Y precisamente tiene que esconderse, replicó altanera Mina; ¿Quiere vengarme, sí o no? Yo no quiero que madame de Larca me deba la suerte de quedarse viuda.

¡Apuesto que preferiría que el viudo fuese el marido!

¿Y a usted qué le importa?, replicó Mina.

Tuvo una escena muy viva con monsieur de Ruppert, el cual se marchó furioso; pero

debió de reflexionar sobre la escasa probabilidad de que inventaran la calumnia que él temía. Su vanidad le recordó que su bravura era notoria. Podía reparar de un solo paso todas las locuras de su juventud y conquistar en un momento una posición soberbia en la sociedad de París; esto valía más que un duelo.

La primera persona que Mina vio en «Les Charmettes» al día siguiente de volver de Aix, fue monsieur de Ruppert. Su presencia la puso muy contenta, pero aquella misma noche se presentó en Les Charmettes monsieur de Larcay.

No buscaré excusa ni pretexto le dijo con sencillez. No puedo pasar quince días sin verla, y esos quince días se cumplieron ayer.

También Mina los había contado; nunca la había seducido tanto Alfredo, pero temblaba ante la idea de que tuviera un duelo con monsieur de Ruppert. Hizo todo lo posible por que le contara algo sobre la carta interceptada.

Le encontró preocupado, pero Alfredo no le dijo nada, o sólo esto. Tengo un gran disgusto; no se trata de ambición ni de dinero, y el efecto más claro de mi triste posición es aumentar el apasionado cariño que siento por usted. Lo que me desespera es que el deber no puede nada en mi corazón. Decididamente, me es imposible vivir sin usted.

Pues yo no viviré jamás sin usted repuso ella, cogiéndole la mano, cubriéndosela de besos e impidiéndole que la abra Cuide de su vida, porque yo no le sobreviviría ni una hora.

¡Ah, lo sabe todo!, replicó Alfredo, y tuvo que violentarse para no proseguir.

Al día siguiente de volver monsieur de Larcay a Aix, un segundo anónimo le informó de que, durante su última excursión por las montañas (era el tiempo que había invertido en ira Chambéry), su mujer había recibido en su casa a monsieur de Ruppert.

El anónimo terminaba así. Hoy, a medianoche, será recibido monsieur de R. Me

doy perfecta cuenta de que no puedo inspirarle ninguna confianza; así pues, no obre a la ligera. No haga nada violento, si es que ha de hacerlo hasta que haya visto con sus propios ojos. Si me engaño y le engaño, la cosa no le costará más que una noche pasada en cualquier escondite cerca de la habitación de madame de Larcaay.

A Alfredo le perturbó mucho esta carta. Al poco rato recibió una esquila de Aniken: «Acabamos de llegar a Aix; la señora Cramer se ha retirado ya a su cuarto. Estoy libre, venga.» Monsieur de Larcaay pensó que, antes de apostarse al acecho en el jardín de su casa, tenía tiempo de pasar diez minutos con Aniken. Llegó a casa de ésta muy inquieto. Esta noche, ya comenzada, iba a ser tan decisiva para Mina como para él; pero Mina f estaba tranquila. Para todas las objeciones que le hacía su razón, tenía la misma respuesta: la muerte.

Se calla dijo Mina, pero es evidente que algo extraordinario le ocurre. No debía darme

la pena de verle. Pero, ya que se ha dignado venir, no quiero dejarle en toda la noche.

Contra lo que Mina esperaba, Alfredo consintió sin dificultad. En las circunstancias decisivas, un alma fuerte expende en torno suyo una especie de grandeza que es la felicidad.

Voy a hacer el estúpido oficio de marido dijo por fin Alfredo Voy a esconderme en mi jardín; creo que es la manera menos penosa de salir de la preocupación que acaba de darme un anónimo.

Y se lo enseñó.

Qué derecho tiene le dijo Mina a deshonorar a madame de Larcay: ¿No están en evidente divorcio? La abandona usted y renuncia al derecho de ocupar su alma; la entrega bárbaramente al aburrimiento natural de una mujer de treinta años, rica y sin la más leve desgracia: ¿no está ella en su derecho si busca a alguien que la entretenga? ¡Y usted me dice que me ama, usted, más culpable que ella, pues

antes que ella ha ultrajado usted el lazo común, y está loco: quiere condenarla a un aburrimiento eterno!

Esta manera de pensar era demasiado elevada para Alfredo; pero Mina lo decía en tal tono de voz, que le daba fuerza. Alfredo admiraba el poder que tenía sobre él y estaba encantado.

Mientras se digne tenerme con usted acabó por decirle, yo no conoceré ese aburrimiento de que habla.

A medianoche, hacía ya tiempo que todo estaba tranquilo a orillas del lago; se hubieran oído los pasos de un dato. Mina había seguido a Alfredo detrás de uno de esos setos de arbustos que todavía se ven en les jardines de Saboya. De pronto, un hombre saltó de una pared al jardín. Alfredo quiso correr tras él. Mina le sujetó fuertemente.

¿Cómo iba a salir de dudas, si le matara?, le dijo en voz muy baja. Si no fuera más que un

ladrón o el amante de otra mujer y no de la suya, ¡qué remordimiento por haberle matado!

Alfredo había reconocido al conde; estaba loco de ira. A Mina le costó mucho trabajo retenerle. El conde cogió una escalera de mano que estaba adosada a lo largo de una pared y la apoyó rápidamente contra una galería de madera de ocho o diez pies de altura que ocupaba toda la fachada del primer piso. Una de las ventanas del cuarto de madame de Larcay daba a esta galería. Monsieur de Ruppert entró por una ventana del salón. Alfredo corrió a una puertecita de la planta baja que daba al jardín; Mina le siguió, retardando un poco el momento en que él pudo coger un encendedor y encender una vela; Mina consiguió quitarle las pistolas.

Quiere despertar con un disparo, le dijo a los bañistas que ocupan los otros pisos de esta casa; ¡Bonita anécdota para mañana! Aun admitiendo una venganza que me parece ridícula, ¿no es preferible que un público



malévolo y desocupado no se entere de la ofensa hasta el momento le la venganza?

Alfredo avanzó hasta la puerta de la habitación de su mujer. Mina le seguía.

¡Estará bonito, le dijo, que tuviera el valor de maltratar a su esposa en presencia mía!

Alfredo llegó a la puerta y la abrió bruscamente. Vio a monsieur de Ruppert escapar en camisa de detrás de la cama de madame de Larcay, que estaba al fondo de la habitación. Monsieur de Ruppert llevaba seis pasos de ventaja; tuvo tiempo de abrir la ventana, se lanzó a la galería de madera y de aquí al jardín. Monsieur de Larcay se apresuró a seguirle. pero, en el momento en que llegué al muro que separaba el jardín del lago, la barca en que huía monsieur de Ruppert estaba a cinco o seis toesas<sup>68</sup> de la orilla. ¡¡Hasta mañana, monsieur de Ruppert!, le gritó el de Larcay.

---

<sup>68</sup> Antigua medida de longitud francesa equivalente a 2m (aprox.)

No hubo respuesta. Alfredo volvió a subir rápidamente a la habitación de su mujer. Mina, que se paseaba muy nerviosa por el salón que precedía al dormitorio, le detuvo al pasar.

¿Qué pretende hacer? le dijo. ¿Asesinar a madame de Larca? ¿Con qué derecho? Yo no se lo permitiría. Si no me da su puñal, grito para decirle que escape. Verdad es que mi presencia, me compromete terriblemente ante sus criados. Mina vio que estas palabras producían efecto.

¡Me ama y quiere deshonrarme!, añadió vivamente.

Monsieur de Larca le tiró el puñal y entró furibundo en la habitación de su mujer. La escena fue muy viva. Madame de Larca, inocente por completo, había creído que se trataba de un ladrón; no había visto ni oído a monsieur de Ruppert.

Estaba loco acabó por decir a su marido, y ¡ojalá fueses sólo eso, un loco! Lo que quieres es una separación. Pues tendrás la separación.

Pero ten al menos la prudencia de no decir nada. Mañana vuelvo a París; diré que estás viajando por Italia y yo no he querido acompañarte. ¿A qué hora piensa batirse mañana por la mañana? le preguntó Mina cuando le vio.

¿Qué dice? preguntó a su vez monsieur de Larcay.

Que es inútil fingir conmigo. Deseo que, antes de ir a buscar a monsieur de Ruppert, me dé la mano para subir a una batea; quiero dar un paseo por el lago. Si es lo bastante estúpido para dejarse matar, el agua del lago pondrá fin a mis tormentos.

Pues bien, Aniken querida, hágame feliz esta noche. Tal vez mañana este corazón que, desde que la conozco, no ha latido más que para usted, y esta preciosa mano que aprieto contra mi pecho pertenecerán a unos cadáveres alumbrados por un cirio y velados en el rincón de una iglesia por dos sacerdotes saboyanos.

Este hermoso día es el momento supremo de nuestra vida: ¡que sea el más feliz!

A Mina le fue muy difícil resistir a los arrebatos de Alfredo.

Seré suya le dijo, pero si vive. En este momento, el sacrificio sería demasiado grande; prefiero verle como es.

Fue para Mina el día más feliz de su vida. Probablemente, la perspectiva de la muerte y la generosidad del sacrificio que hacía borraban los últimos rastros del aburrimiento.

Al día siguiente, mucho antes de salir el sol, llegó Alfredo, le dio la mano y la ayudó a subir en una bonita barca de paseo.

¿Podría soñar una felicidad más grande que la nuestra?, decía Mina a Alfredo al dirigirse al lago.

Desde este momento me perteneces, eres mi esposa, y te prometo vivir y volver a la orilla a llamar a la barca, allí, cerca de aquella cruz.

En el momento en que Mina iba a decirle quien era, dieron las seis. No quiso alejarse de

la orilla y los barqueros c pusieron a pescar, con lo cual tuvo la satisfacción de verse libre de sus miradas. Al dar las diez, divisó a Alfredo corriendo hacia la orilla. Estaba muy pálido. Mina mandó atracar para bajarse de la barca.

Está herido, y quizá de gravedad le dijo Alfredo.

Toma ese barco, querido, le pidió Mina. Este incidente te pone a merced de las autoridades del país. Tienes que desaparecer por dos días. Vete a Lyon; te tendré al corriente de lo que ocurra.

Alfredo vacilaba.

Piensa en los comentarios de los bañistas.

Estas palabras decidieron a monsieur de Larcay. Tomó el barco.

Al día siguiente monsieur de Ruppert estaba fuera de peligro, pero acaso tendría que guardar cama un mes o dos. Mina fue a verle aquella noche y estuvo con él muy expresiva y afectuosa.

¿No es mi prometido?, le mintió con perfecta naturalidad; y le determinó a aceptar una carta de crédito muy importante sobre su banquero de Francfort. Tengo que marcharme a Lausanne. Quiero que antes de nuestra boda recupere usted el magnífico castillo de su familia que sus locuras le obligaron a vender. Para eso hay que enajenar una finca que yo tengo cerca de Custrin. En cuanto pueda andar, vaya a vender esa finca; le enviaré desde Lausanne el poder necesario. Si es preciso, aténgase a una rebaja en el precio o descuento las letras de cambio que le den. En fin, es necesario a todo trance que disponga de dinero constante. Si me caso con usted, conviene que en el contrato de matrimonio aparezca tan rico como yo.

El conde no concibió la menor sospecha de que Mina le trataba como a un agente subalterno al que se paga con dinero.

En Lausanne tenía la alegría de recibir en todos los correos cartas de Alfredo. Monsieur

de Larca y comenzaba a comprender lo mucho que su dueto simplificaba su situación con Mina y con su mujer. «Ella no es culpable, le decía Mina; tú la abandonaste. Quizá se ha equivocado eligiendo a monsieur de Ruppert; pero madame de Larca y no debe salir perjudicada en cuanto al dinero.» Alfredo le asignó una pensión de cincuenta mil francos, más de la mitad de su fortuna. ¿« Qué voy a necesitar yo?, escribía Alfredo a Mina No pienso volver a París hasta dentro de dos años, cuando se haya olvidado esta ridícula aventura.» «Eso no le contestó Mina; llamarías la atención cuando volvieras. Mejor es que vayas a mostrarte a la opinión pública mientras ésta se ocupa de ti. Piensa que tu mujer no tiene ninguna culpa.» Pasado un mes, monsieur de Larca y se reunió con Mina en el precioso pueblo de Belgirate, a orillas del lago Mayor, a unas millas de las islas Borromeas. Mina viajaba con un nombre falso. Si quieres, dile a la señora Cramer que eres mi prometido como

decimos en Alemania. Te recibiré siempre con alegría, pero nunca sin que esté delante la señora Cramer.

A monsieur de Larcaay le parecía que a su felicidad le faltaba algo, pero no se podría encontrar en la vida de un hombre una época tan dichosa como el mes de septiembre que él pasó con Mina a orillas del lago Mayor. Mina le vio tan prudente, que poco a poco fue perdiendo la costumbre de llevar a la señora Cramer en sus paseos.

Un día, remando por el lago, le dijo Alfredo riendo. Pero ¿quién crea, criatura encantadora? No cree en modo alguno que seas la doncella de la señora Cramer.

Bueno, ¿quién quieres que sea? ¿Una actriz a quien le ha tocado el primer premio de la lotería y ha querido pasar unos años de juventud en un mundo de hadas, o acaso una amancebada que, muerto su amante, ha querido cambiar de condición?



Aun cuando fuera eso o algo peor aún, si mañana supiera la muerte de madame de Larcay, pasado mañana te pediría en matrimonio.

Mina le abrazó frenética de alegría.

Soy Mina de Vanghel, a quien conociste en casa de madame de Cély. ¿Cómo no me has reconocido? ¡Ah, es que el amor es ciego! añadió riendo.

Grande fue la alegría de Alfredo al poder estimara Mina, pero la de Mina fue más íntima aún. Le faltaba a su felicidad no ocultar nada a su amigo. La persona que ama sufre cuando engaña al ser amado.

Pero la señorita de Vanghel habría hecho bien en no decir su nombre a monsieur de Larcay. Al cabo de unos meses, Mina observó en Alfredo un fondo de melancolía. Habían ido a pasar el invierno en Nápoles con un pasaporte en que figuraban como marido y mujer. Mina no le ocultaba ninguno de sus pensamientos, y a él le daba miedo el genio de

Mina. Ella pensó que él añoraba París y le pidió de rodillas que fuera a pasar allí un mes. Alfredo le juró que no lo deseaba. Pero seguía melancólico.

Voy a jugarme la felicidad de mi vida le dijo un día Mina; pero tu melancolía es más fuerte que mis resoluciones.

Alfredo no comprendía lo que Mina quería decir, pero le dio una alegría loca cuando le dijo llévame a Torre del Greco.

Mina creyó adivinar la causa del fondo de tristeza que había observado en Alfredo desde que ella era completamente suya. Pero, enloquecida de felicidad y de amor, olvidó todas sus ideas. «La muerte y mil muertes que llegaran mañana se decía serían poca cosa para pagar lo que estoy viviendo desde que Alfredo se batió.» Era deliciosamente feliz haciendo todo lo que él deseaba. En la exaltación de esta felicidad, Mina no tuvo la prudencia de velar los fuertes pensamientos que constituían la esencia de su carácter. Su manera de buscar la

felicidad no solamente tenía que parecer extraña a un alma vulgar, sino también herirla. Hasta entonces, Mina se había cuidado de no violentar en monsieur de Larca y lo que ella llamaba los prejuicios franceses. Tenía que explicarse loe l: diferencia de países lo que se veía obligada a no admirar en él: aquí se dio cuenta Mina de la desventaja que tenía la enérgica educación recibida de su padre, una educación que, fácilmente, podía hacerla odiosa.

Tan exaltada estaba, que cometió la imprudencia de pensaren voz alta con Alfredo. Dichoso el que, llegado a este período del amor, inspira piedad, y no envidia, al ser amado. Mina estaba tan loca, su amante le parecía hasta tal punto el prototipo de todo lo noble, de todo lo bello, de todo lo seductor y adorable del mundo, que, aunque hubiera querido, no habría tenido valor para callarse nada de lo que pensaba. Ocultarle la funesta intriga que había dado lugar a lo ocurrido aquella noche en Aix

era para ella, desde hacía ya tiempo, un esfuerzo como superior a sus facultades.

Desde el momento en que el arrebató de los sentidos le quitó la fuerza ele no ser perfectamente franca con monsieur de Larcay, sus raras maldades se volvieron contra ella. Le gastaba bromas sobre el fundo de tristeza que notaba en él. Su amor llegó al último grado de locura. ¡Qué insensatez preocuparse así! Acabó por decir: Es que yo estoy más enamorada que él. ¡Qué tontería atormentarme por una cosa que ocurre siempre en la mayor felicidad que existe en el mundo! Por otra parte, yo sufro la desgracia d: tener un carácter más inquieto que el .suyo; y, en fin, Dio es justo añadió .Suspirando (pues el remordimiento venía con frecuencia a turbar su felicidad desde que ésta era tan grande); tengo sobre mi conciencia una gran falta; la noche de Aix pesa sobre mi vida.»Se acostumbró a la idea de que Alfredo estaba destinado por su naturaleza a amar menos apasionadamente que ella. «Aun cuando

fuerce menos tierno, aún pensaba, mi suerte es adorarle.

Por fortuna mía, no tiene vicios infame, me doy perfecta cuenta de que no me costaría nada cualquier crimen si él quisiera inducirme a él.»Un día, por grande que fuera la fantasía de Mina, la impresionó fuertemente la sombría preocupación que atormentaba a Alfredo. Desde hacía tiempo había adoptado la idea de dejar aire a madame de Larca y la renta de sus bienes, hacerse protestante y casarse con Mina. Aquel día, el príncipe de S. daba una fiesta que tenía en movimiento a codo Nápoles y a la que, naturalmente, no estaban invitados. Mina se figuró que su amante echaba de menos los goces y el esplendor de una gran fortuna. Le animó con empeño a ir, e inmediatamente a Königsberg. Alfredo bajaba los ojos y no comerciaba. Por fin los levantó de repente y su mirada expresaba, no amor, sino una penosísima sospecha. Mina se quedó aterrada.

Dime una cosa, Mina. La noche en que yo sorprendí a monsieur de Ruppert en el cuarto de mi mujer, conocías tú los proyectos del conde e En una palabra, ¿estabas de acuerdo con él? Contestó Mina con firmeza: Madame de Larca y no ha pensado jamás en el conde; yo creí que me pertenecías porque te amaba. Lo, dos anónimos los escribí yo.

Eso es un., infamia respondió fríamente Alfredo. Se acabó la ilusión. Voy a reunirme con mi mujer. Te compadezco y ya no te amo.

En el tono de su, voz trascendía el amor propio ofendido. Se marchó.

«A esto se exponen las almas grandes. Peto les queda un recurso», pensó Mina, asomándose a la ventana y siguiendo con los ojos a su amante hasta el final de la calle. Cuando le perdió de vista, entró en el cuarto de Alfredo y se mató de un tiro en el corazón.

¿Fue su vida un falso cálculo? Su felicidad había durado ocho meses. Era un alma

demasiado ardiente para conformarse con la realidad de la vida.

# ERNESTINA O EL NACIMIENTO DEL AMOR

*Ernestine ou la naissance de l'amour,*  
de *De l'amour*

## ADVERTENCIA

Una mujer muy inteligente y de cierta experiencia afirma hundida que el amor no nace tan súbitamente como dicen. "Me parece —decía— que veo siete épocas completamente distintas en el nacimiento del amor". Y para probar su aserto contó la anécdota siguiente. Estábamos en el campo, llovía a cántaros y era muy grato escucharlo.

\* \* \*

Cuando una muchacha con el arma perfectamente indiferente habitan el campo, en un castillo aislado, el más pequeño acontecimiento excita profundamente su atención. Por ejemplo, un joven cazador que le de improviso en el bosque, cerca del Castillo.



Por un suceso tan sencillo como este comenzaron las desventuras de Ernestina en de S... El castillo donde vivía sola, con su anciano tío, el conde de S..., castillo construido en la edad media, a orillas del Drac sobre una de las inmensas rocas que encajona el curso de este torrente, dominaba uno de los más hermosos paisajes del Delfinado. Ernestina encontró que el joven cazador que el azar ponía ante su vista era de noble porte. Su imagen surgió varias veces en su mente, pues ¿En qué pensar en aquella vieja mansión? Vivía la doncella en el seno de una cierta magnificencia; pero desde hacía veinte años el dueño los criados eran ya viejos, y todo se hacía siempre a la misma hora; nunca se inició una conversación sin censurar todo lo que se hace y lamentarse de las cosas más sencillas. Una tarde de primavera, ya próxima la noche, Ernestina no estaba en su ventana. Contemplaba el pequeño lago y el bosque más lejano. La extremada belleza del paisaje y contribuía quizá asumirla en una

melancólica abstracción. De pronto volvió a ver al joven cazador que descubriera unos días antes; y estaba también en el bosquecillo de lo otro lado del lago. Llevaba un ramillete de flores la mano. Detúvose como para mirarla. Ella le vio besar el ramillete y, enseguida, colocarlo con una especie de respetuosa ternura en un hueco de una gran encina a la orilla del lago.

¡Cuántos pensamientos provocó este acto, y cuán vivamente interesantes comparados con las monótonas sensaciones que hasta aquel momento le habían llenado la vida a Ernestina! Una nueva existencia comienza para ella; ¿Se atreverá Aída ver a que el ramo?; "¡Dios mío, qué imprudencia! —se dijo temblando—; ¿Y si en el momento de aproximarse a la encina saliera joven cazador entre los árboles cercanos? ¡Qué vergüenza! ¿Qué iba a pensar de mí? "Pero aquel árbol era la meta habitual de sus paseos solitarios; muchas veces iba a sentarse bajo sus ramas gigantescas, que se

elevan sobre el Prado y forman en torno al tronco común los bancos naturales protegidos por subasta sombra.

Aquella noche Ernestina no pudo pegar los ojos; al día siguiente, a las cinco de la madrugada, apenas asomar la aurora, sube a los desmanes del Castillo. Sus ojos buscan la encina grande de allende el lago; en cuanto la divisa, se queda inmóvil y como sin respiración. La felicidad, tan exaltada, de las pasiones sucede a la alegría sino objeto y casi maquinal de la primera juventud.

Pasan diez días. ¡Ernestina cuenta los días! Sólo otra vez ha visto al joven cazador; se acercaba algo tan querido, con ramillete que coloca lo mismo que el primero. El anciano conde de S... observa que Ernestina se pasa la vida cuidando una pajarera que ha instalado en las buhardillas del Castillo; es que, sentada junto a una ventana con la persiana cerrada, dormita toda la extensión del bosque que se prolonga más allá del lago. Estaría segura de

que su desconocido no puede verla, y así piensa en el a sus anchas. Se le ocurre una idea que la atormenta: si él cree que no hace ningún caso de sus ramos de flores, deducirá que desprecia su homenaje, el cual, después de todo, no es más que una simple galantería, y por poca dignidad que tenga, no volverá a aparecer. Transcurren cuatro días más, pero ¡Con qué lentitud! Al quinto, al pasar la joven por azar junto a la encina grande, no pudo resistir la tentación de echar una ojeada al hueco donde viera depositarlo ramilletes. Estaba con su aya y no tenían nada que temer. Ernestina pensaba no encontrar más que flores marchitas; con indecible alegría de un ramillete compuesto de las flores más raras y más bellas, deslumbradoramente frescas, ni un solo pétalo de aquellas flores delicadas esta marchito. Apenas vislumbrado todo esto con el rabillo del ojo y sin perder de vista a su aya, recorre con ligereza de gacela toda esta parte del bosque a cien pasos a la redonda. No ve a nadie; bien

segura de no ser observada, torna a la encina y se atreve a mirar con delicia el precioso ramo. ¡Oh, cielos!; hay un papelito casi imperceptible sujeto al lazo de el ramo. "¿Qué tiene, Ernestina querida? ", inquiera el aya, alarmada por ligero grito que provoca a que el descubrimiento. "Nada, mi buena amiga, una perdiz que alzó el vuelo a mis pies". Hace quince días, a Ernestina no se le hubiera ocurrido mentir. Se va acercando cada vez más al precioso ramo; inclina la cabeza y, con las mejillas rojas como el fuego, sin atraerse a tocarle, lee en el tránsito de papel: "hace un mes que trigo cada mañana un ramo de flores; ¿Tendrá este la fortuna de ser visto?".

Todo seductor en este lindo billete; la letra inglesa que trazó estas palabras es de lo más elegante. Desde hace cuatro años, cuando dejara París y el convento más a la moda del barrio Saint'Germain, Ernestina no ha visto nada tan bonito. De pronto se sonroja vivamente, se acerca su aya y la invita a volver

al castillo. Para llegar más pronto, en lugar de subir por el valle y dar la vuelta al lago como de costumbre, Ernestina tomar sendero del puente y ello que llevar castillo en línea recta. Está pensativa, se promete no volver a aquel sitio, pues, al fin y al cabo, han tenido la osadía de dirigirle una especie de carta. "Pero no está cerrada", susurra muy bajito. Desde este momento, una horrible ansiedad la perturba. Pero ¿Es que no puede ella, ni siquiera de lejos, y haber el árbol querido? El sentido del deber se opone. "Si voy a la otra orilla del lago —se dice—, ya no podré fiarme de las promesas que me hago a mí mismo". Cuando, a las ocho de la mañana, oye al portero cerrar la verja del puentecillo, este ruido que le quita toda esperanza parece liberarla de un peso enorme que le oprimía el pecho; ahora ya no podría faltar a su deber, aunque tuviera la flaqueza de ceder a la tentación.

Al día siguiente nada puede sacar la de una preocupación hondísima; está abatida, pálida;

su tío se da cuenta; manda enganchar los caballos a la antigua berlina; recorren los alrededores, banasta la Avenida del Castillo de madame Dayssin, a tres leguas de distancia. Al regreso, el conde de S... de la orden de detenerse en el bosquecillo; la berlina avanza sobre el césped; el conde quiere volver a ver la inmensa encina a la que llama siempre la contemporánea de Carlomagno. "Puede que el gran emperador la viera —dice—, y a la atravesar nuestras montañas para ir a Lombardía a derrotar al Rey Didier". Y este pensamiento de una vida tan larga parece rejuvenecer al viejo casi octogenario. Ernestina está muy lejos de seguir las lucubraciones de su tío. Le arden las mejillas; va a encontrarse una vez más junto a la vieja encina; se ha prometido no mirar en el pequeño escondite. En un movimiento instintivo, sin saber lo que hace, mira, ve el ramillete; palidece. El de rosas manchadas de negro. "Soy muy desgraciado, que de alejarme para siempre. La mujer que

amo no se digna a reparar en mi homenaje". Tales son las palabras cruzadas en el papelito atado al ramo. Ernestina las ha leído antes de tener tiempo de prohibirse mirarlas. De tal modo desfallece, que tiene que apoyarse en el árbol; y enseguida rompe a llorar. Aquella noche se dice: "¡Se alejara para siempre, no le veré más!".

Al día siguiente, en pleno mediodía, bajo el sol del mes de agosto, paseando con su tío por la avenida de plátanos que bordea el lago, ve a la otra orilla al joven dirigirse a la encina; coge el ramo de flores, lo tira lago y desaparece. A Ernestina la asalta la idea de que en su gesto había despecho; al cabo de un instante está segura de ello; y se asombra de haber podido dudarlo un momento. Es evidente que, viéndose despreciado, va a partir, y nunca más le verá.

Aquel día hay gran inquietud en el castillo, donde sólo ella expande la alegría. Su tío concluye que esta decididamente enferma; una



palidez mortal, cierta contracción en los rasgos han alterado aquel rostro puro en el que en otro tiempo se pintaban las sensaciones tan plácidas de la primera juventud. Al atardecer, cuando llega la hora del paseo, ya no se opone el Ernestina a que su tío la encamine al Prado de allende el lago. Al pasar, y con unos ojos empañados que apenas pueden retener las lágrimas, mira hacia el escondite, a tres pies sobre el suelo, bien segura de no encontrar nada en él; bien vio tirar el ramo al agua. Mas, ¡Oh sorpresa!, allí hay otro ramo. "Por piedad de mí atroz sufrimiento, dígnese coger la rosa blanca". Mientras relee estas palabras desconcertantes, sin que ella misma se dé cuenta, su mano ha separado y a la rosa blanca cresta en medio del ramo. "¡Conque es muy desgraciado!", se dice. En este momento su tío la llama; Ernestina le sigue, pero es feliz. Lleva su rosa blanca en su pañuelito de batista, y la batista está fina que todo el tiempo que dura aún el paseo puede Ernestina percibir el color

de la rosa a través del liviano tejido. Ahueca el pañuelo de modo que no se aje la rosa querida.

Apenas en el castillo, sube corriendo la rápida escalera que conduce a su pequeña torre, en la esquina del Castillo. Por fin se atreve a contemplar a sus anchas la rosa adorada y saciar en ella sus miradas a través de las dulces lágrimas que corren de sus ojos.

¿Qué significa este llanto? Ernestina lo ignora. Si pudiera adivinar el sentimiento que lo provoca, tendría el valor de sacrificar la rosa que con tanto cuidado acaba de colocar en su vaso de cristal, sobre la mesita de caoba. Mas si el lector tiene la contrariedad de haber pasado de los veinte años, adivinará que estas lágrimas, lejos de ser de dolor, son las compañeras inseparables de la presencia inopinada de una suprema felicidad; quieren decir: "¡Qué dulce es ser amada!". En el primer momento, cuando la sorpresa de la primera felicidad de su vida extraviaba su juicio, Ernestina cometió la falta de coger aquella flor.

Pero todavía no puede ver y reprocharse esta inconsecuencia.

En cuanto a nosotros, que tenemos menos ilusiones, reconocemos aquí el tercer periodo del nacimiento del amor: la aparición de la esperanza. Ernestina no sabe que, mirando esta rosa, su corazón se dice: "seguro que me ama".

Pero, ¿Será cierto que Ernestina está a punto de amar? ¿No infringe este sentimiento todas las reglas del sano juicio? ¡Si sólo ha visto tres veces a aquel hombre que, en este momento, le hace verter lágrimas ardientes! Y eso a una gran distancia, lago por medio, quizá a quinientos pasos. Es más; si lo encontrara con su escopeta y su traje de caza, quizá no lo reconociera. Ignora su nombre, lo que es, y no obstante se pasa los días nutriéndose de sentimientos apasionados, cuya expresión no tengo más remedio que abreviar, pues carezco del espacio necesario para hacer una novela. Estos sentimientos son sólo variantes de esta idea: " ¡Qué dicha ser amada!". O examina esta

cuestión mucho más importante: " ¿Puedo esperar que me ame verdaderamente? ¿No me diga por juego que me ama? " Aunque vive en un castillo construido por Lesdiguières, perteneciente a la familia de uno de los más bravos compañeros del famoso condestable, Ernestina no se ha formulado esta otra objeción: " acaso es hijo de un campesino de los alrededores". ¿Por qué? Vivía en una profunda soledad.

Claro es que Ernestina está muy lejos de reconocer la naturaleza de los sentimientos que reinan en su corazón. Si hubiera podido prever adónde la llevaban, habría tenido una probabilidad de escapar a su imperio. Una joven alemana, una inglesa, una italiana, habrían reconocido el amor; como nuestra prudente educación ha resuelto negar a las jovencitas la existencia del amor, Ernestina no se alarmada sino vagamente de lo que pasó en su corazón; cuando reflexionaba profundamente, no veía en aquello sino simple

amistad. Si había tomado una rosa, una sola, fue porque, obrando de este modo, temía afligir a su nuevo amigo y perderle. "Y además —se decía después de mucho pensar— no se debe faltar a la cortesía".

Ernestina tenía el corazón transido de los más apasionados sentimientos. Durante cuatro días, que a la joven solitaria le parecen cuatro siglos, un temor indefinible le impide salir del Castillo. Al quinto día, su tío, siempre preocupado por su salud, la obliga a acompañarle al bosquecillo; llega junto al árbol fatal, lee en el trocito de papel escondido en el ramo:

"Si se digna a tomar esta camelia jaspeada, mañana a estaré en la iglesia de su pueblo".

Ernestina vio en la iglesia a un hombre vestido con suma sencillez y que podría tener unos treinta y cinco años. Observo que ni siquiera llevaba Cruz. Simulaban leer y, sosteniendo de cierto modo su libro de horas, apenas dejó un instante de mirarla. Esto quiere

decir que, durante toda la misa, Ernestina no pudo pensar en nada. Al salir del antiguo banco señorial, dejó caer su libro de horas y estuvo a punto de caerse ella misma al recogerlo. Se sonrojó mucho por su torpeza. "Me habrá encontrado tan desmañada — pensó—, que se avergonzaba de mí". En efecto, a partir del momento en que ocurrió en este pequeño incidente, no volvió a ver al forastero. En vano, después de subir a su carruaje, se detuvo para distribuir algunas monedas entre todos los chiquillos del pueblo: en ninguno de los grupos de campesinos que charlaban juntos la iglesia vio a aquella persona a la que no se atreviera a mirar durante la misa. Ernestina, que hasta entonces había sido la sinceridad misma, fingió haber olvidado su pañuelo. Un criado entró en el iglesia y busco mucho tiempo en el banco del señor aquel pañuelo que no podía encontrar. Pero el retardo procurado con esta pequeña estratagemas fue inútil: no volvió a ver al cazador. "Es claro —pensó—,

mademoiselle de C... me dijo una vez que yo no era bonita y que tenía en la mirada algo de y imperioso y desagradable; no me faltaba más que la torpeza; seguramente me desprecia”.

Estos tristes pensamientos la perturbaron durante las dos o tres visitas que su tío hizo antes de volver a castillo.

A penas de regreso, hacia las cuatro, corrió a la avenida de plátanos que bordeaba el lago. La verja de la pasarela estaba cerrada por ser domingo. Por fortuna, divisó a un jardinero; lo llamó y le rogó que pusiera la Barca a flote y la condujera al otro lado del lago. Tomó tierra a cien pasos de la encina grande. La marca seguía la orilla y estaba siempre lo bastante cerca de ella para tranquilizarla. Las ramas bajas y aproximadamente horizontales de la inmensa encina se extendían casi hasta el lago. Con paso decidido y con una especie de sangre fría grave y resuelta, se acercó al árbol con el aspecto de quien marchara a la muerte. Estaba bien segura de no encontrar nada en el escondite; en efecto,

no había más que una flor marchita desprendida del ramo de la víspera. "Si hubiera estado satisfecho de mí —se dijo—, no habría dejado de darme las gracias con un ramo de flores".

Se hizo llevar al Castillo, subió corriendo y, ya el asunto torrecilla, bien segura de no ser sorprendida, rompió a llorar. "Mademoiselle de C... tenía razón —pensó—; para hallarme bonita, hay que verme a quinientos pasos de distancia. Como, en esta comarca de liberales, mi tío no trata nadie más que a campesinos y curas, mis maneras deben de haber adquirido cierta rudeza, acaso cierta grosería. Tendré en la mirada a una expresión imperiosa y repelente". Acércase al espejo para observarse la mirada, y de que unos ojos de un azul oscuro anegados de lágrimas. "En este momento — dice—, no puedo tener ese aire imperioso que siempre me impedirá agradar".

Llamaron a comer. Le costó gran esfuerzo secarse las lágrimas. Por fin se presentó en el



salón; allí encontró a monsieur Villars, viejo botánico que todos los años venía a pasar ocho días con el conde de S..., con gran disgusto de su sirvienta, erigida en ama de llaves, que durante este tiempo perdía su sitio en la mesa del señor conde. Acercaron el cubo a Ernestina; el hielo se había fundido desde hacía mucho tiempo. Llamó a un criado y le dijo: " cambie esta agua y ponga hielo, deprisa ". " Este tono imperioso que va muy bien ", dijo riendo su tío. Al oír la verdad *imperioso*, las lágrimas inundaron los ojos de Ernestina hasta el punto que le fue imposible ocultarlas; se vio obligada a dejar el salón, y, en el momento de cerrar la puerta, se oyó que la ahogaban los sollozos. Los viejos se quedaron atónitos.

Dos días más tarde pasó junto a la encina grande; se acercó y miró en el escondite, como por ver de nuevo los lugares de su felicidad pasada. ¡Cuál no sería su deslumbramiento al encontrar dos ramilletes! Cogiólos con los papelitos, envolviólos en su pañuelo y se

dirigió corriendo al Castillo, sin preocuparse de que el desconocido habría podido observar, escondido en el bosque, sus movimientos, idea que nunca hasta aquel día la había abandonado. Sin aliento, se vio obligada a detenerse a mitad del camino. Apenas recobrada un poco la respiración, echó a correr de nuevo con toda la rapidez que pudo. Por fin se halló en su cuartito; sacó del pañuelo los ramilletes y, sin leer los papeles, se puso a besar las flores con embeleso, lo que acabó por hacer la sonrojar cuando se dio cuenta. "¡Ah, nunca más tendré un aire imperioso —se decía—; me corregirá!".

Cuando por fin hubo testimoniado toda su ternura a aquellos preciosos ramilletes, compuestos de las flores más raras, leyó a las esquelitas (un hombre habría comenzado por ahí). La primera, que estaba fechada el domingo a las cinco, decía: " me he negado el placer de ver la después de misa; no podía estar solo, y temía que leyeran en mis ojos el amor

que me abrasa por usted". Leyó tres veces estas palabras: *el amor que me abrasa por usted*; luego se levantó para mirar en el espejo si tenía un aire imperioso; continuó: " el amor que me abrasa con usted. Si su corazón es libre, dígnese guardar está esquila, que podría comprometernos".

El segundo papelito; el del lunes, estaba escrito a lápiz, y hasta bastante mal escrito; pero Ernestina había pasado ya el tiempo en que la bonita letra inglesa de su desconocido era un encanto sus ojos; ahora tenía cosas demasiado serias en que ocuparse para prestar atención a estos detalles.

"He venido. He tenido la suerte de que alguien hablará de usted en mi presencia. Me han dicho que ayer cruzó el lago. Ya veo que no se ha dignado tomar el billete que dejé. Esto decir que mi suerte. Ama a un hombre, y ese hombre no soy yo. En una locura, a mi edad, enamorarme de una muchacha de la suya. Adiós para siempre. No añadiré la desgracia de

ser importuno a la de haberle manifestado quizá demasiado tiempo una pasión acaso ridícula a sus ojos". ¡Una pasión! -exclamó Ernestina alzando los ojos al cielo. Fue un momento muy dulce. Esta muchacha, notable por su belleza y en la flor de la juventud, exclamó entusiasmado: "¡Se digna amarme!; ¡Oh Dios mío, qué feliz soy!" Y cayó de rodillas ante una preciosa madona de Carlo Dolci traída de Italia por uno de sus abuelos. "¡Ah, sí, seré buena y virtuosa! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas—. Dios mío, dignaos indicarme mis defectos, para que pueda corregirme de ellos; ahora todo me es posible".

Se levantó para volver a leer veinte veces las esquelitas. Sobre todo la segunda, la sumergió en deliquios de felicidad. No tardó en descubrir la verdad establecida en su corazón desde hacía mucho tiempo: que nunca hubiera podido enamorarse de un nombre de menos de cuarenta años. El desconocido hablaba de su edad. Ernestina recordó que en la iglesia, como

era un poco calvo, le había parecido de unos treinta y cuatro ó treinta y cinco años. El desconocido hablaba de su edad. Pero no podía estar segura de esta idea; ¡si apenas se había atrevido a mirarle!; ¡y estaba tan turbada! Aquella noche no pegó los ojos. En su vida no había tenido ni idea de semejante felicidad. Se levantó para escribir en inglés en su libro de horas: " no ser nunca imperiosa. Hago este voto el 30 de septiembre de 18... "

En el transcurso de aquella noche se fue afirmando cada vez más en esta verdad: es imposible amar a un hombre de menos de cuarenta años. A fuerza de pensar en las buenas cualidades de su desconocido, se le ocurrió que además de la ventaja de tener cuarenta años, tenía probablemente la de ser pobre. Si estaba vestido de iglesia de una manera tan sencilla, seguramente era pobre. Nada puede igualar a su alegría ante este descubrimiento. "No tendrá nunca el estúpido aire fatuo de nuestros amigos Fulano y

Mengano cuando vienen, por San Humberto, a hacerle a mi tío el honor de matar sus ciervos, y que luego en la mesa nos cuentan sus proezas de juventud, sin que nadie se lo pida.

"¡Será posible, Dios mío, que se ha pobres! ¡En este caso, nada falta a mi felicidad!". Se levantó por segunda vez para encender la bujía y buscar una tasación de su fortuna que un día escribiera en uno de sus libros un primo suyo. Halló que poseía 17.000 libras de renta casarse y, luego, cuarenta o cincuenta mil. Cuando estaba meditando en esta suma, dieron las cuatro; se estremeció. "Acaso es ya bastante de día para poder ver a mi querido árbol ". Abrió las persianas; en efecto, vio la encina grande y su follaje oscuro; pero, lo vio por la luz de la luna como y no por las luces del alba, todavía muy lejano.

Al vestirse aquella mañana, se dijo: " La amiga de un hombre de cuarenta años no debe ir vestida como una niña". Y se entretuvo una hora buscando en sus armarios un vestido, un

sombrero, un cinturón, resultando un conjunto tan original, que cuando se presentó en el comedor, su tío, su aya y el viejo botánico no pudieron menos de soltar la carcajada. "Acércate de una vez —dijo el viejo conde de S..., antiguo caballero de San Luis, herido en Quiberon—; acércate, Ernestina; estas vestida como si hubieras querido disfrazarte hoy de mujer de cuarenta años ". Estas palabras la hicieron sonrojarse, y la más viva alegría se pintó en los rasgos de la joven. "¡Dios me perdone! —dijo el bueno del tío al final de la comida, dirigiéndose al viejo botánico—; esto es una puesta; ¿No es verdad, señor mío, qué Ernestina tiene hoy todas las maneras de una mujer de treinta años? Sobre todo al dirigirse a los criados, tiene airecillo paternal que me encanta por lo ridículo; la he puesto en dos o tres veces a prueba para estar más seguro". Esta observación aumento la felicidad de Ernestina, si así puede decirse de una felicidad que era ya extremada.

Acabada la comida, le fue no poco difícil desprenderse de sus acompañantes. Su tío y el amigo botánico no se cansaban de burlarse de su airecillo de vieja. Subió a sus pagos y miró a la encina. Por primera vez desde hacía veinte horas y una nube vino a oscurecer su felicidad, pero sin que ella pudiera darse cuenta de aquel súbito cambio. Lo que disminuyó el arrobo a que estaba entregada desde momento en que, la víspera, sumida en la desesperación, encontrara los ramilletes en el árbol, fue esta pregunta que se hizo: " ¿Qué conducta debo seguir con mi amigo para que me estime? Un hombre tan inteligente y que tiene la ventaja de tener cuarenta años debe de ser muy severo. Si me permito un paso en falso, dejara de estimarme por completo".

Entregada Ernestina a este monólogo, en la situación más propicia para secundar las serias meditaciones de una muchacha ante su espejo, observó, con un asombro mezcla de horror, que llevaba en el cinturón un broche de oro del cual



pendían unas cadenitas con el dedal, y las tijeras en su estuchito, encantadora alhaja que todavía la víspera, no se cansaba de admirar, y que su tío le había regalado el día de su santo, no hacía aún dos semanas. Lo que le hizo mirar con horror aquella joya y quitársela con tanta prisa, fue que, de pronto recordó que su doncella le había dicho que valía ochocientos cincuenta francos y había sido comprada en casa del joyero más famoso de París, llamado Laurençot. “¿Qué pensaría de mí mi amigo, él que tiene el honor de ser pobre, si me viera una alhaja de un precio tan ridículo? Es soberanamente absurdo ostentar de este modo los gustos de una buena mujer de su casa, pues esto es lo que significan estas tijeras, esté estuche, éste dedal, llevados siempre encima; y la buena mujer de su casa no piensa que cuesta cada año el interés de su precio”. Púsose a calcular muy en serio y halló que aquélla alhaja costaba cerca de ciento cincuenta francos anuales.

Esta hermosa reflexión de economía doméstica, que Ernestina debía a la muy intensa educación que recibiera de un conspirador escondido durante varios años en el castillo de su tío, no hizo más que alejar la dificultad. Cuando hubo encerrado en su cómoda aquella alhaja de un precio ridículo, no tuvo más remedio que tornar a la embarazosa pregunta: ¿Qué hay que hacer para no perder la estimación de un hombre tan inteligente?

Las meditaciones de Ernestina (que acaso el lector habrá identificado con el quinto periodo del nacimiento del amor) nos llevarían muy lejos. Aquella muchacha tenía una inteligencia justa, penetrante, viva como el aire de sus montañas. Su tío, que había sido inteligente en otra época y que lo era todavía en los dos o tres únicos temas que le interesaban desde hacía tiempo, había observado que Ernestina percibía espontáneamente todas las consecuencias de una idea. El buen viejo tenía la costumbre, cuando estaba en sus días alegres —y el ama de

Ilaves había observado que esta broma era el signo infalible de tales días—; tenía, digo, la costumbre de bromear con su Ernestina a propósito de lo que él llamaba su *golpe de vista militar*. Acaso fue esta cualidad la que, más tarde, cuando se presentó en sociedad y se atrevió a hablar, le hizo desempeñar un papel tan brillante. Pero en la época de que hablamos, Ernestina, a pesar de su talento, se hizo un completo lío en sus razonamientos. Veinte veces estuvo casi decidida a no ir a pasear por los alrededores de la encina. “Una sola distracción —se decía—, reveladora de la puerilidad de una mozuela, puede perderme en el concepto de mi amigo”. Pero a pesar de unos argumentos tan sutiles, y en los que ponía toda la fuerza de su mente, no poseía aún el arte, tan difícil, de dominar las pasiones con la inteligencia. El amor que embargaba a la pobre muchacha a pesar suyo falseaba todos sus argumentos, y, por fortuna suya, no tardó en impulsarla hacia el árbol fatal. Después de

muchas vacilaciones, al cabo de una hora estaba allí con su doncella. La dejó atrás y se acercó a la encina, resplandeciente de alegría, la pobrecilla. Más que correr, parecía volar sobre el césped. El viejo botánico, que tomaba parte en el paseo, se lo hizo observar a la doncella cuando Ernestina se alejaba de ellos corriendo.

Toda su felicidad desapareció en un instante. No porque no encontrara un ramo de flores en el hueco de la árbol; era precioso y muy Lozano, lo que le causó un vivo gozo en el primer momento. Era evidente que hacía aún poco tiempo que su amigo había estado precisamente en el mismo lugar en que ella se encontraba ahora. Busco en el césped algunas huellas de sus pasos; y para colmo de su alegría, en lugar de un simple trocito de papel, había todo una carta, y una carta larga. Miró presurosa la firma; necesitaba saber su nombre del bautismo. Leyó; la carta se le cayó de las manos, junto con el ramo, y un temblor mortal se apoderó de ella. Al pie de la carta había leído

el nombre de Felipe Astézan. Ahora bien, Felipe Astézan es reconocido en el castillo de el conde de S... como amante de madame Dayssin, una mujer de París muy rica, muy elegante, que iba a todos los años a escandalizar a la provincia con la osadía de pasar cuatro meses sola en su castillo con un hombre que no era su marido. Para colmo de desdichas, era viuda, joven, bonita, y podía casarse con Felipe Astézan. Todas estas cosas que eran tal como acabamos de contarlas, aparecían mucho más envenenadas en los comentarios de los personajes tristes y grandes enemigos de los errores de la edad bella, que iban a veces de visita a la antigua castillo del tío de Ernestina. Nunca como entonces se vio reemplazada en pocos segundos una dicha tan pura y tan viva, la primera de su vida, por un dolor tan punzante y tan sin esperanza. “¡Oh cruel!, ha querido burlarse de mí —decíase Ernestina—; ha querido buscarse una meta en sus excursiones de caza, trastornar la cabeza de

una niña, acaso con la intención de divertir a madame Dayssin. ¡Y yo que pensaba casarme con él! ¡Qué niñería!, ¡qué atroz humillación! ". Con este triste pensamiento, cayó desvanecida junto al árbol fatal que desde hacía tres meses había contemplado tan a menudo. Allí la encontraron inerte media hora más tarde la doncella y el viejo botánico. Para colmo de desdichas, cuando lo hubieron vuelto a la vida, Ernestina vio a sus pies la carta de Astézan, abierta por el lado de la firma y de manera que podía ser leída. Levantóse rápida como el rayo y puso el pie sobre la carta.

Explicó su accidente y pudo, sin que lo notaran, recoger la misiva fatal. En mucho tiempo no le fue posible leerla, pues su aya la ayudó sentarse y ya no la dejó. El botánico llamó a un obrero que estaba trabajando en el campo y le mandó al castillo a buscar el coche. Ernestina, para evitar el contestar a los comentarios sobre su accidente, fingió que no podía hablar; un horrible dolor de cabeza le

servió de pretexto para cubrirse los ojos con el pañuelo. Llegó el coche. Una vez en él, más entregada a sí misma, le fue imposible describir la gran pena de su alma durante todo el tiempo que empleó el coche en llegar al castillo. Lo más horrible de su estado es que se veía forzada a despreciarse así misma. La carta fatal que apretaba en su pañuelo le quemaba la mano. En el trayecto llegó la noche, y Ernestina pudo abrir los ojos sin que sus acompañantes lo notaran. La vista de las estrellas tan brillantes, en una hermosa noche del mediodía de Francia, la consoló un poco. Aunque sentía los efectos de estos arrebatos de pasión, la ingenuidad de sus pocos años estaba lejos de poder apreciar lo que le pasaba. Al cabo de dos horas del más horrible sufrimiento moral, Ernestina debió el primer momento de alivio a una resolución valerosa. "No leeré esta carta de la que sólo he visto la firma, la quemaré ", se dijo al llegar al castillo. Esta decisión le permitió estimarse al menos como mujer valerosa, pues el partido del

amor, aunque vencido en apariencia, no había dejado de insinuar modestamente que esta carta explicaba quizá de una manera satisfactoria las relaciones de Astézan y de madame Dayssin.

Al entrar al salón, Ernestina arrojó la carta al fuego. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, se dedicó de nuevo a estudiar el piano, estudio que había descuidado desde hacía dos meses. Volvió a tomar la colección de las *Mémoires sur l'Histoire de France* publicadas por Petitot, y tornó a sacar amplios resúmenes de las memorias del sanguinario Montluc. Tuvo la habilidad de hacer que el viejo botánico le ofreciera un curso de historia natural. Transcurridos quince días, este buen hombre, sencillo como sus plantas, no pudo menos de hacerse lenguas de la pasmosa aplicación que observaba en su discípula; estaba maravillado. En cuanto a ella, todo le era indiferente; todas las ideas la llevaban igualmente a la desesperación. Su tío estaba muy alarmado:



Ernestina enflaquecía a ojos vistas. Como tuviera, por casualidad, un pequeño catarro, el excelente anciano, que, contra lo que suele ocurrir a las personas de su edad, no había concentrado en sí mismo todo el interés que podía poner en las cosas de la vida, imagino que estaba enferma del pecho. Ernestina lo creyó también, y esta idea le valió los únicos momentos pasa de los que tuvo en esta época; la esperanza de morir pronto la hacía soportar la vida sin impaciencia.

Durante todo un largo mes, no tuvo otro sentimiento que el de un dolor tanto más profundo cuanto que nacía de el desprecio de sí misma; como no tenía ninguna experiencia de la vida, no podía consolarse diciéndose que nadie en el mundo podía sospechar lo que había pasado en su corazón, y que probablemente el hombre cruel que tanto le había importado no podría adivinar ni la centésima parte de lo que por él sintiera. En medio de su desgracia, no carecía de valor; no

le costó ningún esfuerzo echar al fuego sin leerlas dos cartas en cuya dirección reconoció la funesta letra inglesa.

Se había propuesto no mirarla el Prado de allende el lago; en el salón, no levantaba nunca los ojos a las ventanas que daban hacía aquella parte. Un día, pasadas casi seis semanas de aquel en que leyera el nombre de Felipe Astézan, a su profesor de Historia Natural, el excelente Monsieur Villars, se le ocurrió la idea de darle una larga lección sobre las plantas acuáticas; embarcóse con ella y se hizo conducir a la parte del lago que se internaba en el valle. Al poner Ernestina el pie en la barca, una mirada oblicua y casi involuntaria le dio la certeza de que no había nadie junto a la encina grande; observó apenas una parte de la corteza del árbol de un gris más claro que el resto. Dos horas más tarde, cuando volvió a pasar, después de la lección, frente a la encina, se estremeció al reconocer que lo que le había parecido un accidente de la corteza del árbol

era el color de la cazadora de Felipe Astézan, que llevaba 2 horas sentado en una raíz de encina e inmóvil como muerto. Haciéndose en su fuero interno esta comparación, Ernestina se sirvió también de estas mismas palabras: *como muerto*. La impresionaron. "Si estuviera muerto, ya no estaría mal pensar tanto en él ". Durante varios minutos, esta suposición fue un pretexto para entregarse a un amor que la vista del ser amado hacía omnipotente.

Este descubrimiento la perturbó mucho. Al día siguiente, un cura de las cercanías, que estaba de visita en el castillo, pidió al conde de S... que le prestara *Le Moniteur*. Mientras el viejo ayuda de cámara iba a buscar a la biblioteca la colección de los *Moniteurs* del mes, el conde dijo: " pero este año ya no es curioso: ¡es la primera vez que me piden *Le Moniteur!*". "Señor Conde —contestó el cura—, es que madame Dayssin me lo ha prestado mientras estuvo aquí, pero hace quince días que se marchó "

Estas palabras tan triviales causaron tal revolución en Ernestina, que creyó desmayarse; le humilló mucho sentir su corazón estremecerse. "¡Así es —dijo— como he logrado olvidarle!".

Aquella noche, por primera vez desde hacía mucho tiempo, Ernestina sonrió. "Sin embargo —se decía—, se ha quedado en el campo, a ciento cincuenta leguas de París, y ha dejado a madame Dayssin marcharse sola ". Recuerdo su inmovilidad sentado en las raíces de la encina, y tolero que su pensamiento se demorase en esta idea. Desde hacía un mes toda su felicidad consistía en creer que estaba enferma del pecho; al día siguiente se sorprendió pensando que, como la nieve comenzaba a cubrir las cumbres de las montañas, muchas veces hacía frío por la tarde y sería prudente llevar a vestidos de más abrigo. Un alma vulgar no habría dejado nunca de tomar la misma precaución; Ernestina sólo pensó en ella después de las palabras del cura.

Se acercaba el día de San Humberto, y, con él, el momento de la única gran comida que se celebraba en el castillo en todo el año. Bajaron al salón el piano de Ernestina. Al abrirlo al día siguiente, ayo sobre las teclas un trozo de papel con esta sola línea:

"No grite cuando me vea".

Era tan breve, que antes de reconocer la letra de quien lo había escrito, ya lo había leído: la letra estaba desfigurada. Como Ernestina debía al azar, o acaso al aire de las montañas del Delfinado, un alma firme, de seguro que antes de las palabras del cura sobre la partida de madame Dayssin, habría ido a encerrarse en su cuarto y no habría reaparecido hasta pasada la fiesta.

A los dos días tuvo lugar la gran comida anual de San Humberto. En la mesa, Ernestina hizo los honores, sentada frente a su tío; estaba ataviada con mucha elegancia. En la mesa se exhibió la colección casi completa de los curas y de los alcaldes de los alrededores, más cinco o

seis fatuos provincianos que hablaban de sí mismos y de sus hazañas en la guerra, en la caza y hasta en el amor, y sobre todo de la antigüedad de su casta. Nunca tuvieron el disgusto de producir tampoco efecto en la heredera del Castillo. La extremada palidez de Ernestina, unida a la belleza de sus rasgos, llegaba a darle un aire del desdén. Los fatuos que intentaban hablarle se sentían intimidados al dirigirle la palabra. En cuanto a ella, estaba muy lejos de rebajar su pensamiento hasta ponerlo en tales individuos.

Transcurrió todo el principio de la comida sin que Ernestina viera nada extraordinario. Comenzaba ya a respirar, cuando, a los postres, al levantar los ojos, estos tropezaron con los de un campesino de edad ya madura que parecía ser el criado de un alcalde de las riberas del Drac. Sintió en el pecho a que el sobresalto singular que le habían ya causado las palabras del cura; sin embargo, no estaba segura. Aquel campesino se parecía a Felipe. Atrevióse ha

mirarle una segunda vez; ya no le quedó duda: era él. Se había disfrazado de tal modo que resultaba feo.

Ya eso hora de hablar un poco de Felipe Astézan, pues realiza aquí un acto de hombre enamorado, y acaso hallaremos también en su historia la ocasión de comprobar la teoría de las siete etapas del amor. Cuando, cinco meses antes, me llevó al castillo de Lafrey con madame Dayssin, uno de los curas que ésta recibía en su caso para hacer la corte al clero repitió una bonita frase. Felipe, asombrado de encontrar ingenio en boca de tal nombre, le preguntó de quién era aquella singular frase: " Es de la sobrina del conde de S... —contestó que el cura—, una música que será muy rica, pero a la que han dado muy mala educación. No pasa año sin que reciba de París un cajón de libros. Temo que tenga mal final y hasta que no encuentre marido. ¿Quién va a querer cargar con una mujer así? ", etcétera.

Felipe hizo algunas preguntas, y el cura no pudo menos de deplorar la rara belleza de Ernestina, que seguramente la arrastraría a su perdición; con tanto verismo describió la monotonía del género de vida que se hacía en el castillo, qué madame Dayssin exclamó: " Oh, por Dios, señor cura, no siga; va a hacer que tome horror a sus bellas montañas ". " No se puede dejar de amar una comarca en la que se hace tanto tiene —replicó el cura—, y el dinero que la señora ha dado para ayudarnos a adquirir la tercera campana de nuestra iglesia lo atestigua... "Felipe no le escuchaba ya; pensar en Ernestina y en lo que debía pasar en el corazón de una muchacha recluida en un castillo que hasta un cura de pueblo le parecía aburrido. "Tendré que distraerla —díjose en su fuero interno—; le haré la corte de un modo novelesco; esto proporcionara a algunos pensamientos nuevos a esta pobre mocita". Al día siguiente fue de caza hacia la parte del Castillo del conde y observó la situación del



bosque, separado del edificio por un pequeño lago. Ocurriósele ofrecer a Ernestina el homenaje de un ramito de flores; ya sabemos el resultado de los ramilletes y de las esquelitas. Cuando cazaba por la parte de la gran encina, iba él mismo a colocarlos; los demás días mandaba a su criado. Felipe hacía todo esto por filantropía: ni siquiera pensaba en ver a Ernestina; hubiera sido demasiado difícil y demasiado aburrido hacerse presentar a su tío. Cuando Felipe vio a Ernestina en la iglesia, su primer pensamiento fue que era ya demasiado maduro para gustar a una muchacha de dieciocho o veinte años. Le impresionó la belleza de sus rasgos y sobre todo una especie de noble sencillez que constituía el carácter que su fisonomía. "Hay cierta ingenuidad en este carácter" —dijose a sí mismo. Pasado momento, ya le parecía encantadora. Cuando la vio dejar caer su libro de horas al salir del banco señorial que intentar recogerlo con una torpeza tan simpática, pensó en amarla, pues surgió la

esperanza. Permaneció en la iglesia cuando ella salió, meditando sobre un tema poco divertido para un hombre que comienza a estar enamorado: tenía treinta y cinco años y un incipiente calvicie que podía quizá darle una hermosa frente a la manera del doctor Gall, pero que por lo pronto añadía a su edad tres o cuatro años. "Si mi vejez no lo ha perdido todo al primer encuentro —se dijo—, es preciso que ella dude de mi corazón para que olvidé mi edad".

Se acercó una ventanita gótica que daba la plaza y vio a Ernestina subir en el coche; su talle y su pie le parecían seductores; estaba repartiendo limosnas. Creyó notar que buscaba a alguien con los ojos. "¿Por qué —se preguntó— sus ojos miraban lejos mientras reparte las monedas al lado mismo de su coche? ¿Le habré inspirado algún interés?".

Vio a Ernestina dar un encargo un lacayo; durante este tiempo, se embriagaba de su belleza. La vio enrojecer, desde muy cerca: el

coche no distaba diez pasos de la ventana gótica; vio al criado de entrar en la iglesia y buscar algo en el banco señorial. Durante la ausencia del criado, Felipe tuvo la certidumbre de que los ojos de Ernestina miraban mucho más lejos de la multitud que la rodeaba y, por consiguiente, buscaban a alguien. Pero este alguien podía muy bien no ser Felipe Astézan, que, para esta mocita, tenía quizá cincuenta año, sesenta, ¿Quién sabe? "A su edad y rica, ¿No ha de tener un pretendiente entre los hidalgos de las cercanías? Pero no previsto a nadie durante la misa".

En cuanto partió el carruaje del Conde, Astézan montó en su caballo, dio un rodeo por el bosque para evitar encontrarla y llegó muy pronto al Prado. Con indecible placer pudo llegar a la encina grande antes de que Ernestina viera el ramillete y el papel que había mandado llevar aquella mañana. Retiró el ramillete, se internó en el bosque, ató el caballo un árbol y se puso a pasear. Estaba muy agitado; se le

ocurrió la idea de esconderse en lo más espeso de un montecillo frondoso, a cien pasos del lago. Desde aquel reducto, que le ocultaba a todos los ojos, podía ver, gracias a un claro en el bosque, la encina grande y el lago.

¡Cuál no sería su deslumbramiento cuando, poco tiempo después, vio la barquilla de Ernestina surcar las aguas límpidas del lago suavemente agitadas por la brisa! Fue un momento decisivo. La imagen del lago y la de Ernestina, a la que acababa de ver tan de cerca en la iglesia, se grabaron profundamente en su corazón. Desde este momento, Ernestina tuvo algo para él que la distinguía de todas las demás mujeres, y sólo le faltaba la esperanza de amarla hasta la locura. La vio acercarse al árbol con presura; vio su dolor al no encontrar el esperado ramo. Este momento fue tan delicioso y tan vivo que, cuando Ernestina se hubo alejado corriendo, Felipe creyó equivocarse al pensar que había visto dolor en su expresión cuando no halló ramillete alguno en el hueco

del árbol. Toda la suerte de su amor se apoyaba en esta circunstancia. Se decía: "tenía un gesto triste al salir de la barca, e incluso antes de aproximarse a la encina". "Pero —replicaba el partido de la esperanza— en ese gesto triste no lo tenía en la iglesia; allí estaba, al contrario, resplandeciente de frescura, de belleza, de juventud, y un poco turbada; la más viva expresión animaba sus ojos".

Felipe Astézan, cuando ya no pudo ver a Ernestina, que había desembarcado bajo la avenida de plátanos, salió de su escondite como un hombre muy distinto del que era cuando entró. Al volver al galope a castillo de madame Dayssin, en su mente no había más que dos ideas: "¿Era verdadera tristeza lo que mostró al no encontrar ningún ramo en el árbol, o era una simple expresión de vanidad decepcionada?" Esta suposición más probable acabó por dominar completamente en su ánimo y le impuso todas las ideas razonables de un hombre de treinta y cinco años. Estaba

profundamente serio. Halló mucha gente en casa de madame Dayssin; en el transcurso de la velada, en ella se burló un poco de su gravedad y de su fatuidad. Ya no podía, observaba, pasar delante de un espejo sin mirarse. “Me horroriza —decía— esa costumbre de los jóvenes de moda. Es una gracia que usted no tenía; procure desprenderse de ella, o le jugaré la mala partida de mandar retirar todos los espejos”. Estaba preocupado: no sabía cómo justificar la ausencia que proyectaba. Por lo demás, era cierto que preguntaba a los espejos si tenía aspecto de viejo.

Al día siguiente fue a instalarse de nuevo en el montículo a que nos hemos referido, y desde el que se veía muy bien el lago. Acomodóse allí provisto de un buen antejo y no dejó su puesto de observación hasta que fue noche cerrada.

Al día siguiente llegó un libro, más le habría sido muy difícil decir lo que contenían las páginas que leía; pero si no hubiera tenido

un libro entre las manos, habrían deseado tenerlo. Por fin, con indecible alegría, a eso de lastres, vio a Ernestina dirigirse despacio a la avenida de los plátanos que bordeaba el lago y tomar la dirección de la pasarela. Llevaba un gran sombrero de paja de Italia. Se acercó con aire abatido al árbol fatal. Con ayuda del antejo, Astézan observó perfectamente aquella traza de abatimiento. La vio tomar los dos ramillete si que él colocara aquella mañana, envolverlos en el pañuelo y desaparecer corriendo, rápida como el rayo. Este detalle tan sencillo acabó de conquistarle el corazón. Fue tan vivo, tan rápido, que Felipe no tuvo tiempo de ver si Ernestina conservaba el aire triste o si en sus ojos brillaba la alegría. ¿Qué debía pensar de aquel hecho singular? ¿Iba Ernestina a mostrar los dos ramilletes a su aya? En este caso, Ernestina no era más que una niña, y el más niño que ella al ocuparse hasta tal punto de una chicuela. "Afortunadamente —se dijo—,

no sabe mi nombre; sólo yo conozco mi locura, y me he perdonado otras muchas ".

Felipe dejó el escondite con un gesto muy frío y se dirigió, muy pensativo, a buscar su caballo, que había dejado en casa de un campesino a media legua de allí. "Hay que reconocer que sigo siendo un gran insensato ", se dijo al apearse en el patio del castillo de madame Dayssin. Entró en el salón, con un semblante y inmóvil, abstraído, gélido. Ya no estaba enamorado.

Al día siguiente, Felipe, al ponerse la corbata, se encontró más viejo. Por lo pronto, no tenía ninguna gana de recorrer tres leguas para ir a apostarse entre el follaje a mirar un árbol; pero tampoco sentía deseo de ir a ninguna otra parte. "Esto es muy ridículo —se decía—. Si, pero ¿Ridículo a los ojos de quien? Por otra parte, no se debe desaprovechar nunca la fortuna". Se puso a escribir una carta muy bien hecha en la cual, como Lindor, especificaba su nombre y sus circunstancias.



Como acaso recuerda el lector, esta carta también escrita tuvo la desgracia de ser quemada sin que nadie la leyera. Las dos palabras de la carta que nuestro héroe escribió, sin pensar en ello, la firma Felipe Astézan, fueron las únicas que alcanzaron el honor de la lectura. A pesar de sus magníficos razonamientos, nuestro razonable hombre no dejó de esconderse en su habitual puesto de observación en el momento en que su nombre producía tanto efecto; vio el desfallecimiento de Ernestina al abrir la carta; su asombro fue extremado.

Al otro día, se vio obligado a confesarse que estaba enamorado; sus actos lo demostraban. Volvió todos los días al bosquecillo donde había experimentado sensaciones tan vivas. Como madame Dayssin debía tornar muy pronto a París, Felipe se hizo escribir una carta y anunció que dejaba el Delfinado para ir a pasar quince días en Borgoña con un tío enfermo. Tomó la posta y

comino también las cosas, volviendo por otra carretera, que sólo pasó un día sin ir al bosquecillo. Instalóse a dos leguas del castillo del conde de S..., en las soledades de Crossey, al lado opuesto al castillo de madame Dayssin, y desde allí iba todos los días a las orillas del pequeño lago. Fue treinta y tres días seguidos sin ver a Ernestina; ya no acudía nunca a la iglesia del pueblo; decían la misa en el castillo; allá acudió bajo un disfraz y tuvo por dos veces la fortuna de ver a Ernestina. Parecióle que nada podía compararse con la expresión noble y a la vez ingenua de sus rasgos. Se decía: "junto a una mujer así, nunca conocería la saciedad". Lo que más conmovía a Astézan era la extremada palidez que Ernestina y su aspecto de enferma. Tendría yo que escribir diez volúmenes como Richardson si me propusiera consignar todos los diversos modos con que un hombre que, por lo demás, no carecía de buen sentido, explicaba el desfallecimiento y la tristeza de Ernestina. Por

fin, decidió tener una explicación con ella y, para esto, penetrar en el castillo.

La timidez —¡tímido a los treinta y cinco años!—, la timidez se lo había impedido durante mucho tiempo. Tomó sus medidas con todo el ingenio posible, y no obstante, a no ser por el azar, que puso en boca de un indiferente el anuncio de la partida de madame Dayssin, toda la habilidad de Felipe habría sido inútil, o al menos sólo habría podido ver el amor de Ernestina reflejado en su cólera. Probablemente, se habría explicado esta cólera por el asombro de verse amada por un hombre de su edad. Felipe se habría creído despreciado, y, para olvidar que este sentimiento penoso, habría recurrido al juego o a los pasillos de la ópera, y se habría hecho más egoísta y más duro pensando que la juventud se le había acabado irremisiblemente.

Un medio Señor, como se dice en la comarca, alcance de un municipio de la montaña y camarada de Felipe en la caza del

ciervo, accedió a llevarle, disfrazado de criado suyo, a la gran comida del Castillo de S..., en la que fue reconocido por Ernestina.

Ernestina se sintió enrojecer vivísimamente y tuvo una idea horrible: " va a creer que le amo como una locuela, sin conocerle; me despreciará como a una niña, se marchara a París, irá a reunirse con su madame Dayssin: no le volveré a ver". Esta idea tan amarga le dio el valor de levantarse y subir a su cuarto. En él llevaba dos minutos cuando oyó abrir la puerta de la antesala de su departamento. Pensó que sería su aya y se levantó. Cuando avanza hacia la puerta de su cuarto, se abre la puerta, y Felipe se arroja a los pies de Ernestina.

"Por el amor de Dios, perdóneme este paso; llevo dos meses de desesperación; ¿Me quiere por esposo? "

En este momento fue delicioso para Ernestina. "Me pide en matrimonio —se dijo—; ya no debo temer a madame Dayssin ". Buscaba una respuesta severa, y a pesar de esfuerzos

increíbles, acaso no habría encontrado nada que decir. Los dos meses de desesperación habían sido olvidados; ahora se hallaba en el colmo de la felicidad. Afortunadamente, en este momento se oyó abrir la puerta de la antesala. Ernestina le dijo: " me deshonraría su presencia ". " ¡No confiese nada! ", exclamó Felipe con voz contenida, y, con mucha destreza, se deslizó entre la pared y el lindo lecho de Ernestina, blanco y rosa. Era el aya, muy intranquila por la salud de su pupila, y el estado en que la encontró que era lo más a propósito para aumentar sus inquietudes. Despedirá esta mujer no fue cosa de un instante. Mientras permaneció en el cuarto, Ernestina tuvo tiempo de acostumbrarse a su felicidad y de recuperar el dominio de sí misma. Cuando el aya salió y Felipe se arriesgó a reaparecer, recibió una respuesta soberbia.

Ernestina era tan bella a los ojos de su amante, tan severa la expresión de sus rasgos, que las primeras palabras de su respuesta

hicieron pensar a Felipe que todo lo que había creído hasta entonces no era más que una ilusión, y que Ernestina no le amaba. Su fisonomía cambió repentinamente y ya no ofreció más que la estampa de un hombre desesperado. Ernestina, con movida hasta el fondo del alma de esta expresión desesperada, tuvo, sin embargo, el valor de despedirle. De esta singular entrevista sólo conservó el recuerdo de que, cuando el le suplicó que le permitiera pedir su mano, ella le contestó que sus negocios, así como sus afectos, debían de reclamarle en París. Felipe replicó que el único negocio que le importaba en el mundo era merecer el corazón de Ernestina, que juraba a sus pies no abandonar el Delfinado mientras ella estuviera allí y no volver a pisar en su vida el castillo en que había vivido antes de conocerla.

Esto casi colmó de felicidad a Ernestina. Al día siguiente fue a pie hacia la encina grande, pero bien escoltada por el aya y el viejo

botánico. No dejó de encontrar un ramillete y, sobre todo, una carta. Al cabo de ocho días, Astézan la había casi decidido a contestar sus cartas, cuando de pronto supo que madame Dayssin había vuelto de París al Delfinado. Todos los sentimientos de Ernestina quedaron reducidos a una viva inquietud. Las comadres del pueblo vecino, que, en esta coyuntura, decidían sin saberlo de la suerte de su vida, y que no perdían ocasión de chismorrear, le dijeron finalmente que madame Dayssin, furibunda de cólera y de celos, había decidido por último buscar a su amante, Felipe Astézan, que, según decían, había permanecido en la comarca con intención de hacerse cartujo. Para acostumbrarse a las austeridades de la orden, se había retirado a las soledades de Crossey. Añadían que madame Dayssin estaba desesperada.

Pasados unos días, supo Ernestina que madame Dayssin no había conseguido ver a Felipe, y que había regresado furioso a París.

Mientras Ernestina buscaba la confirmación de esta dulce certidumbre, Felipe estaba desesperado; la amaba apasionadamente y creía que no era correspondido. Varias veces le salió al paso, y la manera cómo fue recibido le hizo pensar que, con sus actos, había irritado el orgullo de su amada. Dos veces emprendió el camino de París; dos veces, después de recorrer una veintena de leguas, tornó a su cabaña, en las rocas de Crossey. Después de haberse dejado mecer por esperanzas que ahora le parecían concebidas a la ligera, intentaba renunciar al amor, y le parecía que para él habían muerto todos los demás placeres de la vida.

Ernestina, más feliz, era amada y amaba. El amor reinaba en aquella alma que hemos visto pasar sucesivamente por los siete diversos periodos que separan la indiferencia de la pasión, y en lugar de los cuales el vulgo no percibe más que un solo cambio, y esto sin saber siquiera explicar la naturaleza del mismo.



En cuanto a Felipe Astézan, para castigarle por haber abandonado a una antigua amiga a las puertas de lo que se puede llamar, a las mujeres, la época de la vejez, le dejamos presa de uno de los estados más crueles en que puede caer el alma humana. Fue amado por Ernestina, pero no pudo obtener su mano. Al año siguiente la casaron con un viejo teniente general muy rico y Caballero de varias órdenes.

## HISTORIA DE FRANCESCA POLO

*Histoire de Francesca Polo* (1838),  
de *Promenades dan Rome*.

*Roma, 3 de octubre de 1828.*

Pablo ha llegado ayer; nos había dejado para hacer un viaje por la parte de Venecia. Hace seis meses que una mañana la policía encontró un cadáver en la calle de una ciudad que llamaré Rávena, porque allí tienen corazón y cabeza, y ambas cosas son necesarias en la historia que Pablo acaba de contarnos.

Esta historia ha sido perfectamente ininteligible para los habitantes del país. El muerto se llamaba Cercara; aunque joven todavía, pasaba por viejo a causa de su profesión: prestaba dinero, cuyos intereses cobraba semanalmente. Mal trajeado siempre, lo encontraron yerto en la calle, vestido como para ir al baile y con alhajas de precio que no le habían robado. Tenía un hermano joven, Fabio

Cercara, de quien se decía que era carbonario y que, como hombre de talento, se refugió en Turín, donde estudiaba cirugía. Cuando Fabio supo la muerte de su hermano mayor, que le dejaba cerca de tres millones, se hizo fraile.

Últimamente, mientras Pablo estaba en Venecia, una muchacha ha anunciado su visita a un religioso que tiene mucha clientela y que realmente posee un poco del carácter de Fénelon. Esa mujer, muy joven, lloró mucho y le entregó alhajas que pueden muy bien valer dos mil zequíes.

—Es todo cuanto poseo en el mundo —dijo al fraile—. Me tengo miedo a mí misma. Nunca me devolváis este depósito que os hago si no es para un fin honesto y que vos aprobéis. Quiero hacerme religiosa, indicadme un convento cuya regla no sea demasiado dura. Dignaos responder de mí y presentarme bajo el nombre de Francesca de Polo, que no es el mío.

—¿Habéis cometido algún crimen en territorio austriaco? —dijo el monje.

Tranquilizado a este respecto, tuvo a bien prometer su protección a la joven.

Esta es la historia de Francesca tal y como se la ha referido al confesor del convento escogido por ella. Francesca no ha cumplido todavía los veintidós años, si casó a los diecisiete con una especie de tonto, de bastante edad y cargante como no puede imaginarse. Este tonto, aunque era muy rico, pedía dinero prestado a Cercara el mayor, quien pronto hizo la corte a Francesca; ésta le tomó aversión. Un año más tarde, cuando se vio que no amaba a Cercara, cinco o seis jóvenes de Rávena trataron de gustar a Francesca; ella hubiese querido tal vez a uno de ellos, pero aquél se marchó. Ella dijo que, sin ser desgraciada, aparte del aburrimiento, durante todo el verano de 1827 la vida le fue más insoportable que nunca. Su marido estaba más cargante que de costumbre y Cercara venía a verla exactamente mañana y tarde.

Un día Francesca creyó ver en la calle a aquel joven a quien había distinguido, pero a quien jamás había hablado; mas se engañaba, el hombre a quien miraba y que se había casi detenido al verla, como asaltado por un repentino sentimiento, era Fabio Cercara, el hermano menor de su pesado adorador, que llegaba de Turín. Era un hombre guapo, pero muy moreno. Parecía tímido y, sin embargo, en la iglesia y en el paseo de por la tarde, ella estaba segura de encontrar su mirada. Un día vino a casa de Francesca a traer, según dijo, un paquete de parte de su hermano. Fue recibido por la dama, a quien dijo:

—Lo que acabo de contar a vuestra camarera es completamente falso, lo que más teme mi hermano en el mundo es que yo os halle. No he tenido la habilidad de ocultarle la pasión que siento por vos. Soy un desgraciado, nada me ha salido bien en la vida. Vais a decirme lo que pensáis de mí, y en caso desfavorable me volveré a marchar mañana a

Turín, si es que tengo valor para ello, pues, al menos, estando en Rávena, tengo ocasiones de veros.

Francesca, muy turbada, tuvo, sin embargo, bastante valor para ser sincera con él.

—Me causaríais mucho disgusto si os marchaseis, pues aquí me muero de aburrimiento y me gusta veros pasar; pero no os juro: amor: os veo con placer porque os parecéis a otro hombre a quien tal vez quiero.

Esta respuesta desesperó a Fabio; sin embargo, no pudo decidirse a abandonar Rávena y al cabo de dos meses logró hacerse amar. Se valió para ello de un artesano cuya casa tenía un ventanuco que daba al jardín del marido de Francesca. Una vez por semana, y pronto todos los días, Fabio se dejaba resbalar a lo largo de una cuerda de nudos atada a dicho ventanuco. Entraba por el jardín en una sala baja y, cosa increíble, venía a establecerse en la habitación misma donde el cargante marido dormía con su mujer. El hombre muy mal

pensado que hacía este relato a Pablo, supone que Francesca daba un poco de opio a su tirano, pero ella lo niega en absoluto.

Al cabo de algún tiempo, Fabio se vio obligado a volver a Turín: la policía de Rávena, inquieta de verle prolongar sin motivos aparentes una estancia que había el joven anunciado duraría todo lo más tres semanas, comenzó a seguirle. Como tenía un elevado concepto del honor, temió comprometer a Francesca, su pasión por la cual parecía aumentar cada día.

Ocupado de su amor, no había hecho ningún gasto durante su permanencia en Rávena. Sin pensar en ello, agradó a su hermano, que pocos días antes al de su marcha le dijo:

—No se sabe nunca quién va a morir ni quién va a vivir, ven a casa de mi notario, voy a hacerte donación de todos mis bienes, a condición de que me des tu palabra de honor de no venderlos ni hipotecarlos nunca.

El acto se realizó. Fabio, que tenía veintidós años como su amante, quedó muy reconocido. Pero pronto la pena causada por la ausencia le hizo olvidar su nueva fortuna. Ni siquiera tenía medio de escribir a Francesca. Los habitantes de Rávena se mueren de aburrimiento y se observan de tal modo los unos a los otros, que nada puede mantenerse en secreto. Fabio era joven, su dolor extremo y tuvo la imprudencia de confiarse a su hermano, que le llevaba quince o veinte años. El ha dicho después que aquella confidencia fué como un rayo para el rico Cercara.

—¡Cómo! —le repetía sin cesar—. ¡De modo que la ves casi todas las noches! ¿Y cómo es que ese imbécil de marido no os ha oído nunca? —le añadía un momento después.

—Es que no hablamos nunca en esta habitación —respondió Fabio.

En medio de su profundo dolor su hermano se hizo repetir dos o tres veces todos los detalles de las entrevistas: Fabio le veía



palidecer a cada palabra que por casualidad pintaba el amor que Francesca experimentaba. En fin, llegado el día de la marcha, el rico Cercara fue a visitar con su hermano la casa del artesano y se comprometió a arrojar por la ventana, cuando oyese una señal convenida, las cartas que Fabio le enviara desde Turín para Francesca.

Parece que, durante el primer mes, el rico Cercara cumplió honradamente su misión. Venía a molestar a Francesca dos veces al día como de costumbre. Ella se ha acordado después de que los días que tenía que echar una carta de Fabio en el jardín lo encontraba muy cambiado y muy pálido. Un día el rico Cercara tuvo la idea de imitar la letra de su hermano; éste anunciaba a Francesca que se había casi roto una muñeca en una caída de caballo. Quince días después, una carta fingida comunicaba a Francesca que Fabio iba a venir a Rávena a escondidas de su familia, únicamente para verla.

Cuando llegó a esta parte del relato que nosotros abreviamos, Francesca se puso muy encarnada y tuvo necesidad de que el padre confesor la animase antes de hallarse en estado de continuar.

—En fin, el día de mi desgracia llegó —repuso Francesca, que presentaba ahora una palidez mortal—; el infame Cercara tuvo la audacia de penetrar en mi habitación; recuerdo que tuve la más extraña sospecha; luego terminé por creer que Fabio se había embriagado un poco y temía comprometerse hablando; sin embargo, mi marido dormía profundamente y, a causa del excesivo calor, había ido a descansar en el canapé. El hombre a quien yo tomaba por Fabio, pero a quien aquel día apenas me parecía amar, me dejó mucho más pronto que de costumbre. Cuando se marchó, me reproché mi poco amor y mis ideas locas. Al día siguiente el monstruo volvió, todas mis sospechas se vieron confirmadas, me cercioré de que el hombre que había abusado

de mí no era mi amante, pero ¿quien era? Me perdía en conjeturas; por más que pasaba la mano por su cara, no encontraba nada especial en sus rasgos, si no es que yo estaba bien segura de que no eran los de Fabio. Pero tuve bastante dominio de mí misma para ocultar mi agitación.

Recomendé al desconocido que viniera el viernes siguiente. Ese día mi marido tenía que ir al campo y yo me guardé muy bien de decírselo al hombre que me estaba engañando. El viernes hice acostarse al lado mío a una criada muy fuerte que se llama *la Scalva*, quien, a causa de un gran servicio que yo le había prestado, me tenía verdadera devoción. El desconocido entró, estuve a punto de apuñalarlo sin decirle nada. ¡Dios mío! ¡Cuánto peligro corrí! Era Fabio, que, por una extraña combinación, llegaba de Turín para verme. Le vi tan feliz, que no tuve el valor de confesarle nuestra desgracia.

Al día siguiente estaba casi segura de que Fabio volvería, pues me había medio prometido venir a verme. En lugar de él ¿quién vino aquella noche? El monstruo que me había hecho indigna de mi amante. Me engañó una vez más, me eché en sus brazos creyendo que era Fabio; pero el desconocido me besó y pude cerciorarme de mi error. Entonces, sin decir palabra, le asesté dos puñaladas en el pecho y mi criada lo remató. Serían las dos de la mañana; los días eran muy largos, no había tiempo que perder. Mandé a *la Scalva* que fuese a despertar a Fabio y le rogara que viniese; con esto me perdía, me daba perfecta cuenta de ello, pero necesitaba verlo.

—Dios sabe —decía *la Scalva*— si querrán abrirme a la hora que es; todos los vecinos se despertarán y esto puede llevarnos al patíbulo.

Pero yo le dije que quería que hiciese lo que le mandaba y ella partió sin replicar.

Por una suerte inaudita encontró la puerta de la casa de Fabio abierta, ella sabía dónde

estaba su habitación; al cabo de pocos instantes estaban de vuelta. Yo había pasado aquellos últimos momentos dichosos de mi vida sentada en la cama con el cadáver del monstruo a mis pies. No le veía, pero la habitación olía a sangre. Por fin oí ruido, salí precipitadamente para contárselo todo a Fabio; *la Scalva*, por orden mía, no le había dicho nada. Cuando Fabio estuvo dentro de casa, ella se atrevió a encender la lámpara; él me vio toda manchada de sangre. En este momento comenzó mi desgracia: Fabio se horrorizó de mí, escuchó mi relato con frialdad y sin darme un solo beso, él que de ordinario era tan loco en sus caricias.

Su indiferencia tenía que ser bien patente, porque la Scalva me dijo en su dialecto:

—Este no nos ayudará.

—Al contrario —repuso fríamente Fabio—, yo me encargo de todo. Esto no os comprometerá lo más mínimo; con la ayuda de *la Scalva*, voy a transportar el cuerpo hasta una calle apartada y si mañana y los días siguientes

no cambiáis en nada absolutamente vuestras costumbres, desafío al mismo diablo a que adivine lo que ha ocurrido.

—Poro ¿tú no orees que lie hecho bien, amigo mío? —le dije con pasión.

—En este momento me encuentro tan sorprendido —respondió él— que en verdad no sé siquiera si os amo.

—¡Pues bien! ¡Acabemos de una vez! —le dije—. Llévate ese cadáver con *la Scalva*.

Entramos entonces en la habitación; Fabio lanzó un grito y cayó al suelo contra una silla: había reconocido antes que yo a su hermano. Este se hallaba boca arriba con los ojos abiertos (me parece que aún lo estoy viendo) y nadando en sangre... Fabio lo besaba.

¿Qué podría decirnos? Comprendí perfectamente que Fabio no me amase ya; ¡cuánto mejor hubiera hecho matándome, como estuve tentada a hacerlo! Pero creí que volvería a quererme. *La Scalva* y él se llevaron el cadáver envuelto en una gran manta de lana y lo

colocaron en medio de una calle desierta, al otro extremo de la ciudad, hacia la ciudadela. ¿Creeréis que no he vuelto a ver a Fabio? — prosiguió Francesca deshecha en lágrimas—. A estas horas se encuentra en un convento de Turín, me lo han escrito por orden suya. Yo he hecho todo lo posible para no ser descubierta, puesto que una acción tan justa desagrada a Fabio. He dado la mitad de lo que tenía a *la Scalva*, que se ha ido a España y jamás podrá causarme perjuicio. Mucho tiempo después, sola, he logrado escaparme de Rávena y embarcarme. He pasado varios meses en Corfú esperando en vano cartas de Fabio; finalmente, evitando mil peligros, he comprado un pasaporte a un griego y aquí estoy; podéis traicionarme si os viene en gana. Yo espero todos los días una carta de Fabio haciéndome saber que ha profesado. Por lo que parece, quiere que yo siga su ejemplo, puesto que le he anunciado mi resolución y él no me ha escrito desaprobándola.

Este relato me asusta por su longitud; ayer noche, cuando Pablo nos lo ha hecho nos ha parecido corto. Pablo no ha querido abandonar Venecia sin ver a Francesca; no había cosa más difícil, pero él no es hombre que se amilane por los obstáculos. Parece que viene entusiasmado de su belleza y, sobre todo, de su aspecto dulce, inocente y tierno. Es un rostro lombardo de los que Leonardo de Vinci ha reproducido con tanto encanto en sus *Herodías*. Francesca tiene la nariz ligeramente aquilina, un óvalo perfecto, los labios finos y delicados, grandes ojos negros melancólicos y tímidos y la más bella de las frentes en medio de la cual se dividen los más hermosos cabellos de un castaño oscuro. Pablo no ha podido hablarle; sabe, por el confesor del convento, que ella no ha tenido nunca la menor idea de hacer daño al matar al desconocido. Aun no se ha repuesto de la sorpresa que le causa la conducta de Fabio; el descubrimiento de que el muerto era su hermano no le parece que pueda justificar en modo alguno su



frialdad. Algunas veces piensa que en Turín y antes de su regreso a Rávena, había ya dejado de amarla.